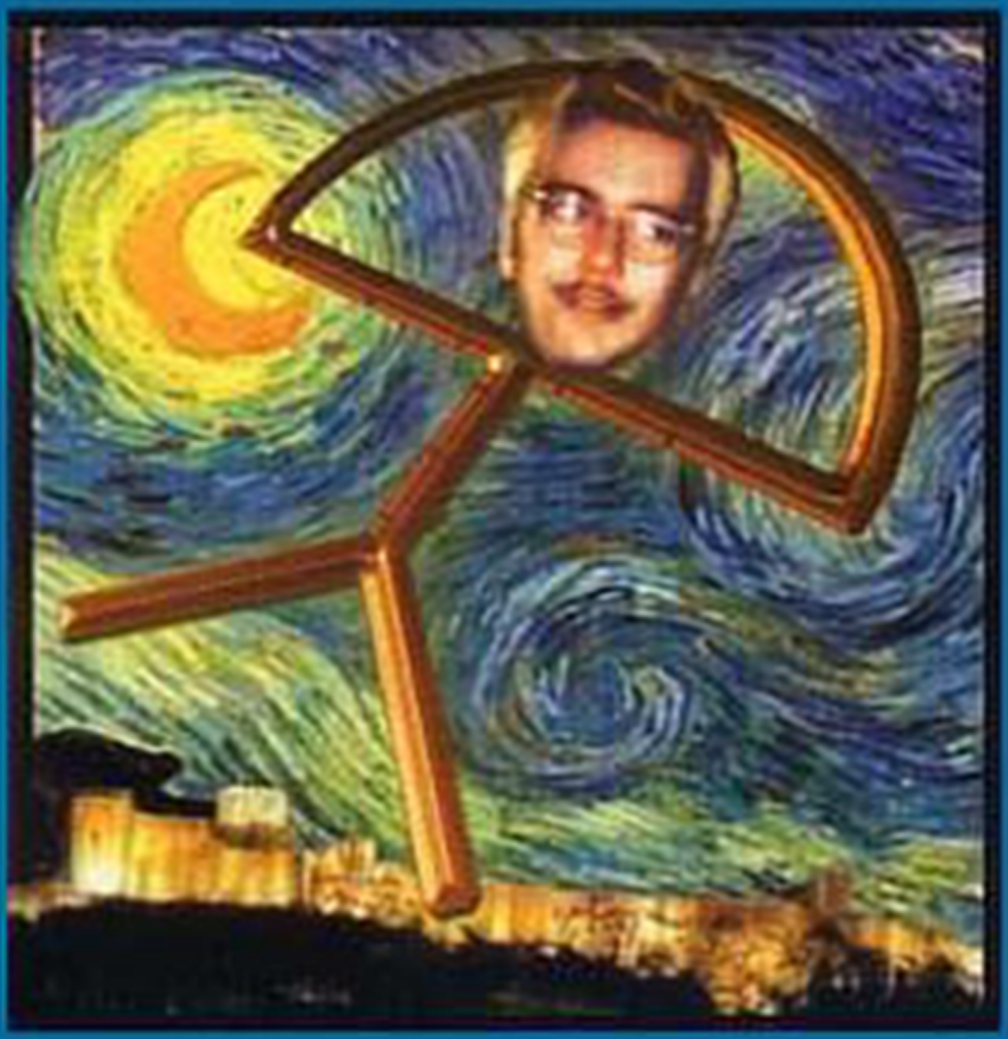
El Americano de Almería



Kirk W. Wangensteen

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES

Narrativa

El americano de Almería

por **Kirk W. Wangensteen**
Erik es pseudónimo

© KWW 2000

A Nena, mi madre,

la más verdadera de todas.

Agradecimientos:

Quiero dar las gracias de manera muy especial al Doctor Miguel Gallego Roca y al Doctor Jesús Isaías (*Joyce*) Gómez López, profesores de literatura de la de la Universidad de Almería, por su incalculable ayuda. También a Marián Guerrero Langa por su labor correctora; a mi esposa, Harley White, por sus valiosísimos consejos y su paciencia; y finalmente a mi familia toda, que graciosamente dio su visto bueno a que la obra viera la luz.

Y no podría cerrar este apartado sin expresar mi más sincera gratitud al Instituto de Estudios Almerienses por ofrecerse a publicarla.

“Pan”

Soy un alma pagana. Adoro al dios bifronte
y persigo a las ninfas por las verdes florestas;
y me gusta embriagarme, en mis líricas fiestas,
con vino de las viñas del viejo Anacreonte.

¡Que incendie un sol de púrpura de nuevo el horizonte;
que canten las cigarras en las cálidas siestas,
y que al son del sistro las ninfas dancen, expuestas
al violador abrazo de los faunos del monte!

¡Oh, viejo Pan lascivo...! Yo sigo la armonía
de tus pies cuando danzas… Por ti amo la alegría
y a las desnudas ninfas persigo por el prado.

Tus alegres canciones disipan mi tristeza;
y la flauta de caña que tañes me ha iniciado
en todos los misterios de la eterna belleza.

Francisco Villaespesa

(Laujar, Almería 1877 - Madrid 1936).

Del libro: *El alto de los bohemios*.

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

Prólogo. i – vi

PRIMERA PARTE: ¡Cámaras, acción… se rueda!

Capítulo 1. *Minnesota: El joven y el abuelo*. p. 2

Capítulo 2. *Cataluña.* p. 17

Capítulo 3. *Hacia Almería.* p. 31

Capítulo 4. *Almería 1: La Ciudad Jardín*. p. 38

SEGUNDA PARTE: Y seguimos rodando

Capítulo 5. *Almería 2: Las Cuevas Duimovich*. p. 49

Capítulo 6. *A Bombay con el guirigay*. p. 64

Capítulo 7. *La India*. p. 72

Capítulo 8. *Italia*. p. 91

TERCERA PARTE: El embrollo

Capítulo 9. *Almería 3: Escaqueos y escarceos*. p. 99

Capítulo 10. *Almería 4: El americano va de pesca*. p. 114

Capítulo 11. *Almería 5: Arrullos, gansadas y perrerías*. p. 125

Capítulo 12. *Almería 6: Tabernas y disparates*. p. 143

CUARTA PARTE: El desenlace

Capítulo 13. *Almería 7: Tormentas y tormentos*. p. 161

Capítulo 14. *El Oriente*. p. 176

Capítulo 15. *Almería 8: El crepúsculo*. p. 182

Capítulo 16. *Postrimerías*. p. 190

PRÓLOGO

Esta es la novela, que no biografía, de un hombre: mi padre, quien fue también —por qué no decirlo— mi madre, cuando no hubo más remedio.

Es novela por muchas razones, aunque su sustancia sea bio- (y autobio-) gráfica y su propósito también, a fin de cuentas. Primero porque el narrador no está en absoluto en condiciones de relatar quién fue el protagonista, sino sólo de apuntar retazos de recuerdos reales o aparentes de lo que pasó. Mi punto de vista es tan parco, parcial y subjetivo que cualquier otra mano, la de alguno de mis hermanos y hermanas, la de María, la del estudioso biógrafo, y no digamos la de Gus, el benjamín de la familia, habría producido otra novela bien distinta, aun siendo a todas luces idéntica la materia prima, *the raw material*.

No es su biografía porque difícilmente cabrían en este librito los cincuenta y nueve años que duró su vida. Grandísimos y, a no dudar, suculentos bocados de esa vida faltan aquí, pues simplemente los desconozco, y aunque sé que andarán pululando en los recuerdos de los muchos —o pocos— que entraron en contacto con él, no he querido enfrascarme en arduas indagaciones al respecto, ni lo he considerado procedente. Me he conformado con hacer revivir mis propias reminiscencias, por pobres e inconexas que éstas sean. Quede para otra ocasión y otros métodos el rellenar los muchos huecos, o mejor, caigan en digno olvido. Si mi familia me acusa de no saber “de la misa la mitad”, así es la verdad; pero qué le voy a hacer: de tal palo tal astillita medio carcomida.

Tampoco fue mi padre un Shakespeare, un Einstein o un Napoleón, que digamos, para merecer un tomazo de mil páginas, ¡ni mucho menos! Fue simplemente un hombre

interesante, cuyas vida y andanzas pudieran quizás servir de solaz y contento —o de aviso— a algún lector aficionado a vidas inusuales.

Y digo además que me limito a contar algunas de las cosas que hizo, y no el porqué, ni cómo pensaba cuando las hacía, pues en los años en que lo tuve cerca, ni mi corta edad ni mi pobre entendimiento me permitían aspirar ni remotamente a atisbar sus intenciones, sus intimidades, sus pasiones. Ni me incumbían, en definitiva.

Es en fin novela por una circunstancia paradójica: su contenido. En una novela esperamos hallar aventuras. No así, o menos, o apenas, en la vida cotidiana. Pero después pasa lo que pasa, que la realidad en ocasiones resulta más insólita que la ficción.

No soy niño ya, pero no por eso me he permitido ser justo juez… ni fiscal ni verdugo. Abogado defensor, tampoco. He relatado las experiencias tratando al máximo de presentarlas con imparcialidad. No es la presente una alabanza al padre, ni tampoco una crítica en la que le cargue con el peso de mis faltas propias, acusándole de mal progenitor. Como se verá, yo no creo que lo fuera. Se puede sugerir —a modo de hipótesis de trabajo— que hizo más mal que bien a los que le rodearon. Sin embargo yo de veras que lo quería y lo quiero, y no soy el único, os lo juro. Diré de él lo que suele —no sin sabiduría— decirse: Hizo lo mejor que pudo. Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra; y si cometió locuras acaso fue porque estuviera loco.

Pido que en ningún momento se tache a esta novelita de estudio psicológico. Nada más lejos de mi intención. Me ha salido de un tirón tal y cual se me iban las impresiones del cerebro a la mano, de sopetón y con una facilidad espantosa. Verdad es que antecedieron años de propósito y de fermentación, pero el resultado final es bien diverso a cualquier elucubración previa. Del dicho al hecho hay un trecho y una vez lanzado, tanto mejor y más feliz. No soy psicólogo ni quito ni pongo rey. Dios me perdone si algo psicológico, más allá de lo que se esperaría en cualquier narrativa novelística, se me escapó de la pluma al relatar los acontecimientos. Quien quiera convertir el libro, según su propio y personal modelo

psicológico, en un monumento de tal índole, allá él... con su pan se lo coma, y que lo cojan confesado.

Si alguien me preguntara cuál fue, en mi opinión, el mayor defecto —o virtud— del americano de Almería, diría que no fue nunca capaz de decidir, o de identificar, lo que de verdad quería, o, como apuntaron sobre Hamlet, que era un hombre *who could not make up his mind.* El lema que más le pegaría sería ese, tan andaluz, de “que me quiten lo bailao”.

Gran admirador de Hemingway, mil veces quiso escribir, y escribió, autobiográficamente. Yo leí cosas tales suyas años ha: Páginas y páginas que luego acababan en baúles anegados de agua; páginas arrumbadas, enmohecidas, apolilladas (roídas más bien), y arrojadas a la basura.

Al final de su vida, en la década de los ochenta, escribió dos obras: *The Eyewash Outlook* y *On the Holy Goes*, inéditas y probablemente impublicables en su estado virginal, sin decodificar. Abigarradas, altamente conceptistas, sádico-satíricas filosofías de la vida y el mundo. Profundas páginas, geniales a menudo, y graciosas, pero de infranqueable lectura. Él ya no era plenamente de este mundo.

Pienso que este último legado suyo *era* su autobiografía, pero escrita de forma tal que con tanta metafísica —y ‘mata’física— se le olvidó incluirse en ella. O, puede ser, que ya no se conociera a sí mismo, que su YO hubiera dejado de existir como entidad descifrable por su ingenio. También es posible que las claves sólo las tuviera él y con él se fueran a la tumba.

Decidí pues escribir su vida por él, ya que él siempre quiso que quedara plasmada por alguna razón, y estoy de acuerdo con él en que ha valido la pena y el esfuerzo. Y no me ha resultado, como dije antes, nada penoso, sino todo lo contrario.

Comienzo cada capítulo con fragmentos extractados y traducidos de sus dos obras póstumas. He optado por dejar fuera la versión inglesa original siempre que no fuera imprescindible, pues podría resultar farragosa su inclusión en este libro dirigido a un público

de habla castellana. Me he esforzado en traducir sus textos con la máxima fidelidad hacia el original, y, sin embargo, sólo un reflejo, una pobre sugerencia, llegará nunca a transmitirse de los mismos. En su acumulación de polisemias audaces y descaradas, de retruécanos, y de rarezas afines —acaso por lo sumamente bien que el inglés se presta a ello—, émulas se muestran de un Góngora estas dos obras, o de un Quevedo. Con sulfúrico sarcasmo exclama la voz del prologuista en la ópera prima de O. G. Waldenstone: *Happy translations!*

Tampoco ayuda a su comprensión la gravosa disección y extirpación de los fragmentos a incluir en la presente novela mía que me he visto obligado a ejecutar. Más que sacar las palabras de contexto, las he sacado de galaxia… y también, quizá, de quicio, si es que lo tenía, pues aquellos goznes duros son de ver.

Me dice, en fin, el primer crítico fundamentado que ha leído *El americano de Almería*, que éste ganaría en interés si los textos paternos acordaran más con las vivencias y andaduras que se relatan. ¡Y no lo sé yo bien! Mas eso sería pedir peras al olmo o a las fuentes del camino, vino.

Sigue a sus “engendros” una parcelita, o capítulo, o como gustaba de llamarlo a C. J. Cela, *un tranco*, de su vida. Ojalá os aproveche, aunque moraleja, moraleja, no la hay, ni nueva ni vieja.

— — —

En bien del lector, de cuya paciencia nunca conviene ni es lícito abusar, me veo en la obligación de anticipar algunos brevísimos vislumbres de los conceptos básicos que —barrunto— contiene la obra de mi progenitor, clarificándolas. Sólo unas palabrillas, pues este libro al fin y al cabo es el mío, no el suyo. Además, no quiero complicarme la su existencia, que ya él lo hizo oportunamente con creces y sin reparar en derroches.

Su idea central es que todo ser viviente está dotado de un *Eyewash*, que traduzco, tomando en consideración los diferentes juegos conceptuales y fonéticos en que entra, por *Yolirio*. El autor nos ofrece una visión epistemológica del yo y mis circunstancias que trata

de limpiar la mente de preceptos erróneos; por ende el *yolirio* es un colirio o "lavativa de ojos", *yolirio* que a su vez es un ente que progresa, *vive*, a base de "abrir los ojos", superando obstáculos y tomando nota de sus tropezones. También es, en sus propias palabras, un delirio o una tontería aleatoria y juguetona, (en íntima relación está *hogwash* = tonterías, basura); y contiene, claro, el "yo" fonético (*I wash* = yo lavo). Querría yo que él no estuviese totalmente insatisfecho de tal rendición. Seguro que diría que no le cojo la esencia, el intríngulis; pero eso lo diría de todas formas… tan impepinable como que el pepinillo en vinagre nunca retornará a su condición primigenia de pepino fresco de la mata.

El *yolirio* es una individualidad autogobernable, terriblemente curiosa, que se equivoca en su andar experimentando nueve de cada diez veces y así es como disfruta, y a veces aprende. El yolirio informa, *es,* cada ser vivo. Vive *en* y *con* la materia, y no puede existir fuera de ella; o sea, que sólo tenemos el aquí y el ahora y el proceso, nada de transmutaciones metafísicas, el alma o espíritu o *atman* o alguna patraña parecida yendo al cielo (o peor), ni buscando un nirvana fuera de las coordenadas de espacio, tiempo y materia. Tampoco es el yolirio *materia,* sino todo lo contrario: es "cosa" o sustancia mental, *mind stuff*. Esta entidad mental está presente, como apuntaba, hasta en la más insignificante ameba, cuyos actos no se pueden reducir a pura química y/o tropismo, sino que ha de haber una *intención,* por muy simple (desde nuestra perspectiva) que sea. Ataca el pensador por igual a deístas y a materialistas, los cuales pretenden reducir al hombre a robots, controlados ya sea por Dios (o el diablo), o por la Madre Naturaleza y sus inexorables leyes. Ante todo el *yolirio* es libre e individual, a pesar de los condicionamientos genéticos, culturales y religiosos. Respecto a lo imponderable resuelve no inmiscuirse. Ya habrá idiotas —asevera— que lo ponderen, y otros peores que les escuchen.

Para reforzar su tesis hace un recorrido por todo el saber de nuestro tiempo, comenzando por la microbiología, abordando luego la botánica y la zoología, y acabando por analizar y despotricar contra todos los clichés existentes acerca de las culturas del hombre y de su

historia.

Su metáfora favorita: el alcohol y los estados de embriaguez.

Si en un momento califiqué su obra de filosófica y *metafísica,* pido perdón a los que me malentendieron. Metafísica aquí es igual a no —o no explicable por la— física y la ciencia oficial imperante; es decir, lo mental. Pero lo mental, con sus propias leyes, también merece y busca ser abordado por el ojo científico: y ahí está O. G. Waldenstone para asumir la tarea, en beneficio y para enriquecimiento de todos.

— — —

Una última nota, por si las moscas. Me han pedido que cambie algunos nombres, y casi sin objeción he ido y los he cambiado todos, también el mío, ¡hala! Así no tendré que aguantar quejas de nadie. También he omitido otros por discreción. Sin embargo mi conciencia me impide destronar y obliterar de todas todas al protagonista, cuyo nombre no es igual, pero sí similar al que aquí aparece, y por ende averiguable mediante una somera —y se ruega que discreta— labor de investigación. Esto lo hago, primero, porque adelanto escritos suyos, de su puño y letra, y él siempre presentó éstos a los editores *sin pseudónimo,* haciendo ver a las claras que deseaba que su obra se reconociera como suya: identidad y persona eran aspectos inseparables en mi padre; anular la primera significaría, pues, un demérito a su posteridad. Segundo, puesto que efectivamente es el primogénito de un eminente cirujano de rango mundial, ponerme ahora a desfigurar, mutilar desmesuradamente, el nombre del abuelo me parece, cuanto menos, una torpeza y una mentira a la historia. ¿Acaso debo también cambiar el nombre de Christian Barnard, el surafricano? Ya puestos, ¿por qué no titular la obra *El Ruso de Murcia*?

Nada me queda ya por agregar si no es deciros que deseo y espero que disfrutéis de la lectura de *El americano de Almería*.

Erik Waldenstone

PRIMERA PARTE:

¡Cámaras, acción… se rueda!

Capítulo 1. Minnesota: El joven y el abuelo

[TEXTOS I]

Cualquier carácter/personaje [*character*] que puedas encontrar en este libro es mío y lo perdí, las ideas también aunque no hay propósito de reflexión alguna. Probablemente tú podrías hacerlo mejor. Quiero decir que no se me debe ningún crédito. Para incrementar las ventas yo le daría el crédito a Dios o al Dr. Frankenstein pero las culpas son mías exclusivamente, habiéndolo hecho en mi pequeña máquina de escribir sin rezos, arrullos ni ayuda. Así que si algún lector supone o imagina que hay alguna conexión con la realidad o los acontecimientos reales, entonces sin duda merece encontrarse en algún agradable hogar de acogida como yo.

— — —

[Extractado de una “Nota al editor” escrita por nuestro protagonista para su libro *On the Holy Goes*.]

Sugiero estas líneas generales para mi biografía en el pliegue de la contraportada del libro: Fue mi padre, O. H., quien virtualmente originó por sí solo los transplantes internos e incluso toda la cirugía extensiva actual. Véanse los *Quién es Quién* apropiados y el libro de Chris Barnard (su padre y su Dios), consultar a los cirujanos y en especial sus catálogos de hace diez años. A lo largo de mi juventud conocí íntimamente a los principales hombres de medicina. Osler (Nueva Orleáns), Deans Diehl y Lyons, Fahr, Visscher, Morse, Watson (el behaviorista), Rossen, Paine, Varko y Baronovsky, y naturalmente Hermana Kenny y Hermano Chris (quien solía lavar el coche de papá), Pete Költoff (caucho sintético), y Rierson. Fui una maravilla de niño prodigio y participé en muchas discusiones científicas del más alto nivel, actuando más bien de intérprete de mi padre pues él era un hombre con una mente muy suya. Interpolé resultados asombrosos que demostraron ser correctos. Pero esto es otro libro. Hasta cierto punto éste es el envés del cuadro. He omitido a Ackerman (raciones de C, y cosas de la polio) y a Bernie Bierman (Liga Mayor, fútbol

americano).

— — —

La hermana Kenny* frecuentó nuestra casa hasta que mi padre ya no lo pudo soportar, y entones ella se puso a dirigir un hospital a un par de manzanas de distancia. El tratamiento que ella aplicaba en la época era el más eficaz y no operaba contra los virus, aunque es de presumir que los virus estaban ahí. —Y pretende dárselas de empirista —a lo mejor decía Papá, maravillado. Pensaba ella que estos virus que escapaban a los filtros, si es que existían siquiera, y poca era la evidencia disponible, podían ser un producto derivado; o al menos decía que eso creía, qué divertida que era. Quizá también estuviera él celoso, porque la prensa andaba siempre detrás de ella.

* Elizabeth Kenny (1886-1952), llamada “Hermana Kenny”. Enfermera australiana; desarrolló un tratamiento para la parálisis producida por la poliomielitis.

* * * * *

Nació Olin Griffin Waldenstone en Minneapolis, Minnesota, el 29 de noviembre del 1929, por los mismos días en que, debido al crac de Wall Street, algún que otro potentado optaba por la defenestración, arrojándose a aquellas aceras neoyorquinas supuestamente pavimentadas en oro. Así, sus comienzos estuvieron marcados por un terremoto social que recorrió el mundo.

Para los que siguen tales cosas diré que encajaba al dedillo con las caracterizaciones astrológicas oficialoides del Sagitario (obsesión por el dinero y el amor), y no me cuesta mucho imaginármelo centauro galopante, arco tensado, poderoso brazo apuntando al frente —siempre al frente— y gesto torvo de energúmeno. Tampoco me es difícil verlo haciendo honor a su nombre medio: Griffin, el grifo o grifón mitológico, cuerpo y garras de león, de águila la cabeza y las alas … voladora y rapaz; habitante de los países Hiperbóreos, o según otros de la India, y celoso guardián de tesoros. Será que en esto de la paternidad —y fue él padre y madre para mí, existe una inexorable propensión a mitificar a aquella criatura que nos engendró y después dio luz.

Contemplo una fotografía de Olin de cuando tendría ocho años. Una buenísima foto, con su joven rostro en primer plano. Foto de profesional que sabe su oficio. Generalmente, cuando me encargan un retrato al óleo a partir de fotografías, me traen unas cuantas, los mejores de que disponen, a veces ampliadas. No falla: son siempre de cuerpo entero, o cortado por la cintura a lo sumo. El rostro, contorsionado por el sol, es del tamaño de la uña de mi pulgar. Pero ésta es diferente. Ojos clarísimos, sabios, con la serenidad del cielo o el mar en calma tras las lentes. Un niño brillante y sobrio, capaz de agarrar la vida por los cuernos, de afrontarlo todo. Blanca, suave su tez, la faz tirando a redonda, con un alma profundamente humana. Una cara, en fin, de Niño Jesús con gafas. No puedo contemplar

por mucho tiempo aquel trozo de papel en tonos grises, pues de él brota, para asombro y dolor míos, todo lo que llegaría a ser y hacer aquel niño retratado. Sé que es ridículo, que soy yo el que pone esas cosas en la foto, y no al revés; y sin embargo, no faltan los que creen a pies juntillas que un niño lleva escrito su destino desde la más tierna infancia.

Otro retazo de juventud. Es un breve poema dedicado a su padre. Edad, dieciséis años. Helo aquí:

TO MY DAD

June sixteenth is Father's Day.
That calls for celebration
As we honor you in our own little way.
It's being done o'er all the nation.

There are many fathers, good and bad.
They're thin and fat, they're short and tall.
I've seen a lot, but I know I've had
The very best of all.

I've got a reason to be proud
On Father's Day this year.
My Dad can be in any crowd
And still be without peer.

How many times I've had a lapse
When you could "tan my hide".
And yet, I hope, sometime, perhaps,
You'll look at me with pride.

You never will regret, I know,
The love you've spent on me.
For "Ye shall reap the seeds ye sow".
And love can name its fee.

He intentado traducirlo, respetando más el espíritu que la letra:

A MI PAPÁ

El dieciséis de junio es del Padre el Día,
Eso requiere una celebración.
Como te honramos con esta nadería,
Se hace igual por toda la nación.

Padres a montones, buenos, malos, hay;
Flacos, gruesos, bajo uno, el otro alto.
Miles he visto, mas ninguno tan *guay*
Ni de taras ni fallos tan falto.

Motivo tengo de sumo orgullo
En el Día del Padre este año.
Pues no tienes par, entre barullo
Humano y gentío: amigo o extraño.

Cuántas veces, cometiendo yo un desliz
Pudiste, de azotainas, enderezarme.
Pero alguna vez (espero), que feliz
acaso y orgulloso quieras mirarme.

Tanto amor cual en mí derrochaste
Nunca resentirás, lo sé en mi interior,
Pues “la semilla segarás cual plantaste”
Y su precio puede nombrar el amor.

Al pie, el motivo y el año: En el Día del Padre, 1946.

Típico poema dedicatorio, poetizar típico de su edad. Ni decididamente malo, ni excelente. Diríase poema de un mozalbete cabal, algo por encima del montón, a quien le gusta leer y también escribir cosillas de rato en rato; y sin embargo, cuando me concentro en

esa penúltima estrofa... ¿No será por ventura la voz que clama en el desierto, exigiendo, implorando reconocimiento; que pide atención a este padre suyo, dedicado al mil por ciento a su profesión, a la llamada del deber, a su prestigio incluso? ¿Y no será acaso la última estrofa una advertencia, una solapada amenaza no exenta de sarcasmo, de futuros pesares al abuelo insensible; o por el contrario, lo acusa tal vez de ser tan frío que nunca será capaz de tener sentimientos de culpa? Al mismo tiempo presiento una auto-deprecación, en el sentido de que él como hijo no se siente realmente merecedor de ese “derroche” de amor.

El poema, como vemos, se ha conservado. Me lo dio la abuela hace algún tiempo. Algo de orgullo debió de provocar en el padre, el estimado señor doctor.

La calma justo antes de la tormenta.

Lo cual me lleva a otro tema: El abuelo.

El Dr. Olin Harley Waldenstone ocupa una densa media página del *Who’s Who in America*, el espacio necesario para informarnos de la retahíla de honores concedidos al cirujano, desde Estocolmo a Tokio. No quiero extenderme en los logros del abuelo, sino sólo mencionarlos de pasada para el curioso, y también en cuanto que su influyente personalidad marcaría seriamente el futuro de su primogénito, la oveja negra de la familia.

El doctor recibía universalmente el apelativo de *The Chief* (El Jefe) en sus círculos profesionales, la Universidad de Medicina de Minneapolis, Facultad de Cirugía. Con este apodo se le conocía por doquier, incluyendo las revistas médicas. Entre sus inventos sobresalen dos, hoy en día superados por los avances tecnológicos, pero que en su tiempo salvaron incontables vidas. El primero fue el entonces renombrado e indispensable tubo de succión *Waldenstone,* con el que se vaciaba el estómago del paciente antes de echar mano al bisturí. El otro era un armatoste de máquina empleada para bajar drásticamente la temperatura de la zona abdominal, cuya función era, a lo que dicen, conseguir operaciones menos sanguinolentas. Actualmente, al parecer, las venas se cauterizan con otros métodos más refinados. Pero no me pregunten nada más, que en estas cosas estoy pez. Gracias.

El 50% de los hombres de negocios norteamericanos de los años cuarenta y cincuenta sufrían de úlcera, según cuentan, y no pocos acababan con un 10% de sus estómagos originales, tras caer en las garras de los del gremio del abuelo.

Uno de los más notorios hobbies del viejo, aunque no siempre lo fue, supongo, era provocar úlceras en los estómagos de sus perros de laboratorio, o hacerles polvo el corazón, para, en los sótanos del hospital, realizar operaciones abiertas en ellos. Poco le importaba que sonaran las alarmas en las salas de urgencias. Él estaba ocupado con sus perros.

Fue —cuenta mi padre— cofundador de la Clínica Mayo en Rochester, Minnesota, además de Gran Maestro y patrocinador, con fondos de Washington, de toda la primera generación de cirujanos a corazón abierto. Morrocotudo fue el berrinche que se llevó el presidente Johnson cuando le comunicaron, contritos y corridos, que el primer transplante humano de corazón se acababa de realizar en Ciudad del Cabo (Sudáfrica), como todos sabemos, y no en USA. El acontecimiento se fraguó, naturalmente, en Minneapolis, con dólares de la Casa Blanca y bajo los auspicios de El Jefe. Y no sólo le facilitó a Barnard los medios para alcanzar sus metas profesionales; para que no le faltara calderilla en el bolsillo le dio trabajo limpiando sus coches y podando su jardín. Lo leí anoche en Internet.

Contaba mi padre, con mucho regusto y todo lujo de detalles, al más puro estilo "*gore*", que tenían una cortijada en el campo —toda mi familia, por ambos costados, es oriunda de Noruega, tornados en granjeros de Minnesota, igualito, igualito, que en *La Casita de la Pradera*—, y que a esta granja llevaba el abuelo a sus estudiantes para impartirles instrucción práctica y mundología médica. Los metía en un granero muy tétrico y sin resquicios de luz, casi, donde tenía desplegados órganos y tripas de animales de todo género, así como uvas grandotas, duras y engrasadas, que hacían de ojos humanos... total, un macabro ejercicio de manoseo a oscuras para aquellos tiernos cirujanitos en ciernes encaminados a agarrar el escalpelo andando el tiempo, —Tocad este hígado tan blandito, esos riñones, aquel corazón rajado de arriba abajo—, etc. Recuerdos de una tierna infancia

son éstos, de mi papá.

El último logro significativo lo llevó a cabo a finales de los años setenta, un lustro y pico antes de su muerte. Fue la publicación de una historia de la cirugía de su mano, *The Rise of Surgery*, empresa que acometió con la incalculable ayuda de su segunda esposa, Sally. Nunca ha llegado ese libro a mis manos, y mira que se lo pedí repetidamente a la abuela, y supongo que es y será obra de peso por muchos años. Desde su tesis doctoral a esta obra hubo un increíblemente productivo trecho, y todos los que lo conocieron afirman que era el hombrecito un amasijo de nervios que nunca se estaba quieto. Del título de la tesis me enteré un buen día que andaba yo husmeando en los ficheros de la Biblioteca Bancroft de la Universidad de Berkeley, en California. Se titula *The Non-Descending Testicle*, lo cual dejo a traducir al lector según su propio estilo e inclinación. Por mi parte, siguiendo el ritmo del Miguel Hernández de *El rayo que no cesa*, aventuraría la siguiente: *El huevo que no cae*.

Olin Griffin fue el varón primogénito de tres hermanos, lo cual sin duda supuso una presión particularmente acuciante sobre una mente, aunque precozmente brillante, mente de chiquillo en definitiva, en que hubieron de caer como un maleficio la tiranía y las exigencias no sólo de los Waldenstone —amplio clan de desarraigados recientes de las tierras de labor y que empezaba a ocupar puestos principales en la medicina y la abogacía de Minneapolis— sino, para colmo, las del mismísimo patriarca de aquel clan, *The Chief*. Los Waldenstone, siguiendo una práctica muy americana, siguen reuniéndose una vez al año en algún pintoresco punto del país, donde se reanudan los lazos y son presentados “en sociedad” los nuevos Waldenstoncillos.

Acabó O. G. los estudios medios e hizo intentonas en varios *colleges,* con desprecio general por toda forma de inteligencia institucionalizada.

Puedo imaginar los cabreos que cogería *Herr Doctor* cuando su hijo decidió buscarse diversos trabajuchos aquí y allá a fin de costearse su propia variedad de vida rebelde, no poco disipada y nutrida de tempranas juergas y excesos. Ni siquiera se privó de probar a

robar coches como posible medio de subsistencia. ¡Con qué ahínco luchó el joven para apartarse de todo lo que oliera a orden, a acomodo, a Waldenstone!

Se casó con una muy hermosa rubia nórdica, mi madre, que contaba dieciséis años de edad. Marcháronse a California para tener el primer hijo y, de camino, librarse él de ser llamado a filas en plena guerra de Corea. Olin tuvo toda su vida horror a las guerras. En eso difería de raíz de Hemingway. Tampoco le acuso yo de cobarde por esto, pues la impronta de la Segunda Guerra Mundial debió quedar marcada fuertemente en su joven sensibilidad. Contaba que una tía carnal suya rechazó indignada a su novio por sentir miedo ante el inminente desembarco en una playa del Pacífico. Muchos de estos ya célebres desembarcos, como los de Guadalcanal o Iwo Jima, arrojaban la desalentadora cifra de un 90% de bajas entre los marines de las primeras lanchas en tocar tierra. El incomprendido, humillado y despechado novio perdió su vida, como no podía ser de otro modo, sobre aquellas nada pacíficas arenas, en defensa de su patria.

Cuando Kennedy puso en vilo al mundo con la cuestión de Cuba, mi padre lloró, en Almería, por sus dos hijos pubescentes.

Otra llantera algo tonta, de tono menor, fue la de mi hermano mayor. Me lleva quince meses de ventaja en este valle de lágrimas y se llama, a efectos del presente libro, Percy. Nació, como queda dicho, en San Francisco. El lloriqueo se producía cuando le decían que había venido al mundo “en una caja de cartón”, pues así fue como había hecho su primer viaje a Minnesota desde California, recién nacido. Él lo último que quería era haber venido al mundo en una caja de cartón. ¡Buáaaa! Claro que en seguida le decían que era broma, lo cual no quitaba para que tuviera mi menda guardada en reserva una poderosa arma contra mi hermano mayor, un último y demoledor recurso.

Las calles de San Francisco tampoco resultaron estar pavimentadas en oro para Olin, “Bud” (capullo), apodo por el que los amigos lo conocían. Bueno, aclararé que *Bud* y *Buddy* son allá apelativos tan corrientes como *Sonny* o *Jack*, y el que te llamen capullo en inglés no

implica que seas de verdad un capullo. ¡Qué va!

Nueva tanda de trabajos diversos —por un tiempo trabajó en la morgue, turno de noche— y trapicheos y tejemanejes a su vuelta a las *Twin Cities* de Minneapolis y Saint Paul. Disputas de aúpa con su papá. Un negocio de letreros de plástico fosforescente, alcohol, mucho alcohol —ambos cónyuges—, un segundo hijo sietemesino —yo— y zurdo como el primero. También anfetaminas y todo lo que se pusiera delante. Un trabajo para la multinacional Honeywell Co., supongo que por enchufe paterno; dos internamientos en el psiquiátrico, también por enchufe paterno, y esta vez sin ninguna duda, pues cuando *El Jefe* lo decretaba y exigía... Los dos chiquitines vivimos unas temporadas con la abuela materna y, en una ocasión, con el abuelo, en su mansión de Riverside Drive, de la cual ocasión no guardo ningún recuerdo, por lo menos grato. Dice Olin G. que los enfermeros loqueros y los mismos doctores del manicomio acababan soltándolo después que él les rapaba los dineros al póquer y el ajedrez. Eso aseguraba.

También estaba convencido de que su padre quería arrebatarle sus dos hijos.

Amistades raras y nada recomendables. Una de ellas era la de un comunista que vivía bajo siete cerrojos y candados —plena era McCarthy— y cuya mayor afición era no devolver libros a las bibliotecas. Si exceptuamos la cocina, su casa toda era una biblioteca de estanterías y pasillos de libros, la mayoría, si no todos, robados.

A veces hacíamos escapadas a la naturaleza. Mi padre nos llevaba a pescar y trasnochar en tiendas de campaña y comer *marshmallows* (azúcar de algodón compactado o merengue blando, que los españoles traducen por *malvavisco* sin hacerse idea cabal de lo que pueda ser, *mmmh*, rico, rico, rico) asados al fuego, los *catfish* que pescábamos, y *wieners* o hotdogs, pero con costrita negra —igual que los *marshmallows*— del hollín del fuego, los cuales nos zampábamos al fulgor de la hoguera entre risas y cuentos de miedo para espantar la negrura del bosque y sus temibles habitantes, a orillas de alguno de los diez mil lagos del estado, en plena floresta virgen.

En verano asistíamos también a campamentos de verano, mi hermano y yo. No sé si eran de los Boy Scouts o no, ni me preocupa a estas alturas. Desde luego les dábamos un respiro de tanto crío a *Daddy* y a *Mommy*, y estaba chulo, muy chulo eso de vivir las 24 horas del día inmerso en la naturaleza. Teníamos lecciones de natación, de supervivencia, y hasta de pegar tiros con fusiles del ejército, evento y ejercicio que mi memoria de tío machote ha guardado grabado hasta en sus detalles más insignificantes.

De vuelta a casa, y reintegrados al entorno ciudadano de Minneapolis, el padre nos apuntó a los dos niños a clases de boxeo en el parque. Si algún papá me lee, que sepa que lo desaconsejo en cuerpo y en alma, sobre todo en cuerpo. ¡Si tendría yo seis años a lo más! ¡Y qué palizas, madre!

Mi madre murió al poco de cumplir yo los cinco años. De todos aquellos follones al diablo le pregunten, pues prácticamente he conseguido borrar los siete primeros años de mi vida, salvo retazos, secuencias y escenas gráficas, como las películas de la Hammer en la tele la noche de los viernes y los sábados, supuestamente de miedo, pero que eran para partirse de risa, y sería inútil que me preguntarais cómo se me “rasó la tábula”, ni si fue para bien o para mal.

Mis padres se habían separado y, casi seguro, divorciado. Ella se juntó con un hombre de color, detalle que no nos hizo ni a mi hermano ni a mí racistas. No tendría yo ni que mencionarlo, salvo que es uno de los pocos hechos que recuerdo. Bueno, que recuerdo a mi padre decir cada vez que nosotros le rogábamos, con el paso del tiempo, que nos aclarara aquellos nublos. Ella tomó una escopeta de caza y se apuntó al corazón. Me llevaron al velatorio: miles de flores, mi madre una estatua de mármol, pálida pero toda maquillada, manos sobre el pecho con flor. No lo recomiendo, amigos lectores: esos velatorios americanos son la reoca. Evellyn Waugh lo retrata de maravilla en *The Loved One*.

No sé a ciencia cierta si mi padre había conseguido, por enchufe paterno, la custodia de los hijos —ésa era su versión oficial—, o que nosotros estuviéramos viviendo con alguno de

los abuelos. Lo que sí sé es que mi abuela materna le confesó una vez a mi primera esposa que su hija, o sea, mi madre —¡qué lío!— ya estaba decididamente alcoholizada por aquel entonces. No parecía, sin embargo, que la abuela le echara la culpa a mi padre. O tal vez yo no quise captar reproches, si los hubo. A lo mejor, con el paso de los años —más de treinta—, había logrado perdonarlo.

Dos anécdotas sí os voy a relatar de aquella infancia lejana, para que no decaiga el ánimo. Acabábamos de mudarnos a nuestra tercera casa en Minneapolis. Hace tiempo que perdí la cuenta de los hogares que he tenido en mi vida, seguro que más de veinte. Era ésta una mansión vieja, grande y destartalada, con un ático lleno de ardillas. Lejos de espantarlas las animábamos a compartir nuestro hogar trayéndoles comida y pasando buenos ratos con ellas. Pero no iban por ahí los tiros, pues la ardilla, tan esquiva ella, no es animal que se preste a anécdotas. Comenzó el colegio. Las dos primeras mañanas nos acompañó un adulto para que no nos perdiéramos. A la tercera mañana ya me tocó volver a casa por mi cuenta, que estaba a tres manzanas, y éstas perfectamente rectangulares. Pues nada, no encontraba la casa. Desanduve el camino: ahí está la escuela… tan-tan-tan, tres manzanas… ¡y la casa sin aparecer! Así una y otra y otra vez. Horas después la patrulla me encontró llorando a moco tendido. Mi padre ya debió pensar que el abuelo me había secuestrado. Yo por mi parte había estado aplicando métodos de discurrir en lo que vendría a constituir la línea paterna de cavilar o discurrir: que la casa la habían cambiado de sitio… al barrio entero le podéis echar la culpa… a mí no.

Mi hermano se había echado unos amiguetes de reputación muy cuestionable, según rumores. Un amiguillo mío me susurró que hasta los habían visto… ¡dando caladas a un cigarrillo! La perdición. Yo naturalmente quise ver de qué iba aquello de “ser malo”. Para acortar la historia diré que el más inocente, que era yo, acabó pagando el pato. Tomé tres objetos de un supermercado de chucherías y juguetes, a saber: un bote de líquido para hacer burbujas, un tractor que se movía a pilas, y una linterna de tres colores. Ah, sí… no los

pagué. Desde entonces las tiendas venden esas cosas sin las pilas. O a lo mejor también robé las pilas. Bueno, pues, después de hartarme de hacer burbujas por la calle, llego a casa y digo:

—*Mommy*, me voy a dar un baño.

Si eso no era ya cosa de sospechar no sé yo qué os diga. Me encierro en el baño, le doy a los grifos, y me pongo a jugar con mis tesoros, más entretenido que un tonto. El tractor ñec-ñec-ñec rrrrrrr, la linterna alumbrándolo: ¡rojo! ¡blanco! ¡azul!; ¡burbujas, más burbujas! El chorro de agua acallando el ruido del tractor, y yo en la gloria divina.

Pasado un tiempo infinito oigo:

—¿Pero cuánto tiempo vas a estar ahí dentro? —era mi madre.

—¡Ya me falta menos! —gritaba yo chapoteando con la mano el agua de la bañera, que andaba llena y más que llena desde hace rato y probablemente fría también aunque no lo podría asegurar pues ni siquiera me había desvestido de ocupado que andaba. Total, que al final se descubrió el pastel y al día siguiente mi padre, con los juguetes en una mano y conmigo en la otra, me llevó a afrontar la dura realidad ante el dueño de la tienda.

—A ver, ¿dónde está la tienda? —gruñó hecho un basilisco mi padre.

—Por aquí —lloriqueé. Tres manzanas, cinco manzanas, siete. En la dirección opuesta, por supuesto—. M-me parece que me he equivocado.

Pero no funcionó. Viendo que a mi padre no le ganaba en cabezonería nadie, ni siquiera yo, y que si seguíamos alejándonos iba a ser peor, cedí, y ya en la tienda y bajo la infausta mirada del propietario, creí que me moría. ¡Con lo bien que me lo había pasado la noche anterior, jó!

Había en el parquecillo del vecindario un coche viejo que Percy y yo decidimos que estaba abandonado, y con la ayuda de un par de colegas procedimos a buscarle una utilidad, que fue convertirlo en objeto de nuestras atenciones, de cuyo trance no salió muy bien librado. El dueño, averiguadas nuestra señas y plantado ante mi padre, insistió en que de

abandonado nada, y que el estropicio que habíamos hecho con su auto era inconcebible. Pobre *Daddy*, con lo mal que andaba nuestra economía a la sazón.

Andando los años buscaría el modo de aprovechar nuestras buenas mañas en el arte del desguace, como se verá.

¿Tres? ¿Qué han sido *tres* las anécdotas? Pido perdón.

Segundo matrimonio, gestado en algún *singles' bar*. Una calamidad. Madre con hijo cabronazo e imbécil rebotado, mequetrefe, mimado y lo peor: lo bastante mayor que nosotros —me refiero a Percy y a mí— como para hacernos la vida imposible. Mi padre era viajante por esos días, y por si eso no fuera suficiente, andaba consumiendo anfetaminas a todo meter. Peleas con el hermanastro, palizas de la madrastra, regresaba mi padre, y palos a la madrastra. Y vuelta a empezar. Un maldito tiovivo de agravios que a nadie alegraba el corazón. Y yo el más tontico, el último del escalafón, ¡me cachis en los mengues! Resultado final: Madrastra e hijo arrojados a la calle a la nieve de Minnesota en una noche negra que fue luminoso amanecer para mi hermano y para mí. Y fin del cuento. Llamadme insensible o lo que os dé la gana, pero yo esa noche… no sé esos dos, pero yo… ¡fui más feliz que un beato! Y del Percy ¿qué os voy a decir?

Entretanto el doctor, o sea, mi abuelito, se divorció y se casó con su largamente amancebada secretaria. Matrimonio de precisión de relojería fue aquél. Sally, la nueva esposa, una vez que se vio instalada de firme en la familia de la uve doble puede decirse que fue más papista que el Papa, llevando todo el paripé del clan, dejando así al médico las manos libres para rajar a todos los perros que tuviera que rajar allá en los recesos de su laboratorio. Sobreviviría al esposo en más de diez años, y fue a todos los efectos mi verdadera abuela. No así, de seguro, para mi padre, el hijo predilecto, la niña de los ojos, aunque era niño, o más bien hombre ya, de la primera Mrs. o Dr. —pues hasta el título del esposo gustan de adosarse las *yanquisas*— O. H. Waldenstone.

La esposa divorciada, abandonada como un trapo viejo y rota el alma, sólo tiene a su

hijo Olin que la saque algún fin de semana al teatro o a cenar. Murió de pastillas, legando el bulto de sus posesiones al amado y gentil protector primogénito. El testamento se sostiene, inquebrantable, por mucho que los hermanos bregaron, uña y diente, para que se anulara.

El documento en cuestión llevaría, no obstante, una cláusula muy particular: Que los fondos serían administrados, hasta el final, por un comité o *trustee board*, quienes determinarían cuánto había de recibir en cualquier momento dado cada uno de los tres herederos nombrados en el testamento: O. G., y sus dos hijos, Percy y Erik. La razón: que la difunta consideró que era lo mejor para su hijo. ¡Y tanto!

No me extrañaría que esto —el no poder recibir "el mogollón" de un golpe— indujera al menos uno de sus internamientos en el psiquiátrico. Es que no era para menos.

Pero será mejor que me deje de cavilaciones y vuelva a lo que iba. La historia, queramos o no, tiene que continuar.

Nuevamente Olin se casa, por agencia matrimonial esta vez. Si es por nosotros, los chiquillos, o simplemente porque anda salido de madre, eso nunca se sabrá. Su nueva esposa es una viuda, medianamente adinerada, con cuatro retoños. Se cuenta que a su marido le dio el patatús mientras veía béisbol en la tele, escuchaba béisbol por la radio, y hojeaba un periódico con más de lo mismo: béisbol. Un auténtico Homer Simpson.

Olin liquida casa, abrigos de pieles y toda la pesca, y con su nueva familia de ocho miembros, y aparejando cuatro o seis baúles —dos de ellos de libros y discos de jazz— y una tribu de maletas, abandona América para no volver jamás.

Yo llevaba tres meses obligado a ver clases de español por la televisión. Aprendí una palabra, 'hoy', a lo mejor porque sonaba a exclamación. Corría la primavera del año 1958 y yo tenía ocho años recién cumplidos.

Capítulo 2. Cataluña

[TEXTOS II]

Compara la religión con la mirada fija de asombro e incomprensión de tu hijo. A ver en qué se queda.

— — —

Yo tuve una crianza tan laica como es posible tenerla. Mis padres eran protestantes ateos, aunque esto no era ninguna abrumadora obsesión con ellos tampoco. Durante años permanecí desapercibido de que esto fuera una peculiaridad. [...] Cuando finalmente me topé con personas que hablaban de religión, se me despertó la curiosidad. Yo supuse que estaban locos y mis padres confirmaron la hipótesis. Pero en Minnesota los religiosos representan una gran mayoría, [...] y cuando por fin aprendí algo por mi cuenta de nuestro mundo local, pronto decidí que mis padres estaban locos también, y a la edad de dieciséis años había llegado a la conclusión de que todo el mundo estaba como una chota, contándome a mí mismo entre los primeros.

Entonces conocí y me enamoré de la filosofía. ¡Pensar que alguna vez habían existido personas que hablaban rectamente y con sentido común! Si ellos escribieron como yo pensaba entonces yo debía de ser uno de ellos, y durante dos o tres años viví en un torbellino frenético de embrujado estudio y especulación. Pero se desgastó mi entusiasmo. Ellos iban bien encaminados pero, si te lo pensabas un poco, nunca llegaban a ningún lado. En realidad Nietzsche, quien sólo se dedica a destrozar a los demás, tachándolos de locos, tenía más sentido común que ninguno, pero estaba engañado en su propia auto-estimación. Se me pasó el romance aunque seguimos siendo amigos.

Yo iba a conocer un amor intelectual más, el último para mí, y fue con la filosofía y los escritos religiosos de la Iglesia Católica. [...]

* * * * *

En Nueva York nos embarcamos en el transatlántico *S. S. Constitution* con destino Barcelona y que hacía escala en Casablanca, Las Palmas de Gran Canaria y Málaga. Las casi dos semanas de travesía fueron una juerga padre para los seis chiquillos y sin duda la mar de románticas para los recién casados en segundas y terceras nupcias. Sheila llamaremos a nuestra nueva madre. El nombre de la anterior era Doris, si lo queríais saber, y concedo que su hijo a lo mejor no era tan imbécil de rebote como afirmé, aunque a mí me lo pareció desde luego.

Sheila era esbelta, toda una dama, y una sargentona para con sus cuatro hijos, tres niñas y un niño, Bret, el chiquitín. Los llevaba como un palo de tiesos. Se tuvo que enfadar con frecuencia con mi padre por lo extremadamente liberal y permisivo que era hacia nosotros, pero... ¿qué podía ella hacer? ¡Ajo y agua, señora! En sus tratos con nosotros dos era buena —o justa— y respetuosa, y debió de querer bien a mi padre. Yo guardo buenos recuerdos de ella, sobre todo después del calvario que pasé con la anterior. Una nativa de Minnesota ha de tener mucho valor para dejar todo lo americano atrás y lanzarse a lo tonto y a lo loco al viejo mundo, sobre todo a la España de Franco, sin billete de vuelta ni garantía alguna de conseguirlo. Por si esto fuera poco, tenía que velar por sus cuatro polluelos además de los tres chalados con que había decidido unir su destino. Y de castellano, ni papa. Yo creo que estaba convencida de que nuestra estancia por estas raras, peregrinas tierras iba a ser cortita, como una luna de miel en plan algo bestia o qué sé yo, pues ningún americano en sus cabales deja por excesivo tiempo su nido… y total, Barcelona —ahí está el mapa— no está tan lejos de París. Oh lá, lá.

Mas los enigmáticos planes que bullían en la cocorota de Olin no se aproximaban, ni en años luz, a las ideas e ilusiones de esta Sheila, americana del “sexo débil”.

La pobre pronto caería en los anales de la memoria familiar como la “Patitas de gallo”, pues de todas las mujeres que mi padre llevó ante el altar era ella la que contaba con más años.

De los hijos, ninguno era engreído ni criado con mala leche, como en el funesto enlace anterior. Las tres mayores eran, dos de ellas, mayores que yo, y Clare, la tercera, sería de mi edad; y al gracioso de Bret ya lo he mencionado. Es divertido tener hermanillos chicos, aunque sea sólo por un rato, porque siempre están haciendo tonterías. Durante la travesía en barco yo me enamoré de Clare y por unos días no dejaba de lanzar miradas anhelantes y aún lascivas a su litera en nuestro camarote, que era el de los cuatro más pequeñajos. Por desgracia, o mejor dicho por suerte, ella no me reciprocó —¡uy, qué fatiga si llega a pasar algo!— aunque nos llevábamos bien. En fin, pelillos a la mar.

Tal vez Freud tenga algo de razón en sus disquisiciones, pues me asalta, o asaltaba años ha, la imagen de estar espiando a mi madre, la verdadera, en la cama con mi padre, desnuda y felizmente despreocupada, y me atrevería a decir que la libido ya me jugaba pasadas a los cuatro años o así. Traigo esto a colación al considerar la situación de mi padre, escapándose de su némesis paterno a tierras extrañas, tierras franquistas, con dineros edípeos además de otros adicionales de terceras nupcias tras ser viudo de suicidio; dos suicidios casi simultáneos y precisamente de sus dos seres más queridos: Su madre y su amor carnal primero.

Me diréis que hago mal y arruino la historia con estas extrapolaciones, pero yo escribo lo que se me viene a la cabeza, siempre y cuando lo considere pertinente. Si hiero vuestra sensibilidad de público lector, pido clemencia.

La travesía, reitero, fue indescriptiblemente maravillosa. Tristes tiempos los actuales para el viajero. Cruzará mil veces el charco, y disfrutará de los placeres de esta o de aquella orilla, pero esos días en que viajábamos y vivíamos y nos divertíamos de lo lindo a bordo de aquellos transatlánticos de pasajeros, esos, ¡no volverán!: Juegos en cubierta, piscinas, jugar

al escondite, el pilla-pilla, o *cops 'n' robbers*, por los pasillos. ¡Seis niveles o puentes, seis! En una ocasión —vívido recuerdo es éste— asusté a mi hermano, esperándole agazapado tras una esquina… ¡¡¡Bú!!! Y su sorprendente e instantánea respuesta, puro acto reflejo, fue soltarme un bofetón tal que nunca más me he atrevido a repetir la faena. Y más y más memorias fluyen, apasionantes, a mi mente: Mi hermano y yo correteando por todo el transatlántico, asustando a las hermanastras, e hinchándonos de comer mientras medio barco está vomitando por culpa de algún temporal de mar… Cenas, bailes de disfraces, competiciones de mil colores y sabores. Yo gané un "Premio del Capitán" al tronco engrasado, batallando con globo de pellejo de tripa sobre la piscina. Si mal no recuerdo a mi padre le dieron el galardón supremo al mejor disfraz, pero que me maten si me acuerdo cuál era; probablemente de vagabundo, sí, de vagabundo. Que ni pintado, vamos.

En Casablanca fuimos al zoo. Siempre que había un zoo, allí había que ir. Tenían, cosa insólita para todos nosotros, y no de muy buen gusto para sensibilidades occidentales, perros, perros de todas las razas, metidos en jaulas. Y después estaba el cementerio del zoo, con los nombres, y acaso una foto tras un vidrio, de los animales fallecidos. Naturalmente visitamos la cašbah o zoco y vimos y nos codeamos con miles y más miles de musulmanes, todos pululando por ahí con sus enormes, complicados bultos. Y de los incesantes, insufribles acosos de los mendigos no digo nada ni me quiero acordar, que ni al pequeñito Bret lo dejaban en paz.

La fotógrafa era Sheila, siempre Sheila, pues era la única con conciencia plena de turista, no de viajera. Para ella la emoción —si alguna pizca de bueno podía derivarse de aquel infierno— habría de venir luego, en la tranquilidad del hogar en el *suburb*, al mostrar a las atónitas, envidiosas amistades la evidencia gráfica de su exótico y exquisito viaje, su *sojourn abroad*, sin faltar los rollazos en plan ultra-esnob que te suelen largar esas señoronas durante las interminables sesiones de fotos. Puáj.

Las Palmas de Gran Canarias: el ideal de ciudad tropical. En Minnesota, como sabéis,

no tenemos palmeras, así que nuestra llegada al bello puerto isleño aquella mañana fue como entrar, por arte de magia, en una postal. Sé que suena cursi, pero así fue: de postal.

Una vez allí no me acuerdo de lo que pasó, excepto que seguro que mi padre le preguntó a algún guardia que qué se podía ver, y éste o no encontró nada que aconsejarle o no le entendió. El caso es que nos lo pasamos mayormente sentados en las cafeterías al aire libre.

Mirando atrás, precisamente a nuestra brevísima visita a Las Palmas, me doy cuenta de cuántos miles de refrescos y colas nos bebimos mi hermano y yo a lo largo de nuestra infancia: por cada vino, cerveza, o copa del padre (o dos, o tres), y que no fueron pocos ni parcos los ratos sentados en bares… un refresco. Hábito dipsómano de difícil, de imposible erradicación.

De mi primera estancia en Málaga no guardo ni el menor recuerdo, posiblemente por quedar superpuesta por múltiples retornos. Luego, da la curiosa casualidad de que, leyendo a Hemingway, *The Dangerous Summer,* descubro que el *S. S. Constitution,* en que él viajara al año siguiente, o sea, 1959, atracó, no en el puerto de Málaga, sino el de Algeciras. Así que no sé si fiarme más de mi memoria o del libro póstumo del célebre autor, o que los dos hechos sean ciertos: Algeciras para Ernest, Málaga para mí, Erik. Y más pelillos a la mar.

Barcelona. Enooorme. Muelles, taxis, gente, gente, gente. De lo que hablaban ni papa, nada de nada, *res de res*. Y a mi padre por guía, no veas. Nos instalamos en el primer piso, o sea, el *entresol* (o uno de los *entresols*, pues solían venir a pares, como la pareja de la Benemérita), de un hostal en la Plaza Real. Esta maravillosa y vital plaza encuadrada en regios y arcaicos arcos era por aquel entonces un lugar seguro, sanote de visitar y transitar. Sin chorizos navajeros, quiero decir. Hallábase por lo general colmada de palomas, y siempre estaba allí el viejecito del carrito de las golosinas, que además de las chucherías para nosotros los críos vendía alpiste para aquellas aves urbanas. El único verdadero peligro lo constituían las sillas de los cafés, las cuales volaban por los aires al anochecer por iniciativa e impulso de los muchos marineros yanquis, que por esos días aún llevaban los

uniformes blancos con sus circulares gorras, y era cosa de ver, tan borrachos y tan amantes de trifulcas y pendencias. Toda la familia nos pasábamos nuestras buenas horas de entretenido espectáculo asomados a los balcones. Sheila, con todo, no consideraba que aquellos furibundos follones fueran edificantes para unos ojos tan tiernos y cándidos como los nuestros. Después aparecía un jeep con cuatro MPs de color y deshacían el tinglado entre pitidos y cachiporrazos y aquí no ha pasado nada, señores. El hotel estaba justo encima del entonces llamado Tobogán, un restaurante autoservicio. Como se podía comer por los ojos fue siempre el restaurante favorito de los seis hermanitos. De Sheila también, seguro, aunque ella tenía que hacer como que estaba de parte de mi padre en eso de tener que irnos al quinto pino en busca del cuchitril más estrafalario del barrio chino barcelonés y hacerse el lío padre con el menú y con algún camarero, y luego ya ves, te sirven lo mismo o peor, y menos. Y más feo.

Barrio chino. ¿Y dónde porras estaban los chinos? Un buen restaurante chino como alternativa al Tobogán habría estado bien. Pero ni eso.

España no se había americanizado todavía. Quiero decir que no se comía a lo étnico, como ahora. En aquellos días ibas al restaurante y para de contar, y que no era moco de pavo para los nativos. Nada de extravagancias ni extranjerismos: una sopa (de sobre o cubito, si acaso con un hueso blanco de jamón para darle cuerpo y sabor casero), un huevo frito (en singular), patatas (anegadas en aceite refrito), un filetito, una ensalada… lo exótico era que dijeran que el arroz era “a la cubana” o la ensaladilla “rusa”. Y más curioso todavía es... ¡que lo siguen haciendo!

La asignación pecuniaria de los sábados —nuestro *allowance*, o, como suelen llamarlo los jóvenes de hoy: “la paga”— para mi hermano y para mí era de cinco pesetas, uno de esos billetitos verdes. A los hermanastros creo que su madre les asignaba siguiendo una complejísima escala que tenía en cuenta la edad del receptor y las marcas negativas o —más raramente— positivas, por el comportamiento, que el sujeto acumulaba a lo largo de la

semana, deduciendo fracciones de negativos anteriores, todo lo cual llevaba ella bien calculado y apuntado en su libreta al efecto. Lo que sí es seguro es que mi padre hacía todo lo posible por que ella no estrangulara excesivamente a ninguno de ellos en lo económico. De todas formas la Clare —¿o era Bárbara la remilgada?— se sentía lo suficientemente montada en pasta como para despreciar las perras chicas y aún las gordas, a veces (si era sábado o domingo), y se ponía a tirarlas por la calle. Mi hermano mayor Percy bien que sabía ir detrás, remolón, recogiéndolas. Pues no era nadie el Percy. Decía:

—Ya está la Bárbara tirando el dinero. Mírala, la chalada —pero en inglés, claro.

Cada mañana barcelonesa, la misma cantilena:

—¿Adónde vamos hoy?

—¡Al zoo, al zoo!

Siempre al zoo. Y ahí íbamos, dos veces por semana como mínimo. También me gustaba pasear con la familia por las Ramblas, sobre todo en la zona medio-alta, la de los animales, y naturalmente alimentar las palomas en la Plaza de Cataluña, que supongo que eran las mismas, o casi, de la Plaza Real.

Después estaba el Pueblo Español, aquel recinto turístico de tanta solera en Montjuich. Yo quería un traje de torero, un traje de luces. De veras que se me metió esa manía. Pero nunca lo vi cumplido, menos mal. ¿Adónde iba yo con eso… a poner el pan barato? En el Pueblo Español vimos, entre otras cosas menos memorables, soplar el vidrio candente y cómo convertían la ardiente masa en piporros, floreros, jirafas u otros chismes cristalinos.

Visitamos el museo arqueológico y el parque de atracciones, claro, que también se hallaban en el mismo monte. Lo uno era para los mayores más bien, pues no había más que trastos antiguos y piedras, al menos para mis jóvenes ojos, y lo otro para los chicos, con tantos caballitos o "*rides*" y algodón de azúcar y bullicio. Una feria vamos. Mas mi padre dijo que una y no más, Santo Tomás, que no habíamos venido a España para estar siempre de feria y jarana. Claro que no lo dijo demasiado en serio. Un museo que agradó por fin a

niños y a mayores fue el que estaba en la puntitica de arriba del monte, mirando hacia el levante, al mar, para la defensa de la ciudad condal, y era enterito de armas: cañones (algunos en su sitio, listos para cargar, casi) modernos y antiguos, de tierra y de navío; todo tipo de pistolas, escopetas y arcabuces; arcos, ballestas (¡que cosa más chula la ballesta!) y flechas, picas y lanzas, maquetas de estrategias y batallas famosas; uniformes de diversos cuerpos y épocas; y lo más estupendo de todo: ¡armaduras! Auténticas armaduras de cuerpo entero, de la cabeza al dedo gordo de los pies. ¡Y qué chiquitillos que eran la mayoría de los hombres en aquellos tiempos! Tenían que ser casi de mi talla, o la de Percy a lo más. ¡Debían pasarlas canutas en el verano! Mientras estas cosas mirábamos el calor ya nos achicharraba a nosotros.

Ningún sábado por la noche de las que estuvimos en Barcelona nos perdimos la Fuente de las Maravillas, con su música y sus potentes haces de luz, como focos antiaéreos, y la esbelta silueta de la *Generalitat* al fondo.

Y luego estaba el pequeño museo Picasso en la calle Moncada, que ya entonces debió de existir gracias, creo, a Sabartés o a Ramón Sitjés, amigos del pintor. ¡Y por qué me hago el sabihondo yo aquí, jolines, si el chavalillo aquél nada sabía de las andanzas catalanas del ilustre malagueño!

De Gaudí no me enteré por aquel entonces salvo que vi la Sagrada Familia, con menos torres pero igual de impresionante que hoy. El Parque Güell debió estar cerrado, o seguro que me habría encantado, con sus casitas de cuentos de hadas y puestos de chucherías y todo eso. Mi padre quedó más que suficientemente maravillado del genio de Gaudí, y lo tuvo en la boca, mentándolo, por años.

Olin G., dentro de ser muy suyo, se convertía al viajar en el perfecto turista cultural que no se puede perder nada. Eso sí (menos mal): sin cámara de fotos. Nos llevaba casi religiosamente a todos los sitios monumentales que las guías turísticas recomiendan. Para unos críos como nosotros resultaba una paliza rayana a veces en lo mortal, pero en el cuerpo

lo llevo, como dicen, y aquí adentro se lo agradezco mucho, mucho. A lo mejor las piernas también.

Llevaríamos un mes en Barcelona cuando mi padre entró dando grandes brincos en el hostal, emocionadísimo que estaba, anunciando que había alquilado un caserío o masía en medio del campo, que se hallaba al sur del entonces pueblerino Mataró, como a tres kilómetros, al que se llegaba primero por un camino para carros tirados por burro y después, torciendo a la izquierda, por un estrecho sendero entre tierras de labrantío. Imaginaos, así como de refilón, el alegrón que le debió de dar a la Sheila la patitas de gallo, la yanquisa. Los niños sin embargo estábamos rebosantes de contento.

El caserón, antes de llegar propiamente a la puerta principal, tenía, como pronto veríamos, una larga tapia que encerraba un deleitoso huerto de árboles frutales todito para nosotros, y ante la fachada principal de la masía, dentro de un parquecillo o área recluida de verdor, ornaba el acceso a nuestro hogar un vetusto estanque curvilíneo habitado por ranas, renacuajos, salamandras y carpas doradas, sin mengua de frondosa ova y nenúfares, y por supuesto las omnipresentes libélulas, que en inglés se llaman *dragonflies*. A Clare, que no era amante de bichos, le producía puro pánico el paraje. Su madre tampoco se acercó nunca allí, que yo sepa. Naturalmente, no faltó quien se prestase graciosamente a llevar las ranas y otras sabandijas dentro de la casa para que no se perdiera nadie aquellas múltiples maravillas naturales.

Antes de la partida compró Olin un coche… ¡y vaya armatoste de coche que le vendieron! Necesitábamos, estaba claro, un vehículo donde cupiéramos todos, y acabó pagando la desorbitada cantidad de cuarenta mil pesetas por un viejo Citroën negro del ‘39, techo cuadrado de lona, antiguo taxi barcelonés. El capó del motor abría lateralmente, y la tapa del radiador erguíase prepotente en la punta de delante, frecuente surtidor, o géiser, como si de una locomotora se tratase, de vapor de agua. Como está mandado. Se tenía que arrancar las más de las veces y bajo las más adversas circunstancias con una manivela que

se insertaba debajo del parachoques delantero. Pero lo mejor era el interior: conservaba los cristales corredizos que separaran en su tiempo al taxista de los viajeros, así como dos asientos en la parte central que se levantaban del suelo y miraban hacia atrás, en ángulo. Las placas de la matrícula tenían una B y muy pocos números detrás, no más de cuatro desde luego. *Okay*, cinco, a lo mejor.

Una de las clásicas extravagancias de mi padre. En el plazo de un año llegaría a pagar en reparaciones más del doble del coste inicial. Buenoooo… qué digo yo… ¡muchísimo más!

Partimos, pues, a ocupar la masía. Debieron haber invertido algún dinero para hacerla habitable y dejarla bien limpia y todo en orden antes de nuestra llegada, pues no recuerdo ningún *shock* cultural de las melindrosas hermanastras, y ni tan siquiera de Sheila. Bien es cierto que ella pudo disimularlo ante nosotros, sacando fuerzas de flaquezas, como dicen. Mas sobrevivieron todas. El caso es que entre el estanque, los frutales —rondaba el tiempo veraniego, y teníamos fruta y limones en espléndida profusión— y todo el campo que nos rodeaba, los niños estábamos prendados, y mi padre en la gloria Hemingwayiana. No veas cuando descubrimos el sótano, perfecto paraje para futuras exploraciones, el cual escondía cascos de la época de la guerra civil y mil otros artilugios, chismes y cachivaches.

El granjero que vivía con su cuantiosa familia a medio camino de la carretera de carros era como un apéndice postremo de los antiguos siervos de la gleba, que trabajaba para el señor de estas tierras. Él nos hacía los cuidados de jardinería y horticultura y las reparaciones en la masía, con toda abundancia de reverencias, y nos hacía humildes donaciones de tomates, lechuga fresca, etc. Sus niños —algunos de los muchos que tenía— se hicieron compañeros de juego nuestros mientras el padre ayudaba al mío a aprender la lengua, el catalán.

Otra cosa maravillosa que hizo la familia de payeses fue regalarnos un cachorro de una combinación de mixto-lobo con alguna otra raza de menor talla, acaso perro de caza, que se convirtió bien pronto en nuestro íntimo amigo de aventuras y andanzas. Hasta a la escuela

nos habría seguido de no acostumbrarlo a que se quedara en casa. Qué noble y qué inteligente, Tarzán, nuestro Tarzán amado.

Una lechera gorda, y cuando no, el marido flaquísimo, venían en bicicleta, una tina enorme de latón a cada lado de su “burra”, con leche de vaca ordeñada del día. Yo estoy convencido de que ninguno de nosotros se hizo totalmente a esa leche, que había que hervir, y que nunca supo a la leche pasteurizada que antes, como ahora, estábamos hechos a beber. No señor, no me gusta ni recordarla, y eso que la hube de beber por una pila de años. Y la de cabra luego, que tenía un gusto todavía peor.

Gozábamos de pleno acceso a los frutales del huerto, lo mejor de lo cual era el puro placer de trepar a ellos, con Bret, haciendo encabritarse a la madre. La masía, el edificio en sí, era enorme. Mi lugar favorito, claro, era el sótano. Además del casco, que era al estilo alemán, o sea, franquista, y nos servía de juego, aunque mi padre nos decía que tuviéramos cuidado de no lucirlo fuera del recinto, que “era muy peligroso”, encontramos hasta balas; pero nunca pudimos hallar ningún rifle, me cachis, ni siquiera arruinado.

Por los senderos entre sembrados, yendo hacia el este llegábamos zigzagueando, y tras cruzar una carretera y el ferrocarril, a una pedregosa playa donde siempre hacía bastante oleaje. Yo ya sabía nadar, aunque nunca tan bien como mi hermano Percy, que siempre me superó en todo, porque lo habíamos aprendido en los campamentos de verano de Minnesota. Recuerdo incluso el sistema: en la orilla hacíamos un corrillo y nos dábamos las manos, así como en un círculo de seis a ocho niños. Estaba prohibido soltarse, pues el que lo hiciera primero era un gallina. Empezaba una canción, y tararí-tarará dando vueltas y vueltas nos íbamos metiendo en el agua, tararí-tarará hasta que ya no tocábamos fondo y todos salíamos corriendo como mejor pudiéramos fuera del agua. ¡Y ya está! Eso sí: al Tarzán no le hicieron falta esas memeces. Desde el principio él se lanzaba directamente al agua y hala, a coger el palo.

O. G. era generoso de mentalidad pero algo apretado de bolsillo, lo cual explica el

siguiente incidente: decidimos que le podíamos ahorrar un poco de dinerillo haciéndole cigarrillos con las puntas que se iban dejando él y Sheila sin fumar del todo, envolviendo el tabaco en papel de nuestros cuadernos. Así recorrimos los alrededores en busca de colillas, principalmente de ellos dos (por esos días era rara la americana que no fumaba), pero también encontramos suculentas vetas tabaquiles de los cardo-gallina, Ideales con papel amarillo de cebada, del hortelano, y quién sabe, colillas que hasta pudieron datar de la guerra civil; orgullosamente se los presentamos, y él, muy ceremoniosamente, se puso a fumar uno de estos "pitillos" caseros. Como pudo y con muy buenas maneras nos advirtió, empero, que no era demasiado bueno para el fumador aquello, pues se concentraba todo lo más nocivo al final, y que por eso se tiraban. Además, que a cada fumador le gusta un sabor diferente. *C'est la vie*. No nos mencionó lo rancio que se vuelve el tabaco añejo, ni el escozor del humo de papel de libreta, ni que él fumara "rubio", etc. No sé, la verdad, cómo no reventó de la primera calada.

En septiembre nos apuntó mi padre a la escuela pública de Mataró, un viejo edificio de estilo y muros monacales. Para entones sólo estábamos Percy y yo con mi padre, pues Sheila, según supe poco después, se había negado a tener su quinto bebé, que resultó ser niña, en España, pues "aquí no había médicos", según ella. Seguro que ella simplemente quería que todos volviéramos a América. Nunca caló bien a mi padre. Éste cogió tal berrinche con su excusa que la largó rápido para su tierra, con toda su prole. Divorcio por poderes y sanseacabó. Eché mucho de menos a esos cuatro fugaces hermanastros —iniciáticos con nosotros por tierras extrañas— y además tengo en América una hermana a la que nunca he visto, y de quien tengo noticia de que quisiera llegar a conocernos a Percy y a mí.

Con la llegada de las lluvias y el barro empezamos las caminatas a la escuela. En clase, al maestro se le antojó practicar diariamente sus veinte palabras de inglés con nosotros. Las lecciones se impartían rigurosamente en castellano, y en el recreo, que es, como todos

saben, la mejor parte de ir a la escuela, lo que reinaba para entendernos con los compañeros era el catalán. Eso tras la semana inicial de quedarnos los dos hermanos pegados como lapas el uno con el otro contra el protector muro del patio. Luego fue fácil hacer amistades, pues concurrencia no nos faltaba. Y comenzamos a volver caminando a casa con los nuevos amiguitos que vivían en el poblado de Poble Sec, el cual carecía de electricidad y agua corriente, y fuimos aprendiendo catalán infantil. A veces nos llevaba un carretero sobre la paja, o incluso bajo el toldo, de una tartana. ¡Ajá!

Nuestro *Daddy,* O. G., lento pero seguro, fue haciendo progresos en su castellano, la única lengua que se permitía en público, mayormente bajo el tutelaje de su mecánico, que es donde él se pasaba la mayor parte del tiempo en el pueblo, si exceptuamos la taberna. El monstruo, que así llamábamos al coche, estaba siempre en reparación. Dicho cacharro, cargado de años, más su dueño, cargado de vino del Penedés o copitas de coñac, conformaban entrambos la mayor atracción del pueblo. Y no tenía pelos en la lengua, tampoco (el hombre, no el monstruo), pues dicen que el vino hace decir las verdades y lo que sea, aunque sea a lo raro. Cuenta él que un día entró en una tiendecita o colmado, donde tras el mostrador se hallaba una niña joven, a la que le dijo “en su mejor castellano”: —Quiero comprar TÉ —y que la niña se adentró corriendo por las habitaciones interiores y se abrazó desesperada y llorosa a su madre. No sé si sería un chiste que se inventó por puro juego de palabras —muy ocurrente él— o que de verdad pasó, pero él lo contó hasta la tumba, que esa niña creía que un enorme tío estrambótico quería comprarla. Y que su español había sido intachable, naturalmente.

Sus excesos con el alcohol comenzaron a manifestarse en hechos externos, o extraños —creo que para él eran sinónimos—, como cuando, con el monstruo recién sacado de una estancia particularmente extendida con el mecánico, él hizo un giro a la izquierda y la vía, en lugar de calle, resultó ser una escalinata, y no corta ni escasa en desnivel. Frenó, claro, muy al comienzo de la cascada, pero para qué, si ya no le quedaba otro remedio que seguir

bajando hasta el final e irse a patita en busca de la grúa. En otra ocasión (esto, os advierto, no me lo vais a creer, pero yo estaba dentro del vehículo y para qué habría de engañaros), iba conduciendo bastante piripi por las calles de Mataró, y hete ahí que le da un topetazo en un cruce al guardia del pito, y lo lanza contra la esquina de enfrente. Viene el agente, furioso, y tras tres o cuatro intercambios en "español", más algún que otro taco en catalán sin duda, con este forastero y su espantable carromato, se disculpa y pide perdón por ser tan torpe, que hacía mal en estar ahí en medio, descuidando su trasero. Ya os advertí que no me creeríais.

Era O. G. profundamente apolítico, al igual que arreligioso; ¿Cómo explicarse si no, y muchas veces me lo han preguntado, a un americano tan a gusto y a sus anchas bajo Franco? La verdad es que un americano era muy bien tratado por aquel entonces, no sólo por los municipales, como queda arriba ilustrado, sino también —y muy especialmente— por la Guardia Civil. En todos los años que él estuvo aquí no tuvo ningún percance con ellos, y eso, diréis, es simplemente asombroso. No creo que los tuviera Percy tampoco, y yo sólo una vez, ya con veintitrés años y llevando muy mala pinta, en circunstancias poco halagüeñas, en las postrimerías del Caudillo. Yo no estoy defendiendo el antiguo régimen, ni tan siquiera digo que esto no fuera injusto, pero la cosa era que si tú no te metías en líos, y sobre todo si eras extranjero, hasta te defendían. O. G. tiene un capítulo entero de sus escritos dedicado a Franco, escrito no como alabanza ni como crítica. Bueno, algo de alabanza hay, sí, pero al hombre, no al régimen, y menos aún al fascismo. Simplemente elucubraciones. Es algo curioso que se haya logrado resucitar el prestigio de una institución como la Guardia Civil, tan extremadamente aborrecida antaño por tanta gente, hasta el punto de que hoy se la respeta y quiere, Roldanerías aparte… casi un milagro. Ojalá pudiera pasar en países como los EE.UU. eso de apreciar a las autoridades policiales. Pero no pasará, no. Allá no se respeta nada, tanto menos si es público.

Pero volvamos a nuestra historia. Llegó el día en que el dueño de las tierras y del

caserón decidió subir el alquiler: se acercaba nuevamente la estación turística. Así que nos subimos mi padre, Percy y yo, Tarzán y nuestro gato anaranjado en el monstruo y nos encaminamos al sur, a la verdadera España. Los baúles fueron por ruta distinta, más segura. Y rápida.

Nuestra odisea merece capítulo aparte.

Capítulo 3. Hacia Almería

[TEXTOS III]

Desde la muerte de Felipe II, famoso por su Armada, si no antes, digamos 1500 más o menos, tras Fernando e Isabel, que fueron los primeros en unir España (claro que en esos días todo el mundo andaba desorganizado), el Estado no tenía ningún poder central y éste, deteriorándose. Desde 1808 estuvieron metidos en continuas guerras civiles. En la Penibética de Andalucía los bandoleros mantuvieron una romántica y gallarda soberanía sobre las vidas y el dinero desde el desmembramiento de la hegemonía mora, sin oposición, por casi quinientos años. Y generalmente los oficiales del gobierno eran menos honrados que los bandidos y desde luego carecían de su desenvoltura y estilo, fraccionados en diferencias regionales que ocasionalmente desbarataban, casi, su avaricia personal, además de los candidatos a monarcas enfrentados y las muchas ideologías. Todo se perdió. Os acordaréis que España había sido Mister Grande en Europa y en América por algún tiempo, pero en 1898 la armada U.S.A. los aplastó como en una hora, y *eso* no fue nada divertido. “Pueden disparar a discreción, Gridley”.

Los años treinta fueron duros, probablemente con menos prosperidad y definitivamente con menos esperanzas que en ninguna otra parte. Eso no es así hoy.

Bajo la dictadura fascista cientos de millones de turistas extranjeros han viajado y tomado sus vacaciones en España, y no sólo los reporteros hostiles. Los turistas vienen porque es fantástico, el mejor sitio. Esto es así en gran parte por la gente, que es feliz, amistosa, abierta, y libre. Aunque la mayoría de los turistas estaban también preparados para ver y horrorizarse de los amargos resultados de las duras presiones y meteduras de pata del gobierno, así como las medidas represoras de la Iglesia. Seguro que lo tienen escondido en algún lugar. Para cada visitante que tuvo algún incidente por lo menos cien de ellos trajeron problemas consigo, pero no los pudieron hallar en la España bajo Franco.

* * * * *

Milagrosamente logramos atravesar Barcelona de un agonizante tirón, por toda la Diagonal. Pero de ahí a Tarragona nos llevó una semana, a veces achuchando el coche hasta el próximo pueblo, o hacia atrás al anterior, si considerábamos que estaría más cerca; y no era precisamente un seiscientos, como ya sabéis, ni el humor de mi padre era el de un fray Leopoldo. O bien teníamos que adelantarnos unos kilómetros a por agua, o gasolina, o aceite, o las tres cosas, o llamar a la grúa, si es que disponía el pueblo de marras de tal bienaventurado dispositivo.

En Tarragona se tiró el monstruo en la enfermería tres semanas, necesitado, para no variar, de piezas. Mi padre estuvo entusiasmado con la ciudad y su glorioso pasado romano, en el cual había sido mayor y con más habitantes que la ciudad moderna. Aún es endémico del lugar el pánico ante cualquier proyecto de construcción o reestructuración urbana, pues a la primera palada o antes ahí que te vienen los arqueólogos a paralizar las obras por seis meses, si no es que deciden, cuando ya estás a punto de construir tu nueva casita, declarar el lugar patrimonio artístico-histórico nacional. Y está muy bien que hagan eso. Yo hoy estoy escribiendo estas líneas en Granada, enfrente de un solar en el que el ayuntamiento quiere extender su edificio, y no lo hacen porque primero han de venir los arqueólogos de la universidad. Y no lo harán. Y mira que los restos romanos, los enterrados al menos, les dan veinte mil vueltas a las ruinas árabes, a mi humilde modo de ver. De buena gana mi padre se habría comprado unos picos y unas palas y nos hubiera metido a los tres a cavar hoyos en alguna de las muchas explanadas de la ciudad. Menos mal que no le dio muy fuerte por ahí. Además, aunque acaso tuviera más razón que un filósofo, yo sé que no habríamos pasado precisamente desapercibidos, y ni al guardia civil más pro-yanqui le iba a caer bien que nos pusiéramos a expoliar los preciosos patrimonios patrios. Además… habría sido un crimen,

qué caramba. Claro que por aquellos días España era el país que más descuidaba sus tesoros arqueológicos. De penita-pena.

Visitamos las murallas, el teatro, la catedral de fachada trunca y calles adyacentes o barrio gótico; museos, catacumbas con las paredes alineadas de fémures y miles de cráneos paleocristianos (¿habrán cerrado esas catacumbas, que hace siglos que no he oído de ellas?); y bebimos montones de refrescos y comimos en todos los restaurantes con precios asequibles de Tarragona, sin olvidar, naturalmente, los de la zona portuaria, pasando la estación de trenes.

Finalmente, cuando ya iba pareciendo un sueño inalcanzable, nos entregaron el coche y pudimos proseguir la marcha.

Otra semana y llegábamos a Castellón de la Plana, donde sólo tuvimos que sufrir una estancia de tres o cuatro días, sin nada que ver, como no fueran nuestras primeras películas en español. También vimos —la guía turística, o mejor dicho la ciudad, poco más tenía que ofrecer— la típica barraca. Ya ves. O como se dice en Almería: —Y eso… ¿Qué eh lo que éh?

No sé cómo, ni lo sabré nunca, pero el caso es que llegamos a ponernos en Valencia, y desconozco igualmente cuánto tiempo y cuántas paradas nos costó, pero lo hicimos. Digno de mención… sólo Sagunto, que donde haya viejas ruinas allá va mi padre.

Valencia, civilizada ciudad. Dos incidentes: en la primera noche y durante la cena nos desapareció el gato del coche. Me refiero al vivo, al del color de las naranjas del lugar. Por mucho que misimisimos por debajo de las mesas exteriores de los cafés, nada: perdido. Para entonces el coche ya olía bastante mal por dentro, ¡y qué os diré de las pulgas! Seguro que un buen mordisco de la factura de las reparaciones saldría de lo que los mecánicos tuvieron que aguantar, tanto en su piel como en sus narices.

Si Tarzán echó de menos o no a su viejo compañero de fatigas nunca nos lo dijo, siempre tan simpático Tarzán, siempre la lengua fuera, jadeante, y la mirada atenta.

El segundo incidente tuvo que ver con las teorías sociológico/behavioristas de O. G. respecto a beber vino con las comidas. Una vez pedida la cena se le metió en la cabeza que Percy y yo teníamos que tomarnos un pequeño, o medio, vaso de vino tinto. ¡Uggh!

A regañadientes y con mucha cola mezclada, o tragada inmediatamente después, yo lo conseguí pasar, pero mi hermano, con sus diez cabezones años, se negó rotundamente. Ni tras una bofetada afuera, a la puerta del restaurante, cedió. ¡Qué cabreo el de O. G.! A lo mejor el gato vio lo que se repartía y por eso se dio el piro.

La teoría de mi padre de una "vacuna" contra el alcoholismo tenía ciertamente abundantes bases racionales, como gran parte de sus teorías, pero poco respaldo en la experiencia. Los años desvirtuarían totalmente su contención, aunque eso tampoco se puede aducir de nuestro caso, pues ni Percy ni yo fuimos nunca enófilos de manduca.

Hablando de cólera paterna: el epítome de mi padre, lo que los Joyceanos llaman su *epiphany*, para mí lo marcó, no un mimo, un gesto, una sonrisa… Nada de eso. Fue un soberano martillazo que se dio un día en el pulgar. Recuerdo el dónde, el cuándo y su grito, que fue un enfático:

—*Ouch! GOD DAMN!!!*

No tuvo lugar ni en Valencia ni en aquel restaurante el martillazo, obviamente. Lo inserto aquí así como para vindicar a mi hermano nada más. Llamémoslo justicia poética.

¿Lo tendrá todo el mundo… este mismo epítome de su padre? En fin… prosigamos.

En algún misterioso momento del viaje arribamos a Benidorm, y créanlo o no, Benidorm era en 1959 un pueblecito casi, casi normal... ¡de pescadores!

Proseguimos hacia el sur, y pronto… la bella Alicante y sus formidables palmerales. Dos recuerdos significativos, o al menos uno de ellos, aquí. Uno fue una tontería y fue dejar caer globitos llenos de agua sobre los calvos, mi hermano y yo, desde el cuarto piso de la pensión. Un globo tuvo el infortunio de dar en el blanco, jo jo jo. Nos cayó una regañeta gorda del conserje, y a continuación otra más leve del *Daddy*, la peor parte con el conserje

delante, pues en el fondo o le hizo gracia o al menos creyó que no era una fechoría tan descabellada, ja ja ja. Lo peor habría sido tener que ponernos a buscar otra pensión… ¡en Alicante! Ahí es nada.

Me doy cuenta, mirando atrás, de que debió de ser una hazaña encontrar pensiones que aceptaran perros; pero aquellos eran otros tiempos, y de todas formas lo más probable es que lo que hacíamos era que, en cuanto la ocasión la pintaran calva, ji ji ji, nos subíamos a la chita callando a Tarzán de contrabando. Menos mal que no era ladrador cuando no había que serlo; muy noble era él, pero no está de más ser algo somormujo de vez en cuando. Seguro que alguna vez nos libramos… por los pelos. Ju, ju, ju.

La última noche, de tres, en la hermosa ciudad de las palmeras, se trajo O. G. a la pensión a una mujer de un bar de alterne, la Candy, quien se apuntaría a la pandilla en su hégira meridional. Unos años después, no muchos, aprendí que la Candy tenía un novio en una ciudad del norte de España, de donde ella era oriunda, y que quería atraparlo en matrimonio mediante el expeditivo método de endosarle una falsa paternidad. Yo supongo, aunque no dispongo realmente de razones para estas suposiciones, excepto que he llegado a cuestionarme seriamente el ochenta por ciento de las fabulosas proezas que mi padre se atribuía, que o bien esto era una trola que mi padre prefería creerse, o que el cronometrado debió andar bastante ajustado. Aunque pensándolo bien, pues por qué no, también pudiera ser cierto.

Así pues, como Cantinflas en *Sube y Baja:* ahora éramos cinco. *Daddy* y Candy a ese lado de los cristales, Percy, Tarzán y mi menda aquí en el de atrás.

Saliendo de Alicante cometimos una garrafal —mejor diría asoladora, pues unas buenas garrafas de agua eran precisamente lo que nos habría echo falta— metedura de pata, o de ruedas, a saber: acometimos la ruta costera, como hiciéramos casi impunemente entre Valencia y Alicante. No así en esta ocasión. Esta carretera entre Alicante y Almería, con Cartagena en algún punto del trayecto, estaba en su mayor parte sin asfaltar y en malísimo

estado, sobre todo en el último trecho, que era mucho trecho maltrecho para tan pachucho coche. Efectivamente: como os habréis figurado, no le sentó nada bien el asunto al monstruo... ni a Candy, ni a los empujantes. Seguro que ni a Tarzán. Muchas veces no nos atrevíamos a detener el vehículo, aunque Tarzán, desazonado, lo pedía, por miedo a que se calara el motor y no volviera a arrancar.

A partir de Mazarrón fue un infierno. En pleno agosto y nosotros deseando avanzar por esas sendas resecas, polvorientas y deshabitadas. Me imagino que en Águilas recibiríamos auxilios, un respiro, miradas atónitas y algunas risitas disimuladas. De alguna forma y no sé por cuál carretera o paraje andaríamos (literalmente, sin duda), debió *Daddy* llegar a la conclusión de que era cuestión de pura supervivencia alcanzar la carretera nacional, partiendo acaso de Mojácar o de Carboneras, y escapar de aquellas polvaredas desérticas e inhóspitas arideces. Me río yo del Granada, o París-Dakar, que al menos se realiza, muy sensatamente, en el mes de enero, y con vehículos un pelín más aptos.

El caso es que entramos en la ciudad de Almería, no por El Alquián y La Cañada, como sería de esperar, sino por la Cuesta de Las Lomas, de la Carretera nacional 340, llamada “de Granada”.

Si se produjo algún milagro en la vida de Olin Griffin Waldenstone fue precisamente aquí, en la cima de esta cuesta. He leído fragmentos de autobiografías mil veces empezadas, nunca acabadas, de mi padre, eterno seguidor de los pasos del malogrado —si bien no tanto, que peores destinos ha habido y habrá— Hemingway. En este momento, subida a regañadientes, o regañaengranajes y por los pelos la cuesta llamada de las Tres Cepas con el Citroën, y de pronto la curva y el promontorio de Las Lomas, el cementerio aquí, y allí… toda blanca, todo sol, todo mar, estaba Almería. ¡Cuánto diera yo por el perdido párrafo de los escritos olvidados (casi) de mi progenitor en donde él mismo relata el flechazo, la divina revelación, que Almería produjo en su alma.

Llegó, vio, y se quedó.

A veces decía en respuesta al porqué de su existencia almeriense, de su amor a esta ciudad, que había sido el sueño incumplido de su primera esposa, mi madre, de vivir un día en una casita mirando al Mediterráneo. Eso contestaba en ocasiones. Pero era más que eso. Muchísimo más.

Una de las delicias almerienses que primeramente debieron hacer mella en él, sin duda, era el coste de la vida y en particular de las pensiones y de los mecánicos. Seamos realistas. Acaso también Almería le afectó tanto porque se parecía a su paterna Minnesota como el día a la noche, el ecuador a los polos.

Sería a la semana de estar en Almería que Candy dijo:

—Vamos a seguir hasta Málaga... Si tanto te gusta Andalucía... Málaga por lo menos es algo.

—Nanay de la China —replicaría mi padre, en otras palabras de cosecha propia.

Total: algún dinero para retornar a sus orígenes y el regalo de una muñequita negra.

—Fue todo lo que me pidió en el tiempo que estuvimos juntos —declaró digno y satisfecho *Daddy*.

Además un bebé casi garantizado. Adiós, familia mía. Felicidad.

Capítulo 4. Almería 1: La Ciudad Jardín

[TEXTOS IV]

Live forever

Thrills and happiness

Sex mastery

[Vive eternamente

Pasión y felicidad

Maestría sexual]

— — —

Por sexo, *sexo*, nos referimos a aquello que transpira entre un hombre y una mujer, en edades fértiles y que conduce al nacimiento de una prole. Una actividad primordialmente determinada y dominada por la hembra, para la cual se ve obligada a nominar a un macho adjunto, ninguno de los dos requiriendo experiencia previa alguna. Metes el dinero en la caja y ¡plop! ahí que te salen los juguetonzuelos. Tradicionalmente entre los humanos estos acólitos asistentes mutuos prefieren quedarse rondando, uno alrededor del otro, por veinte años o más, haciéndose la vida imposible y enfrascados en eternas disputas.

— — —

El sexo y más específicamente el sexo por puro placer ha estado largo tiempo impregnado de superstición en una emanación pícaramente encubierta que esconde, pero que a la vez está hasta sobrecargada de, los extraños poderes de la magia. Un misticismo terrible o antinatural que puede subyugar al desaprensivo, y capturar o condenar su alma. [...] —Instintos residuales y sentimientos que nos han sido legados desde las remotas épocas del Rey Salomón, la alquimia y la práctica de la brujería, que aún perduran en las ceremonias del vodú, y que, en un sentido más restringido, se puede aún hallar en las prácticas comunes. Pues incluso hoy en día el número de personas enteramente liberadas de estos presentimientos supersticiosos en el sexo por placer, aunque se confiese a

regañadientes, debe de estar compuesta por una diminuta minoría de la población. En otro lugar hemos descrito ciertos complejos de ansiedad que las prostitutas pueden adquirir mediante el empleo de técnicas aceleradoras de “cortocircuitado” para inducir orgasmos rápidos en sus clientes. Son técnicas que, en la terminología del gremio, tienden a “deshombrar” al macho. Contrastan con su ocasional comportamiento contrario de cálida alegría en la abnegación profesional, ese espíritu de amorosa caridad, cuyo mejor ejemplo se da cuando hace una pausa en los movimientos justo antes de la compleción del ciclo, con el pene del hombre en su punto álgido de estimulación y comenzando el acto reflejo retroactivo que precede a la eyaculación. Dan así a sus clientes, en apariencia, el poder de continuar casi indefinidamente y en arrogante juego de gallo/polla.* (Y ellas a lo mejor ya se imaginan al tío triunfando en la vida y abandonando a la energúmena esposa, madre, o lo que sea).

La experiencia de haber contemplado durante años y a una distancia bien confortable estas escenas que se dan al dos por tres sugiere que tales armas pueden utilizarse en ambas direcciones. Una cándida inocencia parece frecuentemente constituir la armadura más impenetrable, mientras que quedarse frío, como el que no quiere la cosa, puede derrotar a la bruja más astuta en su propio juego, engañada por su fe en un ritual muy dudoso y su consagración a un tipo de juego que no establece límites. Aunque a decir verdad, la única recomendación sensata es evitar meterse a sabiendas en ningún juego de tal índole, pues la inocencia se desgasta.

* *Cocksplay; cock* significa tanto gallo como pene (en terminología coloquial). N.T.

* * * * *

Nuestro periplo había durado tres meses, y andaríamos por el mes de septiembre. Cuán mísera esta memoria mía, apenas una mención de pasada de las calores que debimos pasar durante la travesía con el monstruo, tanto empujar el lentísimo, paralítico coche. O derritiéndonos dentro, con su absorbente negrura, y aquellos Campos de Níjar... Dicen que recordar sabores es difícil; las intemperantes temperaturas, los sudores a mares, también.

De la Pensión Imperial, cerca de la iglesia de San Sebastián en pleno centro de Almería, con su restaurante tan españolísimo —lo mejor: el consomé y los huevos con papas fritas, y el flan, claro—, nos fuimos a vivir a la Ciudad Jardín. Sin duda O. G. estaba todavía acostumbrado a vivir en *casas*, y no se podía hacer a la idea de un piso. Es más, nunca, que yo sepa, vivió en un piso como tal, aunque es posible que su última residencia en la tierra pudiera calificarse de piso. No lo sé porque nunca lo llegué a ver.

En la Ciudad Jardín alquilamos la mitad de un dúplex o casa adosada, perteneciente a una antigua y prestigiosa familia almeriense, quienes eran nuestros vecinos de la otra mitad. Muchos almerienses proclaman que es difícil y erróneo, incluso ridículo, hablar de clases o castas en Almería. Mi opinión siempre ha sido la contraria: en todos lados cuecen habas y hay clases, y en Almería —en cada barrio almeriense— bien que se notan las distinciones. No es un título, ni tan siquiera el dinero, sino ese “algo” que dignifica al clan y lo condena a comportarse como “alguien” y no como “un cualquiera”.

Un miembro de la familia vecina, hijo de nuestro ya anciano arrendador, sería más adelante profesor nuestro de instituto y uno de mis favoritos, por cierto. Hombre de saber omnímodo, casi enciclopédico, sin especialidad concreta si no eran las Ciencias Naturales, nos obligó a memorizar los nombres científicos (latinos) de varios centenares de animales, y a mí eso me encantó. —¿*Loligo* o no *loligo*? ¡El calamar! —Fuente era éste de sus mejores

chascarrillos, lo cual podría explicar por qué lo hacía con tanto denuedo. Era profe de sustituciones para prácticamente cualquier asignatura, a lo que hay que añadir sus obligaciones como jefe de estudios, y tenía un humor a prueba de bomba. Todos reíamos sus gracias, cuanto más porque era un t-tanti-t-to t-tarta-tamudo. Estábamos a lo mejor haciendo el follón nuestro de cada día en el aula porque se demoraba o no se había presentado algún profesor, y asomaba su simpática cara por la puerta y decía muy arteramente:

—*¡P-pi-piano!*

—No, si piano no tenemos, pero si quiere le tocamos la armónica —¿Acaso no teníamos suficiente con el latín —el suyo y el otro más feote de doña Úrsula "la Agamenón"— y el francés y luego el griego que lo daba también la Agamenón, tan chocha ella, para encima tener que saber italiano?

La segunda cosa que nos agenciamos en nuestra nueva casa fue una vieja y regañona chacha, que en el fondo, a pesar de decir odiar todo tipo de animales, todo bicho viviente —bien pronto contábamos con un par de gatitos para hacer rabiar a Tarzán— y estar convencida de que todos los niños eran unos diablos, nos quería mucho, tenía gran paciencia, y nosotros estábamos contentos con ella. Ella nos libraba a Percy y a mí de cocinar y de hacer los suelos, que ya es decir. La verdad es que teníamos que hacerle más caso a ella que al *Daddy*. Tenía unas energías que rozaban en lo sobrehumano, y gozaba del don de la ubicuidad, o sea, que estaba en todos los lados a la vez. Yo diría que sus chillidos eran de amor.

El Citroën fue a parar a manos de un ciudad-jardinero aficionado a las antiguallas, que pagó 500 pesetas por él, y como haciéndole un favor al americano. Si aún existe, restaurado y con motor nuevo, debe de ser una alhaja. De todas formas nos alegramos todos de perderlo de vista, y en aquella Almería de poco servía un auto, y ése menos.

Así que O. G. y Percy y Erik nos hallábamos instalados en Almería. El mejunje de mal catalán y peor castellano, inconvenientemente sazonado de tes y des y erres inglesas, que era

lo que chapurrearíamos Percy y yo, atrajo la inmediata curiosidad de los chicos locales. Era vuelta a empezar. Y los niños de la Ciudad Jardín sí que se reían de nuestro mal acento.

Aquellas películas de la Hammer, de terror, contadas en corrillo tal y como hiciéramos en las acampadas con mi padre, pero ahora rodeados de chiquillos almerienses, nos granjearon amistades hambrientas de emociones inusuales y afianzaban nuestro dominio de la lengua.

Nos apuntó el padre a la escuela que había en pleno centro de la barriada, un amplio edificio de una sola planta en su mayor parte, con su placeta central en el interior y otra plaza, pública, delante de la fachada. Esta escuela luego se convertiría en el mercado central, “la plaza”, de la Ciudad Jardín.

En los nueve meses que estuvimos correteando por estos andurriales llegamos ambos a hablar un excelente andaluz. Mi padre, por su parte, aunque podría prácticamente recitar el diccionario, tenía un español que caritativamente podríamos calificar de esperpéntico.

Pronto este idioma se convirtió en algo tan integral de nuestras vidas que fue el vehículo favorito de comunicación entre Percy y el que escribe, y tan cómodo se nos hizo el castellano que en un par de años preferíamos contestar al inglés del padre en español, salvo cuando él andaba de berrinches, o cuando necesitábamos sonsacarle algún favor (dinero), pues entonces convenía mantener todo el diálogo en la lengua de Shakespeare.

Por aquel entonces esta distinguida mini-ciudad elitista, de abogados y médicos, aunque muy florida, mostraba un decidido predominio del color rojo arcilla, gracias a los muelles francés y inglés —diseñado éste y no el otro, según dicen, por Eiffel—, a los que llegaban los trenes para descargar en los buques el mineral de hierro procedente de Alquife o de las sierras de Gádor. La brisa marina se encargaba de depositar un respetable porcentaje de este tizne rojizo en las mansiones de la Ciudad Jardín. Los muelles, atalayas de un pasado almeriense preturístico, seguían allí la última vez que estuve, y uno de ellos al menos en uso, habiendo sido recubiertos por techumbres los vagones del tren y los mismos raíles durante el

tramo principal. Pero su función primordial ahora es servir de muro o dique de contención a las arenas playeras, que largo tiempo ha habrían desaparecido, junto con las casas que se alzan junto a estas playas —más de una casa he visto tragada por el agua en el Zapillo—, debido a las mareas y corrientes del golfo de Almería, a no ser por la ingeniería humana. Quién sabe... hay quien opina que habría sido preferible.

Nosotros vivíamos a dos tiros de honda de la playa y pudimos aprovechar un mesecillo de ella.

Pronto nos mezclamos con los "hijos de papá" del área. Formábamos después de la escuela guerrillas, pues nos íbamos a los bancales y acequias que había justo detrás de nuestra casa, que entonces era la última de la Ciudad Jardín por el nordeste, en la calle Chile. Éramos nosotros, los civilizados, contra las inmundas castas inferiores, los incurables gamberros agitanados del Tagarete, y en medio de los dos quedaba declarada una tierra de nadie. No usábamos precisamente bolas de nieve, no, como ocurría en mi tierna infancia de Minnesota, sino piedras, que nosotros llamábamos loscos ("*lojcoh"*). Esta sutil diferencia demostró ser más respetable de lo que a simple vista pudiera parecer, y desde esos días de guerrillas creo que he sido un poco cobardica para el dolor físico, pues no me seducía la idea de convertirme en una baja del pelotón, que casi siempre las había, cayendo descalabrado de un loscazo.

Con el tiempo Percy y yo empezamos a hacer más migas con los del Tagarete que con los ciudad-jardineros, muchos de estos últimos futuros "opusitarios".

Mi padre, *el Americano*, trató de trabar amistad con algunos de estos dignos, gentiles aborígenes, aunque no con excesivo entusiasmo, y su fortuna fue entre muy menguada y nula, debido en parte sin duda a un hábito que pronto desarrollaría y al que me referiré tras unos apartes. Tampoco cabe descontar, entre otros factores, el hecho de que muchos de los dichos indígenas eran médicos, como el abuelo.

En mi décimo cumpleaños, comprada la tarta, la cual colocamos en la mesa del salón ya

primorosamente decorada para la ocasión con servilletitas tontas y tal, (¿es posible que no tuviéramos frigorífico?), nos fuimos los tres a la segunda y última corrida de toros que he presenciado en mi vida. La primera había sido en Barcelona, para fausto de Sheila —que así ya se podía parangonar a la Eva Gardner— y horror de sus niñitas. ¿Cómo iba Sheila a contar a sus amistades que había estado en España no había ido al *Bullfighting*? ¿En qué cabeza cabe eso? ¿En qué se iba a apoyar luego para despotricar sobre lo salvajes que son los españoles? No, no, había que ir. ¡Ningún americano se lo puede perder!

¡Vaya regalo de cumpleaños! El hecho de que hubiese deseado de chiquitillo tener un traje de torero no significaba que me tuviera que gustar la fiesta nacional. Estuvimos sudando al sol, y ¡qué tostonazo! Mi padre filosofaba que los españoles, al preferir pagar más por sentarse en los tendidos de sombra, "pagan por lo que no es". También yo habría preferido lo que no es. Y no, desde luego que no aceptamos ningún chorrito de su bota. A ver cuando acaba el show este, nos preguntábamos.

Al regresar a casa descubrimos que nuestros graciosos amiguetes habían retirado hábilmente el cristal de una ventana del salón, se habían colado dentro, sustraído un álbum de cromos mío de *Los Diez Mandamientos*, comido las guindas del pastel, y vuelto a colocar y clavetear la ventana. Así habló mi padre:

—¡Cabrones hijos de médicos! *¡Bastards!*

Tenía buen humor *Daddy*. Reía mucho, y después de codearse un tiempo con los clientes de las tabernas de Almería aprendió que la mejor manera de congraciarse con alguien en este país era contando chistes, siempre que los chistes fueran malos y verdes. Estos chistes tienen la ventaja añadida de que por lo general son traducibles. Así que empezó a practicar a contarlos con sus hijos. Creo que fue bastante frustrante la experiencia, pero al menos nosotros aprendimos todo lo que hay que aprender sobre el sexo mediante las explicaciones que nos tenía que dar al final de cada chiste. Llegó a tener un repertorio como de veinte. Durante diez años estuvo contando los mismos veinte condenados chistes. Estaba

aquél del marido que llega a casa y la mujer tiene que esconder al amante en el armario, arriba en la repisa de barrotes para los sombreros, y le quedan las bolillas colgando. El marido, con un zapato, le pregunta a la mujer: ¿Y esto qué es? Pues, unos cascabeles que me han regalado. ¿A ver? ¡Paf! Un zapatazo. ¡No suenan! Es que hay que darle más fuerte. Así que muchos ¡paf! y ¡paf, paf! y ¡paf, paf, paf! venga zapatazos, hasta que se oye, *Oh shit, ding-dong!* y entonces era cuando había que reírse. Percy y yo bien pronto sustituíamos mentalmente el zapato por un martillo y el final por *Ouch! GOD DAMN!!! …ding- dong*, mucho más enfático y visualmente vigoroso y echábamos un par de carcajadas genuinas mientras intercambiábamos miradas de complicidad.

Para entonces Percy y yo ya nos fumábamos algún cigarrillo que otro, pues recuerdo que cuando carecíamos de los veinte céntimos para un Peninsular, o treinta para un Celtas corto, nos íbamos a los cañaverales que bordeaban las acequias a fumar las yemas secas de las cañas. Se arrancan, se pelan un poco, se le corta la punta dura (de donde salen las raíces) y un poco de la otra punta de arriba, de las hojas, más delgada, de donde se chupa; pero primero hay que dar unos bufidos hacia afuera con fuerza para expulsar todo el polvo y la tierrecilla que puedas. Se enciende y ya está. Claro que está malísimo el purete... qué mal gusto y cómo quema la garganta. Luego estaban los cigarrillos de matalahúva, fabricados especialmente para los jóvenes, supongo yo, pero esos nunca me gustaron.

Un entretenimiento mucho más sano y divertido era recoger rabanicos corderos, los cuales crecen debajo de las vinagretas, y son unos como gusanillos entre blancos y transparentes. ¿Quién no ha masticado en su juventud una vinagreta, luego otra, y otra, o paseado con el tallo metido en la boca a lo Bécquer mientras le cuenta alguna proeza a una jovencita? El romántico incurable puede comerse la florecilla amarilla si quiere, pero el niño que es práctico hace lo contrario: se chupa el jugo ácido de todo el tallo verde y tira la flor. ¡Cómo me voy yo a comer una flor, ni que fuera marica! Pero la verdadera delicia está bajo tierra y es el rabanico. Nosotros salíamos a la vega avanzando a lo largo de una acequia, las

mismas acequias en que hacíamos las guerrillas, y ahí donde veías vinagretas creciendo en la margen te ponías a escarbar y en seguida aparecían los dulces tubérculos o rizomas o lo que fuera. Le quitas los pegotes de tierra y a la boca, o a una bolsa para luego zampártelos todos en una sentada. Mucho más ricos que el regaliz de palo… ¡dónde va a parar! ¡Y encima sacas los minerales y otros oligoelementos que proporciona toda esa tierra que te has tragado!

Un recuerdo emocionante que guardo, y con esto retomamos la historia ciudad jardinera, es el de aquella ocasión en que fuimos a pescar al muelle francés. Siempre le entusiasmó pescar a Olin. Estando pues sentados con nuestros volantines pescando, mi hermano sacó, con los auxilios de mi padre, un ser monstruosamente grande y horrible del fondo del mar. Era todo boca, muy negro, lleno de bultos asquerosos y con una piel babosa en lugar de tener escamas como Dios manda.

—Eso, un pejesapo —nos dijo algo envidioso otro pescador que había por ahí, a un padre estupefacto y admirado de su hijo—. Es un pescado muy fino.

Pues anda que si hubiera sido basto, ¿qué pinta habría tenido?

Le teníamos a mi padre un mucho de respeto, un tanto de risa que nos daba por sus cosas, y un toque de miedo por sus prontos y cabreos. Raramente nos pegaba: tenía que haber, al menos en su cabeza, un motivo lo suficientemente gordo, como robarle dinero o mentirle a lo bestia o algo así. Y nosotros no éramos santos precisamente. Su castigo se llevaba a cabo de forma eminentemente ritual, a solas con él en un cuarto aparte, generalmente su dormitorio, y pam, pam, pam, pam en el trasero. Creo que hasta contaba el número de golpes, como ordenaba hacer el Capitán Bligh en la *Bounty*. Lo normal ante conductas inapropiadas era una reducción o retiro provisional de la asignación semanal, la cual andaría, en la Ciudad Jardín y gracias a la competencia, por las 25 pts., es decir, un billete de los morados. La verdad es que creo que fue bastante justo con nosotros en cuanto a castigos, aunque el temor estaba allí, poniendo una cierta distancia entre él y nosotros.

Nos encasquetaba también lecturas de cuentos cortos y novelas en inglés, de los montones que se había traído de América y algunos que comprara en alguno de nuestros viajecitos a Gibraltar. Percy y yo, cada uno por separado y por turnos, teníamos que relatarle lo que pasaba en las historias una vez leídas. Si no le cogíamos “el punto”, aunque fuera evidente que lo habíamos leído, vuelta al libro. Este ritual ocurría los sábados, antes de recibir la asignación, el dinero. ¡Ogro!

La costumbre que anticipé al lector que había tomado O. G. en la casa de la Ciudad Jardín, y que actuaba de aislante social (según se mire), fue que empezó a traer prostitutas a casa por la noche, tras sus rastreos por las Perchas. He aquí uno de mis muchos padres: tabernario, juerguista con lo más rastrero, y putañero.

Nunca consiguieron robarle nada en sus correrías. Si algún chorizo, o un gitano de los de mala ralea —¡que también los hay excelentes, que conste!— lo intentaba, y no fueron pocos los que lo hicieron, no contaban con un “truco” que él decía tener, y que posiblemente aprendiera en los bosques americanos, o, más probablemente, en las ciudades: ante una navaja abierta y amenazante, lánzate rápido y gritando al tipejo, como si fueras un oso. Con su talla y locura, nunca le falló.

Vino mayo, y una inminente subida en el alquiler, por eso de la proximidad de la casa a la playa. No habría turistas extranjeros en Almería, pero sí los había franquistas. Adiós Ciudad Jardín, allá os las apañéis sin nosotros.

El americano de Almería

por Erik Waldenstone

© KWW 2000

A Nena, mi madre,

la más verdadera de todas.

Agradecimientos:

Quiero dar las gracias de manera muy especial al Doctor Miguel Gallego Roca y al Doctor Jesús Isaías (*Joyce*) Gómez López, profesores de literatura de la de la Universidad de Almería, por su incalculable ayuda. También a Marián Guerrero Langa por su labor correctora; a mi esposa, Harley White, por sus valiosísimos consejos y su paciencia; y finalmente a mi familia toda, que graciosamente dio su visto bueno a que la obra viera la luz.

Y no podría cerrar este apartado sin expresar mi más sincera gratitud al Instituto de Estudios Almerienses por ofrecerse a publicarla.

“Pan”

Soy un alma pagana. Adoro al dios bifronte
y persigo a las ninfas por las verdes florestas;
y me gusta embriagarme, en mis líricas fiestas,
con vino de las viñas del viejo Anacreonte.

¡Que incendie un sol de púrpura de nuevo el horizonte;
que canten las cigarras en las cálidas siestas,
y que al son del sistro las ninfas dancen, expuestas
al violador abrazo de los faunos del monte!

¡Oh, viejo Pan lascivo...! Yo sigo la armonía
de tus pies cuando danzas… Por ti amo la alegría
y a las desnudas ninfas persigo por el prado.

Tus alegres canciones disipan mi tristeza;
y la flauta de caña que tañes me ha iniciado
en todos los misterios de la eterna belleza.

Francisco Villaespesa

(Laujar, Almería 1877 - Madrid 1936).

Del libro: *El alto de los bohemios*.

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

Prólogo. i – vi

PRIMERA PARTE: ¡Cámaras, acción… se rueda!

Capítulo 1. *Minnesota: El joven y el abuelo*. p. 2

Capítulo 2. *Cataluña.* p. 17

Capítulo 3. *Hacia Almería.* p. 31

Capítulo 4. *Almería 1: La Ciudad Jardín*. p. 38

SEGUNDA PARTE: Y seguimos rodando

Capítulo 5. *Almería 2: Las Cuevas Duimovich*. p. 49

Capítulo 6. *A Bombay con el guirigay*. p. 64

Capítulo 7. *La India*. p. 72

Capítulo 8. *Italia*. p. 91

TERCERA PARTE: El embrollo

Capítulo 9. *Almería 3: Escaqueos y escarceos*. p. 99

Capítulo 10. *Almería 4: El americano va de pesca*. p. 114

Capítulo 11. *Almería 5: Arrullos, gansadas y perrerías*. p. 125

Capítulo 12. *Almería 6: Tabernas y disparates*. p. 143

CUARTA PARTE: El desenlace

Capítulo 13. *Almería 7: Tormentas y tormentos*. p. 161

Capítulo 14. *El Oriente*. p. 176

Capítulo 15. *Almería 8: El crepúsculo*. p. 182

Capítulo 16. *Postrimerías*. p. 190

PRÓLOGO

Esta es la novela, que no biografía, de un hombre: mi padre, quien fue también —por qué no decirlo— mi madre, cuando no hubo más remedio.

Es novela por muchas razones, aunque su sustancia sea bio- (y autobio-) gráfica y su propósito también, a fin de cuentas. Primero porque el narrador no está en absoluto en condiciones de relatar quién fue el protagonista, sino sólo de apuntar retazos de recuerdos reales o aparentes de lo que pasó. Mi punto de vista es tan parco, parcial y subjetivo que cualquier otra mano, la de alguno de mis hermanos y hermanas, la de María, la del estudioso biógrafo, y no digamos la de Gus, el benjamín de la familia, habría producido otra novela bien distinta, aun siendo a todas luces idéntica la materia prima, *the raw material*.

No es su biografía porque difícilmente cabrían en este librito los cincuenta y nueve años que duró su vida. Grandísimos y, a no dudar, suculentos bocados de esa vida faltan aquí, pues simplemente los desconozco, y aunque sé que andarán pululando en los recuerdos de los muchos —o pocos— que entraron en contacto con él, no he querido enfrascarme en arduas indagaciones al respecto, ni lo he considerado procedente. Me he conformado con hacer revivir mis propias reminiscencias, por pobres e inconexas que éstas sean. Quede para otra ocasión y otros métodos el rellenar los muchos huecos, o mejor, caigan en digno olvido. Si mi familia me acusa de no saber “de la misa la mitad”, así es la verdad; pero qué le voy a hacer: de tal palo tal astillita medio carcomida.

Tampoco fue mi padre un Shakespeare, un Einstein o un Napoleón, que digamos, para merecer un tomazo de mil páginas, ¡ni mucho menos! Fue simplemente un hombre

interesante, cuyas vida y andanzas pudieran quizás servir de solaz y contento —o de aviso— a algún lector aficionado a vidas inusuales.

Y digo además que me limito a contar algunas de las cosas que hizo, y no el porqué, ni cómo pensaba cuando las hacía, pues en los años en que lo tuve cerca, ni mi corta edad ni mi pobre entendimiento me permitían aspirar ni remotamente a atisbar sus intenciones, sus intimidades, sus pasiones. Ni me incumbían, en definitiva.

Es en fin novela por una circunstancia paradójica: su contenido. En una novela esperamos hallar aventuras. No así, o menos, o apenas, en la vida cotidiana. Pero después pasa lo que pasa, que la realidad en ocasiones resulta más insólita que la ficción.

No soy niño ya, pero no por eso me he permitido ser justo juez… ni fiscal ni verdugo. Abogado defensor, tampoco. He relatado las experiencias tratando al máximo de presentarlas con imparcialidad. No es la presente una alabanza al padre, ni tampoco una crítica en la que le cargue con el peso de mis faltas propias, acusándole de mal progenitor. Como se verá, yo no creo que lo fuera. Se puede sugerir —a modo de hipótesis de trabajo— que hizo más mal que bien a los que le rodearon. Sin embargo yo de veras que lo quería y lo quiero, y no soy el único, os lo juro. Diré de él lo que suele —no sin sabiduría— decirse: Hizo lo mejor que pudo. Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra; y si cometió locuras acaso fue porque estuviera loco.

Pido que en ningún momento se tache a esta novelita de estudio psicológico. Nada más lejos de mi intención. Me ha salido de un tirón tal y cual se me iban las impresiones del cerebro a la mano, de sopetón y con una facilidad espantosa. Verdad es que antecedieron años de propósito y de fermentación, pero el resultado final es bien diverso a cualquier elucubración previa. Del dicho al hecho hay un trecho y una vez lanzado, tanto mejor y más feliz. No soy psicólogo ni quito ni pongo rey. Dios me perdone si algo psicológico, más allá de lo que se esperaría en cualquier narrativa novelística, se me escapó de la pluma al relatar los acontecimientos. Quien quiera convertir el libro, según su propio y personal modelo

psicológico, en un monumento de tal índole, allá él... con su pan se lo coma, y que lo cojan confesado.

Si alguien me preguntara cuál fue, en mi opinión, el mayor defecto —o virtud— del americano de Almería, diría que no fue nunca capaz de decidir, o de identificar, lo que de verdad quería, o, como apuntaron sobre Hamlet, que era un hombre *who could not make up his mind.* El lema que más le pegaría sería ese, tan andaluz, de “que me quiten lo bailao”.

Gran admirador de Hemingway, mil veces quiso escribir, y escribió, autobiográficamente. Yo leí cosas tales suyas años ha: Páginas y páginas que luego acababan en baúles anegados de agua; páginas arrumbadas, enmohecidas, apolilladas (roídas más bien), y arrojadas a la basura.

Al final de su vida, en la década de los ochenta, escribió dos obras: *The Eyewash Outlook* y *On the Holy Goes*, inéditas y probablemente impublicables en su estado virginal, sin decodificar. Abigarradas, altamente conceptistas, sádico-satíricas filosofías de la vida y el mundo. Profundas páginas, geniales a menudo, y graciosas, pero de infranqueable lectura. Él ya no era plenamente de este mundo.

Pienso que este último legado suyo *era* su autobiografía, pero escrita de forma tal que con tanta metafísica —y ‘mata’física— se le olvidó incluirse en ella. O, puede ser, que ya no se conociera a sí mismo, que su YO hubiera dejado de existir como entidad descifrable por su ingenio. También es posible que las claves sólo las tuviera él y con él se fueran a la tumba.

Decidí pues escribir su vida por él, ya que él siempre quiso que quedara plasmada por alguna razón, y estoy de acuerdo con él en que ha valido la pena y el esfuerzo. Y no me ha resultado, como dije antes, nada penoso, sino todo lo contrario.

Comienzo cada capítulo con fragmentos extractados y traducidos de sus dos obras póstumas. He optado por dejar fuera la versión inglesa original siempre que no fuera imprescindible, pues podría resultar farragosa su inclusión en este libro dirigido a un público

de habla castellana. Me he esforzado en traducir sus textos con la máxima fidelidad hacia el original, y, sin embargo, sólo un reflejo, una pobre sugerencia, llegará nunca a transmitirse de los mismos. En su acumulación de polisemias audaces y descaradas, de retruécanos, y de rarezas afines —acaso por lo sumamente bien que el inglés se presta a ello—, émulas se muestran de un Góngora estas dos obras, o de un Quevedo. Con sulfúrico sarcasmo exclama la voz del prologuista en la ópera prima de O. G. Waldenstone: *Happy translations!*

Tampoco ayuda a su comprensión la gravosa disección y extirpación de los fragmentos a incluir en la presente novela mía que me he visto obligado a ejecutar. Más que sacar las palabras de contexto, las he sacado de galaxia… y también, quizá, de quicio, si es que lo tenía, pues aquellos goznes duros son de ver.

Me dice, en fin, el primer crítico fundamentado que ha leído *El americano de Almería*, que éste ganaría en interés si los textos paternos acordaran más con las vivencias y andaduras que se relatan. ¡Y no lo sé yo bien! Mas eso sería pedir peras al olmo o a las fuentes del camino, vino.

Sigue a sus “engendros” una parcelita, o capítulo, o como gustaba de llamarlo a C. J. Cela, *un tranco*, de su vida. Ojalá os aproveche, aunque moraleja, moraleja, no la hay, ni nueva ni vieja.

— — —

En bien del lector, de cuya paciencia nunca conviene ni es lícito abusar, me veo en la obligación de anticipar algunos brevísimos vislumbres de los conceptos básicos que —barrunto— contiene la obra de mi progenitor, clarificándolas. Sólo unas palabrillas, pues este libro al fin y al cabo es el mío, no el suyo. Además, no quiero complicarme la su existencia, que ya él lo hizo oportunamente con creces y sin reparar en derroches.

Su idea central es que todo ser viviente está dotado de un *Eyewash*, que traduzco, tomando en consideración los diferentes juegos conceptuales y fonéticos en que entra, por *Yolirio*. El autor nos ofrece una visión epistemológica del yo y mis circunstancias que trata

de limpiar la mente de preceptos erróneos; por ende el *yolirio* es un colirio o "lavativa de ojos", *yolirio* que a su vez es un ente que progresa, *vive*, a base de "abrir los ojos", superando obstáculos y tomando nota de sus tropezones. También es, en sus propias palabras, un delirio o una tontería aleatoria y juguetona, (en íntima relación está *hogwash* = tonterías, basura); y contiene, claro, el "yo" fonético (*I wash* = yo lavo). Querría yo que él no estuviese totalmente insatisfecho de tal rendición. Seguro que diría que no le cojo la esencia, el intríngulis; pero eso lo diría de todas formas… tan impepinable como que el pepinillo en vinagre nunca retornará a su condición primigenia de pepino fresco de la mata.

El *yolirio* es una individualidad autogobernable, terriblemente curiosa, que se equivoca en su andar experimentando nueve de cada diez veces y así es como disfruta, y a veces aprende. El yolirio informa, *es,* cada ser vivo. Vive *en* y *con* la materia, y no puede existir fuera de ella; o sea, que sólo tenemos el aquí y el ahora y el proceso, nada de transmutaciones metafísicas, el alma o espíritu o *atman* o alguna patraña parecida yendo al cielo (o peor), ni buscando un nirvana fuera de las coordenadas de espacio, tiempo y materia. Tampoco es el yolirio *materia,* sino todo lo contrario: es "cosa" o sustancia mental, *mind stuff*. Esta entidad mental está presente, como apuntaba, hasta en la más insignificante ameba, cuyos actos no se pueden reducir a pura química y/o tropismo, sino que ha de haber una *intención,* por muy simple (desde nuestra perspectiva) que sea. Ataca el pensador por igual a deístas y a materialistas, los cuales pretenden reducir al hombre a robots, controlados ya sea por Dios (o el diablo), o por la Madre Naturaleza y sus inexorables leyes. Ante todo el *yolirio* es libre e individual, a pesar de los condicionamientos genéticos, culturales y religiosos. Respecto a lo imponderable resuelve no inmiscuirse. Ya habrá idiotas —asevera— que lo ponderen, y otros peores que les escuchen.

Para reforzar su tesis hace un recorrido por todo el saber de nuestro tiempo, comenzando por la microbiología, abordando luego la botánica y la zoología, y acabando por analizar y despotricar contra todos los clichés existentes acerca de las culturas del hombre y de su

historia.

Su metáfora favorita: el alcohol y los estados de embriaguez.

Si en un momento califiqué su obra de filosófica y *metafísica,* pido perdón a los que me malentendieron. Metafísica aquí es igual a no —o no explicable por la— física y la ciencia oficial imperante; es decir, lo mental. Pero lo mental, con sus propias leyes, también merece y busca ser abordado por el ojo científico: y ahí está O. G. Waldenstone para asumir la tarea, en beneficio y para enriquecimiento de todos.

— — —

Una última nota, por si las moscas. Me han pedido que cambie algunos nombres, y casi sin objeción he ido y los he cambiado todos, también el mío, ¡hala! Así no tendré que aguantar quejas de nadie. También he omitido otros por discreción. Sin embargo mi conciencia me impide destronar y obliterar de todas todas al protagonista, cuyo nombre no es igual, pero sí similar al que aquí aparece, y por ende averiguable mediante una somera —y se ruega que discreta— labor de investigación. Esto lo hago, primero, porque adelanto escritos suyos, de su puño y letra, y él siempre presentó éstos a los editores *sin pseudónimo,* haciendo ver a las claras que deseaba que su obra se reconociera como suya: identidad y persona eran aspectos inseparables en mi padre; anular la primera significaría, pues, un demérito a su posteridad. Segundo, puesto que efectivamente es el primogénito de un eminente cirujano de rango mundial, ponerme ahora a desfigurar, mutilar desmesuradamente, el nombre del abuelo me parece, cuanto menos, una torpeza y una mentira a la historia. ¿Acaso debo también cambiar el nombre de Christian Barnard, el surafricano? Ya puestos, ¿por qué no titular la obra *El Ruso de Murcia*?

Nada me queda ya por agregar si no es deciros que deseo y espero que disfrutéis de la lectura de *El americano de Almería*.

Erik Waldenstone

PRIMERA PARTE:

¡Cámaras, acción… se rueda!

Capítulo 1. Minnesota: El joven y el abuelo

[TEXTOS I]

Cualquier carácter/personaje [*character*] que puedas encontrar en este libro es mío y lo perdí, las ideas también aunque no hay propósito de reflexión alguna. Probablemente tú podrías hacerlo mejor. Quiero decir que no se me debe ningún crédito. Para incrementar las ventas yo le daría el crédito a Dios o al Dr. Frankenstein pero las culpas son mías exclusivamente, habiéndolo hecho en mi pequeña máquina de escribir sin rezos, arrullos ni ayuda. Así que si algún lector supone o imagina que hay alguna conexión con la realidad o los acontecimientos reales, entonces sin duda merece encontrarse en algún agradable hogar de acogida como yo.

— — —

[Extractado de una “Nota al editor” escrita por nuestro protagonista para su libro *On the Holy Goes*.]

Sugiero estas líneas generales para mi biografía en el pliegue de la contraportada del libro: Fue mi padre, O. H., quien virtualmente originó por sí solo los transplantes internos e incluso toda la cirugía extensiva actual. Véanse los *Quién es Quién* apropiados y el libro de Chris Barnard (su padre y su Dios), consultar a los cirujanos y en especial sus catálogos de hace diez años. A lo largo de mi juventud conocí íntimamente a los principales hombres de medicina. Osler (Nueva Orleáns), Deans Diehl y Lyons, Fahr, Visscher, Morse, Watson (el behaviorista), Rossen, Paine, Varko y Baronovsky, y naturalmente Hermana Kenny y Hermano Chris (quien solía lavar el coche de papá), Pete Költoff (caucho sintético), y Rierson. Fui una maravilla de niño prodigio y participé en muchas discusiones científicas del más alto nivel, actuando más bien de intérprete de mi padre pues él era un hombre con una mente muy suya. Interpolé resultados asombrosos que demostraron ser correctos. Pero esto es otro libro. Hasta cierto punto éste es el envés del cuadro. He omitido a Ackerman (raciones de C, y cosas de la polio) y a Bernie Bierman (Liga Mayor, fútbol

americano).

— — —

La hermana Kenny* frecuentó nuestra casa hasta que mi padre ya no lo pudo soportar, y entones ella se puso a dirigir un hospital a un par de manzanas de distancia. El tratamiento que ella aplicaba en la época era el más eficaz y no operaba contra los virus, aunque es de presumir que los virus estaban ahí. —Y pretende dárselas de empirista —a lo mejor decía Papá, maravillado. Pensaba ella que estos virus que escapaban a los filtros, si es que existían siquiera, y poca era la evidencia disponible, podían ser un producto derivado; o al menos decía que eso creía, qué divertida que era. Quizá también estuviera él celoso, porque la prensa andaba siempre detrás de ella.

* Elizabeth Kenny (1886-1952), llamada “Hermana Kenny”. Enfermera australiana; desarrolló un tratamiento para la parálisis producida por la poliomielitis.

* * * * *

Nació Olin Griffin Waldenstone en Minneapolis, Minnesota, el 29 de noviembre del 1929, por los mismos días en que, debido al crac de Wall Street, algún que otro potentado optaba por la defenestración, arrojándose a aquellas aceras neoyorquinas supuestamente pavimentadas en oro. Así, sus comienzos estuvieron marcados por un terremoto social que recorrió el mundo.

Para los que siguen tales cosas diré que encajaba al dedillo con las caracterizaciones astrológicas oficialoides del Sagitario (obsesión por el dinero y el amor), y no me cuesta mucho imaginármelo centauro galopante, arco tensado, poderoso brazo apuntando al frente —siempre al frente— y gesto torvo de energúmeno. Tampoco me es difícil verlo haciendo honor a su nombre medio: Griffin, el grifo o grifón mitológico, cuerpo y garras de león, de águila la cabeza y las alas … voladora y rapaz; habitante de los países Hiperbóreos, o según otros de la India, y celoso guardián de tesoros. Será que en esto de la paternidad —y fue él padre y madre para mí, existe una inexorable propensión a mitificar a aquella criatura que nos engendró y después dio luz.

Contemplo una fotografía de Olin de cuando tendría ocho años. Una buenísima foto, con su joven rostro en primer plano. Foto de profesional que sabe su oficio. Generalmente, cuando me encargan un retrato al óleo a partir de fotografías, me traen unas cuantas, los mejores de que disponen, a veces ampliadas. No falla: son siempre de cuerpo entero, o cortado por la cintura a lo sumo. El rostro, contorsionado por el sol, es del tamaño de la uña de mi pulgar. Pero ésta es diferente. Ojos clarísimos, sabios, con la serenidad del cielo o el mar en calma tras las lentes. Un niño brillante y sobrio, capaz de agarrar la vida por los cuernos, de afrontarlo todo. Blanca, suave su tez, la faz tirando a redonda, con un alma profundamente humana. Una cara, en fin, de Niño Jesús con gafas. No puedo contemplar

por mucho tiempo aquel trozo de papel en tonos grises, pues de él brota, para asombro y dolor míos, todo lo que llegaría a ser y hacer aquel niño retratado. Sé que es ridículo, que soy yo el que pone esas cosas en la foto, y no al revés; y sin embargo, no faltan los que creen a pies juntillas que un niño lleva escrito su destino desde la más tierna infancia.

Otro retazo de juventud. Es un breve poema dedicado a su padre. Edad, dieciséis años. Helo aquí:

TO MY DAD

June sixteenth is Father's Day.
That calls for celebration
As we honor you in our own little way.
It's being done o'er all the nation.

There are many fathers, good and bad.
They're thin and fat, they're short and tall.
I've seen a lot, but I know I've had
The very best of all.

I've got a reason to be proud
On Father's Day this year.
My Dad can be in any crowd
And still be without peer.

How many times I've had a lapse
When you could "tan my hide".
And yet, I hope, sometime, perhaps,
You'll look at me with pride.

You never will regret, I know,
The love you've spent on me.
For "Ye shall reap the seeds ye sow".
And love can name its fee.

He intentado traducirlo, respetando más el espíritu que la letra:

A MI PAPÁ

El dieciséis de junio es del Padre el Día,
Eso requiere una celebración.
Como te honramos con esta nadería,
Se hace igual por toda la nación.

Padres a montones, buenos, malos, hay;
Flacos, gruesos, bajo uno, el otro alto.
Miles he visto, mas ninguno tan *guay*
Ni de taras ni fallos tan falto.

Motivo tengo de sumo orgullo
En el Día del Padre este año.
Pues no tienes par, entre barullo
Humano y gentío: amigo o extraño.

Cuántas veces, cometiendo yo un desliz
Pudiste, de azotainas, enderezarme.
Pero alguna vez (espero), que feliz
acaso y orgulloso quieras mirarme.

Tanto amor cual en mí derrochaste
Nunca resentirás, lo sé en mi interior,
Pues “la semilla segarás cual plantaste”
Y su precio puede nombrar el amor.

Al pie, el motivo y el año: En el Día del Padre, 1946.

Típico poema dedicatorio, poetizar típico de su edad. Ni decididamente malo, ni excelente. Diríase poema de un mozalbete cabal, algo por encima del montón, a quien le gusta leer y también escribir cosillas de rato en rato; y sin embargo, cuando me concentro en

esa penúltima estrofa... ¿No será por ventura la voz que clama en el desierto, exigiendo, implorando reconocimiento; que pide atención a este padre suyo, dedicado al mil por ciento a su profesión, a la llamada del deber, a su prestigio incluso? ¿Y no será acaso la última estrofa una advertencia, una solapada amenaza no exenta de sarcasmo, de futuros pesares al abuelo insensible; o por el contrario, lo acusa tal vez de ser tan frío que nunca será capaz de tener sentimientos de culpa? Al mismo tiempo presiento una auto-deprecación, en el sentido de que él como hijo no se siente realmente merecedor de ese “derroche” de amor.

El poema, como vemos, se ha conservado. Me lo dio la abuela hace algún tiempo. Algo de orgullo debió de provocar en el padre, el estimado señor doctor.

La calma justo antes de la tormenta.

Lo cual me lleva a otro tema: El abuelo.

El Dr. Olin Harley Waldenstone ocupa una densa media página del *Who’s Who in America*, el espacio necesario para informarnos de la retahíla de honores concedidos al cirujano, desde Estocolmo a Tokio. No quiero extenderme en los logros del abuelo, sino sólo mencionarlos de pasada para el curioso, y también en cuanto que su influyente personalidad marcaría seriamente el futuro de su primogénito, la oveja negra de la familia.

El doctor recibía universalmente el apelativo de *The Chief* (El Jefe) en sus círculos profesionales, la Universidad de Medicina de Minneapolis, Facultad de Cirugía. Con este apodo se le conocía por doquier, incluyendo las revistas médicas. Entre sus inventos sobresalen dos, hoy en día superados por los avances tecnológicos, pero que en su tiempo salvaron incontables vidas. El primero fue el entonces renombrado e indispensable tubo de succión *Waldenstone,* con el que se vaciaba el estómago del paciente antes de echar mano al bisturí. El otro era un armatoste de máquina empleada para bajar drásticamente la temperatura de la zona abdominal, cuya función era, a lo que dicen, conseguir operaciones menos sanguinolentas. Actualmente, al parecer, las venas se cauterizan con otros métodos más refinados. Pero no me pregunten nada más, que en estas cosas estoy pez. Gracias.

El 50% de los hombres de negocios norteamericanos de los años cuarenta y cincuenta sufrían de úlcera, según cuentan, y no pocos acababan con un 10% de sus estómagos originales, tras caer en las garras de los del gremio del abuelo.

Uno de los más notorios hobbies del viejo, aunque no siempre lo fue, supongo, era provocar úlceras en los estómagos de sus perros de laboratorio, o hacerles polvo el corazón, para, en los sótanos del hospital, realizar operaciones abiertas en ellos. Poco le importaba que sonaran las alarmas en las salas de urgencias. Él estaba ocupado con sus perros.

Fue —cuenta mi padre— cofundador de la Clínica Mayo en Rochester, Minnesota, además de Gran Maestro y patrocinador, con fondos de Washington, de toda la primera generación de cirujanos a corazón abierto. Morrocotudo fue el berrinche que se llevó el presidente Johnson cuando le comunicaron, contritos y corridos, que el primer transplante humano de corazón se acababa de realizar en Ciudad del Cabo (Sudáfrica), como todos sabemos, y no en USA. El acontecimiento se fraguó, naturalmente, en Minneapolis, con dólares de la Casa Blanca y bajo los auspicios de El Jefe. Y no sólo le facilitó a Barnard los medios para alcanzar sus metas profesionales; para que no le faltara calderilla en el bolsillo le dio trabajo limpiando sus coches y podando su jardín. Lo leí anoche en Internet.

Contaba mi padre, con mucho regusto y todo lujo de detalles, al más puro estilo "*gore*", que tenían una cortijada en el campo —toda mi familia, por ambos costados, es oriunda de Noruega, tornados en granjeros de Minnesota, igualito, igualito, que en *La Casita de la Pradera*—, y que a esta granja llevaba el abuelo a sus estudiantes para impartirles instrucción práctica y mundología médica. Los metía en un granero muy tétrico y sin resquicios de luz, casi, donde tenía desplegados órganos y tripas de animales de todo género, así como uvas grandotas, duras y engrasadas, que hacían de ojos humanos... total, un macabro ejercicio de manoseo a oscuras para aquellos tiernos cirujanitos en ciernes encaminados a agarrar el escalpelo andando el tiempo, —Tocad este hígado tan blandito, esos riñones, aquel corazón rajado de arriba abajo—, etc. Recuerdos de una tierna infancia

son éstos, de mi papá.

El último logro significativo lo llevó a cabo a finales de los años setenta, un lustro y pico antes de su muerte. Fue la publicación de una historia de la cirugía de su mano, *The Rise of Surgery*, empresa que acometió con la incalculable ayuda de su segunda esposa, Sally. Nunca ha llegado ese libro a mis manos, y mira que se lo pedí repetidamente a la abuela, y supongo que es y será obra de peso por muchos años. Desde su tesis doctoral a esta obra hubo un increíblemente productivo trecho, y todos los que lo conocieron afirman que era el hombrecito un amasijo de nervios que nunca se estaba quieto. Del título de la tesis me enteré un buen día que andaba yo husmeando en los ficheros de la Biblioteca Bancroft de la Universidad de Berkeley, en California. Se titula *The Non-Descending Testicle*, lo cual dejo a traducir al lector según su propio estilo e inclinación. Por mi parte, siguiendo el ritmo del Miguel Hernández de *El rayo que no cesa*, aventuraría la siguiente: *El huevo que no cae*.

Olin Griffin fue el varón primogénito de tres hermanos, lo cual sin duda supuso una presión particularmente acuciante sobre una mente, aunque precozmente brillante, mente de chiquillo en definitiva, en que hubieron de caer como un maleficio la tiranía y las exigencias no sólo de los Waldenstone —amplio clan de desarraigados recientes de las tierras de labor y que empezaba a ocupar puestos principales en la medicina y la abogacía de Minneapolis— sino, para colmo, las del mismísimo patriarca de aquel clan, *The Chief*. Los Waldenstone, siguiendo una práctica muy americana, siguen reuniéndose una vez al año en algún pintoresco punto del país, donde se reanudan los lazos y son presentados “en sociedad” los nuevos Waldenstoncillos.

Acabó O. G. los estudios medios e hizo intentonas en varios *colleges,* con desprecio general por toda forma de inteligencia institucionalizada.

Puedo imaginar los cabreos que cogería *Herr Doctor* cuando su hijo decidió buscarse diversos trabajuchos aquí y allá a fin de costearse su propia variedad de vida rebelde, no poco disipada y nutrida de tempranas juergas y excesos. Ni siquiera se privó de probar a

robar coches como posible medio de subsistencia. ¡Con qué ahínco luchó el joven para apartarse de todo lo que oliera a orden, a acomodo, a Waldenstone!

Se casó con una muy hermosa rubia nórdica, mi madre, que contaba dieciséis años de edad. Marcháronse a California para tener el primer hijo y, de camino, librarse él de ser llamado a filas en plena guerra de Corea. Olin tuvo toda su vida horror a las guerras. En eso difería de raíz de Hemingway. Tampoco le acuso yo de cobarde por esto, pues la impronta de la Segunda Guerra Mundial debió quedar marcada fuertemente en su joven sensibilidad. Contaba que una tía carnal suya rechazó indignada a su novio por sentir miedo ante el inminente desembarco en una playa del Pacífico. Muchos de estos ya célebres desembarcos, como los de Guadalcanal o Iwo Jima, arrojaban la desalentadora cifra de un 90% de bajas entre los marines de las primeras lanchas en tocar tierra. El incomprendido, humillado y despechado novio perdió su vida, como no podía ser de otro modo, sobre aquellas nada pacíficas arenas, en defensa de su patria.

Cuando Kennedy puso en vilo al mundo con la cuestión de Cuba, mi padre lloró, en Almería, por sus dos hijos pubescentes.

Otra llantera algo tonta, de tono menor, fue la de mi hermano mayor. Me lleva quince meses de ventaja en este valle de lágrimas y se llama, a efectos del presente libro, Percy. Nació, como queda dicho, en San Francisco. El lloriqueo se producía cuando le decían que había venido al mundo “en una caja de cartón”, pues así fue como había hecho su primer viaje a Minnesota desde California, recién nacido. Él lo último que quería era haber venido al mundo en una caja de cartón. ¡Buáaaa! Claro que en seguida le decían que era broma, lo cual no quitaba para que tuviera mi menda guardada en reserva una poderosa arma contra mi hermano mayor, un último y demoledor recurso.

Las calles de San Francisco tampoco resultaron estar pavimentadas en oro para Olin, “Bud” (capullo), apodo por el que los amigos lo conocían. Bueno, aclararé que *Bud* y *Buddy* son allá apelativos tan corrientes como *Sonny* o *Jack*, y el que te llamen capullo en inglés no

implica que seas de verdad un capullo. ¡Qué va!

Nueva tanda de trabajos diversos —por un tiempo trabajó en la morgue, turno de noche— y trapicheos y tejemanejes a su vuelta a las *Twin Cities* de Minneapolis y Saint Paul. Disputas de aúpa con su papá. Un negocio de letreros de plástico fosforescente, alcohol, mucho alcohol —ambos cónyuges—, un segundo hijo sietemesino —yo— y zurdo como el primero. También anfetaminas y todo lo que se pusiera delante. Un trabajo para la multinacional Honeywell Co., supongo que por enchufe paterno; dos internamientos en el psiquiátrico, también por enchufe paterno, y esta vez sin ninguna duda, pues cuando *El Jefe* lo decretaba y exigía... Los dos chiquitines vivimos unas temporadas con la abuela materna y, en una ocasión, con el abuelo, en su mansión de Riverside Drive, de la cual ocasión no guardo ningún recuerdo, por lo menos grato. Dice Olin G. que los enfermeros loqueros y los mismos doctores del manicomio acababan soltándolo después que él les rapaba los dineros al póquer y el ajedrez. Eso aseguraba.

También estaba convencido de que su padre quería arrebatarle sus dos hijos.

Amistades raras y nada recomendables. Una de ellas era la de un comunista que vivía bajo siete cerrojos y candados —plena era McCarthy— y cuya mayor afición era no devolver libros a las bibliotecas. Si exceptuamos la cocina, su casa toda era una biblioteca de estanterías y pasillos de libros, la mayoría, si no todos, robados.

A veces hacíamos escapadas a la naturaleza. Mi padre nos llevaba a pescar y trasnochar en tiendas de campaña y comer *marshmallows* (azúcar de algodón compactado o merengue blando, que los españoles traducen por *malvavisco* sin hacerse idea cabal de lo que pueda ser, *mmmh*, rico, rico, rico) asados al fuego, los *catfish* que pescábamos, y *wieners* o hotdogs, pero con costrita negra —igual que los *marshmallows*— del hollín del fuego, los cuales nos zampábamos al fulgor de la hoguera entre risas y cuentos de miedo para espantar la negrura del bosque y sus temibles habitantes, a orillas de alguno de los diez mil lagos del estado, en plena floresta virgen.

En verano asistíamos también a campamentos de verano, mi hermano y yo. No sé si eran de los Boy Scouts o no, ni me preocupa a estas alturas. Desde luego les dábamos un respiro de tanto crío a *Daddy* y a *Mommy*, y estaba chulo, muy chulo eso de vivir las 24 horas del día inmerso en la naturaleza. Teníamos lecciones de natación, de supervivencia, y hasta de pegar tiros con fusiles del ejército, evento y ejercicio que mi memoria de tío machote ha guardado grabado hasta en sus detalles más insignificantes.

De vuelta a casa, y reintegrados al entorno ciudadano de Minneapolis, el padre nos apuntó a los dos niños a clases de boxeo en el parque. Si algún papá me lee, que sepa que lo desaconsejo en cuerpo y en alma, sobre todo en cuerpo. ¡Si tendría yo seis años a lo más! ¡Y qué palizas, madre!

Mi madre murió al poco de cumplir yo los cinco años. De todos aquellos follones al diablo le pregunten, pues prácticamente he conseguido borrar los siete primeros años de mi vida, salvo retazos, secuencias y escenas gráficas, como las películas de la Hammer en la tele la noche de los viernes y los sábados, supuestamente de miedo, pero que eran para partirse de risa, y sería inútil que me preguntarais cómo se me “rasó la tábula”, ni si fue para bien o para mal.

Mis padres se habían separado y, casi seguro, divorciado. Ella se juntó con un hombre de color, detalle que no nos hizo ni a mi hermano ni a mí racistas. No tendría yo ni que mencionarlo, salvo que es uno de los pocos hechos que recuerdo. Bueno, que recuerdo a mi padre decir cada vez que nosotros le rogábamos, con el paso del tiempo, que nos aclarara aquellos nublos. Ella tomó una escopeta de caza y se apuntó al corazón. Me llevaron al velatorio: miles de flores, mi madre una estatua de mármol, pálida pero toda maquillada, manos sobre el pecho con flor. No lo recomiendo, amigos lectores: esos velatorios americanos son la reoca. Evellyn Waugh lo retrata de maravilla en *The Loved One*.

No sé a ciencia cierta si mi padre había conseguido, por enchufe paterno, la custodia de los hijos —ésa era su versión oficial—, o que nosotros estuviéramos viviendo con alguno de

los abuelos. Lo que sí sé es que mi abuela materna le confesó una vez a mi primera esposa que su hija, o sea, mi madre —¡qué lío!— ya estaba decididamente alcoholizada por aquel entonces. No parecía, sin embargo, que la abuela le echara la culpa a mi padre. O tal vez yo no quise captar reproches, si los hubo. A lo mejor, con el paso de los años —más de treinta—, había logrado perdonarlo.

Dos anécdotas sí os voy a relatar de aquella infancia lejana, para que no decaiga el ánimo. Acabábamos de mudarnos a nuestra tercera casa en Minneapolis. Hace tiempo que perdí la cuenta de los hogares que he tenido en mi vida, seguro que más de veinte. Era ésta una mansión vieja, grande y destartalada, con un ático lleno de ardillas. Lejos de espantarlas las animábamos a compartir nuestro hogar trayéndoles comida y pasando buenos ratos con ellas. Pero no iban por ahí los tiros, pues la ardilla, tan esquiva ella, no es animal que se preste a anécdotas. Comenzó el colegio. Las dos primeras mañanas nos acompañó un adulto para que no nos perdiéramos. A la tercera mañana ya me tocó volver a casa por mi cuenta, que estaba a tres manzanas, y éstas perfectamente rectangulares. Pues nada, no encontraba la casa. Desanduve el camino: ahí está la escuela… tan-tan-tan, tres manzanas… ¡y la casa sin aparecer! Así una y otra y otra vez. Horas después la patrulla me encontró llorando a moco tendido. Mi padre ya debió pensar que el abuelo me había secuestrado. Yo por mi parte había estado aplicando métodos de discurrir en lo que vendría a constituir la línea paterna de cavilar o discurrir: que la casa la habían cambiado de sitio… al barrio entero le podéis echar la culpa… a mí no.

Mi hermano se había echado unos amiguetes de reputación muy cuestionable, según rumores. Un amiguillo mío me susurró que hasta los habían visto… ¡dando caladas a un cigarrillo! La perdición. Yo naturalmente quise ver de qué iba aquello de “ser malo”. Para acortar la historia diré que el más inocente, que era yo, acabó pagando el pato. Tomé tres objetos de un supermercado de chucherías y juguetes, a saber: un bote de líquido para hacer burbujas, un tractor que se movía a pilas, y una linterna de tres colores. Ah, sí… no los

pagué. Desde entonces las tiendas venden esas cosas sin las pilas. O a lo mejor también robé las pilas. Bueno, pues, después de hartarme de hacer burbujas por la calle, llego a casa y digo:

—*Mommy*, me voy a dar un baño.

Si eso no era ya cosa de sospechar no sé yo qué os diga. Me encierro en el baño, le doy a los grifos, y me pongo a jugar con mis tesoros, más entretenido que un tonto. El tractor ñec-ñec-ñec rrrrrrr, la linterna alumbrándolo: ¡rojo! ¡blanco! ¡azul!; ¡burbujas, más burbujas! El chorro de agua acallando el ruido del tractor, y yo en la gloria divina.

Pasado un tiempo infinito oigo:

—¿Pero cuánto tiempo vas a estar ahí dentro? —era mi madre.

—¡Ya me falta menos! —gritaba yo chapoteando con la mano el agua de la bañera, que andaba llena y más que llena desde hace rato y probablemente fría también aunque no lo podría asegurar pues ni siquiera me había desvestido de ocupado que andaba. Total, que al final se descubrió el pastel y al día siguiente mi padre, con los juguetes en una mano y conmigo en la otra, me llevó a afrontar la dura realidad ante el dueño de la tienda.

—A ver, ¿dónde está la tienda? —gruñó hecho un basilisco mi padre.

—Por aquí —lloriqueé. Tres manzanas, cinco manzanas, siete. En la dirección opuesta, por supuesto—. M-me parece que me he equivocado.

Pero no funcionó. Viendo que a mi padre no le ganaba en cabezonería nadie, ni siquiera yo, y que si seguíamos alejándonos iba a ser peor, cedí, y ya en la tienda y bajo la infausta mirada del propietario, creí que me moría. ¡Con lo bien que me lo había pasado la noche anterior, jó!

Había en el parquecillo del vecindario un coche viejo que Percy y yo decidimos que estaba abandonado, y con la ayuda de un par de colegas procedimos a buscarle una utilidad, que fue convertirlo en objeto de nuestras atenciones, de cuyo trance no salió muy bien librado. El dueño, averiguadas nuestra señas y plantado ante mi padre, insistió en que de

abandonado nada, y que el estropicio que habíamos hecho con su auto era inconcebible. Pobre *Daddy*, con lo mal que andaba nuestra economía a la sazón.

Andando los años buscaría el modo de aprovechar nuestras buenas mañas en el arte del desguace, como se verá.

¿Tres? ¿Qué han sido *tres* las anécdotas? Pido perdón.

Segundo matrimonio, gestado en algún *singles' bar*. Una calamidad. Madre con hijo cabronazo e imbécil rebotado, mequetrefe, mimado y lo peor: lo bastante mayor que nosotros —me refiero a Percy y a mí— como para hacernos la vida imposible. Mi padre era viajante por esos días, y por si eso no fuera suficiente, andaba consumiendo anfetaminas a todo meter. Peleas con el hermanastro, palizas de la madrastra, regresaba mi padre, y palos a la madrastra. Y vuelta a empezar. Un maldito tiovivo de agravios que a nadie alegraba el corazón. Y yo el más tontico, el último del escalafón, ¡me cachis en los mengues! Resultado final: Madrastra e hijo arrojados a la calle a la nieve de Minnesota en una noche negra que fue luminoso amanecer para mi hermano y para mí. Y fin del cuento. Llamadme insensible o lo que os dé la gana, pero yo esa noche… no sé esos dos, pero yo… ¡fui más feliz que un beato! Y del Percy ¿qué os voy a decir?

Entretanto el doctor, o sea, mi abuelito, se divorció y se casó con su largamente amancebada secretaria. Matrimonio de precisión de relojería fue aquél. Sally, la nueva esposa, una vez que se vio instalada de firme en la familia de la uve doble puede decirse que fue más papista que el Papa, llevando todo el paripé del clan, dejando así al médico las manos libres para rajar a todos los perros que tuviera que rajar allá en los recesos de su laboratorio. Sobreviviría al esposo en más de diez años, y fue a todos los efectos mi verdadera abuela. No así, de seguro, para mi padre, el hijo predilecto, la niña de los ojos, aunque era niño, o más bien hombre ya, de la primera Mrs. o Dr. —pues hasta el título del esposo gustan de adosarse las *yanquisas*— O. H. Waldenstone.

La esposa divorciada, abandonada como un trapo viejo y rota el alma, sólo tiene a su

hijo Olin que la saque algún fin de semana al teatro o a cenar. Murió de pastillas, legando el bulto de sus posesiones al amado y gentil protector primogénito. El testamento se sostiene, inquebrantable, por mucho que los hermanos bregaron, uña y diente, para que se anulara.

El documento en cuestión llevaría, no obstante, una cláusula muy particular: Que los fondos serían administrados, hasta el final, por un comité o *trustee board*, quienes determinarían cuánto había de recibir en cualquier momento dado cada uno de los tres herederos nombrados en el testamento: O. G., y sus dos hijos, Percy y Erik. La razón: que la difunta consideró que era lo mejor para su hijo. ¡Y tanto!

No me extrañaría que esto —el no poder recibir "el mogollón" de un golpe— indujera al menos uno de sus internamientos en el psiquiátrico. Es que no era para menos.

Pero será mejor que me deje de cavilaciones y vuelva a lo que iba. La historia, queramos o no, tiene que continuar.

Nuevamente Olin se casa, por agencia matrimonial esta vez. Si es por nosotros, los chiquillos, o simplemente porque anda salido de madre, eso nunca se sabrá. Su nueva esposa es una viuda, medianamente adinerada, con cuatro retoños. Se cuenta que a su marido le dio el patatús mientras veía béisbol en la tele, escuchaba béisbol por la radio, y hojeaba un periódico con más de lo mismo: béisbol. Un auténtico Homer Simpson.

Olin liquida casa, abrigos de pieles y toda la pesca, y con su nueva familia de ocho miembros, y aparejando cuatro o seis baúles —dos de ellos de libros y discos de jazz— y una tribu de maletas, abandona América para no volver jamás.

Yo llevaba tres meses obligado a ver clases de español por la televisión. Aprendí una palabra, 'hoy', a lo mejor porque sonaba a exclamación. Corría la primavera del año 1958 y yo tenía ocho años recién cumplidos.

Capítulo 2. Cataluña

[TEXTOS II]

Compara la religión con la mirada fija de asombro e incomprensión de tu hijo. A ver en qué se queda.

— — —

Yo tuve una crianza tan laica como es posible tenerla. Mis padres eran protestantes ateos, aunque esto no era ninguna abrumadora obsesión con ellos tampoco. Durante años permanecí desapercibido de que esto fuera una peculiaridad. [...] Cuando finalmente me topé con personas que hablaban de religión, se me despertó la curiosidad. Yo supuse que estaban locos y mis padres confirmaron la hipótesis. Pero en Minnesota los religiosos representan una gran mayoría, [...] y cuando por fin aprendí algo por mi cuenta de nuestro mundo local, pronto decidí que mis padres estaban locos también, y a la edad de dieciséis años había llegado a la conclusión de que todo el mundo estaba como una chota, contándome a mí mismo entre los primeros.

Entonces conocí y me enamoré de la filosofía. ¡Pensar que alguna vez habían existido personas que hablaban rectamente y con sentido común! Si ellos escribieron como yo pensaba entonces yo debía de ser uno de ellos, y durante dos o tres años viví en un torbellino frenético de embrujado estudio y especulación. Pero se desgastó mi entusiasmo. Ellos iban bien encaminados pero, si te lo pensabas un poco, nunca llegaban a ningún lado. En realidad Nietzsche, quien sólo se dedica a destrozar a los demás, tachándolos de locos, tenía más sentido común que ninguno, pero estaba engañado en su propia auto-estimación. Se me pasó el romance aunque seguimos siendo amigos.

Yo iba a conocer un amor intelectual más, el último para mí, y fue con la filosofía y los escritos religiosos de la Iglesia Católica. [...]

* * * * *

En Nueva York nos embarcamos en el transatlántico *S. S. Constitution* con destino Barcelona y que hacía escala en Casablanca, Las Palmas de Gran Canaria y Málaga. Las casi dos semanas de travesía fueron una juerga padre para los seis chiquillos y sin duda la mar de románticas para los recién casados en segundas y terceras nupcias. Sheila llamaremos a nuestra nueva madre. El nombre de la anterior era Doris, si lo queríais saber, y concedo que su hijo a lo mejor no era tan imbécil de rebote como afirmé, aunque a mí me lo pareció desde luego.

Sheila era esbelta, toda una dama, y una sargentona para con sus cuatro hijos, tres niñas y un niño, Bret, el chiquitín. Los llevaba como un palo de tiesos. Se tuvo que enfadar con frecuencia con mi padre por lo extremadamente liberal y permisivo que era hacia nosotros, pero... ¿qué podía ella hacer? ¡Ajo y agua, señora! En sus tratos con nosotros dos era buena —o justa— y respetuosa, y debió de querer bien a mi padre. Yo guardo buenos recuerdos de ella, sobre todo después del calvario que pasé con la anterior. Una nativa de Minnesota ha de tener mucho valor para dejar todo lo americano atrás y lanzarse a lo tonto y a lo loco al viejo mundo, sobre todo a la España de Franco, sin billete de vuelta ni garantía alguna de conseguirlo. Por si esto fuera poco, tenía que velar por sus cuatro polluelos además de los tres chalados con que había decidido unir su destino. Y de castellano, ni papa. Yo creo que estaba convencida de que nuestra estancia por estas raras, peregrinas tierras iba a ser cortita, como una luna de miel en plan algo bestia o qué sé yo, pues ningún americano en sus cabales deja por excesivo tiempo su nido… y total, Barcelona —ahí está el mapa— no está tan lejos de París. Oh lá, lá.

Mas los enigmáticos planes que bullían en la cocorota de Olin no se aproximaban, ni en años luz, a las ideas e ilusiones de esta Sheila, americana del “sexo débil”.

La pobre pronto caería en los anales de la memoria familiar como la “Patitas de gallo”, pues de todas las mujeres que mi padre llevó ante el altar era ella la que contaba con más años.

De los hijos, ninguno era engreído ni criado con mala leche, como en el funesto enlace anterior. Las tres mayores eran, dos de ellas, mayores que yo, y Clare, la tercera, sería de mi edad; y al gracioso de Bret ya lo he mencionado. Es divertido tener hermanillos chicos, aunque sea sólo por un rato, porque siempre están haciendo tonterías. Durante la travesía en barco yo me enamoré de Clare y por unos días no dejaba de lanzar miradas anhelantes y aún lascivas a su litera en nuestro camarote, que era el de los cuatro más pequeñajos. Por desgracia, o mejor dicho por suerte, ella no me reciprocó —¡uy, qué fatiga si llega a pasar algo!— aunque nos llevábamos bien. En fin, pelillos a la mar.

Tal vez Freud tenga algo de razón en sus disquisiciones, pues me asalta, o asaltaba años ha, la imagen de estar espiando a mi madre, la verdadera, en la cama con mi padre, desnuda y felizmente despreocupada, y me atrevería a decir que la libido ya me jugaba pasadas a los cuatro años o así. Traigo esto a colación al considerar la situación de mi padre, escapándose de su némesis paterno a tierras extrañas, tierras franquistas, con dineros edípeos además de otros adicionales de terceras nupcias tras ser viudo de suicidio; dos suicidios casi simultáneos y precisamente de sus dos seres más queridos: Su madre y su amor carnal primero.

Me diréis que hago mal y arruino la historia con estas extrapolaciones, pero yo escribo lo que se me viene a la cabeza, siempre y cuando lo considere pertinente. Si hiero vuestra sensibilidad de público lector, pido clemencia.

La travesía, reitero, fue indescriptiblemente maravillosa. Tristes tiempos los actuales para el viajero. Cruzará mil veces el charco, y disfrutará de los placeres de esta o de aquella orilla, pero esos días en que viajábamos y vivíamos y nos divertíamos de lo lindo a bordo de aquellos transatlánticos de pasajeros, esos, ¡no volverán!: Juegos en cubierta, piscinas, jugar

al escondite, el pilla-pilla, o *cops 'n' robbers*, por los pasillos. ¡Seis niveles o puentes, seis! En una ocasión —vívido recuerdo es éste— asusté a mi hermano, esperándole agazapado tras una esquina… ¡¡¡Bú!!! Y su sorprendente e instantánea respuesta, puro acto reflejo, fue soltarme un bofetón tal que nunca más me he atrevido a repetir la faena. Y más y más memorias fluyen, apasionantes, a mi mente: Mi hermano y yo correteando por todo el transatlántico, asustando a las hermanastras, e hinchándonos de comer mientras medio barco está vomitando por culpa de algún temporal de mar… Cenas, bailes de disfraces, competiciones de mil colores y sabores. Yo gané un "Premio del Capitán" al tronco engrasado, batallando con globo de pellejo de tripa sobre la piscina. Si mal no recuerdo a mi padre le dieron el galardón supremo al mejor disfraz, pero que me maten si me acuerdo cuál era; probablemente de vagabundo, sí, de vagabundo. Que ni pintado, vamos.

En Casablanca fuimos al zoo. Siempre que había un zoo, allí había que ir. Tenían, cosa insólita para todos nosotros, y no de muy buen gusto para sensibilidades occidentales, perros, perros de todas las razas, metidos en jaulas. Y después estaba el cementerio del zoo, con los nombres, y acaso una foto tras un vidrio, de los animales fallecidos. Naturalmente visitamos la cašbah o zoco y vimos y nos codeamos con miles y más miles de musulmanes, todos pululando por ahí con sus enormes, complicados bultos. Y de los incesantes, insufribles acosos de los mendigos no digo nada ni me quiero acordar, que ni al pequeñito Bret lo dejaban en paz.

La fotógrafa era Sheila, siempre Sheila, pues era la única con conciencia plena de turista, no de viajera. Para ella la emoción —si alguna pizca de bueno podía derivarse de aquel infierno— habría de venir luego, en la tranquilidad del hogar en el *suburb*, al mostrar a las atónitas, envidiosas amistades la evidencia gráfica de su exótico y exquisito viaje, su *sojourn abroad*, sin faltar los rollazos en plan ultra-esnob que te suelen largar esas señoronas durante las interminables sesiones de fotos. Puáj.

Las Palmas de Gran Canarias: el ideal de ciudad tropical. En Minnesota, como sabéis,

no tenemos palmeras, así que nuestra llegada al bello puerto isleño aquella mañana fue como entrar, por arte de magia, en una postal. Sé que suena cursi, pero así fue: de postal.

Una vez allí no me acuerdo de lo que pasó, excepto que seguro que mi padre le preguntó a algún guardia que qué se podía ver, y éste o no encontró nada que aconsejarle o no le entendió. El caso es que nos lo pasamos mayormente sentados en las cafeterías al aire libre.

Mirando atrás, precisamente a nuestra brevísima visita a Las Palmas, me doy cuenta de cuántos miles de refrescos y colas nos bebimos mi hermano y yo a lo largo de nuestra infancia: por cada vino, cerveza, o copa del padre (o dos, o tres), y que no fueron pocos ni parcos los ratos sentados en bares… un refresco. Hábito dipsómano de difícil, de imposible erradicación.

De mi primera estancia en Málaga no guardo ni el menor recuerdo, posiblemente por quedar superpuesta por múltiples retornos. Luego, da la curiosa casualidad de que, leyendo a Hemingway, *The Dangerous Summer,* descubro que el *S. S. Constitution,* en que él viajara al año siguiente, o sea, 1959, atracó, no en el puerto de Málaga, sino el de Algeciras. Así que no sé si fiarme más de mi memoria o del libro póstumo del célebre autor, o que los dos hechos sean ciertos: Algeciras para Ernest, Málaga para mí, Erik. Y más pelillos a la mar.

Barcelona. Enooorme. Muelles, taxis, gente, gente, gente. De lo que hablaban ni papa, nada de nada, *res de res*. Y a mi padre por guía, no veas. Nos instalamos en el primer piso, o sea, el *entresol* (o uno de los *entresols*, pues solían venir a pares, como la pareja de la Benemérita), de un hostal en la Plaza Real. Esta maravillosa y vital plaza encuadrada en regios y arcaicos arcos era por aquel entonces un lugar seguro, sanote de visitar y transitar. Sin chorizos navajeros, quiero decir. Hallábase por lo general colmada de palomas, y siempre estaba allí el viejecito del carrito de las golosinas, que además de las chucherías para nosotros los críos vendía alpiste para aquellas aves urbanas. El único verdadero peligro lo constituían las sillas de los cafés, las cuales volaban por los aires al anochecer por iniciativa e impulso de los muchos marineros yanquis, que por esos días aún llevaban los

uniformes blancos con sus circulares gorras, y era cosa de ver, tan borrachos y tan amantes de trifulcas y pendencias. Toda la familia nos pasábamos nuestras buenas horas de entretenido espectáculo asomados a los balcones. Sheila, con todo, no consideraba que aquellos furibundos follones fueran edificantes para unos ojos tan tiernos y cándidos como los nuestros. Después aparecía un jeep con cuatro MPs de color y deshacían el tinglado entre pitidos y cachiporrazos y aquí no ha pasado nada, señores. El hotel estaba justo encima del entonces llamado Tobogán, un restaurante autoservicio. Como se podía comer por los ojos fue siempre el restaurante favorito de los seis hermanitos. De Sheila también, seguro, aunque ella tenía que hacer como que estaba de parte de mi padre en eso de tener que irnos al quinto pino en busca del cuchitril más estrafalario del barrio chino barcelonés y hacerse el lío padre con el menú y con algún camarero, y luego ya ves, te sirven lo mismo o peor, y menos. Y más feo.

Barrio chino. ¿Y dónde porras estaban los chinos? Un buen restaurante chino como alternativa al Tobogán habría estado bien. Pero ni eso.

España no se había americanizado todavía. Quiero decir que no se comía a lo étnico, como ahora. En aquellos días ibas al restaurante y para de contar, y que no era moco de pavo para los nativos. Nada de extravagancias ni extranjerismos: una sopa (de sobre o cubito, si acaso con un hueso blanco de jamón para darle cuerpo y sabor casero), un huevo frito (en singular), patatas (anegadas en aceite refrito), un filetito, una ensalada… lo exótico era que dijeran que el arroz era “a la cubana” o la ensaladilla “rusa”. Y más curioso todavía es... ¡que lo siguen haciendo!

La asignación pecuniaria de los sábados —nuestro *allowance*, o, como suelen llamarlo los jóvenes de hoy: “la paga”— para mi hermano y para mí era de cinco pesetas, uno de esos billetitos verdes. A los hermanastros creo que su madre les asignaba siguiendo una complejísima escala que tenía en cuenta la edad del receptor y las marcas negativas o —más raramente— positivas, por el comportamiento, que el sujeto acumulaba a lo largo de la

semana, deduciendo fracciones de negativos anteriores, todo lo cual llevaba ella bien calculado y apuntado en su libreta al efecto. Lo que sí es seguro es que mi padre hacía todo lo posible por que ella no estrangulara excesivamente a ninguno de ellos en lo económico. De todas formas la Clare —¿o era Bárbara la remilgada?— se sentía lo suficientemente montada en pasta como para despreciar las perras chicas y aún las gordas, a veces (si era sábado o domingo), y se ponía a tirarlas por la calle. Mi hermano mayor Percy bien que sabía ir detrás, remolón, recogiéndolas. Pues no era nadie el Percy. Decía:

—Ya está la Bárbara tirando el dinero. Mírala, la chalada —pero en inglés, claro.

Cada mañana barcelonesa, la misma cantilena:

—¿Adónde vamos hoy?

—¡Al zoo, al zoo!

Siempre al zoo. Y ahí íbamos, dos veces por semana como mínimo. También me gustaba pasear con la familia por las Ramblas, sobre todo en la zona medio-alta, la de los animales, y naturalmente alimentar las palomas en la Plaza de Cataluña, que supongo que eran las mismas, o casi, de la Plaza Real.

Después estaba el Pueblo Español, aquel recinto turístico de tanta solera en Montjuich. Yo quería un traje de torero, un traje de luces. De veras que se me metió esa manía. Pero nunca lo vi cumplido, menos mal. ¿Adónde iba yo con eso… a poner el pan barato? En el Pueblo Español vimos, entre otras cosas menos memorables, soplar el vidrio candente y cómo convertían la ardiente masa en piporros, floreros, jirafas u otros chismes cristalinos.

Visitamos el museo arqueológico y el parque de atracciones, claro, que también se hallaban en el mismo monte. Lo uno era para los mayores más bien, pues no había más que trastos antiguos y piedras, al menos para mis jóvenes ojos, y lo otro para los chicos, con tantos caballitos o "*rides*" y algodón de azúcar y bullicio. Una feria vamos. Mas mi padre dijo que una y no más, Santo Tomás, que no habíamos venido a España para estar siempre de feria y jarana. Claro que no lo dijo demasiado en serio. Un museo que agradó por fin a

niños y a mayores fue el que estaba en la puntitica de arriba del monte, mirando hacia el levante, al mar, para la defensa de la ciudad condal, y era enterito de armas: cañones (algunos en su sitio, listos para cargar, casi) modernos y antiguos, de tierra y de navío; todo tipo de pistolas, escopetas y arcabuces; arcos, ballestas (¡que cosa más chula la ballesta!) y flechas, picas y lanzas, maquetas de estrategias y batallas famosas; uniformes de diversos cuerpos y épocas; y lo más estupendo de todo: ¡armaduras! Auténticas armaduras de cuerpo entero, de la cabeza al dedo gordo de los pies. ¡Y qué chiquitillos que eran la mayoría de los hombres en aquellos tiempos! Tenían que ser casi de mi talla, o la de Percy a lo más. ¡Debían pasarlas canutas en el verano! Mientras estas cosas mirábamos el calor ya nos achicharraba a nosotros.

Ningún sábado por la noche de las que estuvimos en Barcelona nos perdimos la Fuente de las Maravillas, con su música y sus potentes haces de luz, como focos antiaéreos, y la esbelta silueta de la *Generalitat* al fondo.

Y luego estaba el pequeño museo Picasso en la calle Moncada, que ya entonces debió de existir gracias, creo, a Sabartés o a Ramón Sitjés, amigos del pintor. ¡Y por qué me hago el sabihondo yo aquí, jolines, si el chavalillo aquél nada sabía de las andanzas catalanas del ilustre malagueño!

De Gaudí no me enteré por aquel entonces salvo que vi la Sagrada Familia, con menos torres pero igual de impresionante que hoy. El Parque Güell debió estar cerrado, o seguro que me habría encantado, con sus casitas de cuentos de hadas y puestos de chucherías y todo eso. Mi padre quedó más que suficientemente maravillado del genio de Gaudí, y lo tuvo en la boca, mentándolo, por años.

Olin G., dentro de ser muy suyo, se convertía al viajar en el perfecto turista cultural que no se puede perder nada. Eso sí (menos mal): sin cámara de fotos. Nos llevaba casi religiosamente a todos los sitios monumentales que las guías turísticas recomiendan. Para unos críos como nosotros resultaba una paliza rayana a veces en lo mortal, pero en el cuerpo

lo llevo, como dicen, y aquí adentro se lo agradezco mucho, mucho. A lo mejor las piernas también.

Llevaríamos un mes en Barcelona cuando mi padre entró dando grandes brincos en el hostal, emocionadísimo que estaba, anunciando que había alquilado un caserío o masía en medio del campo, que se hallaba al sur del entonces pueblerino Mataró, como a tres kilómetros, al que se llegaba primero por un camino para carros tirados por burro y después, torciendo a la izquierda, por un estrecho sendero entre tierras de labrantío. Imaginaos, así como de refilón, el alegrón que le debió de dar a la Sheila la patitas de gallo, la yanquisa. Los niños sin embargo estábamos rebosantes de contento.

El caserón, antes de llegar propiamente a la puerta principal, tenía, como pronto veríamos, una larga tapia que encerraba un deleitoso huerto de árboles frutales todito para nosotros, y ante la fachada principal de la masía, dentro de un parquecillo o área recluida de verdor, ornaba el acceso a nuestro hogar un vetusto estanque curvilíneo habitado por ranas, renacuajos, salamandras y carpas doradas, sin mengua de frondosa ova y nenúfares, y por supuesto las omnipresentes libélulas, que en inglés se llaman *dragonflies*. A Clare, que no era amante de bichos, le producía puro pánico el paraje. Su madre tampoco se acercó nunca allí, que yo sepa. Naturalmente, no faltó quien se prestase graciosamente a llevar las ranas y otras sabandijas dentro de la casa para que no se perdiera nadie aquellas múltiples maravillas naturales.

Antes de la partida compró Olin un coche… ¡y vaya armatoste de coche que le vendieron! Necesitábamos, estaba claro, un vehículo donde cupiéramos todos, y acabó pagando la desorbitada cantidad de cuarenta mil pesetas por un viejo Citroën negro del ‘39, techo cuadrado de lona, antiguo taxi barcelonés. El capó del motor abría lateralmente, y la tapa del radiador erguíase prepotente en la punta de delante, frecuente surtidor, o géiser, como si de una locomotora se tratase, de vapor de agua. Como está mandado. Se tenía que arrancar las más de las veces y bajo las más adversas circunstancias con una manivela que

se insertaba debajo del parachoques delantero. Pero lo mejor era el interior: conservaba los cristales corredizos que separaran en su tiempo al taxista de los viajeros, así como dos asientos en la parte central que se levantaban del suelo y miraban hacia atrás, en ángulo. Las placas de la matrícula tenían una B y muy pocos números detrás, no más de cuatro desde luego. *Okay*, cinco, a lo mejor.

Una de las clásicas extravagancias de mi padre. En el plazo de un año llegaría a pagar en reparaciones más del doble del coste inicial. Buenoooo… qué digo yo… ¡muchísimo más!

Partimos, pues, a ocupar la masía. Debieron haber invertido algún dinero para hacerla habitable y dejarla bien limpia y todo en orden antes de nuestra llegada, pues no recuerdo ningún *shock* cultural de las melindrosas hermanastras, y ni tan siquiera de Sheila. Bien es cierto que ella pudo disimularlo ante nosotros, sacando fuerzas de flaquezas, como dicen. Mas sobrevivieron todas. El caso es que entre el estanque, los frutales —rondaba el tiempo veraniego, y teníamos fruta y limones en espléndida profusión— y todo el campo que nos rodeaba, los niños estábamos prendados, y mi padre en la gloria Hemingwayiana. No veas cuando descubrimos el sótano, perfecto paraje para futuras exploraciones, el cual escondía cascos de la época de la guerra civil y mil otros artilugios, chismes y cachivaches.

El granjero que vivía con su cuantiosa familia a medio camino de la carretera de carros era como un apéndice postremo de los antiguos siervos de la gleba, que trabajaba para el señor de estas tierras. Él nos hacía los cuidados de jardinería y horticultura y las reparaciones en la masía, con toda abundancia de reverencias, y nos hacía humildes donaciones de tomates, lechuga fresca, etc. Sus niños —algunos de los muchos que tenía— se hicieron compañeros de juego nuestros mientras el padre ayudaba al mío a aprender la lengua, el catalán.

Otra cosa maravillosa que hizo la familia de payeses fue regalarnos un cachorro de una combinación de mixto-lobo con alguna otra raza de menor talla, acaso perro de caza, que se convirtió bien pronto en nuestro íntimo amigo de aventuras y andanzas. Hasta a la escuela

nos habría seguido de no acostumbrarlo a que se quedara en casa. Qué noble y qué inteligente, Tarzán, nuestro Tarzán amado.

Una lechera gorda, y cuando no, el marido flaquísimo, venían en bicicleta, una tina enorme de latón a cada lado de su “burra”, con leche de vaca ordeñada del día. Yo estoy convencido de que ninguno de nosotros se hizo totalmente a esa leche, que había que hervir, y que nunca supo a la leche pasteurizada que antes, como ahora, estábamos hechos a beber. No señor, no me gusta ni recordarla, y eso que la hube de beber por una pila de años. Y la de cabra luego, que tenía un gusto todavía peor.

Gozábamos de pleno acceso a los frutales del huerto, lo mejor de lo cual era el puro placer de trepar a ellos, con Bret, haciendo encabritarse a la madre. La masía, el edificio en sí, era enorme. Mi lugar favorito, claro, era el sótano. Además del casco, que era al estilo alemán, o sea, franquista, y nos servía de juego, aunque mi padre nos decía que tuviéramos cuidado de no lucirlo fuera del recinto, que “era muy peligroso”, encontramos hasta balas; pero nunca pudimos hallar ningún rifle, me cachis, ni siquiera arruinado.

Por los senderos entre sembrados, yendo hacia el este llegábamos zigzagueando, y tras cruzar una carretera y el ferrocarril, a una pedregosa playa donde siempre hacía bastante oleaje. Yo ya sabía nadar, aunque nunca tan bien como mi hermano Percy, que siempre me superó en todo, porque lo habíamos aprendido en los campamentos de verano de Minnesota. Recuerdo incluso el sistema: en la orilla hacíamos un corrillo y nos dábamos las manos, así como en un círculo de seis a ocho niños. Estaba prohibido soltarse, pues el que lo hiciera primero era un gallina. Empezaba una canción, y tararí-tarará dando vueltas y vueltas nos íbamos metiendo en el agua, tararí-tarará hasta que ya no tocábamos fondo y todos salíamos corriendo como mejor pudiéramos fuera del agua. ¡Y ya está! Eso sí: al Tarzán no le hicieron falta esas memeces. Desde el principio él se lanzaba directamente al agua y hala, a coger el palo.

O. G. era generoso de mentalidad pero algo apretado de bolsillo, lo cual explica el

siguiente incidente: decidimos que le podíamos ahorrar un poco de dinerillo haciéndole cigarrillos con las puntas que se iban dejando él y Sheila sin fumar del todo, envolviendo el tabaco en papel de nuestros cuadernos. Así recorrimos los alrededores en busca de colillas, principalmente de ellos dos (por esos días era rara la americana que no fumaba), pero también encontramos suculentas vetas tabaquiles de los cardo-gallina, Ideales con papel amarillo de cebada, del hortelano, y quién sabe, colillas que hasta pudieron datar de la guerra civil; orgullosamente se los presentamos, y él, muy ceremoniosamente, se puso a fumar uno de estos "pitillos" caseros. Como pudo y con muy buenas maneras nos advirtió, empero, que no era demasiado bueno para el fumador aquello, pues se concentraba todo lo más nocivo al final, y que por eso se tiraban. Además, que a cada fumador le gusta un sabor diferente. *C'est la vie*. No nos mencionó lo rancio que se vuelve el tabaco añejo, ni el escozor del humo de papel de libreta, ni que él fumara "rubio", etc. No sé, la verdad, cómo no reventó de la primera calada.

En septiembre nos apuntó mi padre a la escuela pública de Mataró, un viejo edificio de estilo y muros monacales. Para entones sólo estábamos Percy y yo con mi padre, pues Sheila, según supe poco después, se había negado a tener su quinto bebé, que resultó ser niña, en España, pues "aquí no había médicos", según ella. Seguro que ella simplemente quería que todos volviéramos a América. Nunca caló bien a mi padre. Éste cogió tal berrinche con su excusa que la largó rápido para su tierra, con toda su prole. Divorcio por poderes y sanseacabó. Eché mucho de menos a esos cuatro fugaces hermanastros —iniciáticos con nosotros por tierras extrañas— y además tengo en América una hermana a la que nunca he visto, y de quien tengo noticia de que quisiera llegar a conocernos a Percy y a mí.

Con la llegada de las lluvias y el barro empezamos las caminatas a la escuela. En clase, al maestro se le antojó practicar diariamente sus veinte palabras de inglés con nosotros. Las lecciones se impartían rigurosamente en castellano, y en el recreo, que es, como todos

saben, la mejor parte de ir a la escuela, lo que reinaba para entendernos con los compañeros era el catalán. Eso tras la semana inicial de quedarnos los dos hermanos pegados como lapas el uno con el otro contra el protector muro del patio. Luego fue fácil hacer amistades, pues concurrencia no nos faltaba. Y comenzamos a volver caminando a casa con los nuevos amiguitos que vivían en el poblado de Poble Sec, el cual carecía de electricidad y agua corriente, y fuimos aprendiendo catalán infantil. A veces nos llevaba un carretero sobre la paja, o incluso bajo el toldo, de una tartana. ¡Ajá!

Nuestro *Daddy,* O. G., lento pero seguro, fue haciendo progresos en su castellano, la única lengua que se permitía en público, mayormente bajo el tutelaje de su mecánico, que es donde él se pasaba la mayor parte del tiempo en el pueblo, si exceptuamos la taberna. El monstruo, que así llamábamos al coche, estaba siempre en reparación. Dicho cacharro, cargado de años, más su dueño, cargado de vino del Penedés o copitas de coñac, conformaban entrambos la mayor atracción del pueblo. Y no tenía pelos en la lengua, tampoco (el hombre, no el monstruo), pues dicen que el vino hace decir las verdades y lo que sea, aunque sea a lo raro. Cuenta él que un día entró en una tiendecita o colmado, donde tras el mostrador se hallaba una niña joven, a la que le dijo “en su mejor castellano”: —Quiero comprar TÉ —y que la niña se adentró corriendo por las habitaciones interiores y se abrazó desesperada y llorosa a su madre. No sé si sería un chiste que se inventó por puro juego de palabras —muy ocurrente él— o que de verdad pasó, pero él lo contó hasta la tumba, que esa niña creía que un enorme tío estrambótico quería comprarla. Y que su español había sido intachable, naturalmente.

Sus excesos con el alcohol comenzaron a manifestarse en hechos externos, o extraños —creo que para él eran sinónimos—, como cuando, con el monstruo recién sacado de una estancia particularmente extendida con el mecánico, él hizo un giro a la izquierda y la vía, en lugar de calle, resultó ser una escalinata, y no corta ni escasa en desnivel. Frenó, claro, muy al comienzo de la cascada, pero para qué, si ya no le quedaba otro remedio que seguir

bajando hasta el final e irse a patita en busca de la grúa. En otra ocasión (esto, os advierto, no me lo vais a creer, pero yo estaba dentro del vehículo y para qué habría de engañaros), iba conduciendo bastante piripi por las calles de Mataró, y hete ahí que le da un topetazo en un cruce al guardia del pito, y lo lanza contra la esquina de enfrente. Viene el agente, furioso, y tras tres o cuatro intercambios en "español", más algún que otro taco en catalán sin duda, con este forastero y su espantable carromato, se disculpa y pide perdón por ser tan torpe, que hacía mal en estar ahí en medio, descuidando su trasero. Ya os advertí que no me creeríais.

Era O. G. profundamente apolítico, al igual que arreligioso; ¿Cómo explicarse si no, y muchas veces me lo han preguntado, a un americano tan a gusto y a sus anchas bajo Franco? La verdad es que un americano era muy bien tratado por aquel entonces, no sólo por los municipales, como queda arriba ilustrado, sino también —y muy especialmente— por la Guardia Civil. En todos los años que él estuvo aquí no tuvo ningún percance con ellos, y eso, diréis, es simplemente asombroso. No creo que los tuviera Percy tampoco, y yo sólo una vez, ya con veintitrés años y llevando muy mala pinta, en circunstancias poco halagüeñas, en las postrimerías del Caudillo. Yo no estoy defendiendo el antiguo régimen, ni tan siquiera digo que esto no fuera injusto, pero la cosa era que si tú no te metías en líos, y sobre todo si eras extranjero, hasta te defendían. O. G. tiene un capítulo entero de sus escritos dedicado a Franco, escrito no como alabanza ni como crítica. Bueno, algo de alabanza hay, sí, pero al hombre, no al régimen, y menos aún al fascismo. Simplemente elucubraciones. Es algo curioso que se haya logrado resucitar el prestigio de una institución como la Guardia Civil, tan extremadamente aborrecida antaño por tanta gente, hasta el punto de que hoy se la respeta y quiere, Roldanerías aparte… casi un milagro. Ojalá pudiera pasar en países como los EE.UU. eso de apreciar a las autoridades policiales. Pero no pasará, no. Allá no se respeta nada, tanto menos si es público.

Pero volvamos a nuestra historia. Llegó el día en que el dueño de las tierras y del

caserón decidió subir el alquiler: se acercaba nuevamente la estación turística. Así que nos subimos mi padre, Percy y yo, Tarzán y nuestro gato anaranjado en el monstruo y nos encaminamos al sur, a la verdadera España. Los baúles fueron por ruta distinta, más segura. Y rápida.

Nuestra odisea merece capítulo aparte.

Capítulo 3. Hacia Almería

[TEXTOS III]

Desde la muerte de Felipe II, famoso por su Armada, si no antes, digamos 1500 más o menos, tras Fernando e Isabel, que fueron los primeros en unir España (claro que en esos días todo el mundo andaba desorganizado), el Estado no tenía ningún poder central y éste, deteriorándose. Desde 1808 estuvieron metidos en continuas guerras civiles. En la Penibética de Andalucía los bandoleros mantuvieron una romántica y gallarda soberanía sobre las vidas y el dinero desde el desmembramiento de la hegemonía mora, sin oposición, por casi quinientos años. Y generalmente los oficiales del gobierno eran menos honrados que los bandidos y desde luego carecían de su desenvoltura y estilo, fraccionados en diferencias regionales que ocasionalmente desbarataban, casi, su avaricia personal, además de los candidatos a monarcas enfrentados y las muchas ideologías. Todo se perdió. Os acordaréis que España había sido Mister Grande en Europa y en América por algún tiempo, pero en 1898 la armada U.S.A. los aplastó como en una hora, y *eso* no fue nada divertido. “Pueden disparar a discreción, Gridley”.

Los años treinta fueron duros, probablemente con menos prosperidad y definitivamente con menos esperanzas que en ninguna otra parte. Eso no es así hoy.

Bajo la dictadura fascista cientos de millones de turistas extranjeros han viajado y tomado sus vacaciones en España, y no sólo los reporteros hostiles. Los turistas vienen porque es fantástico, el mejor sitio. Esto es así en gran parte por la gente, que es feliz, amistosa, abierta, y libre. Aunque la mayoría de los turistas estaban también preparados para ver y horrorizarse de los amargos resultados de las duras presiones y meteduras de pata del gobierno, así como las medidas represoras de la Iglesia. Seguro que lo tienen escondido en algún lugar. Para cada visitante que tuvo algún incidente por lo menos cien de ellos trajeron problemas consigo, pero no los pudieron hallar en la España bajo Franco.

* * * * *

Milagrosamente logramos atravesar Barcelona de un agonizante tirón, por toda la Diagonal. Pero de ahí a Tarragona nos llevó una semana, a veces achuchando el coche hasta el próximo pueblo, o hacia atrás al anterior, si considerábamos que estaría más cerca; y no era precisamente un seiscientos, como ya sabéis, ni el humor de mi padre era el de un fray Leopoldo. O bien teníamos que adelantarnos unos kilómetros a por agua, o gasolina, o aceite, o las tres cosas, o llamar a la grúa, si es que disponía el pueblo de marras de tal bienaventurado dispositivo.

En Tarragona se tiró el monstruo en la enfermería tres semanas, necesitado, para no variar, de piezas. Mi padre estuvo entusiasmado con la ciudad y su glorioso pasado romano, en el cual había sido mayor y con más habitantes que la ciudad moderna. Aún es endémico del lugar el pánico ante cualquier proyecto de construcción o reestructuración urbana, pues a la primera palada o antes ahí que te vienen los arqueólogos a paralizar las obras por seis meses, si no es que deciden, cuando ya estás a punto de construir tu nueva casita, declarar el lugar patrimonio artístico-histórico nacional. Y está muy bien que hagan eso. Yo hoy estoy escribiendo estas líneas en Granada, enfrente de un solar en el que el ayuntamiento quiere extender su edificio, y no lo hacen porque primero han de venir los arqueólogos de la universidad. Y no lo harán. Y mira que los restos romanos, los enterrados al menos, les dan veinte mil vueltas a las ruinas árabes, a mi humilde modo de ver. De buena gana mi padre se habría comprado unos picos y unas palas y nos hubiera metido a los tres a cavar hoyos en alguna de las muchas explanadas de la ciudad. Menos mal que no le dio muy fuerte por ahí. Además, aunque acaso tuviera más razón que un filósofo, yo sé que no habríamos pasado precisamente desapercibidos, y ni al guardia civil más pro-yanqui le iba a caer bien que nos pusiéramos a expoliar los preciosos patrimonios patrios. Además… habría sido un crimen,

qué caramba. Claro que por aquellos días España era el país que más descuidaba sus tesoros arqueológicos. De penita-pena.

Visitamos las murallas, el teatro, la catedral de fachada trunca y calles adyacentes o barrio gótico; museos, catacumbas con las paredes alineadas de fémures y miles de cráneos paleocristianos (¿habrán cerrado esas catacumbas, que hace siglos que no he oído de ellas?); y bebimos montones de refrescos y comimos en todos los restaurantes con precios asequibles de Tarragona, sin olvidar, naturalmente, los de la zona portuaria, pasando la estación de trenes.

Finalmente, cuando ya iba pareciendo un sueño inalcanzable, nos entregaron el coche y pudimos proseguir la marcha.

Otra semana y llegábamos a Castellón de la Plana, donde sólo tuvimos que sufrir una estancia de tres o cuatro días, sin nada que ver, como no fueran nuestras primeras películas en español. También vimos —la guía turística, o mejor dicho la ciudad, poco más tenía que ofrecer— la típica barraca. Ya ves. O como se dice en Almería: —Y eso… ¿Qué eh lo que éh?

No sé cómo, ni lo sabré nunca, pero el caso es que llegamos a ponernos en Valencia, y desconozco igualmente cuánto tiempo y cuántas paradas nos costó, pero lo hicimos. Digno de mención… sólo Sagunto, que donde haya viejas ruinas allá va mi padre.

Valencia, civilizada ciudad. Dos incidentes: en la primera noche y durante la cena nos desapareció el gato del coche. Me refiero al vivo, al del color de las naranjas del lugar. Por mucho que misimisimos por debajo de las mesas exteriores de los cafés, nada: perdido. Para entonces el coche ya olía bastante mal por dentro, ¡y qué os diré de las pulgas! Seguro que un buen mordisco de la factura de las reparaciones saldría de lo que los mecánicos tuvieron que aguantar, tanto en su piel como en sus narices.

Si Tarzán echó de menos o no a su viejo compañero de fatigas nunca nos lo dijo, siempre tan simpático Tarzán, siempre la lengua fuera, jadeante, y la mirada atenta.

El segundo incidente tuvo que ver con las teorías sociológico/behavioristas de O. G. respecto a beber vino con las comidas. Una vez pedida la cena se le metió en la cabeza que Percy y yo teníamos que tomarnos un pequeño, o medio, vaso de vino tinto. ¡Uggh!

A regañadientes y con mucha cola mezclada, o tragada inmediatamente después, yo lo conseguí pasar, pero mi hermano, con sus diez cabezones años, se negó rotundamente. Ni tras una bofetada afuera, a la puerta del restaurante, cedió. ¡Qué cabreo el de O. G.! A lo mejor el gato vio lo que se repartía y por eso se dio el piro.

La teoría de mi padre de una "vacuna" contra el alcoholismo tenía ciertamente abundantes bases racionales, como gran parte de sus teorías, pero poco respaldo en la experiencia. Los años desvirtuarían totalmente su contención, aunque eso tampoco se puede aducir de nuestro caso, pues ni Percy ni yo fuimos nunca enófilos de manduca.

Hablando de cólera paterna: el epítome de mi padre, lo que los Joyceanos llaman su *epiphany*, para mí lo marcó, no un mimo, un gesto, una sonrisa… Nada de eso. Fue un soberano martillazo que se dio un día en el pulgar. Recuerdo el dónde, el cuándo y su grito, que fue un enfático:

—*Ouch! GOD DAMN!!!*

No tuvo lugar ni en Valencia ni en aquel restaurante el martillazo, obviamente. Lo inserto aquí así como para vindicar a mi hermano nada más. Llamémoslo justicia poética.

¿Lo tendrá todo el mundo… este mismo epítome de su padre? En fin… prosigamos.

En algún misterioso momento del viaje arribamos a Benidorm, y créanlo o no, Benidorm era en 1959 un pueblecito casi, casi normal... ¡de pescadores!

Proseguimos hacia el sur, y pronto… la bella Alicante y sus formidables palmerales. Dos recuerdos significativos, o al menos uno de ellos, aquí. Uno fue una tontería y fue dejar caer globitos llenos de agua sobre los calvos, mi hermano y yo, desde el cuarto piso de la pensión. Un globo tuvo el infortunio de dar en el blanco, jo jo jo. Nos cayó una regañeta gorda del conserje, y a continuación otra más leve del *Daddy*, la peor parte con el conserje

delante, pues en el fondo o le hizo gracia o al menos creyó que no era una fechoría tan descabellada, ja ja ja. Lo peor habría sido tener que ponernos a buscar otra pensión… ¡en Alicante! Ahí es nada.

Me doy cuenta, mirando atrás, de que debió de ser una hazaña encontrar pensiones que aceptaran perros; pero aquellos eran otros tiempos, y de todas formas lo más probable es que lo que hacíamos era que, en cuanto la ocasión la pintaran calva, ji ji ji, nos subíamos a la chita callando a Tarzán de contrabando. Menos mal que no era ladrador cuando no había que serlo; muy noble era él, pero no está de más ser algo somormujo de vez en cuando. Seguro que alguna vez nos libramos… por los pelos. Ju, ju, ju.

La última noche, de tres, en la hermosa ciudad de las palmeras, se trajo O. G. a la pensión a una mujer de un bar de alterne, la Candy, quien se apuntaría a la pandilla en su hégira meridional. Unos años después, no muchos, aprendí que la Candy tenía un novio en una ciudad del norte de España, de donde ella era oriunda, y que quería atraparlo en matrimonio mediante el expeditivo método de endosarle una falsa paternidad. Yo supongo, aunque no dispongo realmente de razones para estas suposiciones, excepto que he llegado a cuestionarme seriamente el ochenta por ciento de las fabulosas proezas que mi padre se atribuía, que o bien esto era una trola que mi padre prefería creerse, o que el cronometrado debió andar bastante ajustado. Aunque pensándolo bien, pues por qué no, también pudiera ser cierto.

Así pues, como Cantinflas en *Sube y Baja:* ahora éramos cinco. *Daddy* y Candy a ese lado de los cristales, Percy, Tarzán y mi menda aquí en el de atrás.

Saliendo de Alicante cometimos una garrafal —mejor diría asoladora, pues unas buenas garrafas de agua eran precisamente lo que nos habría echo falta— metedura de pata, o de ruedas, a saber: acometimos la ruta costera, como hiciéramos casi impunemente entre Valencia y Alicante. No así en esta ocasión. Esta carretera entre Alicante y Almería, con Cartagena en algún punto del trayecto, estaba en su mayor parte sin asfaltar y en malísimo

estado, sobre todo en el último trecho, que era mucho trecho maltrecho para tan pachucho coche. Efectivamente: como os habréis figurado, no le sentó nada bien el asunto al monstruo... ni a Candy, ni a los empujantes. Seguro que ni a Tarzán. Muchas veces no nos atrevíamos a detener el vehículo, aunque Tarzán, desazonado, lo pedía, por miedo a que se calara el motor y no volviera a arrancar.

A partir de Mazarrón fue un infierno. En pleno agosto y nosotros deseando avanzar por esas sendas resecas, polvorientas y deshabitadas. Me imagino que en Águilas recibiríamos auxilios, un respiro, miradas atónitas y algunas risitas disimuladas. De alguna forma y no sé por cuál carretera o paraje andaríamos (literalmente, sin duda), debió *Daddy* llegar a la conclusión de que era cuestión de pura supervivencia alcanzar la carretera nacional, partiendo acaso de Mojácar o de Carboneras, y escapar de aquellas polvaredas desérticas e inhóspitas arideces. Me río yo del Granada, o París-Dakar, que al menos se realiza, muy sensatamente, en el mes de enero, y con vehículos un pelín más aptos.

El caso es que entramos en la ciudad de Almería, no por El Alquián y La Cañada, como sería de esperar, sino por la Cuesta de Las Lomas, de la Carretera nacional 340, llamada “de Granada”.

Si se produjo algún milagro en la vida de Olin Griffin Waldenstone fue precisamente aquí, en la cima de esta cuesta. He leído fragmentos de autobiografías mil veces empezadas, nunca acabadas, de mi padre, eterno seguidor de los pasos del malogrado —si bien no tanto, que peores destinos ha habido y habrá— Hemingway. En este momento, subida a regañadientes, o regañaengranajes y por los pelos la cuesta llamada de las Tres Cepas con el Citroën, y de pronto la curva y el promontorio de Las Lomas, el cementerio aquí, y allí… toda blanca, todo sol, todo mar, estaba Almería. ¡Cuánto diera yo por el perdido párrafo de los escritos olvidados (casi) de mi progenitor en donde él mismo relata el flechazo, la divina revelación, que Almería produjo en su alma.

Llegó, vio, y se quedó.

A veces decía en respuesta al porqué de su existencia almeriense, de su amor a esta ciudad, que había sido el sueño incumplido de su primera esposa, mi madre, de vivir un día en una casita mirando al Mediterráneo. Eso contestaba en ocasiones. Pero era más que eso. Muchísimo más.

Una de las delicias almerienses que primeramente debieron hacer mella en él, sin duda, era el coste de la vida y en particular de las pensiones y de los mecánicos. Seamos realistas. Acaso también Almería le afectó tanto porque se parecía a su paterna Minnesota como el día a la noche, el ecuador a los polos.

Sería a la semana de estar en Almería que Candy dijo:

—Vamos a seguir hasta Málaga... Si tanto te gusta Andalucía... Málaga por lo menos es algo.

—Nanay de la China —replicaría mi padre, en otras palabras de cosecha propia.

Total: algún dinero para retornar a sus orígenes y el regalo de una muñequita negra.

—Fue todo lo que me pidió en el tiempo que estuvimos juntos —declaró digno y satisfecho *Daddy*.

Además un bebé casi garantizado. Adiós, familia mía. Felicidad.

Capítulo 4. Almería 1: La Ciudad Jardín

[TEXTOS IV]

Live forever

Thrills and happiness

Sex mastery

[Vive eternamente

Pasión y felicidad

Maestría sexual]

— — —

Por sexo, *sexo*, nos referimos a aquello que transpira entre un hombre y una mujer, en edades fértiles y que conduce al nacimiento de una prole. Una actividad primordialmente determinada y dominada por la hembra, para la cual se ve obligada a nominar a un macho adjunto, ninguno de los dos requiriendo experiencia previa alguna. Metes el dinero en la caja y ¡plop! ahí que te salen los juguetonzuelos. Tradicionalmente entre los humanos estos acólitos asistentes mutuos prefieren quedarse rondando, uno alrededor del otro, por veinte años o más, haciéndose la vida imposible y enfrascados en eternas disputas.

— — —

El sexo y más específicamente el sexo por puro placer ha estado largo tiempo impregnado de superstición en una emanación pícaramente encubierta que esconde, pero que a la vez está hasta sobrecargada de, los extraños poderes de la magia. Un misticismo terrible o antinatural que puede subyugar al desaprensivo, y capturar o condenar su alma. [...] —Instintos residuales y sentimientos que nos han sido legados desde las remotas épocas del Rey Salomón, la alquimia y la práctica de la brujería, que aún perduran en las ceremonias del vodú, y que, en un sentido más restringido, se puede aún hallar en las prácticas comunes. Pues incluso hoy en día el número de personas enteramente liberadas de estos presentimientos supersticiosos en el sexo por placer, aunque se confiese a

regañadientes, debe de estar compuesta por una diminuta minoría de la población. En otro lugar hemos descrito ciertos complejos de ansiedad que las prostitutas pueden adquirir mediante el empleo de técnicas aceleradoras de “cortocircuitado” para inducir orgasmos rápidos en sus clientes. Son técnicas que, en la terminología del gremio, tienden a “deshombrar” al macho. Contrastan con su ocasional comportamiento contrario de cálida alegría en la abnegación profesional, ese espíritu de amorosa caridad, cuyo mejor ejemplo se da cuando hace una pausa en los movimientos justo antes de la compleción del ciclo, con el pene del hombre en su punto álgido de estimulación y comenzando el acto reflejo retroactivo que precede a la eyaculación. Dan así a sus clientes, en apariencia, el poder de continuar casi indefinidamente y en arrogante juego de gallo/polla.* (Y ellas a lo mejor ya se imaginan al tío triunfando en la vida y abandonando a la energúmena esposa, madre, o lo que sea).

La experiencia de haber contemplado durante años y a una distancia bien confortable estas escenas que se dan al dos por tres sugiere que tales armas pueden utilizarse en ambas direcciones. Una cándida inocencia parece frecuentemente constituir la armadura más impenetrable, mientras que quedarse frío, como el que no quiere la cosa, puede derrotar a la bruja más astuta en su propio juego, engañada por su fe en un ritual muy dudoso y su consagración a un tipo de juego que no establece límites. Aunque a decir verdad, la única recomendación sensata es evitar meterse a sabiendas en ningún juego de tal índole, pues la inocencia se desgasta.

* *Cocksplay; cock* significa tanto gallo como pene (en terminología coloquial). N.T.

* * * * *

Nuestro periplo había durado tres meses, y andaríamos por el mes de septiembre. Cuán mísera esta memoria mía, apenas una mención de pasada de las calores que debimos pasar durante la travesía con el monstruo, tanto empujar el lentísimo, paralítico coche. O derritiéndonos dentro, con su absorbente negrura, y aquellos Campos de Níjar... Dicen que recordar sabores es difícil; las intemperantes temperaturas, los sudores a mares, también.

De la Pensión Imperial, cerca de la iglesia de San Sebastián en pleno centro de Almería, con su restaurante tan españolísimo —lo mejor: el consomé y los huevos con papas fritas, y el flan, claro—, nos fuimos a vivir a la Ciudad Jardín. Sin duda O. G. estaba todavía acostumbrado a vivir en *casas*, y no se podía hacer a la idea de un piso. Es más, nunca, que yo sepa, vivió en un piso como tal, aunque es posible que su última residencia en la tierra pudiera calificarse de piso. No lo sé porque nunca lo llegué a ver.

En la Ciudad Jardín alquilamos la mitad de un dúplex o casa adosada, perteneciente a una antigua y prestigiosa familia almeriense, quienes eran nuestros vecinos de la otra mitad. Muchos almerienses proclaman que es difícil y erróneo, incluso ridículo, hablar de clases o castas en Almería. Mi opinión siempre ha sido la contraria: en todos lados cuecen habas y hay clases, y en Almería —en cada barrio almeriense— bien que se notan las distinciones. No es un título, ni tan siquiera el dinero, sino ese “algo” que dignifica al clan y lo condena a comportarse como “alguien” y no como “un cualquiera”.

Un miembro de la familia vecina, hijo de nuestro ya anciano arrendador, sería más adelante profesor nuestro de instituto y uno de mis favoritos, por cierto. Hombre de saber omnímodo, casi enciclopédico, sin especialidad concreta si no eran las Ciencias Naturales, nos obligó a memorizar los nombres científicos (latinos) de varios centenares de animales, y a mí eso me encantó. —¿*Loligo* o no *loligo*? ¡El calamar! —Fuente era éste de sus mejores

chascarrillos, lo cual podría explicar por qué lo hacía con tanto denuedo. Era profe de sustituciones para prácticamente cualquier asignatura, a lo que hay que añadir sus obligaciones como jefe de estudios, y tenía un humor a prueba de bomba. Todos reíamos sus gracias, cuanto más porque era un t-tanti-t-to t-tarta-tamudo. Estábamos a lo mejor haciendo el follón nuestro de cada día en el aula porque se demoraba o no se había presentado algún profesor, y asomaba su simpática cara por la puerta y decía muy arteramente:

—*¡P-pi-piano!*

—No, si piano no tenemos, pero si quiere le tocamos la armónica —¿Acaso no teníamos suficiente con el latín —el suyo y el otro más feote de doña Úrsula "la Agamenón"— y el francés y luego el griego que lo daba también la Agamenón, tan chocha ella, para encima tener que saber italiano?

La segunda cosa que nos agenciamos en nuestra nueva casa fue una vieja y regañona chacha, que en el fondo, a pesar de decir odiar todo tipo de animales, todo bicho viviente —bien pronto contábamos con un par de gatitos para hacer rabiar a Tarzán— y estar convencida de que todos los niños eran unos diablos, nos quería mucho, tenía gran paciencia, y nosotros estábamos contentos con ella. Ella nos libraba a Percy y a mí de cocinar y de hacer los suelos, que ya es decir. La verdad es que teníamos que hacerle más caso a ella que al *Daddy*. Tenía unas energías que rozaban en lo sobrehumano, y gozaba del don de la ubicuidad, o sea, que estaba en todos los lados a la vez. Yo diría que sus chillidos eran de amor.

El Citroën fue a parar a manos de un ciudad-jardinero aficionado a las antiguallas, que pagó 500 pesetas por él, y como haciéndole un favor al americano. Si aún existe, restaurado y con motor nuevo, debe de ser una alhaja. De todas formas nos alegramos todos de perderlo de vista, y en aquella Almería de poco servía un auto, y ése menos.

Así que O. G. y Percy y Erik nos hallábamos instalados en Almería. El mejunje de mal catalán y peor castellano, inconvenientemente sazonado de tes y des y erres inglesas, que era

lo que chapurrearíamos Percy y yo, atrajo la inmediata curiosidad de los chicos locales. Era vuelta a empezar. Y los niños de la Ciudad Jardín sí que se reían de nuestro mal acento.

Aquellas películas de la Hammer, de terror, contadas en corrillo tal y como hiciéramos en las acampadas con mi padre, pero ahora rodeados de chiquillos almerienses, nos granjearon amistades hambrientas de emociones inusuales y afianzaban nuestro dominio de la lengua.

Nos apuntó el padre a la escuela que había en pleno centro de la barriada, un amplio edificio de una sola planta en su mayor parte, con su placeta central en el interior y otra plaza, pública, delante de la fachada. Esta escuela luego se convertiría en el mercado central, “la plaza”, de la Ciudad Jardín.

En los nueve meses que estuvimos correteando por estos andurriales llegamos ambos a hablar un excelente andaluz. Mi padre, por su parte, aunque podría prácticamente recitar el diccionario, tenía un español que caritativamente podríamos calificar de esperpéntico.

Pronto este idioma se convirtió en algo tan integral de nuestras vidas que fue el vehículo favorito de comunicación entre Percy y el que escribe, y tan cómodo se nos hizo el castellano que en un par de años preferíamos contestar al inglés del padre en español, salvo cuando él andaba de berrinches, o cuando necesitábamos sonsacarle algún favor (dinero), pues entonces convenía mantener todo el diálogo en la lengua de Shakespeare.

Por aquel entonces esta distinguida mini-ciudad elitista, de abogados y médicos, aunque muy florida, mostraba un decidido predominio del color rojo arcilla, gracias a los muelles francés y inglés —diseñado éste y no el otro, según dicen, por Eiffel—, a los que llegaban los trenes para descargar en los buques el mineral de hierro procedente de Alquife o de las sierras de Gádor. La brisa marina se encargaba de depositar un respetable porcentaje de este tizne rojizo en las mansiones de la Ciudad Jardín. Los muelles, atalayas de un pasado almeriense preturístico, seguían allí la última vez que estuve, y uno de ellos al menos en uso, habiendo sido recubiertos por techumbres los vagones del tren y los mismos raíles durante el

tramo principal. Pero su función primordial ahora es servir de muro o dique de contención a las arenas playeras, que largo tiempo ha habrían desaparecido, junto con las casas que se alzan junto a estas playas —más de una casa he visto tragada por el agua en el Zapillo—, debido a las mareas y corrientes del golfo de Almería, a no ser por la ingeniería humana. Quién sabe... hay quien opina que habría sido preferible.

Nosotros vivíamos a dos tiros de honda de la playa y pudimos aprovechar un mesecillo de ella.

Pronto nos mezclamos con los "hijos de papá" del área. Formábamos después de la escuela guerrillas, pues nos íbamos a los bancales y acequias que había justo detrás de nuestra casa, que entonces era la última de la Ciudad Jardín por el nordeste, en la calle Chile. Éramos nosotros, los civilizados, contra las inmundas castas inferiores, los incurables gamberros agitanados del Tagarete, y en medio de los dos quedaba declarada una tierra de nadie. No usábamos precisamente bolas de nieve, no, como ocurría en mi tierna infancia de Minnesota, sino piedras, que nosotros llamábamos loscos ("*lojcoh"*). Esta sutil diferencia demostró ser más respetable de lo que a simple vista pudiera parecer, y desde esos días de guerrillas creo que he sido un poco cobardica para el dolor físico, pues no me seducía la idea de convertirme en una baja del pelotón, que casi siempre las había, cayendo descalabrado de un loscazo.

Con el tiempo Percy y yo empezamos a hacer más migas con los del Tagarete que con los ciudad-jardineros, muchos de estos últimos futuros "opusitarios".

Mi padre, *el Americano*, trató de trabar amistad con algunos de estos dignos, gentiles aborígenes, aunque no con excesivo entusiasmo, y su fortuna fue entre muy menguada y nula, debido en parte sin duda a un hábito que pronto desarrollaría y al que me referiré tras unos apartes. Tampoco cabe descontar, entre otros factores, el hecho de que muchos de los dichos indígenas eran médicos, como el abuelo.

En mi décimo cumpleaños, comprada la tarta, la cual colocamos en la mesa del salón ya

primorosamente decorada para la ocasión con servilletitas tontas y tal, (¿es posible que no tuviéramos frigorífico?), nos fuimos los tres a la segunda y última corrida de toros que he presenciado en mi vida. La primera había sido en Barcelona, para fausto de Sheila —que así ya se podía parangonar a la Eva Gardner— y horror de sus niñitas. ¿Cómo iba Sheila a contar a sus amistades que había estado en España no había ido al *Bullfighting*? ¿En qué cabeza cabe eso? ¿En qué se iba a apoyar luego para despotricar sobre lo salvajes que son los españoles? No, no, había que ir. ¡Ningún americano se lo puede perder!

¡Vaya regalo de cumpleaños! El hecho de que hubiese deseado de chiquitillo tener un traje de torero no significaba que me tuviera que gustar la fiesta nacional. Estuvimos sudando al sol, y ¡qué tostonazo! Mi padre filosofaba que los españoles, al preferir pagar más por sentarse en los tendidos de sombra, "pagan por lo que no es". También yo habría preferido lo que no es. Y no, desde luego que no aceptamos ningún chorrito de su bota. A ver cuando acaba el show este, nos preguntábamos.

Al regresar a casa descubrimos que nuestros graciosos amiguetes habían retirado hábilmente el cristal de una ventana del salón, se habían colado dentro, sustraído un álbum de cromos mío de *Los Diez Mandamientos*, comido las guindas del pastel, y vuelto a colocar y clavetear la ventana. Así habló mi padre:

—¡Cabrones hijos de médicos! *¡Bastards!*

Tenía buen humor *Daddy*. Reía mucho, y después de codearse un tiempo con los clientes de las tabernas de Almería aprendió que la mejor manera de congraciarse con alguien en este país era contando chistes, siempre que los chistes fueran malos y verdes. Estos chistes tienen la ventaja añadida de que por lo general son traducibles. Así que empezó a practicar a contarlos con sus hijos. Creo que fue bastante frustrante la experiencia, pero al menos nosotros aprendimos todo lo que hay que aprender sobre el sexo mediante las explicaciones que nos tenía que dar al final de cada chiste. Llegó a tener un repertorio como de veinte. Durante diez años estuvo contando los mismos veinte condenados chistes. Estaba

aquél del marido que llega a casa y la mujer tiene que esconder al amante en el armario, arriba en la repisa de barrotes para los sombreros, y le quedan las bolillas colgando. El marido, con un zapato, le pregunta a la mujer: ¿Y esto qué es? Pues, unos cascabeles que me han regalado. ¿A ver? ¡Paf! Un zapatazo. ¡No suenan! Es que hay que darle más fuerte. Así que muchos ¡paf! y ¡paf, paf! y ¡paf, paf, paf! venga zapatazos, hasta que se oye, *Oh shit, ding-dong!* y entonces era cuando había que reírse. Percy y yo bien pronto sustituíamos mentalmente el zapato por un martillo y el final por *Ouch! GOD DAMN!!! …ding- dong*, mucho más enfático y visualmente vigoroso y echábamos un par de carcajadas genuinas mientras intercambiábamos miradas de complicidad.

Para entonces Percy y yo ya nos fumábamos algún cigarrillo que otro, pues recuerdo que cuando carecíamos de los veinte céntimos para un Peninsular, o treinta para un Celtas corto, nos íbamos a los cañaverales que bordeaban las acequias a fumar las yemas secas de las cañas. Se arrancan, se pelan un poco, se le corta la punta dura (de donde salen las raíces) y un poco de la otra punta de arriba, de las hojas, más delgada, de donde se chupa; pero primero hay que dar unos bufidos hacia afuera con fuerza para expulsar todo el polvo y la tierrecilla que puedas. Se enciende y ya está. Claro que está malísimo el purete... qué mal gusto y cómo quema la garganta. Luego estaban los cigarrillos de matalahúva, fabricados especialmente para los jóvenes, supongo yo, pero esos nunca me gustaron.

Un entretenimiento mucho más sano y divertido era recoger rabanicos corderos, los cuales crecen debajo de las vinagretas, y son unos como gusanillos entre blancos y transparentes. ¿Quién no ha masticado en su juventud una vinagreta, luego otra, y otra, o paseado con el tallo metido en la boca a lo Bécquer mientras le cuenta alguna proeza a una jovencita? El romántico incurable puede comerse la florecilla amarilla si quiere, pero el niño que es práctico hace lo contrario: se chupa el jugo ácido de todo el tallo verde y tira la flor. ¡Cómo me voy yo a comer una flor, ni que fuera marica! Pero la verdadera delicia está bajo tierra y es el rabanico. Nosotros salíamos a la vega avanzando a lo largo de una acequia, las

mismas acequias en que hacíamos las guerrillas, y ahí donde veías vinagretas creciendo en la margen te ponías a escarbar y en seguida aparecían los dulces tubérculos o rizomas o lo que fuera. Le quitas los pegotes de tierra y a la boca, o a una bolsa para luego zampártelos todos en una sentada. Mucho más ricos que el regaliz de palo… ¡dónde va a parar! ¡Y encima sacas los minerales y otros oligoelementos que proporciona toda esa tierra que te has tragado!

Un recuerdo emocionante que guardo, y con esto retomamos la historia ciudad jardinera, es el de aquella ocasión en que fuimos a pescar al muelle francés. Siempre le entusiasmó pescar a Olin. Estando pues sentados con nuestros volantines pescando, mi hermano sacó, con los auxilios de mi padre, un ser monstruosamente grande y horrible del fondo del mar. Era todo boca, muy negro, lleno de bultos asquerosos y con una piel babosa en lugar de tener escamas como Dios manda.

—Eso, un pejesapo —nos dijo algo envidioso otro pescador que había por ahí, a un padre estupefacto y admirado de su hijo—. Es un pescado muy fino.

Pues anda que si hubiera sido basto, ¿qué pinta habría tenido?

Le teníamos a mi padre un mucho de respeto, un tanto de risa que nos daba por sus cosas, y un toque de miedo por sus prontos y cabreos. Raramente nos pegaba: tenía que haber, al menos en su cabeza, un motivo lo suficientemente gordo, como robarle dinero o mentirle a lo bestia o algo así. Y nosotros no éramos santos precisamente. Su castigo se llevaba a cabo de forma eminentemente ritual, a solas con él en un cuarto aparte, generalmente su dormitorio, y pam, pam, pam, pam en el trasero. Creo que hasta contaba el número de golpes, como ordenaba hacer el Capitán Bligh en la *Bounty*. Lo normal ante conductas inapropiadas era una reducción o retiro provisional de la asignación semanal, la cual andaría, en la Ciudad Jardín y gracias a la competencia, por las 25 pts., es decir, un billete de los morados. La verdad es que creo que fue bastante justo con nosotros en cuanto a castigos, aunque el temor estaba allí, poniendo una cierta distancia entre él y nosotros.

Nos encasquetaba también lecturas de cuentos cortos y novelas en inglés, de los montones que se había traído de América y algunos que comprara en alguno de nuestros viajecitos a Gibraltar. Percy y yo, cada uno por separado y por turnos, teníamos que relatarle lo que pasaba en las historias una vez leídas. Si no le cogíamos “el punto”, aunque fuera evidente que lo habíamos leído, vuelta al libro. Este ritual ocurría los sábados, antes de recibir la asignación, el dinero. ¡Ogro!

La costumbre que anticipé al lector que había tomado O. G. en la casa de la Ciudad Jardín, y que actuaba de aislante social (según se mire), fue que empezó a traer prostitutas a casa por la noche, tras sus rastreos por las Perchas. He aquí uno de mis muchos padres: tabernario, juerguista con lo más rastrero, y putañero.

Nunca consiguieron robarle nada en sus correrías. Si algún chorizo, o un gitano de los de mala ralea —¡que también los hay excelentes, que conste!— lo intentaba, y no fueron pocos los que lo hicieron, no contaban con un “truco” que él decía tener, y que posiblemente aprendiera en los bosques americanos, o, más probablemente, en las ciudades: ante una navaja abierta y amenazante, lánzate rápido y gritando al tipejo, como si fueras un oso. Con su talla y locura, nunca le falló.

Vino mayo, y una inminente subida en el alquiler, por eso de la proximidad de la casa a la playa. No habría turistas extranjeros en Almería, pero sí los había franquistas. Adiós Ciudad Jardín, allá os las apañéis sin nosotros.

SEGUNDA PARTE:

Y seguimos rodando

Capítulo 5. Almería 2: Las Cuevas Duimovich

[TEXTOS V]

No somos nosotros quienes somos una continuidad. Evidentemente nada lo es. Lo que sucede es que pensamos en continuidades. Los que cada mañana se despiertan como una entidad bien diferente del tipo que se acostó a dormir se preguntarán con caras largas si son eternos o no, o si tal vez no serán transitorios por naturaleza; cuando desde luego todavía *son* y admiten saber que no son la misma persona que eran anoche o hace veinte años. Bueno, pues ahí tenéis vuestra aguda y tajante respuesta: somos un proceso que no muestra síntomas ni indicación de cortarse nunca. [...] Habrá de venir un tiempo en que ya no quede nada de lo anterior, habiendo ido desplazándose por grados imperceptibles a otra confrontación totalmente distinta. [...] La progresión de pequeños pasos o incrementos que se van acumulando en una dirección, ha de acabar en un salto y desplazamiento cualitativo, el cual tenía que venir, pues como le dijo Hegel a la camarera: —Se retrasó pues. —El agua ya hierve, el Tío Sam devalúa, Fred es nombrado director, Myrna consigue el divorcio. A Waldenstone por fin lo votan Señor Dios Todopoderoso.

Mi plataforma incluirá el que nazcan diez hembras por cada varón —para cada varón, naturalmente. No nos pasemos con el asunto. Y muchas otras golosinas. El eslogan: que mientras el comunismo no pueda instalarse mediante procedimientos democráticos, el Comunismo es el Infierno. Vote a Waldenstone y gane el paraíso con su método demográfico. Así cada marido tendrá cuatro o cinco fuera trabajando, un par de ellas trayendo bebés, y el balance por toda la casa. Prometo también que la lluvia caerá sólo sobre las patatas, y no dejar ninguna plegaria sin oír ni arrumbada en el casillero. Por muy bienintencionada que empezara la presente administración, se han instalado excesivamente en el poder, y se han relajado en demasía, cediendo al derrotismo y a la inercia. Ahora los que acaparan todas las franquicias se encuentran desesperados, con un cambio largamente retrasado. Vote pues, por la competencia allá arriba, y un vigor

renovado abajo. Vote por Waldenstone.

* * * * *

Autóctona forma de llamar a la calle, a base de fijarle el étimo troglodita justo delante, y sin preposición. Es opinión que el nombre le viene del apellido de algún oficial de rango de alguna guerra. La calle arranca, en la zona del Quemadero, de una plazoleta, y sube casi derecho hacia las Lomas de San Cristóbal, terminando en unas escalerillas con rellano de cuevas y una abrupta pared calcárea vertical coronada de pencas chumberas eternamente colgantes y llenas de polvo. Estas cuevas, y las de un patiecillo adyacente, y otras a la izquierda por un caminillo que asciende, entre peñascos, hasta la espalda de las murallas moras, eran las únicas cuevas de verdad; la calle en sí no las tenía, sino que estaba hecha de hileras de casas adosadas de una planta. Con todo, la gente siempre decía “Las Cuevas Duimovich” o “Cuevas Moví”. Una vieja foto en una tienda largamente desaparecida mostraba la misma calle cuando la parte izquierda del tramo superior no era más que una tapia. Aparte de ese detalle (unas diez casas añadidas) la calle seguía intacta, tal y como debió de ser a principios de siglo, si acaso más deteriorada. Para llegar a esta calle había que subir por la zona de la parada de taxis, a la izquierda de la Puerta de Purchena y cerca de la Calle de las Tiendas, donde aún existen dos café-quioscos, y subir por el hotel La Perla. Tengo entendido que Almería está cambiando muchos nombres con la democracia y otros movimientos sociales. A lo mejor ahora tiene nombre de mujer, o incluso, según vaya el trazado de una nueva carretera de circunvalación, esté total o parcialmente echada abajo. De todas formas la calle en sí no importa, pues el fenómeno que se daba en ésta sin duda ocurría por doquier en Almería, como en el resto de Andalucía. El caso es que era puente entre civilización y barbarie, o para ser justos, entre una civilización y otra muy diferente, más parecida a la pintada por los románticos franceses e ingleses de hace ciento ochenta años.

La calle en sí era horrenda. Las caras pobres nos contemplaban descaradas cual si fuéramos seres venidos de otro planeta. Pobreza extrema, chiquillos andrajosos, o aun desnudos, por doquier, chillidos estridentes de madres brutas llamando a sus bestezuelas. Gatos, perros famélicos, polvo, barro, fachadas blanqueadas, o desblanqueadas las más, marcos baratos de marrones, azules, verdes, tonos rojizos alrededor de la puerta y de la única ventana de cada casa. Trancos rotos, terrazas de gallineros, palomares, conejeras... ropa tendida al sol, un sol implacable y eterno que no dejaba nada verde vivir, salvo las pencas arriba, con sus rojos, morados chumbos, ¡hasta ellas se agrisaban! Inclemente sol hambriento que se comía los colores del blanqueado, y de las ropas, que chupaba los rostros y los cuellos de los habitantes y los dejaba arrugados como las pasas.

La calzada o suelo tenía aceras a trechos, o digamos intentonas de aceras. Asfaltado, ninguno, ¡por Dios... ! ¿la calle Duimovich? Nivelado pésimo, todo bultos de lascas enterradas junto a hondos boquetes, trechos embarrados —mojados o secos—, cagaletas de perro, de burro y de crío, hedor abrumador, aunque a veces —¡aleluya!— se suavizaba, ya fuera porque se acostumbraba uno, o ¡fenómeno insólito! porque llovía. ¿Y la causa del hedor? Pues simplemente porque no había alcantarillado. La gente trataba al máximo de ahorrarse el dinero y las molestias aplazando hasta lo indecible la venida del camión cisterna que les vaciaba el pozo negro que todas las casas tenían en el minúsculo patio trasero, vaciado que se realizaba un poco pasada la medianoche y con cruel frecuencia. Estos pozos negros eran de dos metros y pico de profundidad como mucho, y de greda impermeable, cuando no te tocaba una roca allá abajo, y más impermeabilizada estaba aún por la capa de podredumbre acumulada. Y como —por suerte o desgracia— grifería y agua corriente sí había, todas las aguas de desecho, de cualquier uso (normalmente de lavar la ropa o fregar los suelos, pero no siempre) salían lanzadas a la calle a cubazos. Ocasionalmente los cubos contenían aguas casi limpias procedentes del enjuague de las verduras o algo así, y las vecinas, siempre las mujeres, se ponían con mano experta a salpicar estas aguas en

semicírculo alrededor de su puerta para asentar el polvo y refrescar el ambiente de su entradilla. También, claro, hacía la señora acto de presencia, hacendosa ella a más no poder, no como otras, y demostraba que no tenía nada que esconder. ¡Miradme y que sepáis que en mi casa no hay guarrerías! Cuando un vecino excesivamente vecino, harto de dar largas y de tener que alcanzar su retrete chapoteando en la mierda —con perdón— se veía obligado llamar a que le vaciaran el pozo, los demás generalmente estaban sobre aviso para oportunamente clausurar puertas y ventanas, y nosotros, si teníamos la suerte de enterarnos, para apuntarnos a una pensión. Cuando no...

Nuestra nueva calle tenía pues un río, un río angosto y arriscado en algunos puntos, o amplio, de marisma en otros; en ciertos lugares bajaba serpenteando, cavando surcos, reto de bicicletas y de motos incluso a plena luz del día. De noche amenazaba la integridad física de todos, incluso los que subieran sobrios, que los había.

Entre los eventos consuetudinarios que acontecían en esta rúa se incluían por aquellos días un par de muertes por tisis y no pocas de cirrosis, una de las cuales le pasó a una cercana amistad de María. La pobre no contaría con más de cuarenta años y era una solterona; su único compañero fiel: el anís. Esta calle sin duda me vacunó de por vida de miríadas de infecciones, incluida la tuberculosis, a la prueba de la cual siempre he dado positivo, pero que es pura inmunidad según yo lo veo.

Decían, en fin, que si España era el culo del mundo y Almería el culo de España —en todos los sentidos por aquel entonces, no sólo por estar donde está—, que la calle Duimovich era el *equaricual* de Almería.

Existían, tal y como cuenta Gerald Brenan acerca de las aldeas alpujarreñas, la calle Duimovich alta y la baja, aunque aquí nuestra calle tenía el honor de contar más bien con tres niveles, con desplazamientos de categoría —y más excepcionalmente de personal— casi imperceptibles entre sí: la parte baja hasta la transversal derecha, de escaleras que llevaban a las Lomas, con gentes “pobres pero honradas”, orgullosas de su puesto en la vida;

la medio-alta, desde ese punto, o acaso desde otra calle transversal a la izquierda más ancha, llamada Fausto García, hasta ya casi la puntitica de arriba, con gentes digamos que entre Pinto y Valdemoro; y por fin la de arriba del todo que incluía el recoleto patio lateral derecho y sobre todo las escalerillas que coronaban la calle, albergue de la *crème* de la *crème*, el no-va-más de la miseria humana. Lo bajo arriba y lo más elevado abajo, el mundo al revés, el carro delante del burro y el león durmiendo con la oveja.

A propósito de Brenan; no os puedo recomendar su *Historia literaria de los españoles* aunque consiguieran encontrarla —puro gazpacho de *topoi*—, pero lo que es una auténtica joya es su obra *Al Sur de Granada*. Contiene un interesante capítulo dedicado a Almería, y nos informa en él de que ya en 1925 el barrio de las Perchas almerienses, pegando a la cara noroeste de la Plaza Vieja nada más traspasar los arcos porticados, hervía de actividad profesional en cuanto caía la tarde y las sombras de la noche comenzaban a envolver las destartaladas callejuelas en el misterio y el pavor de lo prohibido. Mi padre, como bien pueden ver, no fue el primero ni será el último guiri entre los clientes percheriles, percherescos o percherones.

La Perlita, la puta perchera favorita de mi padre, mantenía a un chulo canijo, alcohólico y tísico con el que compartía cueva en el patio alto de la calle Duimovich. Este hombrecillo sirvió a O. G. de corredor en la adquisición de una de las casas de la calle, en la zona que, haciendo honor a Dante, pudiéramos llamar purgatorio. Por estos escarpados declives el arroyo recogía sus principales afluentes, convirtiéndose propiamente en río, y precipitábase en diversos saltos y barrancos hacia las laderas, los meandros y la marisma inferiores.

Así fue cómo las Cuevas Duimovich se vieron con tres americanos, y nosotros nos las vimos con ellas. Correrías por las lascas del cerro, bajar por el desmoronado y peligrosísimo muro escalonado que une el Cerro de San Cristóbal con la Alcazaba, subir a las murallas moras, a sus torreones, y sentarse entre las proliferantes cagadas secas y ennegrecidas, hacerlo uno mismo utilizando piedras para limpiarse, investigar cuevas, escalar montes,

agitanarnos jugando a la carteta y a los montones jóvenes payos y calés juntos en buena armonía, con barajas desgastadas y marcadas las más de las veces, heteróclitos cónclaves en que no era raro que asomara la faca, la navaja trapera, cuando quedaba desperrado algún mal jugador, porque llevaba la negra, la mala potra encima, o porque gracias a la torpeza del tramposo que barajaba y daba las cartas se descubría el percal...

¡Eso era vida!

Para prepararnos para el examen de Ingreso, asistimos a la escuela del Ave María en pleno Quemadero, pasado el convento de las Adoratrices y su inmensa, interminable tapia, que no guardaba otra cosa, a lo que se veía, que muchas, muchas chumberas. Esta particular escuela del Ave María —otras habrá magníficas, y hoy día ésta, si existe, estará sin duda libre de pecado—, que nos tocó en suerte conocer, que fue de la mala, y a la que nuestras tiernas mentes y cuerpos jóvenes quedaron expuestos, para mí que se había equivocado de siglo, y sus maestros, si lo eran, de profesión.

Palmetazos de regla —¡y qué reglas, Dios, que no se rompían nunca!— y tirones de oreja. Decían que si te frotabas con ajo la palma de la mano dolía menos, pero ¿qué niño ha tenido nunca la previsión de llevar ajo en el bolsillo? También fuimos forzados ambos hermanos a escribir con la derecha, siendo zurdos, “porque se ve lo que uno escribe”, y porque era lo correcto y basta, coño.

Dios lo quería así.

El libro de lecturas era todo un manual de las doctrinas del Movimiento Nacional. Cada página traía un grabado con el retrato del personaje del día y el texto nos daba sus datos y enumeraba sus hazañas y excelsitudes. Séneca, Viriato, Don Pelayo, El Cid, Guzmán el Bueno, Isabel la Católica, Cisneros… José Antonio Primo de Rivera y Franco. Sí, ya sé, me he saltado a algunos. Si queréis la lista completa os la doy, me la sé entera y vera de carrerilla. Y también os puedo dibujar la cara del sujeto o la sujeta.

Nuestras primeras zongas (novillos) ocurrieron aquí, y no éramos los únicos. En realidad

era deporte popular de todas las escuelas de la zona. Por lo menos así lo veía yo. Nos íbamos allá arriba al cerro a meternos en las cuevas, de techos negros de intemporales fogatas, y nos fumábamos algún cigarro en corrillo, y algunos de los mayorcicos, para rellenar el infinito tiempo libre, jugaban con sus pirindolas. —*Il* mono. *Il* mono *è un animale molto ferocissimo chi passa tutta la giornata in continuo battimento della sua pirindola*. ¡Ya se ha vuelto a colar el italiano macarrónico, me cachis en la mar! Y no es que yo tenga nada contra el ínclito parlar del Dante y el Petrarca —ninguno de los cuales, ya que estamos en ello, se hallaba presente en mi libro de lecturas— pero a la sazón yo andaba lejos de dominar esa lengua. El caso es que así lo oí y así lo transcribo.

Siguiendo con cosillas del Movimiento: existe en alguna parte una foto de mi padre a la entrada del pueblo de Pechina en que está entre el suelo y la pared, bocabajo, en una pose como el que ha sufrido una estrepitosa caída; encima de él, en el muro, que se nota ser el de la iglesia del pueblo, se lee en caracteres rojos: Caídos por Dios y por la Patria ¡Presentes! Mucha presencia, la de este señor americano, y qué buenas caídas tenía.

Durante el verano mi padre nos puso un profesor particular borrachín, a veces faltón. No habíamos salido preparados del Ave María —que yo sepa, pocos fueron los llamados a salir—, y vaya porra de verano. Percy, mucho más formado que yo, y con mayor inteligencia natural, aprobó el Ingreso en septiembre, pasando a primero mientras que yo tuve que sufrir otros nueve acuciantes meses dale que te pego a las mismas chuminadas campestres. Quedarme un año detrás de Percy fue sin embargo para mi propio bien, pues ¿quién competía con un lumbreras como él? No mi menda, desde luego.

También tenía Percy malas pulgas de vez en cuando. Estando el maestro aquél dándonos clases en nuestro salón, en un despiste, o más bien, que tras ponernos un problema, y mientras lo resolvíamos, se había ido a tomarse un lingotazo —por aquello de la resaca— en el barecillo que habían abierto en la transversal con Fausto García, yo me puse a hacer el payaso, para no variar. Mi hermano se picó y me picó a mí. Quiero decir que me clavó el

plumín de la plumilla en la pierna cerca de la rodilla. No todo el mundo tiene un lunar azul en el cuerpo, como yo lo tengo.

Recuerdo un día, cipote tontorrón que era yo, que me dejé convencer para rallar, con una cuchilla de afeitar, una bicicleta negra nueva, resplandeciente, de un chaval de la escuela de Percy. El dueño resultó ser —¡oh calamidad de calamidades!— un muchachote macizo y gruñón, como no podía ser de otro modo. Cuando se enteró de quién había sido el culpable de la faena me pilló por banda una mañana, me dio unos buenos meneos, y me quitó los libros y libretas, diciendo que no me los devolvía mientras no le pagara los diez duros de la reparación. Tuve que confesar lo ocurrido a mi padre, pues otra solución no hallaba. Éste, al oír mi historia, se enfureció sobremanera, y gritó que él se hubiera dejado romper todos los huesos del cuerpo antes de ceder a nadie sus libros. *The American Way*, puro estilo Marlon Brando.

Mi padre anduvo enfrascado en diversos proyectos: Se acabó el traer putas a la casa. No sé si por nosotros tres y el buen nombre, o porque ellas quisieran sacarle demasiados cuartos, o por qué razón sería; imagino que continuaría realizando sus actividades allá en las Perchas, *in situ.* Tal vez sintiera la necesidad de un cambio de rumbo.

Había que formalizarse un tanto, convertirse en el *respetable* americano. Esto, en la Ciudad Jardín, no valía la pena. Comenzó la construcción de otro piso encima de la casa. Las casas, largos y delgados cuadriláteros que partían de la calle y llegaban hasta la roca del monte, o hasta alcanzar unos 22 metros a lo más, por la parte de adentro, indefectiblemente disponían de un saloncito, un pasillo con dos o tres cuartos minúsculos —y sin ventanas laterales, puesto que los muros, de piedra y greda, tocaban a las casas adyacentes—, una cocinilla, y un pequeñísimo patio interior (2 metros cuadrados) con una pileta de lavar la ropa, retrete y ducha (exteriores) que estaban cubiertas por una techumbre y unas meras cortinas, y finalmente, macetas y jaulas de canarios y colorines, o bien conejos, a voluntad. Debajo del centro del patio se encontraba el pozo negro. No eran modelos de originalidad ni

estética arquitectónica ciertamente, ni sanos, en cuanto que la luz solar nunca penetraba. Nosotros acabaríamos revolucionando la calle, pues tras la construcción de nuestro piso alto fueron subiendo para arriba otras casas, y el traslado de los tabiques interiores en la planta baja, que antes había sido todo lo que había, abría nuevas posibilidades de habitabilidad hogareña, como por ejemplo, que al ubicarse arriba los dormitorios, con sus balcones o ventanas, se podía disponer de un comedor al lado de la cocina, y tener además un lavabo interior ¡y con bañera!

También contrató a unos vecinos para que nos excavaran el pozo negro, con el esperanza de llegar a la arena permeable, que se suponía se hallaba a los once o doce metros de profundidad, aunque dudo que llegaran tan abajo, y más dudas guardo de que mi padre bajara al fondo a comprobarlo. No me extrañaría que camuflaran dentro un par de espuertas de arenilla de cualquier lado como evidencia de que habían llegado adonde había que llegar. Lo principal era dejar contento al jefe. ¿Qué él quería arena? pues toma arena. Claro hombre. Ahora teníamos el pozo más profundo, con mucho, de toda la calle.

Y he ahí que al par de años de comprar la casa, coincidiendo con la proliferación de primeros pisos en toda la andadura de la calle, que parecía un bizcocho metido en el horno aquello, nos llegó el alcantarillado. Sería que algún funcionario vio el movimiento y los progresos que allí estaban ocurriendo y consideró que se podía sacar tajada.

Y vinieron paulatinamente a engalanar la calle con sus vistosos colores una media docena de coches, los cuales, al ser más de uno, tenían que aparcar encima de las aceras, pegaditos a las fachadas de las casas, para no estorbarse. Como broche final, la guinda: A los tres años o así de la llegada de los americanos, la Calle de Duimovich recibió su primer asfaltado. ¡Qué barbaridad!

Igual que lo del piso de arriba y el coche ocurrió con el televisor, pues fuimos de los primeros en tener uno, al menos de los primeros que nos codeábamos —y hasta nos identificábamos— con la “chusma”. Parecía eso un cine de barrio, lleno de chiquillos, por

unos meses. Luego, o bien mi padre se hartó de tener tanto jolgorio metido en el salón, o los padres de nuestros numerosos compañerillos tuvieron que ceder al progreso y admitir a los Cartwright de *Bonanza* en el suyo.

Como resulta —no sé si vino en esto primero la gallina o el huevo— que *Daddy* se estaba haciendo "formal" y no se bastaba con mujerzuelas, ni siquiera añadiendo a las criadas —castiza tradición española, según nos asegura Cela— al lote, y es que no hay placer que mil años dure alegrando el corazón, que encima tuvimos que estar una temporada sin tener chacha, teniendo que colaborar los niños en la cocina (ambos somos hoy los cocineros de nuestros respectivos hogares), y además, qué porras, sólo tenía treinta y dos años y era de muy buen ver... pues un buen día nos comunicó su firme propósito de proporcionarnos una madre. Nos propuso "democráticamente" las dos opciones o partidos predominantes, o sea, que fueron en principio unas elecciones bipartidistas: una jovencita de veinte años y muy guapa, María, que vivía con sus padres calle abajo y con la virginidad como plataforma; y una señora viuda de cuatro —¿o eran seis?— hijos, de las escalerillas, en la cumbre. Dos de los hijos de la Angelines, que era como se llamaba la viuda, se contaban entre nuestros mejores amigos, lo cual, a nuestro ver, constituía una plataforma mucho más interesante y convincente que la primera. Una derecha moderada y una extrema izquierda. A nosotros no nos costó nada tomar una decisión: La madre de nuestros amiguillos. Por mucho que nos razonara en contra: los gastos y las limitaciones, que nos impediría viajar a países exóticos, etc., nosotros firmes. Pero él más. En realidad él ya lo tenía decidido desde el principio. Para qué esas charadas o chorradas democráticas. Ni teníamos edad para discernir ni vivíamos bajo una democracia. La virgen había de ser. ¡Faltaría *plus*!

Él se solía sentar totalmente embobado y animado por algo de vinillo en algún tranco de la calle, como quien se toma un descanso al subir la cuesta, cerca de la casa de donde María tenía que salir, o volver, a determinadas horas del día. Empezó a lucir sus chaquetas claras,

auténticas americanas recién salidas de la tintorería. Incluso en verano. Las cosas que hace el amor.

Conoció al padre de la chica, y llegaría a ser, con el tiempo, buen amigo y compañero de pesca suyo. Pero antes ya corría la voz de que el americano andaba tras ella. Esas cosas no se les ocultan a nadie, y menos en esos ambientes.

Al padre de María lo apodaban el Árabe, sin ninguna base en la realidad, como no fuera por razones que se remontaran a la reconquista, pues provenía de Alhama, villa eminentemente morisca. Otra posible razón es que a veces vendía cosillas de oro que o bien se encontraba de madrugada, pues limpiabotas era de oficio y condición y la primera persona en apostarse ante el Café Goya en el Paseo cada mañana, o bien provenían de Melilla, donde sabemos que el oro es más barato. También disponía de cuando en cuando, para vender a sus amigos y enchufados, de cajetillas de tabaco americano e inglés, faltos del sello de tasas del gobierno.

A la niña los padres siempre la llamaron “Nena”. Todo el mundo tenía motes por aquel entonces, y cuando no, le adjuntaban el nombre de la madre: Pepe el de la Encarna, Antonio el de Amalia. Algunas malas lenguas nos dijeron que a María la apodaban “la Negra”, por eso de tener la tez tan oscura, pero nunca hay que fiarse de lo que puedan decir esas lenguas, que a lo mejor los rumores los hicieron correr nuestros dos despechados amigos, que tenían razones de más para ponerla negra, y además, ella siempre lo negó y a mí me basta con eso y no se hable más.

La madre de Nena era una santa. La pobre tenía que aguantar a un marido que venía ajumado todos los días del año y no le comía el almuerzo. La única posible mácula de la mujer del Árabe era aquello de ponerse los muslos morados con ambas manos en sus griterío callejeros con las vecinas: “¿*Micobrios* yo?, ¡yo no tengo *micobrios*! ¡Los tendrás tú, so guarra!”… Aunque aquellos teóricos moretones no hubo alma que jamás se las viera. El matrimonio amaba tiernamente a su hija, y andaban algo dislocados de que ella estuviera

saliendo, después de sus tareas de costura, con un medio-moro de raíces marroquíes, aunque nacido en Almería.

Que Nena tenía que casarse con el americano, eso no cabía dudarlo. Y aquellas pobres criaturas, sin madre, ¿no te dan lástima, chiquilla? Además ese señor extranjero, tan alto y guapo y tan caballero, ¿dónde vas a comparar, hija mía? ¡Vamos, hombre, vamos! ¿Quién lo puede resistir? Y si dicen cosas raras es mentira y ya no lo hace y mira qué formal y educado que es... ¿Mareado? a veces, y quién no, en su situación, soltero, viudo, ¿qué va a hacer, si se aburre y se atosiga el pobre angelito? En cuanto se case ése sienta la cabeza...

Yo nunca estuve dentro de la cabeza de nadie, como nunca pude estar en la de aquella jovencita, pero las perspectivas debieron estar bastante claras, y al moro, aunque le hiciera tilín, quién se fiaba de ellos, sobre todo en lo que toca a fidelidad eterna. A la porra el Alí Babá ese. A lo mejor este señor Oly o como se llame me lleva a América.

—Que sí, papá, que sí. Pero, ¿y si no me quiere?

—¿Pero no estás viendo, chiquilla, que se le cae la baba por ti?

Total, que a los tres meses se celebraba la mayor boda en años en Almería, según cuenta con regocijo María, la Nena.

Pero del dicho al hecho hubo un trecho. El americano se topó con la Iglesia. Viudo era, sí, pero con divorcio por medio, y esto, por si era poco, por triplicado. Los papeleos y entrevistas con los eclesiásticos fueron interminables. ¿Y qué diré de las largas esperas en lóbregos corredores? Además, no se sabía a ciencia cierta si era el obispo de Almería, o el arzobispo de Granada, o el mismísimo Papa, quien debía autorizarlo. Creo que fue el del medio, como suele acontecer. Lo primero fue bautizarnos los tres: Ángel, Francisco y Juan. A la semana del bautizo los niños, al menos, tomamos nuestra Primera Comunión, en la capilla del Ave María, con otros chaveas canijos de siete años. Mi hermano le llevaba dos palmos a los con-comulgantes, y a mí a causa del calor, el gentío, y el botón del cuello y la pajarita que llevaba, me dio una vomitera. Era el mes de mayo y mi hermano escogió

Francisco, de un desconocido Francisco del santoral que apareció de chiripa en uno de los calendarios, pero muy cercano a la fecha de marras, por aquello de que ahora íbamos a recibir también regalos en el Día del Santo. ¡Qué chulo! No fue nuestro primer bautizo sino el segundo, pero como habíamos sido hasta entonces *presbiterianos*, lo cual era griego para los curas de la localidad, pues toma… nueva agua bendita por si las moscas. Y todos nuestros pecadillos acumulados quedaron borrados de golpe y porrazo.

He mencionado más arriba que anoche estuve en Internet, aprendiendo cosas de mí mismo. Es asombroso lo que uno puede encontrar allí. Ahora resulta que de presbiterianos nada: los Waldenstone hemos sido todos luteranos de toda la vida; así que mi padre nos tenía engañados a todos. No es que me importe, pero *presbiteriano* precisamente, con eso de la predestinación y todo eso… pues no me cuadra. El motivo de la tergiversación lo he averiguado releyendo sus manuscritos: Él apostaba por que un nuevo bautismo *en cierto modo* contaría para borrarle no sólo los anteriores pecados, sino mismamente sus tres casamientos, habidos "fuera del cuerpo de los creyentes". El luteranismo era harto conocido y cercano en exceso a las doctrinas de la Iglesia Católica, y un segundo bautismo no procedería. ¿Qué cómo averiguó él que la otra secta tendría tanto mérito y consideración como para justificar el agua bendita y así borrarla de nuestro ser? Lo desconozco. Lo que sí es seguro es que él insistió en atravesar el trance de la pileta para tener una firme y sacrosanta baza a su favor.

El cabildo catedralicio, u obispal, que de eso entiendo poco yo, aún denegaba a mi padre el beneplácito para casarse por la iglesia con una joven almeriense. Él, de angelito tornado ya Ángel pleno, llevó a cabo un auténtico *show* de conversión religiosa… un santurrón vamos, lleno de fe viva y amor a Jesucristo y sobre todo a la Virgen María Santísima, y probablemente al santo favorito de la parroquia correspondiente, que era el de Santiago, en la Calle de las Tiendas.

Todo para nada. Al final, desesperado, echó mano al drástico recurso —lo que él llama

su “doble chantaje” a la iglesia— de amenazar con llevársela y perderla de todas formas, sin la bendición eclesiástica. O sea, que se llevaría a aquella cristiana al mismísimo infierno con él. Una farolada, sin duda.

Obtuvo el permiso.

Como dije arriba, la boda fue muy concurrida. Nena afirma y pregona que como la boda se celebraba a las 9:30 de la mañana “las tiendas ese día abrieron más tarde en Almería”. Si este libro lo estuviera escribiendo María ahora seguirían dos capítulos para la ocasión. A mí nunca me entusiasmaron los follones donde hay mucha gente, y si son bodas, tanto menos. Una cosa que sí recuerdo es que a Percy y a mí nos tocó ir detrás aguantando la cola de la novia. ¡Las cosas que tiene uno que aguantar! Vaya pejiguera.

Ellos se fueron a Granada para tres días, que fue lo que creo que tardó en consumarse el matrimonio. Ella, nunca instruida en esos quehaceres, y viniendo de una familia tan sin *micobrios*, estaba asustadísima; y mi padre debió, como imagino, impresionarla, y no necesariamente del modo más deseable. Alguna vez un pajarito me confesó que la consumación requirió un tantito de músculos.

Retornados a Almería, nos fuimos los cuatro a la verdadera Luna de Miel, a las Islas Canarias, y en concreto a Santa Cruz de Tenerife y el Puerto de la Cruz, con el Teide de fondo. Tres maravillosos meses, yo creo, de verdad, que más para los peques que para los grandes, como está mandado.

—El océano por todos lados y nosotros en una piscina —refunfuñaba O. G. Claro que la playa no era tal playa, sino una larga extensión de rocas negras aplanadas, llenas de afiladas aristas. Una fotógrafa pidió permiso a mis padres —¡mis padres, en plural… ahí es nada!— para llevarnos a aquellas rocas volcánicas a sacarnos fotos, permiso que le fue concedido. Dos pequeños e inocentes turistas rubios en bañador, Percy y Erik.

La travesía, tanto de ida como de vuelta, fue en crucero, naturalmente.

Al final se acabó para nosotros el paraíso de los plátanos a 50 céntimos la unidad. A

Percy le chiflaban, y nunca se hartaba de comerlos el muy galgo. Vuelta a Almería. Ellos a consolidar el matrimonio y nosotros a la escuela.

Pero no por mucho tiempo.

Un nuevo proyecto fue tomando forma, con sus nada simples preparativos. Me imagino a Nena deseando que nos largáramos cuanto antes de la calle Duimovich, tal vez a instalarnos en algún paraje más acorde con nuestro status (?). Mi padre iba a satisfacer sus deseos, pero a su estilo. Haríamos un largo —e impredecible— viaje a uno de esos prometidos lugares exóticos: ¡La India!

María dejaba atrás la calle y toda la miseria que para ella representaba, a pesar de tener allí a sus padres. Pero ellos se alegraban por ella.

Tampoco tenía ella la más remota idea de cómo era la India… —Si el Dómund hace campañas contra el hambre en la India, en todas partes hay pobres, ¿no? Esa no es la India a la que mi esposo nos quiere llevar; y de todos modos, si es allí donde se le ha metido que vayamos, pues qué le vamos a hacer, habrá que hacerle caso y “seguirle y obedecerle en lo bueno y en lo malo, la salud y la alegría…”

Capítulo 6. A Bombay con el guirigay

[TEXTOS VI]

Supongo que el matrimonio es igual que cualquier otra cosa, sólo que peor.

— — —

We may be partly mind! [Puede que seamos en parte mente!]

— — —

Algunos de nuestros problemas nacieron hace siglos con Sócrates, quien arrastra un peso muy poco sano para su edad. Nunca lo enterramos lo suficientemente hondo ni con la estaca y el ajo de rigor.

— — —

...si bien es verdad que las ideas pueden ser erróneas, jamás podrán ser totalmente correctas.

— — —

Qué gran lección para que reflexionemos sobre la confusa y apocalíptica (sí, ya lo sé, pero *me gusta* esa palabra) reunión entre Confucio y Lao Tzu. Tal y como me llegó a mí, tras los saludos rituales de rigor y diez días de meditación mutua silenciosa, el viejo Lao musita, —Al principio me repateaba ver cómo no hacían más que pedir respuestas y reglas. ¡Nunca les di ni una sola! —y así, después de un período de contemplación adecuado, uno o dos meses, el Llameante Dragón replica, —Sí, sí. Tenemos eso. Yo busqué y a continuación apliqué el exacto, idéntico método. Les di 85.000 preciosas reglas.

* * * * *

Terminamos el anterior capítulo anunciando que estaba mi padre haciendo los preparativos para el largo viaje a la India. Éstos consistían ante todo en tomar el *ferry* de la Transmediterránea a Melilla un par de veces, para comprar prismáticos, mini-transistores, algunos relojes, y oro, mucho oro. Había que costearse el viaje.

Nuestro voluminoso equipaje, que incluía dos baúles, quedó embalado. Viajaríamos sin pasaje de retorno.

Nos embarcamos, en Gibraltar, en un transatlántico de la Lloyd's, de cuyo nombre no logro acordarme.

Pero antes hay ciertos detalles que simplemente no se pueden quedar en el tintero.

En Gibraltar tuvimos detenida ocasión de admirarnos y reírnos de las cosas de los británicos. Máquinas expendedoras de pintas de leche fresca en las calles, doce peniques un chelín, qué lío, y qué gordos que eran —los peniques, no los gibraltareños, que por lo general eran espigadotes—, si hasta se parecían a las monedas de diez reales. Los *Constables* con sus estrambóticos gorros. Todo tan limpito y ordenado. Los coches por la izquierda. Los letreros en inglés. Nos alojamos, no en una pensión, sino en el hogar de una señora cuyos hijos habían emigrado al norte y el marido acaso más arriba, al más allá. Los muebles de los cuartos contenían aún toda clase de enseres, baratijas y cachivaches, entre los cuales tomamos alguna menudencia como recuerdo. No me extrañaría que María también. Percy y yo ya éramos coleccionistas de sellos y de monedas, y todas estas cosas nuevas e internacionales eran para nosotros algo muy diferente de la siempre igual calle Duimovich de Almería.

María, la Nena, nuestra recién adquirida mamá, la veíamos como una hermosa joven andaluza. Metro y medio, estupendamente proporcionada (a lo *petite*, claro), nariz larga,

recta pero con ligero arco y partiendo de la frente; ésta no tenía entradas sino al revés. Boca perfecta, labios oscuros, ojos grandes con maquillaje negro natural alrededor. Hoy día se le marcan las ojeras, el precio de una belleza juvenil cautivadora, amén de lo sufrido. Si por fuera no era exageradamente excepcional, al menos para un crío como yo, por dentro era un hervidero de emociones, sentimientos y pasiones, con un decidido espacio vital muy íntimo e inaccesible. Una Leo, que cuando se le antojaba algo había que lograrlo a cualquier precio.

Con los años afloraría en ella una virtud latente desde la infancia: la clarividencia. En años no muy lejanos solucionó, mediante este don, los problemas de miles —no exagero— de personas, que venían a visitarla desde Madrid, Valencia, y hasta del extranjero para que ella les leyera las cartas. Las cartas, decía, eran sólo un medio físico para confirmar lo que ella ya veía aquí, y se señalaba la pequeña frente.

El día que se organizó la fiesta en casa para anunciar el compromiso, mi padre y María lo arreglaron de forma que en medio del guateque ella pudiera pasar adentro, al comedor, para estar a solas un ratito con Percy y conmigo, que estábamos inocentemente comiéndonos los pasteles que nos habían colocado allí. Comenzó María la charla. Nos anunció que sería nuestra nueva madre. Todos estábamos hechos unos flanes de nerviosos, el Percy la mirada torva, yo sin saber qué hacer. Pero ella lo hizo muy bien. Estipuló con claridad que sería la mejor madre que pudiera, dentro de su juventud y poca experiencia, pero que también, como miembro adulto de la familia, y esposa del *Daddy*, le debíamos como mínimo el respeto. Nosotros con los ojos como bolas diciendo sí, sí, la cabeza dando botes para abajo y arriba. Esto era totalmente nuevo. Nuestras madrastras americanas ya habían quedado relegadas totalmente a un pasado desaparecido, las chachas siempre fueron chachas, pero esto iba en serio, caramba.

En relativamente poco tiempo María se convertiría en nuestra verdadera y muy necesitada madre. Nuestro “Peñón de Gibraltar”, como dicen en inglés, en quien siempre, vengan rayos, vengan truenos, podíamos confiar, cariñoso abrigo y amparo de momentos de

penuria física y espiritual. Yo la quiero, a mi Mami, como llegaríamos a llamarla a menudo con mucho esfuerzo (estúpido) y con la crianza de los cuatro futuros hermanos.

Pero me adelanto. Me adelanto mucho. En aquellos días de su noviazgo, la boda, las fiestas, la Luna de Miel... él, ella y nosotros... fue duro y fueron nervios y sinsabores, pero más que nada fueron “sinsaberes”. Sabores hubo para todos los gustos, buenos malos, inquietantes, ¿celos? Tal vez.

Romance sin duda existió. Bello, excitante romance de una apasionada andaluza que se enamora, es cortejada, se casa, se marcha con su gallardo enamorado a países lejanos, novelescos... y encima dos gamberrillos incluidos de regalo.

Nosotros tuvimos que aprender y aceptar por esos días que teníamos una madre. Sabíamos que para el padre esto iba muy, pero que muy en serio. En España, en esa España almeriense de principios de los sesenta, nadie se casaba a la ligera. Y el horno de mi padre ya no estaba para bollos ni rollos. Ella se encontró en la nada fácil situación de verse de pronto con dos hijos, de 11 y de 10 años, aceptarlo, y aprender con nosotros a ser madre, con dos problemas: que éramos unos diablos, y que a ella siempre la habían tenido cobijada bajo el regazo materno, la niña de la casa. Y si nos ponemos a fijarnos en detalles pequeños, diré que mediaban menos años de edad entre mi hermano y ella que entre ella y nuestro padre.

Le doy las gracias al cielo y a este ángel enviado desde allí por su tesón, que ella, y con verdad, ha llamado siempre amor. ¿Pero cómo fue ella capaz de amar a estos tres mozos funambulescos y tarambanas, y con tanta perseverancia y abnegación? Seguro que ella cogerá un berrinche de aúpa leyendo el final del capítulo anterior —seco, escueto, mordaz—: pues así se la pegábamos siempre. Y es que somos una calamidad. O acaso ahora sólo yo sea así, pues a mi hermano se le tiene por el “noble” de la familia... Pero que conste que no siempre fue Percy un santo, como más adelante se verá.

El título de este capítulo, o de algún otro, debería llevar el nombre de María, como

dedicatoria y en homenaje a ella, pero nada… ni eso.

Todo lo hablado aquí es de boca o pluma de un hombre cuarentón, rozando los cincuenta, que vio y vivió la progresión paso a paso, a lo largo de los años. Ojalá aquel niño hubiera podido vislumbrar siquiera lo que ella llegaría a significar para nosotros. Y sin embargo, ni lo habría comprendido, ni creído, ni acaso importado o querido, encallado como estaba en sus niñerías bobas. Ella era ésa, la que teníamos delante y ya está, y esa era la verdad, pues entonces María no era ni más ni menos que esa jovencita, recién casada, compartiendo su vida con tres chiflados americanos, y todo por andar, no importa cuánta clarividencia escondida tuviera. Sus dotes adivinatorias han servido para muchos, pero nunca para sí misma.

Durante su noviazgo recuerdo, porque él lo relataba, algo muy gracioso del padre, hombre de muchos nombres y muchas caras y muchos vuelcos. En esos tiempos en que cortejaba a la novia, iba con frecuencia de visita a la casa de un pariente de María, y allí quería contribuir con su granito de arena a la conversación. Pero la familia, no siendo un corrillo académico precisamente, no lo lograba entender. Claro que la culpa no la tenían ellos, sino él, que no se esforzaba por acoplarse a la concurrencia. Así pues, en cuanto él decía algo, todos miraban a Nena y preguntaban, callandito: —¿Qué dice, qué dice? —y ella les “traducía”. Hasta que un día el americano reventó. Se levantó, airado, y gritó —¡¡¡Yo habla español!!! —Mutis general, y mi padre como un tomate. Pobre *Daddy*. Más adelante, en Italia, proclamaría a la semana y pico de estar allí que ya hablaba un espléndido italiano. En realidad nunca habló ningún idioma bien, pues, según él mismo confesó, allá en Minneapolis era de las pocas personas a quienes los sordomudos no podían leer los labios. Eternamente incomprendido, y, después de muerto, sus libros ininteligibles.

Para terminar con lo apuntado sobre Nena y aquellos tiempos, diré que podría indagar e informarles mejor, enterándome yo al mismo tiempo de cosas interesantísimas y divertidísimas, pero creo que lo voy a dejar para otra ocasión.

Tarzán quedó al cuidado de “la Cuevas Duimovich”, pues ya era el perro de todos en la calle, y todo el mundo lo quería casi tanto como nosotros.

Nos encontrábamos otra vez en un transatlántico, o mejor dicho, un trans-Mediterráneo-Rojo-Índico en este caso. Detalles imposibles de deslindar de otras travesías. Hermosos tiempos aquellos en que se podía elegir entre el avión y el barco, y no me refiero a los actuales buques mercantes, que según me han dicho, aún expenden billetes de pasajeros. Un crucero tampoco es igual, pues eso es como ir en círculos sin ir a ninguna parte, y acabas donde empezaste, sólo que unos días más tarde, y es por lo tanto lo mismo que no haber hecho nada, puesto que a ningún sitio fuiste. Mi padre, de aviones, ni pensarlo: no es la meta, sino el viaje, y lo suyo eran las estelas en la mar.

Hubo parada en Port Said, junto a la antigua Alejandría. Había en el agua, si uno miraba para abajo desde la cubierta, niños egipcios que se zambullían a recoger las monedas que les arrojábamos. Bueno, que les arrojaban. Ya las habría querido yo para mi colección. En Almería yo hacía algo no tan drástico como estos niños, pero que me proporcionó un montón de monedas. Me iba al puerto, donde siempre había uno o dos buques mercantes, y les pedía a los marineros:

—*Hey! Have you got some foreign coins?* —gritaba. Ellos me las traían, y contentos de encontrar a alguien que entendiera el inglés se bajaban del buque, y yo ya sabía dónde querían ir, así que los llevaba. —*Have a good time!*

En un santiamén la cubierta del trasatlántico se convirtió en un bullicioso bazar al aire libre. Yo cambié dinero inglés por billetitos egipcios, para mi colección; O. G. Adquirió un largo y fino estilete con su funda metálica recubierta de cuero repujado, coronando el puño la cabeza de Nefertiti. Bajamos a tierra a visitar la exótica ciudad. Celosías para guardar a las mujeres, puestos entoldados de vendedoras embozadas, ajetreo y parsimonia en íntima convivencia. Hoy en día las imágenes mil veces emitidas por la tele en todas las casas nos acercan estas cosas al salón, pero por aquel entonces, y para un niño que no era ni

adolescente aún, era como pisar Marte. Por otro lado en aquellos días se podía andar seguro, aunque manoseado por manos pedigüeñas, por todas las calles, hasta las más islámicamente angostas y autóctonas.

Se oía constantemente al *muecín* llamando a la oración; pasamos docenas de cafés con sombrillas, árabes tomando su té verde con hierbabuena, vaporcillo, azúcar hasta la mitad del vaso, veinte mil moscas, veinte mil sudores. Nena dale que te pego al abanico ¿queréis un rato? ¡No! Nunca, eso las mujeres. Fotos y los musulmanes tapándose NO NO NO. Algunos, que fotos sí si pagar *money*.

Teníamos la opción de seguir embarcados por el Canal de Suez hasta la ciudad de este nombre o pagar un extra para el autocar al Cairo y las pirámides. Bastantes árabes y calor ya y mucho *money* y nuestro destino la India, que es lo que al americano entonces le importaba. ¡Pero qué *engurruñío* era con el dinero!

Por el canal, durante varias horas, miraba uno por la borda —a ambos costados— y sólo se veía tierra, nada de agua, de puro estrecho que era.

Un pintor se hallaba retratando a un militar hindú al óleo en uno de los salones. Yo me coloqué detrás e hice a hurtadillas un retrato a lápiz, fijándome tanto en el lienzo como el retratado. Me pillaron haciéndolo e insistieron en que les mostrara mi garabato. Al militar le agradó tanto que se lo quedó, mientras el pintor me vaticinó una buena carrera futura como retratista. ¡Qué grande me sentí!

Breve escala en Aden. Más desolado desierto por doquier, como habíamos venido viendo en las orillas del canal y también a orillas del mar Rojo, cuyo nombre le viene con toda propiedad, al menos en algunos trechos. Me resulta increíble, recordando Aden, los lugares tan inhóspitos que escogen los hombres para vivir. Y dudo que la zona fuera muy diferente hace cinco mil o diez mil años. Eso sí: está el comercio... así que si eres un *businessman*… pues te puedes ir a vivir a un lugar como Aden.

Fiesta grande de confeti, serpentinas, cornetas y gorros de papel en la sala de baile.

Apogeo del *twist* y mi padre haciendo el asno en la pista. Percy y yo demostramos ser unos twisteros de armas tomar también, hasta la hora de “Mayores sólo”, en que tocaba retreta al camarote y darse unos buenos masajes a los destrozados riñones. María se rió alborozada de los locos retorcimientos de sus tres hombres. Aunque, a decir verdad, y tras todo ese champán, ella tampoco se quedó corta, ni perezosa, ni tan derechita, en eso de hacer el ridículo.

Y por si no hubiésemos tenido suficiente meneo en el baile, en el océano Índico nos cogió y nos zarandeó un temporal de los gordos. Otra vez, como antaño en el Atlántico, la apariencia de que toda la gente estaba verde de puro enferma, a excepción de Percy y de Erik. La vida es un zarandeo. La Nena lo pasó fatal en el Índico, la pobre. ¡Qué mal le sentaban estas travesías: dos días enteros malita, sin salir apenas del camarote!

Por fin, para alivio de nuestra madrecita y cierta desilusión nuestra, alcanzamos nuestro destino. Llegábamos a Bombay.

Capítulo 7. La India

[TEXTOS VII]

El hombre verdaderamente iluminado se asemeja asombrosamente al no iluminado, pero el no iluminado quiere destruirse a sí mismo y a más gente en tanto que el iluminado preferiría no hacerlo. Mejor quedarnos tal y como estamos.

Desconfía siempre de que haya sutileza alguna en los dichos del Buda. Y profundidad, nunca la hay. Cuando te parece nebuloso y sobrepasa tu comprensión simplemente no lo estás agarrando como él quería. Si le hallas algo remotamente místico estás en el camino correcto pero en la dirección contraria. Guárdate tus propias opiniones sobre misticismo, las del Buda eran que es un error egregio, en el fondo el único error contra el que luchó. Y no encontraba nada más saludable que la buena y sana agresión, ya sea ofensiva o defensiva, con o sin sublimación; muy poquita y raramente más útil. Es para gente dolida y del tipo maldito-sea-Dios, cabreada, gente enferma (como la cristiandad en este respecto). El budismo ofrece tratamientos específicos a problemas específicos, y aún entonces es un proceso a largo plazo en la mayoría de los casos. Aquellos que se hallan relativamente satisfechos con cómo le van las cosas no deberían tocarlo. Pero en las regiones de la moral y el comportamiento el viejo Gautama tiene algunas virguerías estupendas para los que no están satisfechos. El *sine qua non* para entenderlo yace en aceptar su estipulación primera: que esta vida, aproximadamente tal y como la conoces ahora, es todo lo que hay (pero no lo único de lo que hay que hablar), y la única vida que conoceremos nunca. Teniendo esto en cuenta en todo momento empezaremos el estudio de los deseos.

Sorprendentemente la mayoría de las personas por debajo de los cuarenta están desprovistas tan siquiera de la más mínima o vaga noción de lo que les gusta. El problema parece nunca habérseles presentado. Y los que tienen más de cuarenta nunca han sopesado o clasificado u organizado sus diferentes gustos o apetencias por importancia relativa, no dándose cuenta evidentemente de que hiciera falta hacer nada al respecto. Y

si yo fuera el Buda ahora lo dejaría aquí por hoy. Estos defectos en las personas son difíciles de condensar en unas pocas palabras. Sin embargo no lo soy, y dar ejemplos es bien fácil.

—¿Te gusta ese lagarto… la iguana? (Me refiero a ese bicho grande y cornudo), ¿asado sobre ascuas de estiércol bien requeteseco, y después bañada en su especiosa salsa rosada de orugas? ¡Lo riquísimas que están también muchas serpientes, húmmmmm serpiente de cascabel, qué cosa más divina! Tampoco veo por qué miles de *millones* de personas consideran el *comer carne de vacuno* la más vil y asquerosa de las glotonerías, el pecado final. Me recuerda a esos cómics. Ves a unos tíos sodomizando en la cama, el suelo está atestado de cadáveres con una daga oriental de diseño peculiar clavado en cada pecho, y sobre la mesa los restos, mayormente huesos, de una cena. Acaba de entrar un hindú y exclama, —¡Oh, cielos! ¡Han estado comiendo ternera! — Supongo que tal propaganda no debería permitirse, por mucho que la libertad de religión resulte ofensiva a otros. Los consumidores de ternera perfilan su imagen propia en gran manera basándose en cómo de hecha le gusta la carne, cruda y rezumando sangre o carbonizada —se muestran duros y machos, refinados y gentiles—, no son éstas preferencias del paladar, generalmente hablando. He conseguido convertir a varios en sus preferencias, y he experimentado yo mismo reajustes a través de los años. *Yo* mismo admito que [aquellas preferencias] solían reducirse a crearse una imagen, y aún todavía acaso, siga (sólo para mí mismo) representando una agresión carnivorizante. Ser un “delicado” o “asquito” con la comida poco tiene que ver con olores, sabores, o valores nutricionales. Para muchos cualquier cosa que no han probado antes les parece algo repulsivo. ¿Es acaso un burro o un perro más feo que un cerdo? Supongo que el calamar y el pulpo están creciendo en popularidad, buenos manjares. ¿Por qué no el canibalismo? ¡Vaya bendición para los millones que se mueren de hambre y para la balanza de exportación de sus países!

[...]

...podemos rechazar el yoga hindú. Para nuestros propósitos sus milagros son

parecidos a un borracho que también ha tomado LSD y que con todo consigue cruzar tambaleándose la calle sin caerse o que lo aplasten. Supongo que hay tipos que pueden controlar los latidos de su corazón, el pulso y la presión sanguínea, aunque personalmente nunca les he visto hacerlo. Ver a unos doctores midiendo este tipo de cosas producirá ciertas conclusiones sobre algo… el colmo, en realidad. La técnica de este dominio consciente puede aprenderse en unos veinte minutos, y puede que lleve años en desaprenderse, lo cual es el estado más deseable. Imagínate vívidamente una situación tensa, de miedo y agresividad, observa interiormente lo que estás haciendo, y entonces hazlo de nuevo. Como aprender a mover las orejas a base de hacer que otro te haga cosquillas en ellas con una pluma. Obviamente el mecanismo impulsor está ahí. La pregunta más obvia es si ofrece alguna ventaja ser consciente de su ubicación, lo cual puede resultar un engorro, algo como un dolor de muelas. Uno no puede quitárselo de la cabeza, y tiene que volver una y otra vez a lo mismo. Todos nosotros ya controlamos estas funciones y lo hacemos muy bien. Hago excepción de la levitación, pero la nueva teoría sugiere efectivamente cauces de investigación, y no sólo los hindúes levitan.

El Buda adoptó una forma adaptada de yoga para sus propósitos. Se ha convertido en parte integral de la religión. Un automóvil puede servir para hacer viajes, matarse, llevar a su destino a una parturienta o una botella de alcohol de cosecha casera.

* * * * *

Bombay. Gigantesca, ilimitada. Si no se concibe su tamaño durante la arribada, basta con pasarse unas semanas allí, como nosotros hicimos, y tomar alguno de los diversos medios de transporte yendo a enclaves turísticos para ver la aglomeración en plan marabunta de gente que pulula por ahí. No se recomienda a agorafóbicos ni almas que sufren en presencia de la miseria.

Allí a la entrada está su *Gateway to India,* como el arco de triunfo de Trajano pero mayor y más exóticamente retorcido. Nos tocaba ahora pasar la aduana, y María con oro hasta en los tobillos bajo holgados ropajes que incluían unos pantalones bombachos color melocotón. Padre y nosotros también llevábamos algún discreto oro (esclava de cuarto de kilo, algún anillo), pero ella… aún me pregunto cómo podría moverse sin parecer una orquesta de percusión. Los baúles que tal bailaban con los chismes de Melilla. Pasamos sin problema. Púm púm a los pasaportes con acaso un escrutinio más cercano al de María porque ella no tenía pinta de "inglesa". Percy y yo íbamos incluidos en el documento de O. G., trío todo peripuesto.

Nos alojamos en un lóbrego, miserable y carcomido hotel hindú. ¿Autenticidad? Más bien ahorro, o por otro nombre, tacañería. Estábamos enfrente de la residencia-albergue del Ejército de Salvación, que es probablemente donde el taxista tenía la intención de llevarnos desde el principio. No cogimos *rickshaws* esta primera vez, pues habría hecho falta contratar cuatro y correr el peligro muy real de que nuestros bultos tomaran las de Villadiego.

El hotel mi padre a lo mejor se lo esperaba más tolerable. Tuvimos que pedir almohadas y *please, please*, unas fundas, y nuevos juegos de sábanas, *please*, que las que había eran una estampa de rodales pardos, ¡qué asco! Refunfuños de los hindúes, pero nada comparados con los de Nena.

La comida la tomábamos sentados alrededor una gran mesa de mimbre, redonda, sacada al balcón. Tantos platillos había como pudieran concebiblemente caber encima de la mesa: cuenquecillos de verduras y frutos tanto secos como pastosos y francamente líquidos: salsas, curries, *chutneys*… Y dos fuentes de arroz. Picante todo, picantísimo. Padre e hijos encantados, Nena horrorizada: mejor morir de hambre que de puro fuego.

A la noche fuimos visitados, no: invadidos, por las chinches indias, que eran unas señoras chinches y no poco cuantiosas en aquel hotelito. Al segundo día nos mudamos a los saneados aposentos del Ejército de Salvación. Hora de pagar, como diría mi padre, "por lo que no era". Pero estaba dispuesto a todo por su encantadora esposa, quien no me extrañaría que le hubiese dado un ultimátum, y por otro lado, ¿quién sabe cuántos inquilinos salían con vida del anterior antro?

Paredes blancas, todo aseadísimo, casi un hospital parecía. Y un señor inglés, a quien apodamos "el limpio", que se tiraba todo el santo día entrando y saliendo de la ducha, que se hallaba en el (único) cuarto de baño de la planta. Pues si no puedes soportarlo, qué porras haces en la India, chalado inglés. Es ya un tópico muy extendido que los ingleses sufren lo indecible por todo el mundo, siempre echando de menos su islita. Allá vosotros. El caso es que yo tampoco viviría en Inglaterra, la verdad sea dicha.

En el Ejército de (nuestra) Salvación las comidas se servían sin picante (casi), aunque los variopintos botes de curry se podían pedir aparte, o comprar en la tienda ¡mmmh! Lo mejor de todo eran sus desayunos ingleses, con huevos y beicon y pan blanco y zumo y un rico etcétera. En cuanto María recuperó la capacidad de comer salimos a explorar las ofertas culinarias de los restaurantes de Bombay, y arriesgar almorzar o cenar en ellos siempre que fueran limpios y estuvieran dispuestos a hacer concesiones tales como preparar algún platito especial medio al gusto occidental, para Nena, o que tuvieran comida para no-vegetarianos, como pollo o una chuleta de cerdo o unas gambitas, o sea, más chicha y menos cuento.

Visitamos muchos lugares en Bombay, de los que sólo me acuerdo del acuario. Para

Percy y para mí —en esto sí había pleno acuerdo— los mejores sitios para visitar eran los zoos y los acuarios, y menos monumentos y otros rollos, bodrios o bobadas. Pero lo más sobresaliente y distintivo de Bombay y sus calles de vacas y pedigüeños y *rickshaws* (a pie, en bicicleta, y *zoom*: motocicleta), eran las aceras en sí. Los indios tenían, y tendrán aún, un picatoste delicia-droga que el vendedor elaboraba con esmero en la misma vía, compuesto de tres ingredientes: (1) una pasta harinosa, al que se le echa (2) unos gránulos y taquitos de la nuez machacada del *betel*, como principio activo, y finalmente (3), una hoja verde, con la que se hace un paquetito enrollado, que va derechito a la boca, a ser mascada. Había puestos callejeros que dispensaban este bocado cual si vendieran pinchitos en la feria de Almería, aunque generalmente les bastaba con un pañuelo en el suelo, pues los hindúes son capaces de estarse sentados en cuclillas, los pies planos contra el suelo, y tirarse las horas muertas de tal guisa sin el menor síntoma de incomodo. Desconozco qué propiedades euforizantes, tranquilizantes o estimulantes contiene su bocadito de droga; el diccionario declara que produce los tres efectos combinados (¡?!). Pero lo más curioso del caso, y a lo que yo me quería referir, es que después de masticar largo y tendido, el consumidor echaba un super-mega-escupitajo en la acera, y ahí se evidenciaba y quedaba de recuerdo la más sobresaliente virtud del mejunje, que era, por alguna suerte de poder de absorción, hacer sangrar las encías. En consecuencia, las aceras y calles aparecían moteadas de manchurrones rojos, tirando más o menos a marrón, dependiendo del número de enfermedades contagiosas del que escupió la mascada (no me hagáis caso: desvarío. ¡A lo mejor son las fiebres!). Esas manchas, en conclusión y fuera de bromas, no las borran ni las lluvias monzónicas. Todo el mundo sabe lo de las vacas, pero la mayoría de los occidentales desconoce, a menos que haya estado allí, esta “exótica” faceta que en seguida le asalta a uno: basta con mirar donde tenemos los pies.

Hablando de pies, un cierto porcentaje de los mendigos sentados en los trancos o en cuclillas por todos lados, y sobre todo los de cierta edad, tenían todo el cuerpo como una

tubería arrugada, coronada de un cabezón calvo que se unía al referido esqueleto por una especie de nudoso palillo de dientes que era el cuello, y después, en el otro extremo, dos gigantescos pies como de elefante, de los que asomaban cinco cosillas que eran... ¡sí! los dedillos. Pobres desastrados. Un día, tras varios meses de estancia en la India, a mi hermano se le hincharon los pies, como buen Piscis que era, pues dicen que los pies son el punto débil de los nacidos bajo tales astros, y ¡vaya susto! ¡La pilló… palmatoria! Afortunadamente no fue así, sino que a la semana se le volvieron a deshinchar. Que Dios me perdone, pero a mí a en el fondo —y *a posteriori*— me hacía un poco de gracia visualizar esos pedazos de pie. Seguro que a él no.

Luego estaban los monzones. Llovizna caliente, diaria, de sol a sol. Menos mal que sólo hubimos de soportar uno.

Visto Bombay, o la mínima parte turística (y la piscícola) y otras áreas de lo más vernáculo de su centro, tocaba encaminarse al sur, siempre al sur, destino Kerala, el estado más pobre, mísero, superpoblado, y de mayor índice de mortalidad por hambre de la India de entonces.

Pasamos por Puna, la ciudad élite donde residen los grandes empresarios y ricos hombres de Bombay, y tal vez Goa, la antigua colonia portuguesa de la India, aunque no me acuerdo de haber estado allí. Tal vez pasamos de noche. Puesto a investigar descubro que no hay tal Goa que ver si pasas en tren, si acaso Panjim, la capital de esa región. ¡Y yo culpándome, por años, de desmemoriado!

Vimos unas ruinas fantásticas excavadas en la montaña, con columnas ornadísimas, todo en el más extremo orientalismo, y en el interior más figuras esculpidas, cientos de figuras, muchas de las cuales eran marcadamente eróticas. María, tan católica ella aunque no fuera amiga de curas, no concebía que en un templo dedicado a lo más sagrado pudieran exhibir tales marranadas. Eran las mismísimas que suelen usar para adornar las cubiertas del *Kama Sutra*.

—*Daddy*, súbeme a hombros, que están muy altas. Ahora préstame los prismáticos.

María, que me ve a hombros de mi padre, tonteando con los prismáticos, se decide a actuar. Hay que dar ejemplo a los niños. Pero más que nada está nerviosa por el qué dirán.

—¡Hay que ver el niño! ¿Y tú cómo le consientes a tu niño que mire esas porquerías? ¿Tú te crees que un padre hace eso? ¡Míralo, como si nada! ¡Cuidado con el padre, si es peor que los niños! —salta y me agarra del polo, por la cintura. Tira con fuerzas, clara indicación a su marido de que me tiene que bajar, mientras prosigue su monserga—. ¡Erik, bájate ahora mismo, sin-ver-güen-za! ¡Será borde el crío…! ¡Y tú, Percy, deja de reírte, demonio, a ver si cuidas de tu hermano y os comportáis los dos! ¡Siempre tenemos que ir dando la nota a todos lados! ¿Será posible, Dios mío, que estas cosas nos tengan que pasar siempre a nosotros? ¡Ay, madre mía, estos niños me matan! ¡Pero la culpa de todo la tiene el padre, que no los tiene donde los tenía que tener! —Y María, sintiéndose observada por los otros turistas, disimula y vuelve a colocarse las gafas de sol—. ¡Anda… vámonos de aquí! ¡Vámonos de aquí, que ya me habéis dado el día!

—¡Espera *Daddy*, que aún hay más que no hemos visto, por allí adentro!

Los trenes en la India tienen una primera clase cuyos vagones van divididos a lo ancho en vez de a lo largo, en plan compartimentos familiares, como si fueran casitas, a los que hay que acceder desde el andén. Literas forradas de plástico, sin sábanas ni mantas ni almohadas para dormir. ¡Qué de babeo llevé yo a cabo con la mejilla sobre aquel plástico! ¡Vaya birria de *primera clase*! ¡Y qué velocidades! Con los *rickshaws* habríamos llegado antes y más lejos. Las comidas nos las vendían por la ventanilla multitudes de mozos correteando por el bullicioso andén, una bandeja alzada en cada mano, en las interminables paradas. Todo picante. En la India hasta hay una gaseosa incolora, estilo "*La Casera*", que es picante, lo juro. Así tenéis los dos elementos complementarios en uno: —Pica… bebe. Pica… bebe, hasta reventar.

Mangalore, en la costa, ya mucho más al sur. Una película ridícula india. La India

figuraba como la segunda, o incluso la primera (!) productora mundial de cine en los sesenta, todas las películas de amores, y no se permitía ni un beso en la boca.

Nos hizo gracia un honrado ciudadano paseando su cerdo —con perdón (cual mandan los cánones)— tan pancho, como si llevara un caniche o un buldog.

La India para mi padre, más que un lugar físico, era una materia de estudio y aprendizaje, de estupefacción, de arrebato o de aborrecimiento. Para los peques otra cosa, rara y sucia y pasmosa y terrible y fastidiosa y otra vez rara… y a veces para inflarse de risa, que nunca viene mal. De lo que pudiera opinar Nena no me hago ni la más remota idea: algo feo y asqueroso, eso seguro, pero también asombroso. Desde luego era una migajica distinta a Almería. A decir verdad la calle Duimovich era una virguería de comodidades comparada con esto. Con los gitanos de la parte alta podía ella al menos entenderse, así como saber sus intenciones, apetitos y sentimientos.

Muchos indios vivían literalmente en la calle. Aprovechaban algún entresijo o hueco, con mucha suerte debajo de un puente, y montaban su tienda con un trozo de tela de sábana, y eso era su casa. Una casa para una familia entera. He visto chabolas en varios países, pero esto era ya cosa de la mayor lástima... ¡Y cuántos brazos que eran puro esqueleto!

Ver la película *Mosquito Coast* de Paul Theroux, y devorar luego la novela, me recordó inmensamente a mi padre: lo único que le faltaba al mío era esa máquina de fabricar hielo, pero el espíritu, el afán, la locura… eran idénticos. Enormemente parecida a nuestra infancia era la situación y las reacciones de aquellos niños ante los hechos. Veinte años de mi vida comprimidos en dos o tres de la de ellos. ¡Cuán verídicas pueden resultar algunas historias basadas en la fantasía!

Bangalore, tierra adentro, y aquí —por una vez, ¿por qué no?— nos alojamos en un blanquísimo, marmóreo palacio a lo Taj Majal en chico. Exuberantes lechos con mosquiteras de seda, salones majestuosos, columnas, arcos, patios con fuentes de aguas corrientes, frescos, rumorosos jardines. Dos enormes, suculentos pollos asados, con rica

guarnición, servidos en nuestras mismas salas por camareros impecables, en sus lujosos turbantes, una negra redecilla cubriendo sus perfectamente recortadas barbas. María conoció el paraíso terrenal aquel día. El viaje acaso había valido la pena.

Pero el sueño no duró. Volvimos a encaminarnos al sur. Por fin llegamos a Cochín, y al otro lado de la bahía, cara norte, la algo más chica Ernákulam. Habíamos alcanzado nuestra meta.

Alquilamos una casita bastante apañada. A nuestra derecha, señalando desde nuestro porche corrido, y entre árboles tropicales, una exuberante fronda de palmeras, bananos, mangos y cinamomos —el árbol de la de canela—, se hallaba una gran casona casi palacial, con una lagunita de un verde intenso en la que la familia que allí habitaba hacía sus abluciones. Los dueños de aquel *locus amoenus* eran los propietarios de nuestra casa, y eran de religión hinduista. Dentro de su mansión veíanse cubículos y oquedades de culto, cual mihrabs, con el azulado Shiva adornado de sierpes, Ganesa, el elefante divino, y Visnú, y aquella diosa de las tres caras (¿o tendría otra detrás?), y el otro con cara de mono, y toda la jauría de entes ultramundanos, entre incienso, diademas y flores. Tremendamente devotos los caseros. Y devotos de Alá también los indios islámicos a nuestra izquierda, adosado su hogar al nuestro, arrendatarios al igual que nosotros. Todos eran buenísimas personas, lo cual no les impedía vivir en continuo estado de guerra, con transgresiones de índole y envergadura teológica, teleológica y peor. Y nosotros, oficialmente cristianos, en medio. Cada cosa en su sitio. En la India hay mucha libertad y diversidad de cultos, como hay diversidad de castas, y todos se tratan a palos. A los animales no los toquéis, sólo a los humanos. Cuando llegó Pascua de Resurrección y quisimos hacer las siete estaciones no hubo problema, que Ernákulam las tenía.

En nuestras visitas al mercado público —cosa digna de ver, un auténtico mercado indio— y nada más traspasar el umbral del amurallado, recóndito recinto de las carnes, quedábamos abrumados, siendo obviamente occidentales, “ingleses”, por un alborotado,

esquizofrénico, griterío: ¡Aquí, aquí, la mejor carne, *beef, beef!* dándole tortazos, dale que te pego, a una vaca cortada por la mitad que tenían colgada de un gancho. A Nena le gustaba mucho acudir a este extraordinario mercado al aire libre, con sus millones de cosas, pero no sola. Al principio íbamos todos juntos, o ellos dos. Percy y yo mientras tanto nos paseábamos por las calles de los alrededores, atestadas de bazares, y frecuentemente comprábamos sellos raros orientales a un filatélico del que nos hicimos amigos. Más adelante Nena siguió yendo al mercado en *bici-rickshaw* con la criada. No se fiaba de dejar que la criada fuera por su cuenta sin ella, imaginando que la sisa sería impepinable. Volvía Nena del mercado luciendo su habla local: —¡Pándara anna! —, —¡Ila ila, char anna!— ¡Cinco anas! (el *anna* era una compleja fracción de la rupia) ¡No, no, cuatro! —¡Acha, acha, acha! —sí, sí, sí, y hacía un ocho con la cabeza, que es la forma de asentir de los hindúes, y después se echaba a reír, ante la amplia sonrisa de nuestra morena sirvienta. Bueno, morena… así-así andarían las dos, de tez, tal para cual.

Mi padre, que se había inflado de estudiar hindi durante la travesía, seguía siendo un incomprendido en las calles de Ernákulam. Los vendedores usaban el habla local, el *malayalam*.

Mangos y piñas y cocos y bananas a reventar, y por unos pocos céntimos. Para comer la piña, la criada diestramente pelaba ésta, extendía las rodajas sobre una gran fuente, y cubría todo con una montaña de azúcar una o dos horas antes de servirla. ¡Qué paladar más dulce teníamos en aquellos tiempos! Y es que comer mucho azúcar debía representar status y señorío entre esas gentes. El mango ni siquiera lo habíamos visto antes. ¡Qué mangos aquellos de Kerala, que nuestra casera simplemente nos regalaba de su jardín!

Mi padre, mientras tanto, estaba trapicheando la venta de lo adquirido en Melilla. Guardó unos brazaletes y algunas otras cosillas para Nena, que les había cogido cariño. Al final parece que quedó bastante satisfecho, deseando sin duda haberse traído el doble y el triple.

Los niños comenzamos a asistir a una escuela cien por cien hindú. Nada de escuelas “a la inglesa”, aunque haber, habíalas. Para mi padre lo puro y lo castizo era lo que contaba. Incluso cuando no era para él, sino para su prole. Tuvimos una experiencia bochornosa. Percy y yo pegaditos uno al otro a la salida de la clase para irnos, hechos unos flanes, a casa, y esos morenitos tirándonos chinas. Las clases se daban mayormente en inglés mezclado con *malayalam*, y estudiamos, aparte de las asignaturas regulares de química, geografía e historia de la India, etc., etc., los idiomas *hindi*, co-oficial con el inglés, *tamil*, el idioma mayoritario del sur de la India, y el susodicho *malayalam* de Kerala. Los cuadernos que usábamos parecían libritos decimonónicos, muy cucamente encuadernados con floreadas pastas duras, y me encantaron.

Un día me encontraba cavando hoyos y jugando con la tierra arenosa enfrente de nuestra casa cuando mi padre gritó: —¡Erik, Erik, entra en la casa, corre! —Así hice, y por la ventana vi una larguísima serpiente arrastrarse justo por donde yo había estado jugando. El bicho —la *bicha*— se dirigía, como el que no quiere la cosa, al altar en el que nuestros vecinos hinduistas depositaban diariamente alimento para tales criaturas. Este altar era fuente de no pocas de las antedichas discordias entre los vecinos a nuestra diestra y siniestra. Los musulmanes consideraban a esas sierpes “bestias de Satanás”, y hay que admitir que muchas de ellas debían de ser cobras… o peor. Ni que decir tiene que María estaba de parte de los fieles del Corán en esta estirada cuestión, y que ese altar a las serpientes la traía por el camino de la amargura.

Otro día me dirigía a correos a echar una carta, mas nunca llegué, pues apenas empezaba a alejarme de la zona de la casa cuando un buey —qué buey: un señor TORO era— se me plantó delante, sus enormes ojos negros clavados en mi joven persona. Girándome cuidadosamente, caminé pasito a pasito, sigiloso, a lo Charlie Chaplin, de regreso a casa. Él duplicaba mis movimientos. Corrí… y la mala bestia embistió. ¡Dios mío, que me mata! Por los pelos llegué a la verja metálica de nuestro recinto y la logré cerrar, dejándolo a él afuera,

con dos palmos de narices, o cuatro, que dos ya las tenía de por sí. Luego le hice mis buenas burlas y cuchufletas como es de rigor en estos casos, con manos, lengua, culo, pases y saltos; aunque tengo que admitir que me seguían temblando las piernas. A mí que me dejen de Sanfermines y eventos afines.

Pero esa no era una res, o vaca, típica del lugar. Por lo general son tan torpes y perezosas que ni a bocinazos se levantan del medio de la calzada, donde acostumbran tumbarse a sus anchas y se toman unas luengas *vacances*. Además, está muy mal visto pitarles con la bocina, y mucho menos salir y darles un cachete en las ancas. Lo que se hace normalmente es echar marcha atrás y buscar otra ruta… o esperar. Con suerte el animal decidirá levantarse a darse un garbeo, o algún alma caritativa lo logre atraer con un manojo de hierbas secas, o acaso un musulmán o cristiano más osado lo ahuyente con los brazos y la voz. —*Nanni, nanni, nanni*. —Muy agradecido. Ahora es posible que lleguemos a nuestro destino, aunque tarde, y contando con que no nos encontremos con la prima hermana de esta vaca.

Nos levantamos muy temprano un domingo los tres “hombres” y fuimos a Cochín a alquilar un bote de remos para pasarnos un día de solazada pesca. El padre naturalmente sentía la obligación de catar la pesca en el Índico. Es el de Cochín una especie de ensenada o bahía natural muy alargada y casi cerrada, con un angosto estrecho en su parte central que abre al océano abierto. Nos encaminamos hacia el centro de esta bahía, pero ahí no había ni profundidad suficiente ni peces. Fue al aproximarnos a la boca del estrecho que empezamos a notar lo fácil que se nos hacía remar, pues la marea estaba bajando. ¡Qué bien! Al poco rato cobramos una velocidad tal y teníamos tanta dificultad en controlar la dirección con los remos, que nos metimos de lleno bajo una de las grandes redes que desde la orilla, con larguísimos palos de bambú enlazados entre sí, los pescadores hunden en el mar, para así atrapar, con las corrientes, la pesca. Los pescadores desde la orilla nos gritaban cosas, blagurublah blagurublú, hechos unos energúmenos, temerosos de que les destrozáramos las

redes, y eran muchas las redes enfiladas que había. A trancas y barrancas y empapados por una de estas redes recién izada encima de nuestra barca, conseguimos milagrosamente desliarnos de ella, usando los brazos y los remos y todo lo que pilláramos, y nos apartamos lo suficiente de esa comprometida orilla. Era como en las películas de aventuras de las islas de sur cuando los buenos escapan de los indígenas por los pelos. Proseguimos, acelerados, nuestra marcha hacia el océano abierto, dejando atrás la costa. La frustración inicial se fue tornando en pánico. Ahora el *Daddy* quería que remáramos, y fuerte, pero *en dirección a la costa*. Era obvio que ya nos veía hechos unos náufragos en medio de aquel proceloso océano, perdidos y rodeados de tiburones. ¡Remad, torpes, imbéciles, malditos, remad! Cada vez perdíamos más "terreno", pues éste se iba alejando paulatinamente. Los dos hermanos, uno a cada remo, llorando. Cambios de turno, gritos, desconcierto, desesperación y las olas cada vez mayores.

La marea por fin comenzó a cambiar. ¡Sobreviviríamos! Las manos las teníamos destrozadas por el frenético remar, pero sentimos un alivio inmenso al saber que pronto se acabaría el martirio. Huelga decir que nunca volvimos a repetir la experiencia, y que nunca pescó O. G. nada en el Índico, excepto un morrocotudo susto y un berrinche de aúpa.

Nosotros lo odiamos un tiempo por lo cruel que fue con los dos, pobres niños, en aquella barca. Pero al final se lo perdonamos.

En cuanto a él, Olin Griffin debió emborracharse de lo lindo esa noche. Una merluza de gran tamaño.

Para menesteres borracheriles, las autoridades dispensaban a los extranjeros que lo solicitaran, y no sé si también a los indígenas que lo requirieran, unos vales o cupones de racionamiento de unas tres botellas de licor destilado al mes, entre las que se contaba el licor nacional llamado *arak*, que aventajaba muchísimo en precio, y tal vez también en grados, a los de importación. A lo mejor hasta te dejaban comprar una botella más. Yo de esas cosas no entendía, pero el padre terminaba el mes a base de *toddy*, que se podía adquirir en

cantidades ilimitadas. Opinaba que aquel líquido lechoso estaba decididamente asqueroso de sabor, pero no por eso dejaba de consumirlo. Obviamente cumplía su misión. Por las calles cercanas al mercado veíamos cómo se producía este brebaje de arroz fermentado, en grandes bidones, el burbujeante líquido blancuzco rezumando vapores ponzoñosos, totalmente cubierto de abejas muertas, y un pestazo de no te menees. No, gracias, prefiero la gaseosa picante.

El tabaco. Mi padre, razonando que prefería que no fuéramos haciendo cosas a sus espaldas, y sabiendo que fumábamos, nos racionaba el número de cigarrillos. Algún límite había que tener. Pronto descubriríamos que, como alternativa a las cajetillas del horrible tabaco local, existían unos paquetitos en forma de pirámide trunca que contenían diez puritos pequeñísimos, más horribles todavía en cuanto al gusto que los cigarrillos hechos con papel, pero a una fracción del coste. Así que alternábamos ambas modalidades de fumeteo, calculando que cada uno de aquellos "petardos" contaría por medio pitillo blanco, atendiendo al bajo precio, y así podíamos duplicar el número permitido. Se los mostramos al padre y él opinó que eran de betel, la misma sustancia que mascaban los locales. Era cierto que al desliarlos no parecía tabaco, pues ni siquiera venía en hebras, sino taquitos. Pero de efectos raros, nada. Y desde luego no te hacía sangrar la boca, reacción probablemente provocada por la hoja o el potingue blanco de aquella otra golosina. Moraleja, mejor no fumar nada en la India.

Teníamos dos criadas que nos hacían prácticamente de todo menos quitarnos los *gekkos* de las paredes, pues éstos salían preferentemente de noche. Además, como ya indiqué, a los animales no había que tocarlos. Lagartijillas —salamanquesas esferodáctilas— que cambiaban de color con su entorno y cuyos dedos tenían succionadores con los que podían pasear por el techo como si tal cosa. A mí me encantaban y entretenían y seguro que constituían el más feroz enemigo de los infinitos mosquitos. A María ya no le atraía tanto eso de tener bichejos, y encima *reptiles*, paseándose tan campantes por su dormitorio, la

verdad se dicha, y menos de noche.

Las comidas no demasiado picantes, por Nena. Para saciar los paladares de los demás ya teníamos acumulados un par de docenas de diferentes curries. Freían, en *guee* (que parece ser que es una refinada mantequilla, pero que no sabe a mantequilla, que yo recuerde) super-caliente, unas finas tortas de pasta con cúrcuma que salían hechas pura burbuja crujiente y estaban exquisitas. Ese era nuestro pan, para desolación de María, que no podía vivir sin su pan español diario. ¡Cuánto diera ella por un chusco! No, el *Pater Noster* no se gestó en la India desde luego, por mucho que algunos exegetas mixtificadores pretendan que creamos . De vez en cuando mi padre o ella conseguían hallar como por milagro pan del tipo “Bimbo” en alguna tienda de ultramarinos, y tenían que pagar un ojo de la cara por él.

La ropa: eso era cosa de ver. El método indígena de lavar la ropa era empapar y enjabonar la prenda, y volteando todo el cuerpo, golpearla contra una piedra colocada a tal propósito, una, y otra, y otra vez; luego agarraban por otro lado y toma castaña. María salía y decía no, no... así, así, haciendo ademán de restregar con los nudillos, a la española. Las doncellas le seguían la corriente hasta que ella salía de su ángulo de visión, y volvían a las palizas. Todos nuestros botones de plástico o hueso hubieron de ser reemplazados por bolitas de hilo.

Una de las jóvenes criadas era más alta, robusta y ancha de hombros que la mayoría de las mujeres hindúes, y por lo visto no fea. Al padre, que no me extrañaría que estuviera leyendo el *Kama Sutra* por aquellos días, es posible que soñara con poner en práctica alguna de las posturas descritas, y cómo no, con una hindú auténtica, que disponen de los huesos, músculos y tendones adecuados y necesarios al propósito, y se le ocurriría hacer algún avance deshonesto. Tal vez. Incluso puede que fuera cogido *in flagrante delicto*, aunque desconozco las profundidades del asunto, que no debieron ser excesivas, pero sí lo suficientemente agravantes para que Nena decidiera que había que hacer algo al respecto, como armar la de Troya. Eso fue al menos lo que los follones subsiguientes me dieron a

entender, que se lió a grito pelado la chacha, igualito que su madre en la calle Duimovich. Despedida la doncella, se nos plantó ante la casa el maromo, o maromillo: un hombre chiquitín que pesaría la mitad que la mujer, navaja en mano, exigiendo reparadoras rupias. Mi padre salió, oídos sordos a las amonestaciones, y empleó el truco del oso, y hasta un sopapo de regalo creo que se llevó el indio. Fin de la historia.

Un buen día un empleado especial de correos nos trajo una mala noticia: se nos denegaba la extensión del visado de residencia en el país.

La teoría que desarrolló mi padre al respecto tenía envergadura filosófica:

—Los funcionarios tienen días buenos y días malos, según con cuál pie se levantan de la cama, cómo les fue la noche anterior, y cómo les ha sentado el desayuno. Este funcionario en particular lo tuvo malo y firmó denegando.

Yo propongo otra hipótesis de trabajo, y es que un americano entra en una de una larga hilera de orfebrerías, se saca un brazalete, de diez o doce centímetros de ancho, de oro de dieciocho quilates. El primer comerciante roza con su piedra pómez la línea de la soldadura, aplica su cristalito untado en agua regia a la piedra, y declara, —La soldadura tiene oro de catorce quilates. En la casa de al lado le dicen, —Tiene una fea mueca aquí, en la soldadura. El propietario de la tercera tienda ha visto que las dos primeras no le han comprado la pieza y piensa que hay gato encerrado. Total, que el brazalete es vendido en la tienda número cuatro o cinco, o seis; una cuyo dueño por fin se ha dado cuenta de que los otros han subestimado al señor americano, a quien le fastidia tener que regatear, ofreciendo miserablemente poco por si picaba. Y al día siguiente asoman *tres* brazaletes y dos pares de binoculares, pero el canalla del forastero ya ni siquiera se digna a acercarse a las tiendas 1, 2 y 3. —¡Esto no queda así, por mi padre el Príncipe de la Parrapanda! —jurará algún orfebre al que mi *Daddy* había dejado colgado.

A comisaría hubimos de ir, pues, a averiguar qué pasaba y a quejarnos y a ver qué se podía hacer.

El comisario, engurruñando los ojos, analiza, escudriña mil veces la foto del pasaporte de María, comparándola con la persona que tiene delante. Da vueltas y más vueltas a este pasaporte de un lugar extraño —acaso hipotético— que se llama España, y observa suspicaz y con infinito desdén a María. Esto es Kerala, mucho ojo.

—Esta señora, que usted afirma que es su esposa, es india —dictamina el comisario, mirando acusadoramente al *pater familiae*. El comisario, y un avispado subalterno, el experto en lenguas, intentan desenmascararla y conseguir que se delate. La alancean a preguntas e improperios en todos los idiomas y dialectos que son capaces de silabear, o recordar siquiera que existan. Ella, que de hecho debía saber más palabras locales que inglesas, responde como puede, mayormente en español, pero insertando los pocos étimos que conoce y que considera comunicables. Esto no hace sino confirmar las sospechas del comisario. Así que venga idiomas, venga dialectos… tenaz insistencia, subida del tono de voz, gritos, ella defendiéndose al estilo *Cuevas de Moví*, mi padre perdida el habla y nosotros de piedra. Parecía eso una reunión de Pentecostales. Con sus cabreos y aspavientos, Mr. Olin tampoco contribuyó a apaciguar los ánimos de las autoridades ni los humos de su esposa. Y si en algún momento Percy o yo no pudimos refrenar alguna risita entrecortada, no era para sorprenderse.

Viajamos a Tiruchiráppalli —pido perdón por quitarle una “ch”, que mi atlas español presentaba duplicada también, pero a mí me pareció excesiva—, que tenía aeropuerto. Poseía también, ¡ah, India!, multitud de templos sagrados. Era la Ciudad Santa del sur de la India, si es que no dicen lo mismo de todas. Visitas exóticas, normalmente al *sanctum*, pero no al *sanctorum*, de la veneración.

Una industria singular se nos hizo patente aquí, que no habíamos notado antes. Las vacas, como bien sabéis, se pasan el todo el santo día tumbadas beatíficamente en la plazas públicas. Pues el caso es que notamos cómo acudía a la plaza una vieja con un enorme saco. Saco ella de huesos, con una teta seca al aire, y un saco en la mano para el estiércol. Espanta

a las vacas, que, remolonas, a “rumiañadientes” se levantan, mú-múan, y se largan a la pata la llana a la siguiente estación o plazoleta. Entonces ella procede a recoger los no tan santos depósitos en su saco. Rico metano para cocinar. Estas plastas tienen ya por naturaleza forma de plato invertido. Imaginad la estampa: Casitas blancas, como las fachadas del Sacromonte o de Purullena, junto a Guadix, o algunas de la Chanca almeriense, pero que en lugar de cerámica y cobre, son plastas de vaca secándose al sol las que las adornan y dan la color.

En el aeropuerto nos niegan los pasajes de partida por faltarnos el sello de legalidad de nuestra residencia. Indagadas las autoridades, resulta que ni podíamos quedarnos ni podíamos salir del país. ¡País!

¡Pensar que los españoles temen a su burocracia! (Para lo cual inventaron las gestorías).

Vuelta a Ernákulam y a nuestro amigo el comisario. Se tramita un permiso-orden de salida, plazo límite: un mes. Se nos asignó, como fuimos comprobando, un par de espías o policías de paisano para que nos vigilaran. Mi padre se entusiasmó con el jueguecito. Subidas repentinas a autobuses para apearnos luego en el último momento, taxis, carrerillas, portales, establecimientos con puerta trasera… tácticas evasivas de toda índole. María un tanto amedrentada y nosotros brincando entre chistes y sustos, teniendo que estar al salto de las espontaneidades paternas. Pobrecitos, los que nos seguían. Sentados al almuerzo de *biriani* (arroz con pollo), en nuestro restaurante favorito, pues era de los poquísimos no estrictamente vegetarianos en un amplio radio, se levanta O. G., y señalando con el brazo extendido cuatro casetillas-mesa más abajo, cerca de la puerta, grita a pleno pulmón:

—*Look at the spies, look at them, they're spies!* (¡Mirad a los espías, miradlos, son espías!). Mi hermano y yo de un vivo color rojo. Nena ídem, pero tirando a vinagre de tinto. Mirando atrás, se me antoja mi padre émulo de Donald Sutherland al final de *Invasion of the Body Snatchers* (los famosos *ultracuerpos*, que eran unos *vainas*), excepto que la imitación debió ser al revés, habiendo sucedido lo nuestro en fechas mucho más tempranas.

—Dos barcos zarpan dentro del plazo que nos han dado. Uno a Australia, el otro a Nápoles. ¿Cuál tomamos?

—¡Nápoles, Nápoles! —sabíamos que eso significaba volver a España, a nuestros amigos y lugares favoritos. Australia, aunque prometía aventuras, no se lo hicimos ver así a Nena. O mejor sí: pura y dura aventura y ovejas y bichos raros como canguros y cocodrilos gigantes y serpientes más venenosas que aquí, casi. Y aborígenes. Y que estaba en dirección diametralmente opuesta a su tierra. Y después de la India vete tú a saber dónde se le metía al padre llevarnos...

Nápoles fue. Pero de lo que no se había percatado María, que por cierto nos lo callamos, es que Australia estaba a medio camino de San Francisco, California, su América soñada. Qué crueles fuimos y cómo lamentó ella con el paso del tiempo y los hechos que acaecieron no haber escogido Australia.

Personalmente estoy convencido, sin embargo, de que O. G. se habría negado a poner el pie de nuevo en territorio U.S.A. ¡Ni loco!

Habían pasado nueve meses desde que desembarcamos en Bombay.

Una última meditación: No todo lo que es oro reluce.

Capítulo 8. Italia

[TEXTOS VIII]

La Iglesia Católica en esencia aconseja quedarse en casa tranquilo y dedicarse sólo a aquello que es teóricamente posible y aceptable. Que uno no puede hacer lo imposible, así que por qué no conformarse con disfrutar con lo que hay. Si intentas sobrepasarte lo único que consigues es hundirte más en tus desdichas. ¿A qué aspirar a la luna? […]

Con el jaleo que se está armando denunciando el confort y las villanías del consumismo, los hijitos de papá forrados de pasta huyendo en estampida a África o Afganistán, o simplemente revirtiendo atávicamente a un estatus de santidad medieval plena de pulgas sin moverse de sus asépticas patrias; se me hace poco original citar el ascetismo como uno de los más constantes, naturales y predominantes rasgos recurrentes del hombre. Existen dos variedades principales del producto, un ascetismo activo, positivo, para el cuero cabelludo seco, y una variedad más suave, de sustracción, para el graso. Ambas son eficaces, fiables, y muy populares. En nuestros viajes hemos visto que las penitencias a cumplir y los bienes sacrificados varían de un clima a otro, pero todos los hombres son ascetas convencidos, e incluso [lo son] algunas mujeres. Ningún médico podría mantener su negocio recetando hachís, vinos y cigarros puros, helados, danzas eróticas y sexo, comidas ricas y especiosas. No, hay que renunciar a todo lo que nos gusta, e ingerir y hacer lo que menos nos apetece.

[…] La antigua Iglesia, antes de escindirse del protestantismo, se equivocó en muchas áreas, Si les parece absurdo a aquellos que no saben nada del asunto sugerir que ella se resquebrajó yendo *en contra* de las escarpadas costas del ascetismo, que su más serio error fue no permitir que hubiese más, sólo puedo responder que así fue. Savonarola fue uno de una larga estirpe de protestantes prematuros, denunciando la licenciosidad, predicando austeridad y severidad. Lo quemaron. Lutero se opuso a más de una forma de indulgencia, como hacen sus fieles seguidores actuales. La doctrina antigua era que todos

debíamos esforzarnos por disfrutar de esta vida, y ser patriotas del universo.

* * * * *

Mesina, ciudad que asciende por la ladera del monte, a lo almeriense. Aires de Mediterráneo occidental, latinos, chamullar algo inteligible, verborrea agitada, florida, altamente cantarina, incansable. Viudas de negro, curas en sotana y monjas. Murallas acribilladas por balas y metralla de mortero en la Segunda Gran Guerra. Un parque de palmeras frente al puerto y algo que parece castillo en lo alto. ¡Pero si es gemela de Almería la ciudad! Al menos así nos lo pareció desde la cubierta del *Trieste Triestino*, el navío que nos había devuelto a nuestra querida Europa. A Palermo no tuvimos ocasión de ir. Tampoco George C. Scott tuvo que hacerlo para su película *Patton*, como recordarán los almerienses de mi edad, y se darán cuenta los más jóvenes nada más ver el filme. ¡Cuántos tanques pudieron verse por Almería!

El golfo de Nápoles, uno de los más bellos del mundo. El Vesubio humeante, a la derecha, mientras nos acercábamos a la ciudad *dei belli canzoni*. Hablar napolitano, único e insustituible, ropa tendida a secar entre los edificios sobre las estrechas calles laterales, donde indefectiblemente dan los balcones de los cuartos de las pensiones. Las criadas de habitación cantando de continuo aires enamorados. Sol. Muchísimo sol. Miles de ruinas y museos. Tres meses de ellos, por toda Italia. Vi bustos romanos para llenar una enciclopedia. Columnas, capiteles jónicos, dóricos, corintios… ¡Socorro!

Pompeya y Herculano de lo mejor: fantástico, y sí: retratos pintados en los muros de las antiguas casas y villas romanas, lo mío. El nacimiento del arte del retrato ante mis propios ojos.

Un viajecito en ferry a la isla de Capri. Una vez allí unas pequeñas embarcaciones con motor fuera borda nos transportaron dentro de una enorme gruta al que sólo se podía acceder

por mar. El sol entraba a través del agua, iluminándolo todo de un azul clarísimo, increíble, con irisaciones espectrales en las quebradas paredes de la gruta, luz azul que nos lanzaba el líquido suelo al bailar. Nos relataron cómo Calígula, que había aprendido de Tiberio todos los secretos del lugar, gustaba de gozar de la recóndita caverna viendo arrojar esclavos a sus aguas para ser devorados por los tiburones atraídos a tal fin... *Fine di racconto*.

Playas al sol, la vida padre, y los *spaghetti al burro*. Me hacía mucha gracia que llamaran burro a la mantequilla, *"e molto formaggio Parmigliano"*. Mi hermano y yo comíamos y cenábamos todos los días lo mismo, incansables, ¡burro, burro!, o a veces —la excepción confirma la regla —, unos canelloni con salsa bechamel y bien gratinados, mmmh; pero pizzas y rollazos de esos... para el padre. Nada de salsa de tomate, que donde se ponga "un buen burro...", que se quiten pamplinas tomateras. —¿Y no os hartáis? —preguntaba circunspecto mi padre. —¡No te preocupes, que están de rechupete!— Aún no me explico, ya que hablamos de mantequilla, cómo es que los españoles no han descubierto, cuando van al cine, las palomitas —los *tostones*— bien rociadas de ese áureo elixir. En cuanto a Nena, decía ella que eso de la pizza era como si en vez de comer tu comida con pan, tal y como se ha hecho de toda la vida, vas y le vuelcas la comida encima. Viendo ella que casi la entendían en el habla, y harta ya de pasta a todo pasto, llamó al camarero y dijo —*Per favore, io voglio* (o "quiero", o "quero") *comida, "COMIDA"*.

—*Ma non capisco; questo è "comida", buona "comida"* —le respondían. ¿Y qué leches comerían los italianos antes de que Colón trajera el tomate y Marco Polo los fideos? Berzas, supongo, y nabos. Igual que los españoles.

No sé si algún minestrone le llegó a satisfacer, con tanto orégano, albahaca y queso rallado. No le gustaron los quesos:

—¡A las comidas no se les pone queso! ¡A quién se le ocurre! De postre pase, pero ¿dentro de una sopa de fideos? Están chalaos.

Los embutidos italianos tampoco la terminaron de convencer, después de su primer y

emocionado primer contacto con esos *salami*, *pepperoni*, *bologna*, *pastrami* y *prosciutto*. De todas formas no formaban parte de los típicos menús de los restaurantes, como no fuera encima de la humeante pizza, y así ya no era lo mismo. Nosotros nunca comíamos “a lo bocata”, no señor: sentaditos a una buena mesa, como mandan los cánones para cualquier familia que se precie.

De habichuelas, lentejas o garbanzos, que es lo que María entendía por comida, nada. Sólo pasta. Lo más cercano a lo español eran los macarrones, aunque por desgracia éstos eran demasiado auténticos.

Hace poco declaró la Mami que nos habíamos tirado 3 años en la India. Cá, Mami, cá. Bueno... dos hala. Pero ahora que lo pienso, no me extrañaría que para su psique sumaran realmente 3 años. ¡Qué de traumas, Dios mío, por esos mundos!

Cuando llegamos a Roma, donde paramos más de un mes, Olin Griffin tuvo necesidad de comprar unos zapatos. Desconozco si los que tenía, que serían indios, se le cayeron a pedazos, o que se le colaría uno por una catacumba, o qué, pero ahí está el hecho. ¡Y qué precios, Ángeles María Jesús y José! Adquirió los únicos que consideró dignos de pagar un buen fajo de billetes por ellos, *duecento mille lire* o algo así, pues cualquier pirulí te andaba por los miles, y claro, los zapatos le salieron rana. Ofendido en lo más íntimo por la jeta de los italianos al pretender cobrar precios tan desorbitados por un miserable par de zapatos, resolvió andar descalzo, para supremo desconsuelo de María, hasta que no pisáramos territorio español. El turista descalzo. Qué miradas, y qué gracia, nuestro padre. Nena siempre con que al hombre “se le ha metido” esto o aquello, y “Ay, Dios mío, a mí se me cae la cara de vergüenza”.

—Pero cariño, descalzo... ¡en *un* Roma!

—Es bueno para los pies.

A lo mejor O. G. había aprendido algo en la India después de todo.

El Coliseo no os lo perdáis, ni el Vaticano. Incluso si vuestro destino de viaje es

Florencia como con frecuencia ocurre. Roma hay que visitarla. Palabra de honor, y cuanto más joven seas cuando vayas, mejor. Ningún documental, ninguna cosa contada, puede reproducir los sentimientos ante tal grandeza, tal magnitud.

El padre se compró un Alfa Romeo blanco de cuarta o quinta mano, si bien le dijeron que era de segunda. Aún conservaba su viejo carné de conducir de Minnesota hecho trizas, una auténtica estampa. Espero que le vendieran el coche a buen precio a ese cliente descalzo. *Povero uomo*.

En Roma Percy y yo descubrimos una excitante fuente de diversión en un salón de máquinas de jugar. Esto era mucho antes de la implantación de las máquinas tragaperras en España: ¿Os podéis imaginar una España sin ellas… a que no? Lo que acaparó nuestra atención fue una máquina que a veces, nunca supe ni por qué ni cuándo —en vano trató Percy de explicármelo— devolvía premios en metálico. Yo aún estoy convencido de que era más emocionante no tener la más remota idea del motivo de que cayeran las monedas. A pesar de que al final la máquina nos desplumaba, nos recordaba a aquellos días en los cerros de Almería cuando jugábamos a los montones con los amiguitos y los gitanos, o cuando jugábamos al póquer en familia, fascinante juego cuyas reglas aprendimos muy temprano en la vida, como si en ello nos fuera la existencia misma.

Una semana en Florencia y vimos TODO, insisto: TODO lo que había que ver, y que no era poco… ¡Ufff! Si volviera, dudo mucho que lo pudiera hacer de nuevo. Una cosa estaba garantizada en cada museo que ibas: bustos, bustos, bustos… después de Roma y de Nápoles ya empezabas a desvariar. Incluso si algunos no eran del tiempo de los romanos, sino renacentistas. Y también había estatuas de cuerpo entero: el David de Miguel Ángel, el Perseo de Cellini… El Niño de la Espina, romano, no recuerdo si estaba allí o en Roma, pero donde sí está grabado y de por vida es en mi mente.

Pisa y subida a la torre inclinada. Dicen que ahora tienen que buscarse algo mejor que balates para sostenerla. Entonces no lo sostenían ni balates ni nada. La plaza entera ofrecía

aires de tiempos lejanos y más hermosos que los actuales, renacimiento y gótico, pero sobre todo románico, todo perfectamente en su sitio, claridad impecable, y mis ojos doceañeros empapándolo todo. Nuestro padre, como he dicho, era un turista de toma y daca para las cosas de la cultura. No sé por quién lo hacía, por él mismo o por educación de los otros tres miembros de la viajera familia Waldenstone. Un americano en Italia, supongo, a lo Chevy Chase. Yo no habría podido hacerlo, hasta ese extremo, por nada ni por nadie.

El auto nos facilitaba el movimiento libre para descubrir tesoros pueblerinos medievales que raramente aparecen en las guías turísticas corrientes, al menos en las baratas. Italia hay que verla con locomoción propia, y evitar a toda costa la *autostrada*, y si llevan billete de retorno con fecha fija han echado a perder la mitad del viaje. ¡No: las tres cuartas partes!

Venecia y dejar el coche en tierra firme y olvidarse de él. Venecia es todo lo que se dice de ella y más. Claro que no era yo el que pagaba. María en la gloria, ¡oh, Venecia! ¡Qué romántico! *Piazza di San Marco*, góndolas y barcobús y puentes antiguos sobre las acuáticas calles, todo había que verlo y hacerlo, pues las experiencias tienen tendencia a no repetirse. No te compres una planta baja a menos que seas un cangrejo. No son los polos ni los humanos los culpables de esto, me dicen, o mínimamente; es que Italia, como España, se está volcando poco a poco hacia el levante. Génova y Lisboa incluso le ganan terreno al mar. Eso dicen, que estamos todos volcados, y encima, a la deriva.

Milán, nada. Génova, poco y fea, una zona malísima a la entrada, de humo de fábricas. ¿Conocen Bilbao? Pues ya se harán a la idea. Si he ofendido alguna sensibilidad, rectifico: el Bilbao de los años sesenta. Si Colón lo hubiese sabido seguro que se quedaba en casa para evitar que se la echaran a perder.

La *Côte d'Azur* la atravesamos zumbando. Me extraña, mirando atrás, que no se detuviera el padre en Mónaco a probar suerte en el casino. Los porcentajes están un poco más a favor del cliente en Europa que en EE.UU. Por ejemplo las ruletas allá tienen el "0" y el "00" y aquí sólo el "0", pagándose 36 a 1 al ganador de número en ambos sitios. El caso

es que le encantaba apostar, y al menos tres veces fuimos a Lisboa, donde él se convertía en cliente asiduo del casino de Estoril. Pero en esta ocasión, o teníamos todos prisa por pisar territorio español, o a lo mejor no le dejaron entrar descalzo. ¡Ah, ya: Tieso! Seguro que íbamos tiesos de dinero y le esperaba el cheque del banquero en Almería. Entre fronteras seguro que se pondría los dolorosos zapatos mal comprados, si no los había tirado ya del disgusto. Aunque no creo. O. G. nunca tiraba nada. De todas formas todo estaba demasiado caro, y abundantes ocasiones habría de visitar Francia en el futuro. Finalmente, que en Mónaco no había más que chusma y esnobismo, en su opinión.

Lo curioso de la entrada en España es que fue por Andorra, principado que acaso Olin tenía ganas de visitar. O tal vez pensó que por la costa corría más riesgo de tener que pagar un impuesto de importación por el vetusto Alfa Romeo, o por el marfil en forma de estatuillas indias que llevábamos. Exclamó el Guardia Civil de fronteras español:

—Un señor americano, sus dos niños, americanos; su esposa, española; y el coche, italiano. ¡¿Coño, esto qué es?!

Estábamos en casa, sí señor. Aunque aún nos quedaba tocar fondo.

Aldeas pirenaicas catalanas en piedra granítica, Caldas de tal y de cual, la Seo d’Urgel, iglesias románicas. El Pantocrátor y toda la pesca. Vírgenes paleogóticas, capiteles con figuras humanas esculpidas de la roca.

Barcelona. Del maletero del coche nos robaron algunos de los más preciosos recuerdos de la India, figuras magníficas en marfil, como ya apunté, incluido un sátiro y gordiflón buda, con base de ébano. Dejamos esta ciudad literalmente pitando y echando malos humos. Ahora que lo pienso, a partir de esa época mi padre hacía todo lo humanamente posible en nuestros viajes por evitar Barcelona. A lo mejor es que nunca tuvimos un coche del que pudiera fiarse totalmente, pero yo creo que le tomó tirria.

Una tirria que yo en absoluto comparto. Fui estudiante ahí, en la Universidad Central, durante los últimos días de Franco. Una pasada. Llena de un colorido local en que resaltaban

en especial *los grises*. Por eso, y porque fue la primera ciudad española en abrirme los brazos, yo la quiero mucho.

Tarragona, Valencia, fún, fún, fún... ¡Almería!

TERCERA PARTE:

El embrollo

Capítulo 9. Almería 3: Escaqueos y escarceos

[TEXTOS IX]

Tenemos una recolección vaga, más bien dudosa, de haber oído de niño a algún ministro de la fe exponiendo el principio de que la vida aquí abajo siempre ha de conllevar más sufrimientos y lágrimas que disfrute. Más adelante sí que estudiamos por encima, con complacencia, los escritos de filósofos que evocaban un mensaje esencialmente parecido, echando el peso de la balanza con abundante y vigoroso entusiasmo y énfasis en aquel lado de la barricada. Pero hoy nos es imposible concebir el haber seguido tales maneras de discurrir sin que se nos escaparan las risitas. Si estábamos asintiendo con la cabeza entonces, es que debíamos de estar dando cabezadas de sueño. ¡Es una pura y descarada estupidez! [...]

Vamos a salir francamente en defensa de la vida. Tener y vivir experiencias es un privilegio al que más vale que nos vayamos acostumbrando. [...]

Haciendo ondear, revolotear, nuestro modelo de yolirio de un lado para otro, y aplicándolo ahora a los seres humanos, y aseverando que los impulsos humanos básicos tienen que derivar de estos instigadores primitivos, esencialmente inhumanos... Podemos dar un anticipo de las dos líneas principales que hemos de perseguir en este y posteriores capítulos. 1. Que los yolirios ansían y buscan experiencias cuya naturaleza no está ni predeterminada ni encasillada. Perecido a como un niño puede salir a entretenerse un sábado por la mañana, aventuras ciertamente, pero sin nada particular en mente. —Algo muy distinto a las nociones intelectuales predominantes sobre el instinto. 2. Están más inclinados a ser escurridizos y evasivos que abiertamente antisociales, y desde luego no son de una mentalidad social. La estructura de la civilización parece ser tan ajena a nuestros yolirios como lo es un gran edificio para los ratones individuales que lo habitan.

Nos saltaremos la cuestión sin sentido de si la vida vale la pena vivirla. Cambiarla por… ¿Qué se puede hacer sobre la situación? Suponemos que esta pesadilla horrible

continuará. La tradición sugiere mencionar a Schopenhauer, aquel regordete, gregario bebedor de vino con la amplia sonrisa de simplón, que recomienda el suicidio a los demás. (¡Con qué frecuencia le entra a uno ese sentimiento!). Y desde luego el Buda con su propia sonrisa del-gato-que-se-comió-el-ratón, quien mientras está de acuerdo en todo lo fundamental menos el artilugio cobarde de Schopey, encarna el evanescente optimismo de los niños.

En las culturas latinas se menciona a menudo a Quevedo como ejemplo de misoginia por escribir probablemente las más viles, más intensas diatribas nunca escritas sacando a relucir las execrables cualidades del sexo “débil” (21 páginas compactas de un solo tirón, y con los más espantosos detalles. Pero puesto en acción era un notable Don Juan, y la paradoja es muy comprensible. ¿De dónde obtenía su material y el color local? Recuerden que un autor es siempre la primera persona que ve lo que escribe.

Sospechamos que el budismo funciona para tantos asiáticos a base de substanciar la otra cara de la moneda. Fallando el artilugio del nirvana se le castiga a uno con la perpetuidad.

No disponiendo de hilos de telaraña que tejer, ni complejidades preciosistas jesuíticas, encontramos como única fuente de satisfacción el deseo. Fuertes ansias la sola riqueza. Y si estuviéramos haciendo proselitismo en favor del rezo recomendaríamos dar gracias por el hambre, y que nos venga mucha más. La comida se puede adquirir a la vuelta de la esquina y las cosechas de cerezas aumentan cada año.

¿Pero qué (preguntarán los lectores mil veces quemados) de las frustraciones y los sudorosos anhelos?

Donde nuestro geniecillo obra sus maravillas es en señalar que esas lujurias al rojo vivo de los yolirios son de hecho no-específicas. Es cierto que la única diversión posible deriva de saciarlos, pero ellos se quedan la mar de contentos y felices con casi cualquier cosa. Hacerse experto en su manejo es mejor que el dinero y el poder, el amor correspondido, o cualquier Camino Real a la fama y el nirvana. En realidad necesitan poquísimo.

* * * * *

Los amigos, las vecinas, lágrimas y alborozo. ¡Han llegado, han vuelto los americanos! ¡Y María! ¡Viva! ¡Fiesta! Tarzán que reventaba de alegría, la cola dando unos bandazos que parecía que iba a partirnos a todos las piernas. Dormir entre visitas. Salir a recorrer lugares conocidos y añorados. 1963.

Mi hermano Percy a estudiar segundo, yo primero de bachillerato, sistema antiguo, con trece años sin cumplir del todo.

Nos apuntó el padre a la desaparecida Academia San Miguel en la calle Marín, cerca de la Plaza Vieja. A pesar de estudiar años diferentes nos enseñaban a todos juntos en la misma clase, al menos la mayoría de las asignaturas. No me preguntéis cómo. Supongo que mientras el profe explicaba algo de un curso, el otro tenía tiempo de estudio. Recuerdo que fui el mejor en Francés de ambos cursos. Don Miguel el viejo, el padre del dueño y director, daba caramelitos de premio al que mejor se defendía ante las preguntas léxicas y fraseológicas que le lanzaban los demás niños. Un juego como los concursos de la tele. Si aciertas, el caramelo es tuyo, si fallas, para el que te ha hecho la pregunta. No sé si fueron los caramelos, o el miedo a perder terreno y hacer el ridículo, pero el caso es que una vez a la cabeza ya tenía que seguir esforzándome para no quedar atrás. Así es como funcionan las cosas. Matrícula de Honor por libre. Casi mi único 10. Mi hermano era un fuera-serie en Matemáticas, y antes de meterse a asiduo consumidor de vino blanco del barato tuvo una larga época de brillante empollón en todas las áreas de ciencias. Era un “natural”.

Yo por el contrario tenía la cabeza muy dura, y si aprobaba era porque tenía que hacerlo. ¡Qué horror si suspendía! Mi padre siempre sus teorías, siempre sus “métodos”: Lo teníamos bien claro que éramos libres de elegir, que no nos iba a forzar a nada (no, qué va). Si queríamos ser burros cazurros y semi-humanos, “Moviceños” o peor, hasta el resto de

nuestros días, allá nosotros; pero si queríamos llegar a algún sitio en este mundo, nuestro puesto en aquella etapa de la vida era ser estudiantes y de los buenos, echándole pelotas, que los malos pueden colarse por las rendijas y caer muy, muy bajo, como por las alcantarillas que nos estaban instalando.

Su truco o "método" funcionó, pues yo tenía un miedo atroz a ser una mierda de persona, amén de incurrir en sus cabreos. También estaba la cuestión de que, si se aprobaba todo en junio, el verano se nos prometía espléndido, pero si no, a apechugar y pasarlas canutas. Así que decidimos no suspender nunca ninguna asignatura.

Éramos los americanillos y por lo tanto diferentes, en cierto sentido especiales. No bastaba con mantenerse a flote. Había que demostrar temple y cerebro. Os daré un dato muy importante: Que al haber tenido que esperar a aprender el castellano y debido también a nuestro viaje a la India, le llevábamos una ventaja —que los ignorantes llamarían erradamente *retraso*— de un par de años a los compañeros, con una visión de la vida más desarrollada, y más "kilómetros" a nuestras espaldas, y eso siempre ayuda. Mi padre siempre insistió en que los Waldenstone éramos por familia unos privilegiados mentales. Asimismo—esto iría en consonancia con su teoría del *yolirio*— especulaba que el germen, embrión y feto *USA* viene gestándose con la armadura y demás pertrechos que va a requerir para enfrentarse a un mundo mucho más bravío, feroz, competidor del que tendría que hacerlo el español de Andalucía. Para mí esto era una soberana tontería, aunque hubiese querido creérmelo, y además un insulto para los referidos andaluces. En cuanto a los genes, tampoco me lo creo. Lo que cuenta es la actitud y ciertos principios y hábitos de vida adquiridos. Las influencias, los genes… apenas. Y como dije arriba, yo en particular era durillo de mollera. Allí queda demostrado todo.

Algunos profesores sentían un no-sé-qué especial de tener un americanillo en clase en la Almería de principios de los sesenta. De hecho, en todos mis años de bachillerato, tanto elemental como superior, no hubo ningún otro guiri, ningún otro extranjero de ningún tipo,

estudiando en el Instituto, aparte de nosotros dos. Un profesor de lengua que tuve sentía curiosidad por saber si yo pensaba en inglés o en español, a lo que contesté que creía que más bien pensaba en las imágenes o representaciones mentales de las cosas.

—Bueno, si tú piensas en un botijo, ¿en qué idioma lo pones?

—Pues imagino un botijo —la verdad es que no tenía ni puñetera idea de cómo se diría *botijo* en inglés... ¡Vaya ejemplo que me puso!

Tempranamente comencé a enseñar inglés (y a veces francés), a los hijos de los profesores del Instituto, pues para el siguiente año ya entramos a cursar estudios oficiales en el Instituto de Enseñanza Media Masculina Nicolás Salmerón de Almería, que al principio estaba al lado de la Rambla, y después, justo al lado de donde habíamos vivido en la Ciudad Jardín. El primer sitio, un gran bloque estilo convento, pasaba, con nuestro traslado a la calle Chile, a las chicas.

Al acabar el bachillerato elemental y comenzar el superior, viendo lo pésimamente que se me daban los algoritmos y las fórmulas, me enrolé con ese quince por ciento de la minoría selecta (instituto masculino, claro) de bichos raros que tiraban por letras. Tres aulas grandotas de alumnos de ciencias, y una chiquitina, de quince chavales, para letras. Adiós a las mates y a la física y química y si te vi no me acuerdo. Latín y griego. El latín más “mates” que las mates y el griego más química que la química. Eso dicen. En una trágica ocasión yo me hundía angustiado por los verbos polirrizos, y vino mi padre, sin saber siquiera el alfabeto griego, y me dio una charla de tal envergadura que me sacó del apuro. Según me lo pintó estaba “chupao”.

Percy naturalmente tiró por ciencias, unas señoras notazas en todo menos en educación física y porque el profe, que era un hueso, nunca le vio la cara. Tampoco se la vieron en Religión y Formación del Espíritu Nacional (F.E.N) pero éstos, muy éticos, siempre te ponían notas conmensurables con las de las asignaturas serias, aunque fueras ateo o de izquierdas.

Ha llegado a mis oídos que la Rambla ha cambiado radicalmente, ¡que la han cubierto! En aquellos rudos días la Rambla era eso: un cauce seco o lecho pedregoso de río que llevaba las trombas de agua al mar en esas raras ocasiones —y las hubo, vaya que las hubo— en que a la naturaleza le daba por ahí. A los chiquillos nos encantaba bajarnos por el muro a hacer toda clase de travesuras allá abajo entre las piedras y los matojos de "chochitos", que llamábamos así porque tenían unos capullitos verdes redondos, como una hogaza de pan en miniatura, protegidos por pequeños pétalos verdes, y te los comías para pasar el rato, como si fueran pipas. Una vez abajo a lo mejor compartíamos un cigarro; "cigarrillo" sonaba la mar de cursi, y "pitillo" peor aún; siempre decíamos "cigarro", igual que decíamos "peo". Cuando me enteré de que la palabra correcta era *pedo*, no me lo podía creer. ¡Oh, ha dicho pe-do! Bueno, pues como decía, o nos fumábamos un cigarro, o nos echábamos una cagaleta debajo del puente, que buenas hojas de morera había para limpiarse el culo, y cuando no, ahí estaban nuestras libretas. También buscábamos alacranes y tarántulas, amén de las ubicuas lagartijas, para hacerlas rabiar o para meter en una caja de mixtos (cerillas) y llevárnoslas a casa. Todo eso. Y claro, cuando hacíamos zonga era el lugar ideal para evitar que los mayores se metieran con nosotros preguntando que por qué leches no estábamos en el escuela a esas horas, y que apagáramos ese cigarro, coño. Sin duda la cosa más vil y reprobable que hacíamos era encaramarnos a los barrotes del puente de hierro y mirar para arriba por alguno de los estratégicos agujeros que había por el carril donde pasaban los peatones, en espera —harto pacienzuda— de poder verle las bragas a las jovencitas por debajo de sus faldas de colegiala. Se ponía alguno donde pudiera ver a la gente que venía y decía: ¡Ahí viene una! Y si daba la casualidad que estaba en plan guasón nos avisaba cuando venían las señoras viejas nada más. Luego nos confesaba la burla y nos dejaba corridos. En la primavera, en fin, venía la época de las moras, y la Rambla gozaba de una doble hilera de espléndidas moreras a todo lo largo de su andadura, una a cada lado, y nos poníamos todos morados y más que morados de ricas moras almerienses, y es que de ahí

y no de otro lugar debió derivar la famosa expresión.

Cosa rara es la mente. Volviendo a las teorías paternas sobre mentes preclaras, y su harto dudosa validez, ya fuera que naciera yo genéticamente bien dotado, ya fuera que disfrutaba de la ventaja de llevarle un par de años a mis coleguillas, o por haber adoptado una atrevida y optimista postura mental, el caso es que con los años llegué a convencerme de la eficacia de mi cerebro para los exámenes, y conseguía empollar en dos días lo que normalmente requiere un ratito diario de dedicación y estudio a todo lo largo del año, lo cual eventualmente me llevó a no importarme hacer novillos a mansalva. Ya mencioné mis primeras incursiones por las desérticas lascas y peñascosos barrancos y quebradas de la zona del Quemadero, tirando hacia la Fuentecica, o por la Hoya (pronúnciese “Joya”), entre los dos castillos, los libros a cuestas. Pues ahora tenía yo la Rambla, pero no sólo por la zona del Instituto. La Rambla era por esencia, como quien dice, infinita. Podías descender hasta la playa de las Almadravillas en su primer trecho, antes del muelle inglés y pegando a las piedras del morro o muelle, playa donde no iban más que los gitanos, según era fama, porque había un inmundo desagüe allí, medio escondidillo. Otro enclave muy curioso, pero sólo en el sentido oficial de la palabra, y que desde luego las autoridades sanitarias tan en boga hoy día reprobarían de todas todas, era pasado el Zapillo, en la Térmica. Para eso, como comprenderéis, tenía que darse uno toda la mañana libre, incluidas las clases presuntamente entretenidas, si es que tal cosa existía. Lo que tenía esta playa de especial es que existía allí un gran túnel por el que salía agua caliente de enfriar las calderas de la fábrica de electricidad, o Central Térmica, por lo que podías ir incluso en el invierno a darte una buena zambullida. Además, como el agua salía con mucha fuerza, resultaba divertido —un reto— batallar contra el chorro a base de subir a contracorriente, tratando de asirte a las resbaladizas paredes de la entrada del túnel, donde, debido al estrechamiento, más fuerza traía el agua, y cuando finalmente conseguías alcanzar tu meta te agarrabas a los barrotes que habían puesto ahí contra gamberros como nosotros. Después de un rato de tontear y

hacer poses y acrobacias, los pies trincando los hierros, te soltabas y te dejabas llevar por la corriente al mar abierto, hasta que el helor te invadía el cuerpo y te hacía parar la marcha con los pies en las piedras del fondo, con miedo de pisar un rascacio de espinas venenosas de los que pululaban por ahí atraídos por lo mismo que te llevó a ti y a muchos otros chiquillos al paraje.

Menos abundantes, pero con todo una estampa típica, una nota de mansa seriedad, eran las señoras gordas que acudían a aquellas “aguas termales” a remojar sus huesos.

Pero resultaba mucho más emocionante subir por la Rambla todo para arriba. Pasabas las primeras casas de Los Molinos, que quedaban a la derecha; dejabas atrás la carretera de Granada, y pronto te encontrabas en medio de una naturaleza más auténtica, más virgen, con higueras silvestres, de las que te podías comer sus higos si era la época, así como allozas o almendras verdes, pero sin tragarte muchas que el dolor de barriga que te da es de aúpa. En estas cosas hay que andarse con tiento. Un crío de las escalerillas de mi calle se dio un atracón de chumbos tan descomunal que la madre tuvo que ayudarle a desalojar con un alambre.

Subiendo un poco más te veías delante de un enorme boquete de cueva, tapiada de ladrillos, que llamaban el polvorín y que estaba allí de los tiempos de la guerra, y entonces lo que hacías era subir por el costado de la derecha por un caminillo hasta la punta de arriba, donde había un peligrosísimo agujero que si te descuidabas te caías y te matabas en el fondo de ese oscuro polvorín, y ojo, que no tenía señalización ni nada; total, que si querías piedras para tirarlas dentro tenías que habértelas traído contigo, porque alrededor del orificio ya no quedaba ninguna, y tirar las libretas o los libros del cole allá no era cuestión por muchas tentaciones que te entraran. Eso sí, si te tumbabas con mucho tiento cerca del borde, podías echar dentro las hojas del cuaderno tras prenderles fuego y así veías el interior, el cual estaba vacío, excepto por las piedras de los chiquillos, y menos mal.

Luego el camino descendía en dirección a una densa arboleda en una hondonada a la que

al final decidías no bajar porque ahí no había nada interesante, sólo árboles, y lo dejabas atrás, porque ahora empezaba lo más chulo, que eran los túneles, en realidad acequias o acueductos para el riego, y tenías que tener una caja entera de mixtos o mejor una vela para atravesarlos de cabo a rabo con sus muchas vueltas y revueltas en total oscuridad, y sin tocar las paredes, que estaban infestadas de arañas patas largas, pero no porque fueran venenosas, sino que daba cosa, un asco que no veas, ahí todas moviéndose al acercarles tu tenue luz, y además, cuando las despachurrabas o las quemabas echaban una peste atroz de un químico que producían. Repelente, vamos. También había entre aquellos túneles balsas con ranas y renacuajos y todo aquello era sencillamente fantástico. Desde luego, a la asignatura de lengua le daba veinte mil vueltas y sin hipérbole, y si es a las mates o al latín, no te digo nada.

No muy lejos del polvorín aquel había una cueva secreta de las de verdad, con estalactitas y estalagmitas y una infinidad de recónditos pasadizos llenos de misterio, que quién sabe, acaso pudieran conducir a alguna salida por otra parte distinta de la montaña que tú no conocías, y a lo mejor podías hallar algún tesoro escondido del tiempo de los moros. En la cueva había un lago subterráneo, y extensos bancos de una arcilla roja finísima. Una vez me llevé, ya que un tesoro nunca pude encontrar, una bolsa grande llena de esta arcilla, para moldear esculturas.

Mi primera figurilla aspiraba a ser un cruce entre el Capitán Trueno y El Jabato, pero se parecía más a La Masa con escarlatina. La puse a endurecer bajo el ardiente sol almeriense de mi terrado, pero al ir, impaciente, a cogerla, primero se me rompió un brazo, y en seguida se me partió por la cintura. Ni siquiera con pegamento Imedio y un par de horas de horno, en la cocina, encontraba apaño aquello. Y ahí acabó mi breve carrera de escultor.

A finales de abril o principios de mayo ya salía yo algunos días de casa preparado para la playa, habiendo ocultado un bañador debajo de los calzoncillos. Para entonces los derroteros de ambos hermanos ya se habían bifurcado. Él tiraba más a la playa, y yo al

monte, como la cabra. Más adelante, cuando yo comencé a inclinarme algo más por la playa y el paisanaje que ofrecía, a él le dio por frecuentar las tascas.

A mi padre no parecían importarle demasiado nuestras escapadas, por mucho que la acertadamente sospechosa Nena le advertía acerca de nuestras malas proclividades. Con tal que aprobáramos... Estas prácticas, con todo, mal haría yo en recomendarlas, por mucha mundología y amor a la naturaleza y a lo salvaje que infundieran en mi alma. Me había convertido en un golfo consumado, y punto, y en vez de sacar notas excelentes obtenía largas ristras de aprobados mondos y lirondos, quedando lagunas en mi cocorota más grandes que ninguna que jamás hallara en mis clandestinas exploraciones espeleológicas. Eso sí, que desde esta lontananza resulta mucho más ameno y gratificante relatar todas estas perrerías que hice y que viví a lo largo y ancho de la periferia geográfica de Almería, que no las ñoñerías y babosadas que pudieran ocurrir en el entorno escolar, aunque ahí tampoco fui un santo.

A consecuencia de las faltas de asistencia, y andando siempre más que medianamente agotada la cantera de excusas que pudieran gozar de un mínimo grado de credibilidad, determiné que lo mejor para congraciarme con los profes era asistir a las clases con un cierto toque de elegancia, al menos tras las ausencias más palmarias o palmatorias. Y así adopté mi *new look*, que consistía en asomar a las clases con chaqueta y corbata. Mi padre tenía una festiva colección de corbatas americanas, pletórica de vívidos diseños y combinaciones de colores, de las que recuerdo una en especial, que mostraba un fastuoso pavo real en todo su esplendor. ¡Qué pavo! Aunque más pavo era el portador, claro. Por esos días en España se estilaba una tirilla de nada de corbata, con nudo simple, que para mí era una ridiculez. Las mías —mi padre ya no se las ponía para nada— eran anchas y distendidas, y mi progenitor me había enseñado a hacer el nudo doble o *Wellington*, simétrico. El mismo profe que me preguntó lo del botijo me confesó, andando los años, que si siempre me había llamado a su presencia, al frente de la clase, a dar cumplida justificación de mis ausencias, era más por

ver de cerca aquellas corbatas que para oír qué excusa me sacaba de la manga, aunque admitió que tampoco eran moco de pavo las trolas que yo me inventaba.

Pero ahora prefiero alejarme de los trabajosos estudios, para acercaros a un mundo más real e inmediato: El de los juegos.

En Almería se estilaba una actividad lúdico-alimentaria que estoy seguro de que ha desparecido por completo. Podría ser el ejercicio ideal para entrenar tanto a boinas verdes como a chorizos rematados. Dudo que La Ciudad Jardín disfrutara de este deporte o arte, ni tan siquiera por aquellos años remotos que llamamos de la *pera*. Nosotros afortunadamente habíamos venido a dar en el corazón de lo almeriense, habitábamos, como quien dice, *in medio imo*. Se ponía un vendedor con una gran pila de cañas de azúcar en una esquina. En nuestro caso se colocaba en el punta de arriba de la calle Antonio Vico, al pie de la inmensa mole del torreón de la muralla árabe. Por el lado izquierdo de su improvisado puesto arrancaba la cuesta pedregosa que subía al Cerro de San Cristóbal. Los compradores, muchachos jóvenes —si había chicas no participaban más que para comer— le compraban un manojo de seis u ocho cañas, procurando que no fueran muy torcidas. Comenzaba la competición. Los mozos, por turnos, tenían que agarrar un gran machete con una mano mientras con la otra asían una de las cañas, el lado delgado para abajo, y agachándose, soltaban la caña al aire a la vez que jalaban para arriba del machete, con la idea de que el filo entrara por la punta de la caña y fuera subiendo y rajando la mayor extensión de caña posible. Allí donde el tajo terminaba se recortaba en redondo, y a seguir. Tras uno de esos cortes tenías una entrada gordota para el machete y si no conseguías rajar eso es que eras más tonto que cagar patas arriba. Hasta yo me atrevía a probar. Claro que esa punta gruesa era puro tallo seco, igual que pasa con los espárragos. Quien conseguía cortar una caña entera de punta a punta ya se libraba de pagar. El perdedor, el que tenía que apalancar todo el dinero, era aquél que, medidos en el suelo todos los trozos de cada competidor, menos palmos tenía. No de narices, sino de caña de azúcar. Después nos íbamos mascando y

chorreando ese jugo pegajoso y haciéndonos polvo los dientes y los labios a base de dar tirones de la corteza para llegar al meollo. Y venga escupir los jirones de la ragua masticada por las calles. Los que tenían fama de rajar como nadie eran los gitanos, palabra. Preguntadle a cualquiera. La amenaza favorita de un gitano amigo mío era: —¡Primero te rajo de abajo arriba y luego me cago en tus muertos! —Poesía pura.

En el fondo no era más que un juego, pero un juego donde entraba la habilidad, el valor y la recompensa pecuniaria. Y encima se comía.

Otro juego, y éste sí que lo aprendí directamente de los gitanos, se jugaba con una navaja y una penca fresca de la chumbera, tras limpiarla de pinchos, lo cual se hacía restregándola con tierra arenosa. Aquí se demostraba la pericia del jugador con aquella pieza tan castiza que nunca puede faltar en el ajuar gitanesco, a base de voltearla de mil maneras sobre la penca y conseguir que aterrizara —o *apencara*— siempre de punta, clavándose. El proceso consistía en ir avanzando por pasos preestablecidos, cada lanzada de la navaja siendo un poco más difícil que la anterior. Algo así como el patinaje artístico o el salto de trampolín, supongo. Una voltereta, doble salto mortal, triple, con la palma de la mano, el dorso, dos dedos separados (el índice y el meñique), dos dedos juntos, un dedo, un dedo del revés, desde el codo, con la punta de la navaja en la boca, con el culo en la boca —con perdón—, desde la cima de la cabeza… Creo que ha quedado claro. Ah, el que perdía tenía que comerse, bocado a bocado, la hoja de la penca entera. En realidad no era propiamente *comérsela*, sólo tenías que dar bocados y luego escupir los trozos hasta que no quedara penca alguna, pero ¡qué asco, tan baboso y tan rastrero! ¡Uagg! Y siempre le ha quedado alguna que otra espina, reservada para tus labios o tu lengua. A mí nunca me llegó a convencer este deporte navajero, del que nunca tuve excesivas esperanzas de salir vencedor, y por lo tanto no lo voy a recomendar.

Estos juegos que siguen a continuación son más asequibles a todos los gustos. O a bastantes.

Los huesos de albaricoque (¡pedid que os los guarden!): Se dibuja un círculo en el suelo. Todos a la misma distancia vais tirando los huesos dentro. Si consigues darle a uno de los huesos que están dentro y echarlo fuera del círculo, junto con el que tú has tirado, te llevas todos los huesos y la apuesta. Sencillo ¿no?, pues probad y veréis cómo no es tan fácil. Pero hay más. Coges el hueso de albaricoque y te pones a raspar y raspar en el mismo punto en una de sus caras la tira de tiempo, una hora por lo menos, y, soplando en el agujero que se te ha formado, tienes un sonoro pito. Si es la primera vez que lo haces, asegúrate de tener tiritas para los nudillos superiores de los dedos.

Luego están las chapas. Buscas una chapa de botella que no esté muy abollada y la alisas a golpes, cuidando de no rayarla, que entonces parece vieja y nadie la quiere. Primero le quitas el trocico tonto de corcho que lleva dentro y le pones un dibujo bonico de colores o una foto (sí, eso: una “afoto”) o algo así, a lo mejor la cara de un futbolista recortado de los cromos, y si es un as favorito no veas. Kubala. Di Stéfano. Ahora viene lo bueno. Coges un cacho cristal más o menos del tamaño de la chapa. Con unos alicates, si tienes, si no, con algún rinconcillo o doble filo de las rejas de una ventana, o alguna rendija de un coche, cualquier cosa que sea de metal y que sirva, vas reduciendo el cristal a pellizcos, hasta que quede redondo y encaje dentro de la chapa. A lo mejor te hace falta una tirita sanitaria aquí también, pero a lo mejor no. Cubres con él tu dibujo. Luego lo taponas con cera de una vela y con el dedo vas dando vueltas y vueltas hasta que la cera se va perdiendo y al final sólo queda lo suficiente para tapar los bordes del cristal, para que ésta no se salga, y también le das con la cera al culo de la chapa, que reluzca y pueda resbalar. ¿Ves qué virguería? Ahora el juego. Ante todo no dejes que te tomen el pelo: mira que los otros tengan una chapa al menos tan chula como la tuya, que si no, vaya leche. Dibujáis una carretera como la de los Scaletric, pero con más curvas y rodeos y trampas, y ponéis las chapas en la Salida. Con los dedos, igual que hace tu padre para deshacerse de un moco, o sea con el gordo y el del medio, le vas dando viajes a tu chapa, achuchándola “palante”. En las rectas le das fuerte,

claro, pero que no “te se" salga del carril. Si te sales o te echa fuera del trayecto otro jugador, tienes que volver a la Salida, como en el juego de La Oca. Gana las chapas el que llegue primero a la meta, y no vale cambiar la chapa con la que has jugado por otra más fea.

Cualquiera de los juegos descritos puede proporcionar horas y más horas de entretenimiento, y, a excepción del de la caña de azúcar o “paladú”, o que decidas apostar dinero y pierdas, sin gasto alguno.

Mi padre también se sacó un juego entretenidísimo, que nos ponía a Percy, a mí, y a nuestros amiguillos. Nos repartíamos en dos equipos de tres o cuatro chavales. En una ocasión hasta llegamos a formar tres equipos. Redactaba sendas listas de diez o doce objetos raros, difíciles de encontrar. El equipo que primero reuniera todos los objetos de su lista ganaba el premio, que a lo mejor eran cinco o diez duros, a repartir. ¿Que qué cosas? Pues una chapa de cerveza alemana (rarísima en la época), una piedra azul (le trajimos un trozo de vidrio redondeado de la playa, que quedó descalificado de un revelador martillazo), un calendario fechado diez años atrás, una inmaculada pluma blanca (mínimo: veinte cm.), una manoplas (¡en Almería!), una llanta de camión (¡qué pesadez, tener que arrastrar ese bicho por toda la ciudad!)… chuminadas así.

Este juego derivó en un pequeño puesto ante nuestra puerta en el que, junto a vasos de limonada (polvitos *El Tigre* y un limón exprimido para disimular, y azúcar) a dos reales, vendíamos unos rollitos de papel que al desliarlos te revelaban el premio que habías ganado, chucherías que iban desde cromos, un soltadito de plástico verde o unas canicas (“petos”), a caramelos, barquillos (galletas cilíndricas huecas), pipas, o chicle *Bazooka*, además de otras sorpresas más emocionantes y enjundiosas, que servían de reclamo. Si te tocaba un premio de los “buenecillos”, pero de niña, tales como una muñeca, y tú eras niño, te lo cambiábamos por una bolsa de cristalinas, canicas más chanchis que los petos, porque estaban hechos de cristal con unos como gusanicos de colores en el centro, igual que los de

hoy, y no los petos, que eran de puro barro cocido y muy feos, si bien es verdad que también los había de mármol; o a lo mejor preferías un buen trompo, guita incluida.

—¡Ánimo y a jugar, siempre toca, si no un pito, una pelota!

Nuestro puesto no tuvo nunca trazas de prosperar, y es que las ganancias nunca superaron al desembolso inicial, ni por asomo. Claro que ese capital inicial lo ponía mi padre. Todos a gusto y hartos de limonada. Y juguetes.

Saciados, si no hartos, también acabaron todos nuestros amiguillos de los bizcochos que preparábamos Percy y yo en el horno de la cocina, a la que teníamos, desde chicos, pleno acceso. Substituyes el carbón, azufre, y nitrato sódico usados en la confección de la pólvora por harina, azúcar y leche, más un pellizco de bicarbonato y sal, y algún ingrediente opcional y siempre diverso, como vainilla, ralladuras de corteza de limón, canela, trazos de melocotón o manzana, o si quieres, “ajuntas” todos estos ingredientes en un revoltijo explosivo —ah, sí, y un par de huevos hay que echarle también... y mantequilla a mansalva… —, horneas tu mejunje 30 ó 40 minutos, y a hincar el diente. ¡Qué sencillo resulta preparar la pólvora, comparado con los pasteles!

Durante mis primeros pinillos confiteros me vino mi padre a lanzar uno de los ominosos exabruptos con que lo recordaré siempre. Se hallaban conmigo en la cocina mi hermano y un par de nuestros coleguillas, que debían estar jugando con Tarzán, o qué sé yo. Al parecer yo había trastocado —torpe de mí— el orden en que debía añadir los ingredientes. Viéndome mi padre, que entraba, curioso, a ver qué diabluras podíamos estar haciendo en esa apartada orilla, tan impropio de chavales, exclamó:

—¡¡¡Kirk!!! —todo el mundo se quedó de piedra, expectante. ¡Qué funesto momento! ¿Qué nos dirá? ¿Qué nos hará? Mis amigos, atrapados en el patiecillo, mal podían esperar escapar corriendo de ahí, si no es trepando el muro hacia la terracilla de la cocina. Y es que siempre le tuvieron miedo. Los segundos se alargaban. Él, viendo el efecto electrizador que su voz había causado, miraba como un mago a uno y a otro chiquillo de la concurrencia.

Clavando finalmente los ojos en mí, sentenció:

—… … … ¡Tendrás GRUMOS! —¡Tremendo ejemplo de cacofonía en vivo!

En el siguiente capítulo veremos qué hacía mi padre el americano para llenar los ratos libres, que eran todos.

Capítulo 10. Almería 4: El americano va de pesca

[TEXTOS X]

Podemos estar bastante seguros de que los alcohólicos escriben más libros y muchísimo mejores que todos aquellos que beben con moderación o que no beben nada combinados. Probablemente el 98% de aquellos viles tratados denunciando el líquido elemento fueron compuestos por borrachos que no tenían otro sitio adonde ir para conseguir los billetes para comprar la materia prima. Porque nosotros, los que nos dedicamos a la fabricación de botellas vacías, con todo su hondo contenido y significación, primero hemos de obtener las inanes, aburridas y carentes-de-historia botellas en algún lado, como materia prima. Los fariseos que no lo comprenden, tan crueles y despiadados, nos piden buenos dineros por la sustancia. Aunque ni la mitad de lo que vale realmente. Con todo, permitir que estos zahirientes y perversos libritos circulen puede causar una impresión y un equilibrio literario desafortunados, particularmente entre los jóvenes, lo cual espero desagraviar en parte.

[…]

El consumo de alcohol y los índices de mortandad infantil son factores inversamente proporcionales, tanto al nivel de las personas como de los países. Compruébenlo.

[…]

En el 99,076% de los casos más tempranos conocidos y estudiados (y el mínimo resto está contenido en las escrituras divinamente inspiradas) el primer surgimiento de la civilización estuvo plenamente sincronizado con el empleo local del alcohol, usualmente en bebidas del tipo de cervezas-fruta. Obviamente estos brebajes instigaron los demás. […] Parece que [el potingue] se ha echado a perder, podrido, y los nativos son muy sensibles respecto a estas cosas. Mucho veneno en su mundo. Repelente porquería realmente, aunque en realidad no sabe tan mal, podría ser consumido aún, tal vez… De pronto ZOWIE, y la civilización despega.

[…]

Claro que ningún hombre trabaja/funciona [*works*] bien sin beber (y no digamos batallar). Parece por lo menos que [los no bebedores] están siempre preocupándose por su delicada salud y su dieta, y con todo mueren temprano. […] Más central a la cuestión es el hecho de que ningún grupo humano puede nunca *mezclarse*, vivir juntamente y cooperar, trabajar en equipo, en ausencia de alcohol para lubricar la oxidada maquinaria hostil de la comunidad. Las altamente civilizadas sociedades bebedoras de hoy pueden permitirse, pueden mantener y soportar, a unos pocos aardvarks* parasíticos paleozoicos abstemios en su seno, porque los demás saben ser ecuánimes y alcanzar compromisos.

[…]

En tan sólo trece años el Volstead Act** trajo a los Estados nueve revoluciones armadas y casi destroza la economía de occidente. Y mediante los impuestos la mayoría de estos países están intentando repetir el experimento.

* Armadillos surafricanos.
** La famosa *Ley Seca*.

* * * * *

Olin Griffin tuvo tímidos conatos de pensar en la remota posibilidad de probar a ponerse a hacer algo productivo —siempre que no fuera desaforadamente desagradable— con su tiempo y restringidos dinerillos. Sin embargo estas tentaciones siempre las venció con férreo tesón. Tampoco invirtió nunca en bienes inmuebles ni en la construcción ni en nada de eso. Tan sólo jugó a la bolsa. Lo más cerca que estuvo de llegar a emprender un negocio fue a medias con un canadiense llamado Neils, quien había alquilado una casita de las nuevecitas arriba en las Lomas de San Cristóbal. La idea consistía en abrir una sala de fiestas medio puticlub que se ubicaría en los Molinos, pero el asunto no pasó de meras palabras y de visitar algún local en alquiler para tantear precios.

El único rumbo auténtico que llevaba era el su cajetilla de tabaco canario, que a la sazón se llamaba Rumbo.

Salía con sus compañeros pescadores, iba a las tascas más puramente almerienses, y a menudo se sentaba en los cafés, a tomar cerveza o Rioja. Se hizo razonablemente amigo del afamado “Luis el de los Perros”, que era también un desempleado, aunque sin dólares, personaje de fábula en Almería. No recuerdo cuántos perros seguían a su generosa barriga, pero raramente eran menos de siete.

Imaginaos la situación. Está mi padre sentado tranquilamente ante el bar La Estrella, frente a La Perla, acera izquierda, con su jarrón de cerveza de dos litros. Llega y se sientan con él dos señores a beber y pasar un rato de cachondeo a costa del americano. —*Good morning*. —Muy buenas, y tal. ¡Camarero, dos vasos vacíos! Entonces aparece Luis el de los perros, saluda efusivamente a su amigo de ultramar y ocupa el último asiento vacío mientras los perros se aprestan a recibir la consabida ración de pan, huesos y todo el surtido que decidan echarles: es la hora de su jalufa. Los caballeros se dan cuenta, demasiado tarde,

de que el cachondeo se ha vuelto contra ellos. El colmo de la ignominia: que les vea todo quisque en pleno centro de Almería, sentados en la acera en compañía de ese ser inmundo. ¿Cómo se puede caer tan bajo? Lanzando mil zalemas y excusas se levantan y se dan el piro, sin poder parar de rascarse las piernas en la zona del calcetín… con mucho disimulo, por supuesto. Una y no más, Santo Tomás.

—Luis, esos cabalieros no molestarnos nunca otro vez. Camarrero… —dominada la erre tras cinco años de sudores y de rociar litros de saliva, había que lucirla—, unas GRAAAN raciones carne de salsa, *please!*, y mucha pan. Por favfor —gira la mirada en dirección a su amigo Luis para continuar la charla—. Pulgas encantan señorritos pijos.

El Sr. Waldenstone en verdad que tenía un buen sistema contra los moscardones.

Al mediodía, poco antes del almuerzo, era la hora ideal de dejarnos caer los niños casualmente por allí y darle el consabido sablazo.

Aparte de las mesas de La Estrella, sentábase mi padre con Don Luis o a solas o con su suegro el Árabe a beber en muchos otros establecimientos con mesas al aire libre en la soleada Almería, entre las que destacaban la Casa Tebas, especialidad las tapas de gambas, jibia, mero y calamares, además de lomo, asadura y callos con garbanzos, así como casi cualquier cosa que se te pudiera ocurrir pedir; cervecería sita cerca de la Calle de las Tiendas por aquel entonces, en un recodo, aunque después la trasladaron a la calle Trajano y ya nunca fue lo mismo, aunque siguiera prosperando.

Si no estaba mi padre allí se le podía encontrar —ya no en mesas exteriores, sino dentro del bar— detrás del mismo hotel La Perla, en La Bodeguilla, o en Casa Pepe en la calle Jovellanos, última puerta de arriba y plenamente visible desde la Plaza Vieja, que tenía su cuarto aparte, recogido, donde los funcionarios del Ayuntamiento se jugaban sus rondas de chatos al dominó. Pepe, el lacónico dueño, era de aquellos simpáticos, sosegados *barmen* que tienen mucha manga y lo permiten todo, y su mujer, la que cocinaba, lo mismo, pero ella no era tan callada. Los hijos de Pepe a menudo jugaban dentro del bar y si te

descuidabas te podías llevar un pelotazo gratis. Casa Pepe era decididamente un lugar favorito del americano. Parada inexcusable. Cada chato de vino de la casa, acompañado de su tapa de patatas al alioli, boquerones en vinagre o patatas chips (con anchoa y aceitunas) te costaba tres pesetas. Esos eran los tiempos en que los españoles —y los almerienses más que nadie— chateaban por la boca y no un teclado de ordenador, aunque los dedos tampoco permanecían ociosos.

Cuatro o cinco sitios he mencionado. Podría apuntar treinta y cinco y de todos era asiduo mi padre. Sin contar con los de la pescadería y el Alquián, donde pasaba sus buenos ratos en un bar a cuyo dueño él dio en llamar Mussolini, por la generosa cabezota calva que llevaba encima de los hombros, y que estaba encantado con su nuevo y peregrino apelativo.

Además de Luis el de los Perros, tenía Almería bastantes más personajes raros por aquellos holgados tiempos, como por ejemplo “Juanico el tonto”, que te hacía el pino en el Paseo por unas pesetillas o menos; y otros que se me escapan de la memoria. Estaba por ejemplo el “Múo”, que cantaba a petición del público mediante gruñidos y refunfuños y odiaba a los niños; daba su *performance* cantarín berreando un pasodoble al que le faltaba la mayoría de las notas, pero de pronto le daba por correr a atrapar a algún mequetrefe de crío (qué susto) y se perdía el óbolo. Lo cual me lleva de vuelta a Juanico el Tonto… ¿Por qué queríamos que hiciera precisamente el pino? Obviamente, para que se le cayeran y desparramaran las monedas que llevaba en los bolsillos. Y es que éramos la calamidad en persona. Y él, tonto. Pero luego íbamos y le ayudábamos a recoger todas las monedas y se las entregábamos, con nuestra propina añadida, si teníamos.

A un joven impresionable como yo no se le podía borrar de la memoria aquel otro pobre señor, ya mayorcito y con cara de mejicano, que era epiléptico. Tenía un carrito de pipas en la Plaza Heredia, y cuando le daba el patatús, tras unos retortijones y revueltas iniciales por el suelo, se ponía a mascullar incoherencias, y a continuación empezaba a decir:

—...¡porque Franco es un cabaLLEro! ¡Y que nadie se meta con FRANco porque lo

MAto! —hasta que se le pasaba, y se levantaba y seguía en su puesto como si nada. A los taxistas que tenían la parada allí no les hacía la menor gracia el epiléptico, porque la gente se ponía nerviosa no fuera que le diera un ataque cuando ellos estaban cerca.

Nos llegaron ciertos rumores de que al americano le daban arrebatos en sus veladas vinícolas, que se enfadaba, un poco así al tuntún y sin venir a cuento, y se ponía agresivo. Nadie daba detalles concretos: —Ah, pues no sé, ya sabes, cabreado—. Percy opinó que sería porque se cachoneaban de él, lo cual no le gustaba un pelo. Preguntada Nena, nos dijo:

—¿Tu padre, violento? Noooooo…

Luego ocurrió algo extraño. El suceso tuvo lugar en Laujar, donde habíamos ido los tres hombres de acampada junto al río Andarax, no muy lejos de su nacimiento. ¡Qué maravilla! Fue como si hubiésemos remontado la escalera del tiempo para retornar a nuestros orígenes primeros en Minnesota con sus interminables bosques. Despertar junto al arroyo con el arrullo gorgoteante del agua que nos había deleitado toda la noche en nuestro silvestre reposo, preparar la fogata y luego beicon con huevos, y aún salchichas, y una taza de café humeante, y explorar toda la zona arroyo arriba… de ensueño. Mas el ensalmo no podía durar eternamente. Fuimos al pueblo, que según dicen que tiene el vino más auténtico de toda la provincia. Ciertamente es el más fuerte. Estábamos en un bar tomándonos unos vasitos de este potente vino, la botella en el centro de la mesa de madera, y hablando probablemente de lo tranquilo que era el pueblo. De repente se levantó mi padre, fue hacia un lugareño que estaba de pie en el medio de la sala, cerca de nuestra mesa, y le soltó un bofetón. El pobre señor se echó las manos a la cara, agachó la cabeza y salió del local, sollozando. Naturalmente nos quedamos todos, el dueño incluido, pasmados, sin saber qué había pasado ni cómo debíamos reaccionar. Preguntado, mi padre nos explicó que el hombre nos había estado mirando “de mala manera”. Viendo el agresor que toda esperanza de recuperar el ambiente apacible perdido se había esfumado, pagó y nos marchamos. Dejamos el pueblo atrás y nos volvimos a recoger en nuestra atmósfera familiar, seca, urbana y

envolvente. ¿Qué había sucedido? Nadie lo sabía. O. G. nunca volvió a mencionar el hecho ni vimos nosotros procedente hacerlo tampoco. Yo me pregunté si no sería que la manera en nos observaba fijamente el pueblerino no desataría algún resorte sublimado o una fijación oculta que guardaba contra esos espías hindúes de las últimas semanas en Kerala, e hizo lo que hubiese querido hacer en aquellos lejanos momentos de intriga: dar un buen guantazo. Por desgracia el sopapo se lo llevó el menos avisado. Acaso el verdor de la zona lo transportó a Minneapolis, a las fricciones con su padre o a una violenta juventud…

Al poco tiempo desaparecieron las habladurías. Algo pasajero, evidentemente. Al padre no le pasaba nada.

Y sin embargo…

No pude evitar por aquellos días que me volviera a la memoria y me atosigara un insignificante evento que había pasado en una de nuestras travesías transatlánticas. A todos les es familiar la imagen de los viajeros despidiéndose de los suyos, entre serpentinas y besos lanzados a brazos llenos al aire, al zarpar uno de estos navíos. Nosotros, dicho sea de paso, nunca tuvimos a nadie que nos despidiera, o que nos acogiera lleno de regocijo, pero qué más da. Además, eso no viene al cuento. El caso es que en una de tales ceremonias había junto a nosotros un jovencito rechoncho y de apariencia simpaticona, haciendo toda suerte de aspavientos dirigidos a los del muelle. Mi padre le venía lanzando miradas de soslayo. De pronto, muy sutilmente, muy intencionadamente, le dijo:

—Eres un flan.

El pobre muchacho se quedó parado, le temblaron tenuemente los labios, y finalmente se apartó de nuestro entorno. Seguí viendo al que ya llamábamos *el flan* durante toda la travesía, y me dio pena. Nena encajó bien esta “gracia” del padre; sin duda se figuró que algún motivo profundo y misterioso tendría su marido para dictaminar que ese chaval era efectivamente un *flan*. A mí, más que ninguna otra cosa, me quedó la gran incógnita: ¿Qué será —según la estimación de Olin Griffin Waldenstone— un flan?

Cambiemos de asunto.

O. G. nos hizo socios del Club de Mar, cerca del bario de la Pescadería. Acudía a esa asociación marítima la flor y nata de la ciudad. Es de suponer que aún le quedarían a *Daddy* algunos enchufes de cuando vivíamos en la Ciudad Jardín. Todos jugábamos al tenis allí, aunque muy mal, o al Badmington, juego en el que en lugar de una pelota hay que darle a un pirindolo, cachirulo o chirimbolo con plumas, que no bota, es muy liviano y va mucho más despacio, y así no tienes que darte la paliza de correr continuamente por todos lados. Además, lo habíamos practicado ya en India. En definitiva, que al Badmington no hacíamos el mismo ridículo que al tenis. A Nena le gustaba en particular ir a sentarse en la terraza de la cafetería, o tumbarse para ponerse un poquitín más negra al sol en la rocosa playita, codeándose con la gente de bien. Compró mi padre un barco de 5 metros de eslora, con techo y ventanas y todo, y un motor de gasoil que iba púm, púm, púm, púm. ¡Qué pesado y qué lento era! Desde luego que ni en sueños íbamos a practicar el esquí acuático con ese trasto. Pero llevaba a todas partes, con paciencia, gastaba poco y nunca se estropeaba. Eso sí, a veces, sobre todo en las frías mañanas de invierno, costaba media hora arrancarlo con la manivela, instrumento maldito que yo ya creía que no tendría que volver a tocar en mi existencia terrenal. Seguro que en el infierno las tienen a manos llenas.

Cuando íbamos de pesca, había que alinear tal torre o edificio con tal pico del cerro por un lado y el faro con el Castillo de San Telmo por el otro, y en ese punto, a ciento y pico metros de profundidad, se encontraba un caladero de pesca. Garantizado. Si volviera a ir estoy seguro de que me acordaría al menos de uno de esos caladeros, a menos que el perfil de la ciudad haya cambiado tanto que ya las marcas hayan desaparecido, o que el mismo caladero se haya desplazado por culpa de las corrientes. Unos volantines de ocho anzuelos y desde la primera bajada del hilo empezabas a sacar los pescados a punta pala, y en varias horas te llenabas dos cubos de chuclas, jureles y doradas. Una hora larga más y llegabas al Club de Mar, varabas, y a la bodega. Entonces otra hora, o dos, o tres. Así aprendí a

degustar el vino dulce. A mi padre le iba ya molestando que a mi edad (¿15 años?) aún pidiera refrescos no alcohólicos. Dinero desperdiciado, y encima sin tapas. A nadie le gusta beber a solas. Por lo demás, se notaba que a él le daba vergüenza tener dos muchachotes abstemios y aburridos en su Almería del alma. Pero tú tranquilo, *Daddy*. Percy ya se estaba aprendiendo a conciencia esa asignatura y venía recibiendo calificaciones de sobresaliente. Menudas eran las melopeas que le vi agarrar.

La pesca era definitivamente una de las aficiones favoritas del *Daddy*. Tanto en el barco, para lo cual se levantaba de buena madrugada, como desde la orilla, en el puerto, donde se ponía a pescar con su caña a cualquier hora de día. O practicaba aquella otra modalidad de pesca nocturna que os voy a contar. Los hijos muchas veces íbamos con él a estas salidas nocturnas. Y es que había descubierto O. G. la emoción de una de las formas de pesca más emocionantes: la de los safíos o congrios. Ocasionalmente capturábamos alguna morena también. En cualquier caso había que tener un cuidado extremo, porque esos bichos te llevan el trozo si te muerden. El lugar, las rocas del faro, o mejor aún, en el otro faro más chico del puerto de pescadores. Cada uno disponía de tres o cuatro volantines de hilo del 100, el más grueso, que acababa en un anzuelo de ocho centímetros más o menos, conectado al sedal por un cuarto de metro de alambre, sin plomada. Una sardina entera servía de carnaza. Se hace descender el aparejo por alguna cueva o resquicio entre las rocas y allí se deja, y se bebe y se charla. Cada quince minutos nos acercábamos a comprobar nuestros hilos, y a veces… ¡toma! ¡batalla feroz! y al final (era raro que se te escaparan) alzabas un pez aculebrado de un metro o más de largo, puro músculo, pura boca. El anzuelo se hallaba alojado por lo general en su barriga, a un palmo largo de la boca. Había que rajar con un cuchillo al animal para recuperar el anzuelo, y no en tierra firme sino sobre esas rocas irregulares. Y el dichoso congrio retorciéndose y todo resbaladizo de una baba asquerosa que le recubre el largo cuerpo.

Pero lo peor de todo era que luego había que comer sopa de congrio durante tres o

cuatro días, y cada cucharada era un amasijo de raspitas chiquitinas que te decías que por qué diantres tengo yo que meterme esto en la boca.

Una vez nos fuimos a pescar los dos hermanos y el padre de madrugada al cantil del muelle, antes del estrechamiento del camino del faro. De pronto, nada más detener y bajarse *Daddy* del coche, se oyó un sonoro ¡chaff! Salimos Percy y yo del vehículo y en la oscuridad oímos al padre que nos llamaba desde el agua:

—¡Eh, *boys*, me he caído, al parecer, al agua! ¡Encended los faros del coche! —Para el que no conozca el puerto de Almería le diré que en aquel punto la altura desde el ras del cantil hasta el agua sería de unos tres metros, pues es lugar de atraque de grandes buques mercantes. Pleno invierno era, y tuvo el pobre que llegar a nado hasta las escalerillas más cercanas, que no lo eran tanto, y por si eso no fuera suficiente, en cuanto se apartó del haz de los faros del coche tuvo que nadar en total oscuridad. Al menos pudimos orientarlo en la dirección correcta, pues conocíamos el lugar. Menos mal.

Pues nada, el tío cabezón se negó a que nos volviéramos a casa. Se metió en el Alfa Romeo, encendió la calefacción, y empapado hasta los huesos como había quedado y más helado que un témpano, se puso a beber su ponche de café con coñac del termo, mientras nosotros nos quedamos afuera sentados, muertos de la risa y haciendo como que pescábamos.

Otra mañana de muchas fuimos *Daddy* y yo a pescar al mismo lugar del chapuzón poco más o menos. Era de día, por la mañana, en esta ocasión. La hermosa silueta de la Alcazaba se alzaba justo delante de nuestros ojos y se reflejaba, deshechos sus pétreos perfiles en pequeños rizos, en las siempre tranquilas aguas del puerto. La pesca típica del puerto de Almería, aunque variaba ligeramente dependiendo del sitio en te ponías, no era de lo más atractivo, a menos que tuvieras la suerte de coger un róbalo de fondo, un rodaballo o un merillo. A veces, si no se te partía el sedal, que era lo más probable, sacabas un pulpo. Las más de las veces sólo cogías babosas, roqueros, negras castañuelas (las muy bribonas

siempre se comían el cebo sin tocar el anzuelo), palometas (¡qué cosa más mala de comer!), alguna doradilla y, por estaciones, lisas o mújoles, que eran grandotas, pero despreciadas por la mayoría de los pescadores, por lo fácil que se dejaban atrapar las muy tontorronas, y además porque tenían fama de sucias, la misma fama que entre las aves tienen las abubillas o “come-mierdas”. Bueno, pues estábamos disfrutando de una preciosa mañana de pesca con el más espléndido paisaje del mundo, como decía, mi padre y yo —siempre fui yo más perro faldero que Percy— y al par de horas, cuando ya el sol de verano comenzaba a apretar al par que la brisa aflojaba hasta casi desaparecer, aparece María, después de andarse los dos buenos kilómetros que distaba la casa del lugar en que nos hallábamos, exclamando a lágrima viva que el Percy le había clavado un tenedor en el muslo. Ese día sí se acabó la pesca.

Capítulo 11. Almería 5: Arrullos, gansadas y perrerías

[TEXTOS XI]

Es sorprendente que desde el mismo momento en que comenzamos a aplicar el concepto de inteligencias individuales, se hace evidente que así efectivamente, a *grosso modo*, es como deben de ser las cosas. Las anticipadas anomalías se evaporan.

En algún que otro momento a la mayoría de nosotros nos ha cautivado la conducta de la hormiga. Contemplarlas es un pasatiempo que no comporta ni graves inconvenientes ni viajes lejanos. Las chavalillas despliegan un exquisito y certero juego de patas, tienen esa increíble y tan cacareada fuerza, y se manejan entre todas con un *know-how* de grupo pero a la vez un individualismo ardorosamente peleón, estilo latino, y que por lo general da óptimos resultados; o bien presentan una actuación en solitario igual de interesante para el espectador experimentado. Hablan entre sí acaloradamente y discuten mucho, incluso cuando uno de ellos pertenece a la raza de los amos, más grande y más negra. Podemos fácilmente colocarlas de forma que ejecuten maniobras bélicas defensivas con sólo remover el terreno o hiriendo a unas cuantas, a lo largo de su sendero, y entonces ellas ciertamente dan la impresión de que se ponen a ponderar el asunto y a tratar de allanar el camino en busca de una respuesta aceptable, muy parecido a como lo haríamos nosotros aunque tal vez sin *pensar* y mucho menos haciendo un cálculo estimativo de bajas potenciales.

Claramente cada una lleva consigo sus propios órganos sensoriales y los aprovecha al máximo. No hay ninguna antena de radar remota guiando ni los movimientos ni las decisiones del individuo. Naturalmente sus cerebros son de tamaño infinitesimal, aunque los tienen, lo cual es más de lo que se puede alegar en favor de las plantas y de muchas criaturas móviles. ¿Está su famoso “instinto de grupo” contenido en el ADN, con todos sus conocimientos y decisiones preestablecidas, o es esto meramente una evaluación humana errónea de las circunstancias? Aparentemente parte de la cuestión yace en su olfato. Cada

reina produce su propio ungüento acedo el cual periódicamente se administra a cada miembro tribal.

Acaso la cuestión tenga poco sentido. Todos los actos individuales (el único tipo abierto a la observación) son “lógicos” y se aplican bajo circunstancias siempre cambiantes. Posiblemente podríamos afirmar que el factor hereditario confiere a cada una su inteligencia, pero no puede seguir abasteciéndola. ¡Una cosa que sí sabemos es que tanto las hormigas como las abejas están mucho *menos prefijadas* por patrones genéticos que nosotros! Ellas *deciden* durante su incubación los futuros sexos, si van a ser guerreras, obreras, ventiladoras, o incluso esos voraces, henchidamente prácticos tipejos almaceneros, de forma que coincida con unas predicciones de demanda extremadamente precisas. Es muy raro que necesiten eliminar a algún individuo o tipo, a base de variaciones en la dieta o el cronometraje. Diariamente están *haciendo* estas cosas en aras de la supervivencia, lo cual difícilmente podría achacarse a inscripciones acuñadas de una vez para siempre en las dobles espirales ni en ninguna otra parte.

Desde su “nacimiento” cada individuo se encuentra a sí mismo con limitaciones muy definidas y claras impuestas sobre sus potenciales aspiraciones. ¿Hay acaso algo que impida que cooperen, no disponiendo de libros ni revelados ni revolucionarios? […]

Sospechamos que los entomólogos han saltado a su concepto de mente de grupo con la pértiga de sus propios prejuicios.*

[…]

Las hormigas están buscando su propio auto-interés ilustrado igualito que Adam Smith postuló que debíamos de hacer nosotros.

* Obviamente esto es meramente un entimema etiológico etmoide, que no ha de confundirse ni con la ética etimológica ni la puramente entomológico-etnárquica.

* * * * *

María, al poco de volver de la India, tuvo una niña, y cada tres años otra, hasta un total de tres. Tres meonas, decía mi padre. La cuarta vez fue un niño. Antes había ya quedado dos veces encinta, pero se malograron los dos embarazos. Uno de estos abortos fortuitos fue en la India, lo cual no me sorprende. Finalmente el inmenso alborozo de la primera niña nacida del matrimonio. Su nombre, Laeticia, que significa alegría. Mi padre insistió en que el nombre tenía que escribirse, y aún pronunciarse, con la "a" delante de la "e". Por un tiempo dio en llamarla *Laeticia-Joie* y *Joie-Jolie* y *Joie* a secas, y luego incluso *Gay*, que, igual que los otros apelativos significa, o significaba, *alegre*, pero ya en inglés, y a la niña le gustó eso de Gay, porque todo lo que el padre decía estaba bien y es que ella adoraba a su padre. Pero luego cayó en desgracia, no el padre ni el amor que le profesaba la niña, sino la palabra. Después vino Janet y finalmente June. Fueron los años más felices de la ahora gran familia, con el regocijo de tener criaturas chicas por toda la casa, y en las vacaciones siempre hacíamos viajes estilo *camping*, lo cual nos encantaba a todos. Percy ya en los últimos años no se apuntaba a ninguna de estas salidas, no sé si porque prefería quedarse con sus amigotes o es que ya se había ido a los EE.UU. a continuar los estudios interrumpidos acá. Yo sí participé en todos los viajes posibles, con o sin familia. Y mejor con ella, pues había más dinero que gastar. Los campings tienen muchas cosas estupendas para los jóvenes: piscina o playa, columpios, salas de recreo, montones de niños deseando conectarse, de todo. Por lo general se ubican en los parajes más bonitos, como tuve ocasión de ver tanto en Francia como en Suiza, y en Portugal (Fátima), Galicia, Asturias (Luarca). ¡Qué maravillosos recuerdos guardo de aquellos viajes familiares, chapoteando en el agua con mis hermanicas y enseñándolas a nadar!

Es cuando más vi reír y también llorar a mi padre. Reía, y sonreía, como nadie... un hilo

directo del corazón a la boca y los ojos, tan suyos. Él tenía una como chispa de genio en su contemplar, chispa de quien lo ha conocido todo y desde siempre. También era un gran llorón: de alegría, de sorpresa, de pena, de soledad. De él aprendí que llorar es una virtud. No iba asociado al concepto de macho, pues machista era él y muy mucho. Nunca supo tratar a una mujer de igual a igual. Virginia Woolf y él nunca habrían hecho migas. La temería, la despreciaría, o la odiaría. O quién sabe… La mujer para él era una muñeca de porcelana, o una manifestación terrena de la belleza ideal, o una paridera, o un agente del demonio. La mujer simplemente no venía al mundo con los mismos propósitos que el varón.

Él en su mundo aparte y encerrado en sí mismo podía costearse esos lujos mentales. No tenía que defender o justificar sus opiniones ante nadie, ni por hacer la pelota, ni por amistad, ni por altruismo. Tampoco para ilustrar a los demás, ni tan siquiera a sus hijos. Creo que llegó lejos en sus muchas, largas y cálidas charlas conmigo, por la noche en nuestro salón; tan lejos y tan profundo como consideró conveniente. Pero trató de que lo que entrara en mi cabeza fuera honesto, equilibrado, e imparcial… dentro de lo que cabía esperar en él.

Tampoco era un cobarde ni quería que los hijos lo fuéramos, como cuando lo de la bicicleta, en que me quitaron los libros. Mi padre se había criado en una generación y en un país que idolatraba la violencia. Principios de violencia machista, diferente al machismo español. Un culto incondicional a la violencia que no compartíamos sus hijos. En España se gritan las cosas y todos en paz y como buenos hermanos. En América van derechos al cuello o a la pistola. No sin razón nacieron allí los hippies. Lo que no me parece justo es que para referirse al típico *macho man* el mundo haya recurrido al idioma español para encontrarle un vocablo. ¿Legado árabe? ¿Hernán Cortés y pandilla? Leyenda negra.

A decir verdad nadie encajaba mejor que el americano de Almería en lo de “la mujer en casa y con la pata quebrada”. Tenía que quedar claro quién llevaba los pantalones en casa. Ese privilegio y patrimonio era intocable, aunque sí escuchaba opiniones. Claro que Nena,

por equis o por y griega, se hacía respetar también. Era y es ella una persona que sabe cuándo hay que decir hasta aquí hemos llegado. Cuando algo le incumbía en lo más íntimo, y eso incluía a sus hijos (entre los que nos incluimos Percy y yo al cien por cien), ponía María un acto digno de las mayores tragedias griegas, shakesperianas, de Rivas o del Hartzenbusch. Y conseguía sus propósitos. Vaya que sí.

Las niñas. ¡Pandilla alegre, las niñas! Veo una foto de Percy, y qué torpón. No sabía coger un bebé. Él ahí plantado, a disgusto por mucho que sus labios esbocen una tenue sonrisa, y en las manos estiradas, flotando incómodamente en el aire, la niña. Incongruencia cubista. Y mira que a Percy lo usaron en una película para un bautizo cowboy. La vi en el cine y le habían doblado la voz. Qué guasa, ver a tu hermano con la voz cambiada. Éramos una familia bastante normal y muy feliz. Las niñas tenían como quien dice tres padres y una madre, con los papeles de cada cual un tanto difuminados. Todos hacíamos de todo, aunque en lo de la comida de los bebés y los pañales era la Mami primero y yo después. Eventualmente Laeticia me tomó el relevo. Lo tenía duro la Mami, porque nosotros podíamos ser más un estorbo que una ayuda. Pero lo hacía felizmente y con ese gran amor que siempre la ha caracterizado. De definitiva, que María era la gran mamá de todos nosotros, O. J. incluido.

El padre era el “justo juez”. Bueno… no siempre tan justo, y es que en este mundo no hay esa clase de justicia. A Laeticia le daban ciertos ataques epileptoides. Nada extraordinario, pero nos asustaba mucho aquello. Mi padre:

—Se le quitarán...

Nena conocía la fantástica opinión que mi padre guardaba de los médicos y de toda su jauría. Por lo bajini, a la chita callando, consiguió una visita privada con un doctor en casa de una amiga. Y le dijeron que se le quitarían. Bueno. Y se le quitaron.

La segunda, a la que llamábamos algunas veces por su nombre, Janet y otras Janilla o Janeta o hasta Janetilla, pero siempre con la “ya” de los argentinos, simpatiquísima ella, y es

que siempre estaba riendo. Era increíble lo que reía esa niña. Pues mira por donde, tenía estrabismo, o un ojo “vago”.

—Se le quitará.

Mas hubo de ser operada mucho más adelante, a los ocho años, y creo que cuando O. G. ya no estaba en control de operaciones. Antes de eso tuvo que llevar lentes de corrección —por un tiempo incluso con un cristal negro, ciego— que más que nada la acomplejaron, coartando esa gracia natural suya. El Justo Juez habría optado por sentencias salomónicas antes de aceptar una contraorden. Recientemente me han dicho que ese tipo de irregularidades es verdad que hay que esperar a cierta edad antes de operar… ¿será posible que mi padre tuviera razón en eso también, el puñetero? No sé, no sé.

La tercera, gitanilla bailaora. La simpatía parecía acrecentarse con el mayor flujo sanguíneo de la madre, aunque en lo físico los rasgos de esta June eran los que más se acercaban a los del padre, a los Waldenstone, de las tres hermanas.

Laeticia. La “segunda primogénita”: responsable, la cabeza en su sitio, pero el corazón revolucionario. Tomó lecciones de piano en la Sección Femenina allá en Obispo Obrerá, un poco más abajo de la plaza del pescado (qué peste) y antes de aquella escuela de monjas, teresianas o carmelitas o Dios sabe, que a mí se me dan mal esas divisiones, de la que salían verdaderas hordas de colegialas muy emperifolladas pero no por eso menos chillonas, a ciertas horas del día. Prenda y niña de los ojos de la Mami era Laeticia.

Siempre tuvimos piano en casa, pues O. G. tocaba —y lo que era mil veces peor: cantaba— jazz. El piano lo tocaba bien, imitando con mucho regusto a su idolatrado Art Tatum, aunque resultaba más cercano a Fats Waller. Había tocado como suplente la batería una noche, en Saint Paul, Minnesota, nada menos que con Louis Armstrong, cosa que contó algo así como trescientas mil veces. Pero cuando se ponía a cantar al compás de la música que emanaba de las teclas, uno tenía que reír o ponerse a llorar, según lo borracho que se encontrara el pianista, y se agolpaban los chiquillos de la calle ante la puerta, normalmente

abierta, a pasmarse de cosa tan chiflada, no vista, y mucho menos, oída.

Cuando era Laeticia la que tocaba, la escena se parecía más a aquéllas de las películas, cuando la familia y las amistades se reúnen alrededor a escuchar a la chiquilla y exclaman eso de que qué lindo suena y qué portento de niña… a lo Shirley Temple o Marisol.

Las diabluras de las niñas las trataba Nena a base de gritos y *Daddy* a base de ominosos, elocuentes silencios. Lo segundo, naturalmente, era mucho más eficaz. Claro que él jugaba con todo tipo de ventajas.

De las niñas ojalá os pudiera contar mil cosas más, pero los tiempos iban cambiando y complicándose y todo se me mezcla en la memoria. Lo cierto es que trajeron muchísima alegría a la casa.

Yo empecé a noviar y pronto me marcharía de Almería, por lo que recuerdo mejor los acontecimientos de mi juventud temprana que los de los años mozos, en todo lo que concierne a este libro y su protagonista. Unido a esto, hubo una brecha generacional, casi, entre Percy y yo y los otros cuatro hijos, sobre todo el cuarto, Gus.

Pero retomemos el hilo de la narración y vayamos viendo los sucesos de la época que venimos tratando.

O. G. empezó a regularizar su horario —si no se iba de pesca, lo cual ya sólo hacía de tiempo en tiempo— el cual se conformaba a la siguiente pauta: Se levantaba para almorzar. Cosa muy seria era el almuerzo: ritualmente teníamos que estar toda la familia a la mesa, y nada de hacer el payaso. Para eso estaba él, si venía algo piripi y le daba por contar uno de sus veinte chistes. Después venía su siesta. Sobre las seis salía de tascas hasta la hora de cenar. La cena solía ser a las diez y pico y no era tan formal como el almuerzo ni teníamos que estar todos presentes. Televisión, café y muchas copas, y a acostarse a leer toda la noche, hasta el alba, la copa de coñac con su vaso de agua sobre la mesita de noche, la botella en el suelo. En lecturas era un monstruo. Aún no he conocido en mi vida persona tan leída, y de tanta omnívora variedad, como él. Claro que no todo el mundo se jubila a los 28

años de edad. Leyendo se lo tragaba todo.

Era un gran devorador. De libros, licor, y buenos filetes de ternera. Y antaño, mujeres. Y todo esto se le notaba. Más que por ninguna otra cosa, en que no tenía amigos. Estaban los de la pesca, como su suegro, y después, por el otro extremo, su médico particular, pues el doctor y su paciente se profesaban una estima mutua; ah, y el farmacéutico también. Combinando los tejemanejes que se traía O. G. entre su médico y su farmacéutico se procuraba prácticamente todas las medicinas que quería para los problemas que acarreaban los excesos de coñac, siendo el principal fármaco *Codeisán* con codeína de 3 miligramos. Estos problemas se resumían en una palabra: úlcera. Esta úlcera crónica se la trataba —eficazmente, alegaba, pues su receta estaba basada en la ausencia total de estrés— con tirarse tres o cuatro días fuera de combate a base de megadosis de alcohol y pastillas, que incluían la codeína y antiácidos al por mayor. Método sin duda diverso al del abuelo el cirujano. Eso sí: llegaría a su último adiós con el estómago, aunque hecho trizas, entero.

Por lo general no era amigo de emborracharse; las más de las veces mantenía un cierto nivel de alcoholemia en la sangre —alto, por supuesto— del que raramente subía o bajaba. Pero hubo muchas excepciones. Mi hermano y yo tuvimos que ayudarle alguna que otra vez a subir las escaleras de la casa a dormir la mona. La tarea no era fácil, por mucho que él nos balbuceaba instrucciones, paso a paso, sobre qué miembro o parte del cuerpo convenía agarrar o mover en cada instante del elaborado proceso. Instrucciones que no te dan un sofá o un piano.

Estaba yo un mediodía con mi padre yendo de tasca en tasca, aunque sólo él bebía, mientras yo disfrutaba de las tapas, y cuando ya salíamos del bar Imperial en la Puerta de Purchena él ya no podía andar. Lo tuve que ayudar a meterse en el coche, y recuerdo que una señora se echó las manos a la cabeza, como diciendo: ¿Qué locura estás haciendo, chiquillo? Pero yo sabía que mi padre conducía mejor que andaba, incluso por las tortuosas callejuelas que conducían a nuestro hogar dulce hogar.

A continuación os cuento una faceta mía de niño, que compartí con mi hermano, y que fue la de experimentador. No habrá necesidad de que recalque que nuestro padre no sólo no estaba en contra de estas actividades, sino que las alentaba. María naturalmente era de diverso parecer. A decir verdad su opinión era diametralmente contraria. Con vuestro permiso, procedo a narrar lo que podríamos llamar “Experimentos y chaladuras de Percy y Erik”.

Mi padre soportó con continente sereno muchas trastadas nuestras. Una derivó de prácticas químicas: con nuestro primer juego de química conseguí derramar el bote de ácido sulfúrico concentrado sobre la almohada en un hotel. El negro agujero fue rápido y certero hasta el suelo, atravesando funda, almohada, mantas, sábanas y colchón, y no atravesó la losa del suelo por chiripa, que bien que lo intentó y dejó su sello de distinción. Y eso ocurrió el mismo día, la misma tarde, en que recibí el juego. Fue en Lisboa, lo recuerdo como si fuera ayer; yo tendría trece años y el *kit* o laboratorio debió de ser para que no nos aburriéramos mientras él despilfarraba el dinero de la familia en la ruleta y el *blackjack*. Durante el viaje estuvimos Percy y yo recibiendo la antirrábica en la barriga: veinte inyecciones de no-te-menees, una cada noche; y como la gata que nos mordió se murió cuando ya teníamos proyectado el viaje y no era cuestión de cancelarlo por algo tan tonto como la rabia hidrofóbica, O. G. se ofreció generosamente a ser nuestro practicante. —En fin, ya que insistes… —Como nosotros veíamos esa aguja tan larga, tan larga, y no queríamos que nos la clavara demasiado hondo —que conduzca borracho, pase, pero que nos ande clavando agujas en el estómago, eso ya es harina de otro costal— se lo advertíamos: —No muy honda, ¿eh? —y así a veces la ponía el pobre tan superficial que parecía una vejiga de las que te salen cuando te quemas con una colilla.

También fue en algún restaurante portugués, tras pedir pollo (*frango*), que mi padre vio irrebatiblemente confirmadas sus sospechas de que los españoles vivían la mar de bien en España, pues en sus grandes demostraciones, en lugar de pan, exigían este ave: “¡*Frango*,

frango!”

Siempre estaba haciendo juegos malabares de palabras, Decía, por ejemplo, que las mujeres decentes no deben beber leche de la marca *Ram*, no sea que se las tache de rameras. El caso es que a menudo hacía estos pinillos lingüísticos mezclando varios idiomas —a él le daba igual—, con lo cual, naturalmente, eran pocos los que le cogían la gracia, de lo que aducía que el 98% de los humanos son unos botarates rematados.

Volviendo a la química y los experimentos (palabra que aún pone escalofríos en el cuerpo de María), Percy y yo nos hicimos expertos en hacer bombas con pólvora, que fabricábamos a partir de cero. Hasta la mecha la confeccionábamos nosotros. Para el cuerpo usábamos los cartuchos de aluminio de las películas Kodak, reforzados con papel de periódico liado por dentro. Hacíamos docenas de ellas, y buenos zambombazos que daban. Cuando reuníamos quince o veinte nos subíamos al cerro y armábamos la de San Quintín. Explosionamos una en nuestro cuarto, metida dentro de una vieja guitarra… ¡qué gracioso y en cuántos añicos quedó la guitarra! Pero los vecinos creyeron que había sido el butano y fue gorda la que se armó. En otra ocasión una colilla mía arrojada por descuido sobre el azufre causó fuego retardado en la habitación. Se alinearon las vecinas por los terrados pasándose los cubos de agua y apagaron el fuego antes de que llegaran los bomberos, y es que sin las mujeres ¿qué íbamos a hacer los hombres? Hasta que ocurrió lo que tenía que ocurrir, el verdadero accidente. No llegó a mayores, sólo cortes y contusiones, pero es cierto que uno de los chaveas, precisamente uno de los dos cuya madre fue candidata a convertirse en “la Americana”, se hizo un corte de metralla bastante profundo en la mano, y también perdió las dos paletas con el impacto. La buena señora ni por esas quería denunciarnos, y no lo habría hecho de no ser presionada por todos los vecinos de la zona. El juez nos prohibió para siempre hacer esas cosas. También se enteró el director del Instituto, que se iba hartando de americanos liberales. Deduzco que harían indagaciones sobre nuestros hábitos ¡jé!, y no me extrañaría que además saliéramos en el periódico. A Don Pascual, el director,

los americanillos le traían por el camino de la amargura. Percy tenía como novia a la hermana de una de las profesoras jóvenes del Instituto, y por ella nos enterábamos de las críticas contra los dos Waldenstoncitos que realizaban los profesores en sus cónclaves, como cuando en un viaje de estudios hubo un problema de vomiteras por parte de un hijito de papá, que tuvieron que detener el autocar para que el chico echara las papillas, y dijeron que yo lo había emborrachado; y que si —en el mismo viaje—yo había metido una rata muerta en mi bolsillo dentro de la pensión de Córdoba, y blah, blah, blah. Yo, siempre el gran culpable, había de ser castigado por el director y el jefe de estudios (ambos profesores míos para ese curso), así como por el profesor de Historia, que fue quien había organizado la excursión. Total: que acordaron en una reunión otorgarme tres suspensos disciplinarios. Es que eso no era una república.

De otra cosa que se enteraron el director, el jefe de estudios, y el director del colegio mayor contiguo al Instituto fue que Percy, o yo, habíamos estado "vendiendo" (por cantidades irrisorias) unos polvos de bencedrina para estudiar, y alguien en el colegio mayor dio el chivatazo. Lo que les proporcionábamos era una chispi-ti-ti-lla de nada… A veces incluso les dábamos un placebo, como un cuarto de aspirina machacada, y decían que hacía el mismo efecto.

Casi nos expulsan, pero mi padre intercedió por nosotros. Él siempre dio la cara por sus hijos, prefiriendo echarse a sí mismo la culpa antes que vernos sufrir ninguna desgracia.

Fue, después de todo, él quien se había traído de los EE.UU. una lata de café llena de bencedrina pura en polvo. La tenía encima del armario y él consentía —quien calla otorga— en que cogiéramos de vez en cuando un poquito. Era bastante eficaz tanto para estudiar como para evitar los tambaleos de las borracheras. Bueno, te tambaleabas igual, pero creías que no. Como le ocurrió a un amiguillo nuestro, que tras tomar los endiablados polvos se creía poco menos que Supermán, y fue por el parque metiéndose con todo el que se le ponía delante, provocándolos, hasta que le arrearon bien arreado. Medía un metro y cincuenta y un

centímetros, y cuando le tocó ir a medirse para la mili se tiró, siguiendo nuestras sugerencias, tres noches de juerga a base de bencedrina. Inicialmente “no daba la talla”, pero por desgracia el facultativo ya sabía qué hacer, que fue atizarle un revés en la zona lumbar, lo cual lo dejó más tieso que un palo, y acabó enrolado.

Dicen que las anfetaminas son altamente adictivas, pero ninguno de nosotros nos enganchamos, posiblemente por desconocer su poder de adicción. Cuando se acabó, años después, pues san-se-acabó, sin más. Percy si acaso abusó un tantito. Pero es que Percy se enganchaba hasta a la Coca-Cola, del que decía sufrir síndrome de abstinencia o “retiro” cuando interrumpía su ingesta. El padre tampoco abusó de la anfetamina en Almería, que yo sepa. Y él sí debía ser consciente de los peligros. Nuestra droga elegida obviamente era la priva, el trinqui-trinqui. Ni el *cannabis* ni ninguna otra cosa me han atraído nunca, ni sentado bien. Tampoco es que me faltara la ocasión, con las riadas de hippies que se bajaban del barco de Melilla y llenaban los cuartuchos de las pensiones más escondidas de la ciudad, desprendiendo un tufillo que tiraba de espaldas, a hachís y a hippie, y digo que “llenaban” porque se apuntaba uno y luego se colaban veinte más.

La peste a Hippie, además de hachís, y de mugre, incluye otro ingrediente harto letal, que sin duda ya habréis adivinado. Efectivamente: el patchouli. ¡Osú qué pestazo! Dudo que viva un solo almeriense de mi quinta que desconozca ese penetrante y arrollador perfume.

Mil veces mejor es la “peste a gitano”. Cuando yo me iba a *hacer torillos por-ái*, como lo llamaba un profesor de religión que tuve, muy simpaticón él, que me llamó un día puñetero y yo, que confundí esa palabra con “putañero”, me ofusqué cosa mala, y luego decía que los más rebeldes hacíamos los mejores curas, Dios me libre, pues cuando me iba a hacer torillos por-ái, repito, me aseguraba de no acercarme a ninguna hoguera por mucho que me sedujera, porque luego Nena se daba cuenta. ¡No nos tenía calados ni nada, anda que no!

—¡Erik, ven pa acá y no te me escondas, furriaje! ¡Qué peste a gitano que echa el jodío!

¡A mí no me engañes que tú no has ido a la escuela hoy! —y me echaba un rapapolvos de veinte mil kilopondímetros al cuadrado. Luego continuaba —¡Te voy a dar de restregones con el estropajo en la bañera hasta que no te queden ni los pellejos! Verás tú, con esa cara de mono que tienes… ¡te la voy a borrar!

Y ya que hablamos de drogas, diré que mi padre tenía, como mencioné arriba, un médico particular que le recetaba los medicamentos que él decidía que necesitaba. Durante un episodio particularmente agudo de su úlcera hasta le firmó tres viales de morfina, las cuales tuve que dárselas yo, pobre de mí, aunque, eso sí, por vía intramuscular, en el culo, por suerte.

Una consecuencia de este estado de cosas fue que el farmacéutico ya nos conocía a los dos hijitos, e incluso accedía a proporcionarnos algunos fármacos más o menos inofensivos sin receta, siempre bajo el supuesto de que eran para nuestro señor padre. He ahí que nos enteramos del *clorhidrato de yohimbina* y sus propiedades afrodisíacas y, solicitado el producto al farmacéutico, éste decía que nanay de la China, que para qué iba mi padre a querer eso. Pero tanto le insistimos en que eran para un señor amigo del padre, que vivía en un pueblo, y lo necesitaba para sus cerdos, y tal —cosa que nunca se tragó, seguro— que nos la vendió para que lo dejáramos en paz. O por si las moscas. Era una caja con un el tubito de doce pastillitas. Mi hermano y yo nos repartimos el bote entre los dos. Cada cual queríamos llevar a cabo nuestras propias investigaciones con nuestros respectivos ayudantes de laboratorio. Me enteré luego de que ellos al final lo tiraron todo por la taza del váter, y muy bien que hicieron. Pero yo tenía que experimentar. El plan, tal y como yo lo veía, era simple: averiguar si las chicas se volvían rematadamente locas por el sexo. Ya las veíamos tirándose para nosotros echando espumilla por la boca… ¡desenfrenadas! Así íbamos bromeando y fantaseando este amigo mío, el Lolo, y yo, y cogimos una de nuestras seis pastillas y la echamos en un vaso con dos dedos de agua. Pero la tonta ni siquiera se disolvía. Total, que fallando el plan A, procedimos al plan B. Nos tragamos el resto, que

tocamos a dos pastillas y media por persona, y fuimos por todo el Paseo y el parque de Almería como unos salidos, con los ojos yéndose tras las pantorrillas de las chavalas. Y es que éramos unos jóvenes muy sugestionables.

De hecho Lolo lo era tanto que un día se presentó en mi casa con un doloroso tortícolis, y sugirió que, puesto que mi padre tenía tantas pastillas para todo, seguro que habría alguna para algo tan burdo como un tortícolis. Había un bote donde —cosa curiosa— se hallaban revueltas píldoras de todos los colores y tamaños. Las esparcí en la palma de mi mano y él cogió una amarilla muy bonita. —¡Ésta es la del tortícolis! —dijo. Se la tomó… ¡y a los veinte minutos quedó como nuevo!

—¡Ahí te has pasado! —objetará incrédulo el respetabilísimo lector, y yo os doy mi palabra de honor que eso sucedió realmente así, con pelos y señales, y estando mi amigo absolutamente sobrio. No conocisteis a Lolo. Este muchacho poco después se había de convertir, ¡mítico Lolo!, en *El Gran Maestro*. Pero de eso hablaremos más largo y tendido en el próximo capítulo. Por ahora no pasaba Lolo de pequeño chiflado.

Dejaré de aburrir al estimadísimo con tanto experimento en cuanto termine de contar cierta competición en que nos vimos enfrascados mi hermano y yo, que consistía en ver quién de los dos desarrollaba la mejor ballesta o pistolita lanza-flechas, con el mejor mecanismo de gatillo, etc. Las herramientas de que disponíamos eran de lo más rudimentario. Probamos con caña de bambú, con goma de neumático, con muelles… lo más eficaz, buen preparado y reforzado el artilugio, eran los flejes que nos quedaban de los baúles del viaje a la India. Ya os dije que mi padre no tiraba nada. Salieron algunos modelitos bastante interesantes, para horror de Nena y curiosidad del padre. Afortunadamente no matamos a nadie, ni siquiera a nosotros mismos, de tétanos, usando como lo hacíamos como diana la caja de las necesidades de los gatos, que estaba en el rincón del cuarto al que mejor se podía apuntar.

Nuestro cuarto. Otra estampa. Yo lo tenía todo pintado en plan mural, pero con lo

primero que se me ocurría, sin orden ni concierto. Hasta los amigos quedaban invitados a participar, como en la historia de Tom Sawyer. El techo lo pintamos con los pies, montones de pisadas, y mayormente, si no en su totalidad, de negro, para lo cual usamos como andamio la litera. Era mi hermano quien dormía en la cama de arriba de la litera, ja, ja, y a veces se caía… ¡pumba!, ja, ja, se volvía a subir, y luego por la mañana ni se acordaba. ¡Qué panzada de reír el Percy! El armario, divino armario, ¡qué de tesoros no ocultaría! Era grande, empotrado, tapada con una cortina estampada de monigotes que hacía juego con el resto del cuarto. María no osaba acercarse a nuestro armario. El cuarto entero lo tenía María por un antro de perdición, salvo que además de asco producía terror.

Hemos tenido, he de admitirlo, un padre permisivo.

Pinté un cuadro, un bodegón o *nature morte*, al óleo, para lo cual de algún modo llegaron a mis manos unas calaveras. Yo apagaba la luz, grababa la imagen en mi memoria, y la encendía para pintar. En todos los días que estuvieron aquellos cráneos en la casa en exposición, con margaritas de aceite, tétricas velas y rojos terciopelos sirviéndome de modelo, Nena no durmió, insistiendo en que teníamos el mal fario, “la negra” en casa. Aquel simpático bodegón, en que el negro, por razones obvias, era el color predominante, fue mi regalo de bodas para Percy. Pero como no funcionó aquello —el matrimonio quiero decir—, lo recuperé. Mi “Nature Morte” adorna hoy mi sala de estar.

Y ya que estamos refiriendo cosas tétricas, os he aderezado otro precioso cuadro de costumbres, si no macabro, sí sumamente fastidioso.

Vayamos a 1965, por un decir. Buenos días aquellos, con Paul Nashy de hombre lobo animándonos las vigilias en el cine. Imaginemos que estaba uno con un par de colegas arriba en el gallinero del Teatro Cervantes, trece pesetas con cincuenta céntimos la entrada. Después, como las filas de “delantera” no las ocupaba nadie por no pagar la diferencia, te colabas y te sentabas pegando a la balaustrada desde donde se podía ver y oír mejor la película, y veías también la sala de butacas con toda la gente abajo, y a los lados los palcos

en los que ocasionalmente se colaba alguna parejita a darse el lote. Pero ojo, no había que pasar a “delantera” hasta después del primer corte de la película, que es cuando pasaba siempre el acomodador. Quédese atrás la chusma, que no hace más que meter jaleo y comer pipas y tirarse peos los muy guarros. Ahora viene lo mejor. ¿Quién no ha llevado allí polvos pica-pica para soltarlos sobre el público abajo y esperar a que empiecen los estornudos antes de esconder la cabeza? ¡Qué panzá reír, madre mía! ¿O una bomba fétida? Noooo. O tal vez… Bueno, por una vez que pase, ya que las hemos comprado… Pero sólo esta vez y porque la segunda película es un callo; de amores, seguro, y en cuanto explote nos largamos pitando. ¡Hay que salvar el pellejo!

Cerca del teatro Cervantes había una tienda de artículos de broma. Una de nuestras tiendas favoritas. Una cagaleta falsa compramos, tan bien hecha, que revolucionamos con ella a todas nuestras vecinas de la calle, una a una, colocando aquella hermosa plasta marrón sobre su peldaño, o dentro de la entradilla de su casa. La calle Duimovich ya no era lo que había sido.

Como colofón a esta larga retahíla de locuras y despropósitos, un desafortunado accidente. Mi padre tuvo aquí la mayor parte de la culpa, pues la idea fue suya.

Se había comprado un Simca 1000 rojo. Con el Alfa Romeo teníamos un problema, y era que su matrícula seguía siendo romana. Había salido una nueva ley que nos exigía, o bien pagar la matriculación española (una barbaridad de dinero para un trasto tan viejo), o rendirlo a las autoridades. Él, para no variar, escogió el camino del medio. Quería instalar el motor, que todavía era bueno, en nuestro barco, en sustitución del lentísimo motor diesel que éste tenía, a ver si así pudiéramos practicar esquí acuático o vete tú a saber. Yo tenía 17 años, y ya me había dado lecciones de conducir en el puerto, que se abría diáfano y maravillosamente libre a cualquier paseante en aquellos tiempos. Él llevaría el coche viejo delante y yo seguiría detrás con el Simca, desde la espalda de la estación de autocares (cerca de la estación de trenes) hasta el Club de Mar. Bastante simple. Justo cuando mis ruedas

delanteras pisaban ya la explanada que había delante del Club, tras hacer la maniobra de torcer a la izquierda, se me abalanzó encima, proveniente de la Pescadería, un hombre que conducía una moto de gran cilindrada. A pesar de ir él a excesiva velocidad, y demostrarse que manejaba bajo la influencia del alcohol, yo era menor de edad. Mi padre se responsabilizó plenamente. Y pagó. Y siguió pagando. Seis meses estuvo el hombre con su yeso, costeado. Dicen —en Almería se enteraba uno de todo— que se hacía dar golpes en la espalda y hasta se metía gozoso en pendencias y trifulcas para seguir cobrando su mensualidad. También afirmaba el accidentado que me iba a hacer picadillo a mí, en cuanto me pillara por banda, amenaza que estuvo vigente mucho, muchísimo tiempo. Menos mal que el tío, algo chulillo él, cuando, yendo por la calle, le decía un compinche:

—¿No es ése el americano del accidente? —contestaba siempre:

—No, ése es el farfollas del hermano —bendito sea Percy por los siglos de los siglos. Después de oírle pronunciar, en persona, un par de veces tales palabras, se me quitó el miedo que tenía de toparme con aquel matón escayolado a la vuelta de cualquier esquina.

En cuanto al destino del Alfa Romeo, decidió Olin que lo mejor era entregarlo a las autoridades y comprarlo de nuevo en subasta pública. Pero antes, acordándose de que —ya desde Minneapolis— tenía dos experimentados apaleadores de coches en casa, nos dijo que adelante y a ver cómo os portáis. Luego le diría a la policía que “se lo habrían destrozado unos gamberros”, lo cual no dejaba de ser verdad. Por desgracia no lo entregamos lo suficientemente desfigurado como para evitar que alguien reconociera que ese amasijo de metal y cristales rotos encerraba un buen motor, y ofreciera más de lo que mi padre estaba dispuesto a pujar por él. Acaso Percy y yo habíamos defraudado al padre, pero la verdad es que, cuando ya no eres un niño, destrozar un auto no es lo mismo. Y encima, con permiso. ¡Peor!: por obligación. ¿En qué cabeza cabe?

A Tarzán, ¡ay noble Tarzán!, le llegó la hora de dar su último adiós a la calle Duimovich y a sus peripatéticos amos, y lo hizo —se me parte el corazón al tener que recordar— de la

forma más humilde. Perdidas las fuerzas, el apetito, el soplo vital, se escondía bajo nuestro coche, frente a la puerta de la casa, que es lo más apartado que su cuerpo macilento lograba arrastrarle, apesadumbrado de que su fea y enferma sombra, su sucia pelambre, pudiera ofender nuestros ojos. Se negaba a ser un estorbo el que siempre había sido nuestro más solícito amigo y defensor. Mi padre quiso aliviarle el dolor, cual hacen con los caballos en su país, y nos mandó sacarlo del triste lecho último y entrarlo en la casa. Apareció un recio martillo. El déspota de mi padre pretendía, para colmo, inculcarnos una lección de hombría al ordenar que el sacrificio lo llevara a cabo uno de sus hijos. Horrorizados, Percy y yo dijimos que ¡nunca jamás! Verdad era que habíamos matado gallinas de las que criábamos en el terrado, colocando la cabeza debajo de una tabla y tirando del animal hacia arriba hasta arrancársela de cuajo, para soltar el cuerpo luego y ver cómo correteaba decapitado sin rumbo, aleteando; y lanudos conejos, de un certero golpe de kárate en la nuca; era verdad que no dudamos en cazar pajarillos con los vecinos, con sus redes, con cepos y aún con escopetas de perdigones; verdad que nos subíamos con varas de madera a todo lo alto de las murallas del Cerro de San Cristóbal, aprovechando aquellos agujeros simétricamente emplazados que ya tenían las murallas, y atrapábamos los vencejos, que llamábamos *aviones*, de esta guisa, y les arrancábamos la negras plumas tras retorcerles el pescuezo (¡qué horror!); verdad, en fin, que le habíamos quitado la vida a miríadas de peces, y moluscos… y a las ranas de las balsas les disparábamos para ofrecerle las ancas fritas a *Daddy*, el señor de la casa…

¡Pero matar a Tarzán!

Él mismo lo hizo al final, tras hondas vacilaciones, ¡pam, pam, pam! Y los tres llorábamos alrededor, y Nena y las niñas al fondo de la casa en el comedor, ellas también lloraban, y los vecinos, que nunca se fijaron en el saco que mi padre metió en el maletero con una pala y que llevó lejos, a enterrar, ellos también lloraron. Y la calle quedó un poco más sola y silenciosa y triste sin Tarzán.

Después de Tarzán nunca he tenido un perro.

Ahora prefiero que corramos un tupido velo y cambiemos de asunto y de capítulo.

Capítulo 12. Almería 6: Tabernas y disparates

[TEXTOS XII]

El Generalísimo Francisco Franco Bahamonde, todavía el hombre más malentendido del mundo, y la Iglesia Católica, el grupo más malentendido. Aunque Franco fue practicante sincero, y condujo con toda probabilidad la última Santa Cruzada, los temas no están muy relacionados excepto en mi propia mente y experiencia. Él fue un líder político, no religioso [...]

[...]

En España la vida parecía ser como debía ser la vida, tan agradable y sin prisas que yo me vi con nietos en la escuela antes de quitarme el sombrero. Y allí gradualmente aprendí la verdad oculta sobre las escuelas americanas, a las que brevemente yo había asistido y enviado a mis niños. La forma elemental de esto, Watson, no tenía nada que ver con la escolaridad. Yo era la personificación del texto relleno de folclore arcano. Todas una retahíla de inútiles *errata* que yo sabía que eran ciertas y no lo eran en absoluto. Aquellos de nosotros que fuimos [a España] esperábamos sentir castañear nuestros dientes de horror ante las suculentas escenas, evidencia de prejuicios raciales y de vil fascismo. En España no te encuentras estas cosas cuando vas, donde los encuentras es en casa [Los Estados Unidos]. Digamos que te topas con los brutales policías, a lo mejor con metralletas, mantienes una charla con ellos, y ellos o vosotros os marcháis por vuestro lado. De seguro que vuestro grupo se sentará inmediatamente y os miraréis maravillados. Deben de haberles ordenado tratar a los extranjeros así. Dios, qué duro ha de ser para los polis. La esposa dirá: —A lo mejor soy yo por lo guapa que soy —y es que tú te has dado tus buenos topetazos de frente con los brutales policías allá en casa. Lo harás cien veces, pero acá nunca hallarás a un “religioso” cargado de prejuicios, ni siquiera las monjas parecen gente “religiosa”. Cada día nos asombramos desde alguna perspectiva nueva ante el modo de vida tan libre y desinhibido, no el de las monjas, naturalmente (aunque

son muy alegrotas ellas), en las ciudades. Las puertas abiertas de par en par y un singular desparpajo con las posesiones, fogatas en las calles, alegres serenatas a altas horas de la noche y los niños aún levantados, orinar casi en cualquier sitio sea del sexo que seas sin despertar interés ni comentarios. España definitivamente presentaba desajustes pero no dureza ni religiosa ni política.

[...]

Es difícil elogiar a Franco y que te escuchen. Como mucho, algunos al final puede que admitan que a pesar de todo él consiguió hacer algunas cosas positivas, pero quitemos eso de en medio, no puede ser, fuera. No sugiero que lo hagáis. La cuestión pertenece a España exclusivamente, y naturalmente Franco está ahora muerto. Se me saltaron las lágrimas cuando me enteré en mi mísero hotel asiático. No lágrimas copiosas, ni unas poquitas bien escogidas, sino a solas allá en mi cuartucho. Sin embargo me oyeron y se burlaron de mí, y lo discutimos por encima de las particiones que formaban las habitaciones en ese cuchitril en el fin del mundo, la base de este fragmento. Para mí parece absurdo suponer a Franco como algo menos que un milagro. Ningún otro ser humano habría podido controlar la labor que él realizó, no diferentemente ni un poco peor y todas esas babosadas, sino simplemente controlarlo y punto. Y una labor tanto mejor realizada cuanto que la dejó terminada. En España naturalmente.

¿Qué tipo de monstruo era? Un intelectual con *conojes*,* bajito, rechoncho, y cansado. [...]

Me apenaría profundamente también ver el concepto franquista de sindicato desaparecer, aunque a lo mejor lo hace. Todos los que lo contemplan desde fuera reaccionan ridiculizándolo y con muecas de desprecio. ¿Fue realmente el sistema unionista americano lo que produjo los altos salarios y la productividad? ¿La que estipula que los empleados y patronos son enemigos de sangre irreconciliables? ¿Y funciona este programa en algún otro sitio, en cualquier parte del mundo? Cabe la posibilidad de que los dos grupos que existen en cualquier industria comparten muchos intereses comunes (la

* En castellano en el original. Nota del traductor.

hipótesis española) y habría que prestar atención a arreglos mejores y más perdurables. La cabeza y el cuerpo persiguen los mismos goles.

En cualquier caso ocurrió un milagro económico y político bajo Franco como bajo una gallina. Los trabajadores poseen orgullo y dinero, y muchos privilegios que otros ni disfrutan ni tienen esperanzas de disfrutar. No pagan impuestos, no se le puede despedir sin causa grave, medicina gratis, y una jubilación liberal sin contribuciones. No se consideran explotados ni tienen que llevar encima la etiqueta del rencor.

* * * * *

En Almería se venía rodando una media de 40 películas al año o más, y primero el padre, y después yo, hicimos todo lo posible para que los dos hermanos fuéramos contratados en algunas, durante el verano, aunque fuera de extras, y es que participaron en los rodajes hasta los gatos. Mi padre se habría apuntado también si no fuera porque había que presentarse al lugar donde se hacía la selección a las cinco o seis de la mañana, sin ninguna garantía de que te escogieran. Y por otro lado, por muy de película que fuera la cosa, era curro, y eso le podía provocar una alergia o algo. Mejor quedarse en casa y en la cama.

Fue Percy el más beneficiado, por su estatura y físico, pues decían, y era verdad, que se parecía a Troy Donahue (en almeriense pronunciado "Donágüe"), y le ofrecieron muchos papeles de doble de luces, y a veces hasta apariciones breves en la película.

Con todo, yo conseguí el trabajo mejor, pues me convertí en el recadero de la oficina de Producción para una película inglesa. Mientras los demás tenían que estar al pie del cañón, de madrugada, para ser transportados en autocares al rodaje y a la solanera del Campo de Tabernas, yo me presentaba a las nueve y pico en la oficina de la calle San Francisco de Asís, cerca de Correos, y me tiraba el día mirándole las braguitas a la minifaldera de la secretaria. ¡A dónde hemos llegado… y adónde llegaremos! La minifalda acababan de sacarla los ingleses y yo ya la estaba disfrutando en Almería, para que luego digan que las cosas van lentas en Andalucía. La principal ocupación de la jovencísima secretaria de producción era tenderse en el sofá bebiendo refrescos y haciendo comentarios sobre el calor que hacía en la calle. Con aire acondicionado y yo derritiéndome… y es que vaya *show*. Teníamos cuenta ilimitada de gastos en la Gamba de Oro y la mía era la única jeta conocida en el bar, y no en toda su extensión, pues entre otras cosas yo llevaba un flequillo como el

tipo ese de la película de los Bravos, *Los chicos con las chicas*, siempre soplándomela para arriba. Cuando llegó la feria de agosto no tuve excesivo regomeyo en henchir la cuenta con unas cuantas botellas de champán para beber con los amigos de jarana. El camarero tuvo que aceptar, no sin una mueca socarrona, que yo estaba haciendo horas extraordinarias. ¡Y anda que no!

Entre las mil anécdotas y chascarrillos que cuentan de los rodajes, cabe mencionar aquél en que le pagaron a un gitano cinco mil pesetas para que Anthony Quinn le pegara un cate, y que como le partió la mandíbula, salió el gitano corriendo detrás de él con su navaja trapera que lo rajaba de abajo arriba. Eso fue al lado de la Plaza Vieja. Habían disimulado las fachadas de las casas almerienses, incluida la del bar Casa Pepe, con decorados al estilo de los palacios musulmanes. En esos días te paseabas por la ciudad y no estabas seguro de si seguías en Almería o no. No me extrañaría que mi padre no pudiera encontrar su bar favorito durante una semana. Pura magia.

También estuvieron en Almería Paul McCartney y John Lennon, de quien se dice que compuso *Strawberry Fields* aquí. Eso sí que fue magia. A dónde va a parar una cosa con la otra. Sería el sol y el desierto. O el L.S.D. y la grifa. O a lo mejor es que como iba en esas limusinas con las ventanas tan negras nunca llegó a ver nuestra capital.

A un amigo nuestro le pusimos de mote el Ketchup, con acento en la “u”, como mandan los cánones de ortografía. Supongo que una de las razones sería porque se llamaba Jesús, pero el motivo principal fue por haber trabajado en *Sol rojo*, que protagonizaban Charles Bronson y Toshiro Mifune. Su papel fue estar tumbado en un vagón de tren haciendo el muerto con un pegote de pingajos rojizos o vaya usted a saber qué sobre la barriga como si se le estuvieran saliendo las tripas. Y es que tenía una cara de película, una cara *dura* a más no poder. Con esa *jeró* podía trabajar en cualquier película que quisiera. Su suerte para los rodajes era tanta como la del mismísimo Habichuela, otro mítico peliculero, hombre “chiquitillo pero recarcaíllo” que llevaba barba a lo Steve Reeves, el que hacía de Hércules.

Pero luego, como era un vago, siempre llegaba tarde al lugar donde escogían a los extras o caballistas que iban a necesitar ese día. El Ketchup acabó por convencerse de que era guapo. Solía pasear arriba y abajo por la playa todo el santo día mostrando esa increíble dureza de cara a las bañistas, pero no se comía una rosca. Lo más probable es que la cara se le fue endureciendo a base de los palos que recibía por lo pesado que se ponía cuando bebía. Refuerza esta hipótesis el hecho de que a cada tres por cuatro aparecía con un brazo o una pierna escayolada.

Íbamos una mañana caminando entre bar y bar, y aparece el Ketchup, a media manzana de distancia, haciéndonos señas.

—¡Vámonos rápido, que viene el Ketchup! —apremiaba el líder de nuestra comitiva, que había estado viviendo en Suecia y era experto en hacerse, cuando no el *longui*, el sueco. Aceleramos el paso. Ahora tendríamos que encaminar nuestras pisadas a “Ca Tonda”, en lugar de La Reguladora, si no queríamos que nos diese alcance y nos fastidiase una mañana espléndida.

—¡Esperarme, joder, que no puedo correr! —suplicaba, mientras lo dejábamos atrás, con tres palmos de narices. Siempre andaba tieso de dinero. Pero más tiesa andaba su pierna, con tanto yeso. ¡Ay Ketchup!, si es que no había forma.

Una madrugada, que ya habían cerrado todos los bares, va y le entra algo, un dolor de los que no se pueden aguantar. No le había dado antes en el bar, por supuesto, le da ahora. Lo llevamos a la Casa de Socorro, en la Plaza San Sebastián. Nos sientan ahí en una banqueta y a esperar. Y esperar.

—¡Tírate al suelo, Ketchup! Verás como te atienden —pero él se queda muy peripuesto con esa cara tan superdura, si acaso quejándose una chispa. Seguimos insistiendo. Por fin, viendo que la cosa no prosperaba, cede sumiso y se tira sobre las blancas baldosas. La martingala funcionó. Al minuto ya lo tenían en la camilla examinándolo, con una buena inyección de Valium en el brazo. Todo solucionado.

Quisiera hablar de Percy por un corto trecho, y de cómo me llevaba con él. Sin la entrañable presencia de Percy, tanto la presente historia como mi propia vida carecerían de un ingrediente esencial, incluso me atrevería a decir que no tendrían sentido. O. G., Percy y Erik… cabal trío.

Como habréis sin duda advertido, los dos hermanos siempre hemos estado muy unidos, hasta el punto de necesitarnos mutuamente si aspirábamos a sobrevivir los traumas de ciertos transplantes radicales de cultura. Lo cual no obstaba para que tuviéramos nuestras encarnizadas peleas como todos los buenos hermanos las han de tener y es ley de vida. Un fenómeno corriente y moliente en definitiva. Yo siempre llevé las de perder, al no aventajarle en ningún área que se me pueda ocurrir en estos momentos… acaso en ser algo somormujo o zorrillo, y él más noble. Al menos eso dice la Mami, y algo de cierto habrá puesto que la fama aún perdura, y por el mero hecho de haber sobrevivido para contarlo. De chico mi arma principal era encerrarme en el váter y esperar que mi acosador se cansara de acechar fuera, o intentar dialogar en vistas a un tratado bilateral de no agresión. Bueno, bilateral, ¡já, bilateral…! Una tercera esperanza es que viniera algún adulto, pero entonces no había garantías de que en cuanto nos viéramos solos no me caería una lluvia de palos y no del cielo precisamente. Y si me negaba a salir me las vería y desearía para comunicar a aquel adulto la imperiosa necesidad que tenía yo del váter, y no estaría mintiendo. Peor todavía: cabía la posibilidad de que Percy se fuera de la lengua y contara cómo había empezado todo, pues lo normal era que el culpable hubiera sido yo. En los años medios, habiéndoseme quedado chico lo del retrete, no tenía ningún recurso sino poner tierra por medio o mirar entre mi impedimenta a ver si llevara alguna pistolica lanza flechas encima, y con suerte cargado, lo que no era nada probable. La otra opción era rezar por que la tunda fuera medianamente liviana. Pero al final hallé la solución, y desde entonces las victorias siempre han sido mías. Menudas las palizas que se ha llevado el malandrín… ¡en mis sueños!

Acabada la digresión, continúo.

Percy empezó a traer a casa a sus amigotes. Allí había bebida gratis, y a mi padre le gustaba platicar con ellos, pues estos amigos eran *intelectuales* amén de beodos. Un filósofo artista, aquél que arriba dije que había vivido en Suecia, y cuyos ídolos eran Kierkegaard y Nietzsche; otro comunista, carne de prisión franquista; uno puro lector-intelectual ecléctico y bonachón, siempre sonriendo, siempre a dos vientos, del cual oí que había estado internado luego en un sanatorio, en Huesca. Otros en fin, que eran o rebeldes o borrachos de diverso plumaje. Pero estos tres primeros, junto con mi hermano, podían considerarse los personajes centrales del clic. Eran éstas las horas preferidas, los grandes momentos de Olin, veladas de vino y charla filosófica, especialmente porque ya tenía con quién discurrir y disputar, un público aficionado al buen hablar y mucho beber. Todos permanecían atentos a su desatinado y rocambolesco razonar.

Yo tengo que confesarlo: envidiaba a aquellos —para mí— sabios. Les tenía admiración y rencor. El culto a la mente. Mi meta suprema en la vida se fijaría en aquellos años: ser pensador, un razonador culto y elocuente, por cualquier método que pudiese hallar. Sin embargo, todos los caminos se me antojaban inaccesibles. Por otro lado me decía a mí mismo y como para consolarme que mi hermano bien poco tenía de intelectual; era su avidez por tragar el líquido báquico y no otra cosa lo que lo unía a aquella élite. Un par de años antes su mejor amigo había sido una especie de “musculitos”, y se solían reunir los dos en un sótano-gimnasio improvisado a formar masa muscular con pesas, tensores y aparatos de todo tipo, y se tiraban las horas muertas hablando de bíceps, tríceps y deltoides, y tonterías afines. El chaval llevaba el étimo *Belza* inserto en algún lugar del apellido, y yo, para tomarle el abrillantado pelo, pinté un bodegón al óleo en que se enseñoreaba, como elemento central de la composición, una hermosísima col de la huerta.

En cuanto a mí, por aquellos años mi cuerpo y mis hábitos me llevaban por derroteros muy diferentes al de fomentar el intelecto. Sólo quería divertirme y buscar amigos de chistes

graciosos y faldas, faldas, faldas. Abrimos los chavales un pequeño club de fines de semana para montar nuestros propios bailes al son del picú. Años de Beatles, y también de Adamo, Los Bravos y Los Brincos, Karina, BeeGees, los Rollin', Tom Jones, Bob Dylan y Joan Baez, los Relámpagos, los postreros coletazos de Elvis... De bailar pegados y buscar el beso y con suerte un magreo en el encortinado cuarto de la bombilla roja. ¡Qué ilusión, qué chulo que quedaba uno, que se te bufaba el pecho y te daba cosquillas por todo el cuerpo! Vermú de garrafón para ponernos —a nosotros, y con un mínimo de suerte a las chicas también— a tono.

O. G. declaró que su hijo Erik tenía amigos idiotas. ¡Vaya injusticia! Yo rabiaba, pero bailaba, y bebía vermú, y paseaba por el Paseo. El Tontódromo. Y me enamoré de una chavalilla preciosa, de la que no era respondido, al menos inicialmente, lo cual la hacía tanto más atractiva, deseable e inalcanzable. Yo suspiraba por ella.

Después de mis peripatéticos garbeos entre los míos, esa juventud despreocupada y alegre, tan tremenda y sanamente gregaria, me afanaba por ser aceptado y poder pasar el rato con los amigos mayores de Percy. Casi siempre sabía cuándo los encontraría en La Oficina, una de sus tascas favoritas, en la calle Granada, y donde siempre había una silla libre para cualquiera que quisiera sentarse, con tal de que cumpliera con la regla no escrita de contribuir con medio litrillo o dos. A mí me costaba hacer bajar el vino blanco al principio. ¡Qué malos tragos tiene uno que pasar en esta vida!

Luego le fui tomando más afición. Sí, en efecto. Pero en mi vida almeriense esta afición sólo la llegué a desarrollar en toda su plenitud durante las Navidades —¡Ay, si yo os contara, con el aguinaldo y lo que no era el aguinaldo!— y la Feria de agosto.

O en ocasiones especiales. Un compañero mío y casi vecino, pero de los que estudiaban, quiso apuntarse conmigo a hacer un viajecito por esos mundos de Dios de los que mi padre solía alentarme a hacer al acabar el curso, si lo acababa con éxito, se entiende. No sé por qué pero Percy nunca quiso aprovechar esta invitación anual a un pequeño dinerillo y aventuras

a manos llenas, líos garantizados; sólo tenías que poner el dedo y largarte a mundos nuevos y extraños: Barcelona, Mallorca, Ibiza… Sería que estaba noviando el chalao. Yo por mi parte tengo todo un libro de sucesos que me acaecieron, y por ende no están incluidos aquí, pues este libro que tenéis aquí en las manos trata no de mí sino de mi progenitor, y la ciudad de Almería.

A lo que íbamos.

Mi amigo, Luis de nombre, que en el fondo tendría pánico de llevar a cabo un proyecto tan aventurado y a pesar de que la mayor parte de los gastos, nunca excesivos, correrían de mi cuenta, sugirió que nos podrían prestar equipamiento de viaje —macutos, cantimploras y tal—, en la Organización Juvenil Española, la O.J.E. Bueno, a ver. A mí me huele, mirando atrás, a que Luis ya intuía lo que iba a venir. Llegados a la oficina, nos dice un Mando que había ahí que lo que nosotros en realidad deseábamos era apuntarnos a un campamento de verano cuya partida era inminente y que disponía de plazas vacantes, que fuésemos y se lo consultásemos a nuestros padres. A mi coleguilla, que sólo tenía madre, una pobrecita viuda, pareció hacerle ilusión aquello del campamento.

—Pero si yo no soy de la O.J.E. Ni siquiera soy español —le dije al mando.

—No importa.

—No tengo ni el traje o uniforme, o como lo llaméis.

—Nada, nada. Te lo proporcionamos *todo* —insistió inamovible. Cuestión resuelta y zanjada y no se hable más, era su mensaje. —Yo no sé lo que me dirá mi padre —le decía a Luis, —con esto de que vaya su hijo a un campamento controlado por la O.J.E., un tinglado de la Falange franquista nada menos. ¿Y no me comerán el coco?

Fue todo lo contrario, O. G. encantado con la O.J.E.: menos dinero para su bolsillo y el hijo, supervisado.

Llegamos al campamento, que estaba situado arriba en las montañas de la Sierra Nevada, pasando Laujar y subiendo por las escarpadas laderas de la cara sur del Mulhacén,

en medio del verdor de los pinos.

El *Cara al sol* por la mañana al despertar, yo con un uniforme enano de la categoría *flechas*, al que sobrepasaba en cuatro años y bien que se notaban, que tuve que llevar otros pantalones no reglamentarios, cortándole las piernas a los míos de calle. No me podía ni abrochar los botones de la camisa gris —y que por tanto no era azul, ni tan nueva, y ni tan bordada, como alegaba la canción—, pero no había otra cosa; tampoco me permitieron lucir el uniforme de *cadete* y pretender que yo ya lo era, a pesar de que la mayoría de los cadetes presentes eran más pequeñitos que yo, porque para serlo antes tenías que haber sido *flecha*. Lógico. Tiendas con plazas para seis chavales, repartición de tareas por escuadrón y por turnos, etc. No estaba mal. Lo mejor de todo fue al llegar la noche. Éramos los Almogávares, y alrededor de la fogata, entre himnos y cánticos guerreros e historias gloriosas, se preparaba el *O zurrón*. El O zurrón era un brebaje de licor y hierbas que debía llevar dinamita dentro, pues antes de llenar el gran cuenco (media cáscara de coco, que también tendría su nombre raro pero que ahora no me acuerdo) para que bebiéramos en círculo, se prendía fuego a la pócima, que ardía. ¡Vaya si ardía! Yo para mí que eso era desperdiciar gradillos de alcohol, pero así era la ceremonia, qué le vamos a hacer. Entonces sí que cantábamos a viva voz, y luego venían los chistes y a la cama a dormirla. ¡Viva el Movimiento Nacional! Hicimos una excursión a Paterna del Río, pueblo escondidísimo en la montaña al que la civilización apenas había llegado. Claro que al no tener la carretera asfaltada ¿cómo había de llegar? Figúrense si tendría atraso el pueblecito que recientemente, treinta y cinco años después, muchos de plena democracia, un señor del lugar, que quería echar abajo una pared de su vivienda para hacer ampliaciones, va y se encuentra, oculto por un falso tabique, un voluminoso y exquisito —según unos vecinos que lo vieron— manuscrito del siglo XV, creo, escrito en caracteres árabes, y ¿qué hace? ¡Lo quema! Puro estilo Cisneros. Apuesto a que, muy democráticamente, a ese canalla no le ha hecho nada la justicia. Nada ha cambiado. Se organizó un baile con picú en la plaza del pueblo ante la

iglesia para que las mozuelas lugareñas pudieran alegrarnos el alma, el cuerpo, y el corazón guerrero.

Al día siguiente, ya de vuelta al campamento, tocaba ir de marcha en la dirección contraria, hacia Canjáyar, pero yo tenía una herida en el pie y conseguí convencer a los jefes de que me dejaran arriba en el monte, curándome. Eran muy campechanos los mandos, y cándidos, porque esta marcha era de tres días. Yo sólo tenía que bajar dos kilómetros a recoger mi comida y todo el resto del día a explayarme por mi ancho reino individual en medio del bosque. Cuando volvieron, entonando canciones patrióticas como el *¡Ay Manuela!* —una variación en plan mofa del *¡Ay Carmela!* republicano— me encontraron tumbado en la hamaca del jefazus máximus con el garrafón de los mandos al lado.

—Pero Erik, ¡si te has bebido toda la garrafa de *laujarati*! —con este apelativo honrábamos al espléndido vino de Laujar— ¿Cómo es posible?

—Hombre… ¡algo había que hacer! —y lancé un hipo.

Esos son mis recuerdos de la O.J.E., y mi aportación, que el que más y el que menos está dispuesto a colaborar en lo que haga falta y en la medida que uno puede.

Otro acto patriótico, casi, era celebrar la Feria de Almería bebiendo. El muchacho que no lo hiciera mal podía llamarse en propiedad almeriense.

Una apacible aunque no serena madrugada amanecí en el muelle, cerca del ferial, tras una noche loca de aquellas de feria, dedicada a ganar copitas de moscatel a los tiros, jugar en la rifa —ilegal— de dados de Pepe el cojo, beber fino manzanilla y vomitar con los colegas en el parque, y para redondear la noche empelotarnos y tirarnos a las aguas del puerto desde el búnker de cemento que se erguía junto a la escalinata principal del muelle… Cosas todas éstas muy sanotas, como cualquiera puede apreciar. Al despertar hallé que había dormido cobijado entre una viga y el célebre, el único e incomparable Luis el de los perros. Se había echado a dormir junto a este juerguista borracho, tras meterme el reloj en mi bolsillo.

—Muchas gracias, Don Luis.

—Nada hombre, a mandar, y saludos a su señor padre.

—Vale. Yo se los daré.

Uno de mis amigos, el mejor que tuve nunca, era Lolo. Ya hablé de él con anterioridad, en referencia a un problemilla que tuvo en el cuello, y de cómo se lo curó con una pastilla de la colección de mi padre, el americano de Almería. Conocí a Lolo, cosa curiosa, bebiendo batidos de leche *Puleva* durante un rodaje cinematográfico en la Plaza de Toros, en concreto el de *El valle de Guangi*, en que se suponía que un dinosaurio Ray-Harryhauseniano escapaba de una plaza de toros de la Ciudad de México. James Franciscus estaba ahí dándose de besos con la actriz protagonista. Trabajé un día de extra para esa película y en lugar de correr con la chusma nos escondimos unos cuantos arriba en las gradas a contemplar cómo tres mil personas se lanzaban frenéticas hacia las salidas al son del megáfono del director. Y es que estuvieron repitiendo la escena todo el santo día. Mi hermano fue más listo. Vestido de levita y todo fue y se largó a la playa. El control que llevaba esa productora sobre sus extras dejaba mucho que desear.

Lolo era la encarnación perfecta de lo que mi padre consideraba banalidad y mentalidad cerril o falta de luces. Mas este amigo, chico de pueblo de montaña almeriense y todo que era, tenía una facultad extraña: la ósmosis. Se convertía en lo que le rodeaba. Horas, días, meses pasados con los intelectuales de la panda de mi hermano y terminó adquiriendo el título de “Gran Maestro”. Así, ni más ni menos, lo llamaban. —¿Dónde está el Gran Maestro?—, —¿Ha venido el Gran Maestro hoy por aquí? —etc., etc. ¡Cómo recuerdo esas veladas! Toda la tarde en una tasca recóndita de la chanca, con su ventanuco que daba al puerto, ambiente fresco en el cuarto para nosotros solos, y en el exterior el abrasador verano. ¡Ay, y qué difícil resultaba llegar ahí con las calores de las cuatro de la tarde! Los medios litros de vino blanco en botellas de Marie Brizard, a siete pesetas y media (un duro y diez reales) y con tapas de habas con bacalao. El eternamente risueño dueño había nacido en

1898:

—El mismo año que Federico García Lorca —manifestaba.

—Entre otras cosas —añadía alguno de los nuestros. Pero el hombre se bastaba y sobraba con su propio punto de referencia.

Esas veladas, sin el Gran Maestro, no eran las mismas. Hablaba poco, pero atención cuando lo hacía. Los sabihondos no daban por zanjada ninguna cuestión antes de recibir la opinión, el dictamen final e irrevocable, del Gran Maestro, en aquellos asuntos de filosofía idealista peri-Hegeliana, de Heliogábalo, de los indios guaraníes, u otras ponderosas y grávidas materias que tal vez afectaran al orden mundial. Ese día había comenzado la cosa por Plotino, no veas el Plotino, y derivaba por derroteros aleatorios como solía ocurrir, marcados por el espíritu del momento, el grado de bienestar y el medio ambiente, aunque este último raramente variaba:

—¿Es verdad, Maestro, que el concepto de alma como ente inherentemente autárquico e irreductible con la heterogeneidad es axiomático, y por ende queda excluida y descartada, en sí y por sí, toda proposición preternatural de *élan* o soplo cual pretenden algunos, ni que exista un antes ni un después con sus ineluctables incertidumbres y concomitancias colaterales?

—Indubitablemente —susurraba el Gran Maestro, los dedos de una mano sobre la barbilla, mientras con la otra mano frotaba, siempre tan suavemente, los pelillos de su barriga, ya que tenía desabotonada la camisa según era su costumbre—. Pero un buen soplo de vez en cuando no viene mal.

Y todo quedaba dicho. Su favorito era el Sartre del *Ser y la nada*, pues como epistemólogo era, más que un lince, un auténtico hacha. Nunca le hizo falta leer ninguno de los libros, pues para eso están los amigos.

Fue a ver el *Violinista en el Tejado*, como fuimos todos. Y allí estaba entre nosotros Topol:

—Iiif ay güera rích ma... de bu de bi dubidubidubidubidúuuu...

Unos meses después teníamos delante al Mal-lo Brando de *El Padrino,* mesándose la mejilla mientras bajaba la mirada lánguida a la zona de su vaso y tomaba decisiones de vida y de muerte. Ósmosis total.

Mas todo lo bueno, lo excelente, lo irrepetible tiene que acabar, y él, por hacerle la contra a su padre, fue a fusionarse con el suelo de su patio. Cinco pisos. Su padre me habría matado a mí, pero yo en esos trágicos días de la defenestración estaba ya residiendo en Granada, donde me enteré del fatal suceso. Querría haber ido al entierro, pero fui cobarde, y tampoco desee causar más dolor.

De Percy y sus aventuras podrían llenarse volúmenes enteros. Naturalmente tendría que ser él mismo quien contara estas delicadas sutilezas ya que es quien las conoce mejor que nadie. Tal vez logremos entre todos animarle a que no sea tan cachazas y lo haga. No sería una mala secuela, o alternativa, a *El americano de Almería*.

Unas pinceladas os ofrezco para que os hagáis una idea.

Se subió con sus colegas a coger una cogorza en compañía del Cristo del Cerro de San Cristóbal una noche. Existían unos boquetes superficiales, dentelladas más bien, esculpidos a cincel en uno de los pilares inclinados de la parte de atrás del monumento, en los que si eras muy hábil podías apoyar los pies y así subir adonde no está permitido subir. No resultaba fácil escalar ese pilar, casi vertical y tan liso, ni siquiera estando sobrio y libre de equipaje, y bien cargados, en ambos sentidos, que iban los guripas; su afán por llegar al Cristo debió ser fenomenal. Si esa noche los llegan a pillar después de lo que pasó vaya paquete: y lo que pasó fue que se apagaron toditas las luces y las farolas del cerro. O sea, que Almería estuvo tuerta de un ojo esa noche. La bombilla causante del apagón, una señora bombilla donde las haya, quedó de recuerdo en el armario de nuestro cuarto en la casa de los Waldenstone. Es de esperar que el estatuto de limitaciones habrá cumplido para esta suerte de faenas. Amen.

En otra ocasión llamaron varias veces y cambiando la voz al periódico *La Voz de Almería*, diciendo entre aspavientos que habían visto un platillo volante. Naturalmente, al día siguiente salió publicada la noticia. Pero lo más gracioso fue lo que les dijeron desde la redacción:

—¡No se preocupen! ¡Ya tenemos un equipo arriba en nuestra terraza! —pues nada, tranquilos.

Comenzó Percy a tener problemillas con las litronas y con las "losas" que dejaba en los bares. De vez en cuando no volvía a casa en tres o cuatro días, o más. Uno de los sitios donde iba la panda lo llamaban "el Tío de la Manga", porque era el dueño de bar más permisivo de toda Almería. Tenía el Tío de la Manga un patio tapiado en su bar, que estaba en Los Molinos. En este patio les ponía al grupo una jaula entera de doce botellas de vino al lado de la mesa, con otras jaulas preparadas si fuera menester, y hacían concursos a ver quién tumbaba al resto bebiendo. Yo fui breve testigo presencial de alguna de estas sesiones y era horroroso. ¡Las cantidades de bebida que aguantaban los tíos! De noche les ponía el dueño las mesas alrededor y las sillas encima de éstas, protegiéndolos contra el rocío matinal, y a dormirla hasta la mañana siguiente, cuando abriera. Luego podía ocurrir que se fueran todos sin pagar, o pagando sólo el primer litro, diciéndole al buen hombre que les apuntara el importe de lo que se había consumido en sus cuentas, a partes iguales, que ya le pagarían. Si eso no es tener manga yo soy chino.

Los problemas de Percy no eran tanto de la bebida, sino de índole económica, o como dicen hoy en día: de *cash flow*. Había alcanzado el tope de su crédito en una docena de bares, incluido el del Tío de la Manga. No había suficiente manga, ni manguera, para Percy.

Percy se buscó un trabajo midiendo terrados para el Ayuntamiento en vez de asistir a sus clases de PREU. Pero el Ayuntamiento nunca pagaba, siempre dando largas a los pobres ilusos que trabajaban para la institución, y O. G. acabó por mandarlo a América, a ver si allá hacía algo de provecho con su vida.

Unos años antes mi abuelo el médico, el cual nos había visitado en varias ocasiones “de paso” que acudía como invitado de honor a alguna conferencia en Estocolmo, Ginebra o Berlín, se había ofrecido a costearnos un verano en Minneapolis. Así reaprenderíamos nuestro “oxidado” inglés. Mi padre, cabezón, dijo que de acuerdo, pero que tenía que ser por barco, cuando eso ya no se estilaba. Vamos, que no se veía ni en los tebeos. Además, nos habríamos tirado la mitad del verano nada más en llegar y en volver. Su truco funcionó: no fuimos, y encima conseguía encabritar de lo lindo a su padre del alma.

En una de las dos o tres visitas que nos hizo el abuelo alquiló un coche en Málaga, y como hacía años que no había conducido más que coches automáticos, no daba pie con bola con el embrague. Mucho bisturí y florituras quirúrgicas y todo eso, pero para cambiar las marchas de un vehículo estaba perdido. Total, que hizo todo el trayecto en segunda. Y mira que la carretera de Málaga en los años sesenta tenía miga, que costaba media hora llegar a Aguadulce desde la capital.

Percy pues, se fue para América, que no había pisado desde que fuera un chavalín de nueve años. Pero a los pocos meses estaba de vuelta en Almería. Se casaba. Antes de marcharse había dejado encinta a su novia. María se venía oliendo que eso exactamente era lo que sucedería, y fue una de las razones principales por las que insistía en que había que enviarlo a América. Demasiado tarde. Tampoco hacía falta ser vidente para ver venir la cosa. Percy se la traía a casa y no para sentarse en el salón a hablar del tiempo, que en Almería es perderlo, sino que se encerraban en nuestro lindo cuarto. Dudo yo, y de vidente no tengo nada ni lo pretendo, que una vez allí la litera quedase vacante, ni que cada cual se iría a una cama diferente, que es para lo que sirven las literas.

Después de la boda se volvió a América con la nueva esposa, pues estaba matriculado en la universidad.

A mi me tocó ir a Granada a estudiar Filosofía y Letras. A los almerienses nos gustaba decir que Almería se había quedado ya sin profesores que nos pudieran enseñar nada.

Pobres, los jóvenes almerienses de hoy. Ya no tienen la excusa de la universidad para escapar del regazo familiar y venirse a Granada a echar una cana o veinte al aire. Aunque con las costumbres licenciosas de hoy, de marcha y botellón, supongo que poca falta les hace. Más bien serán los padres los que desearían poder mandar bien lejos a sus hijos de una puñetera vez. Y es que antes había más control. En mis tiempos…

Emancipados pues los dos hijos grandes, en Almería quedaba Olin Griffin con su esposa María y sus tres hijas. El cuarto, el niño Gus, no había nacido aún. Sólo meonas.

CUARTA PARTE:

El desenlace

Capítulo 13. Almería 7: Tormentas y tormentos

[TEXTOS XIII]

Existe la violencia en el mundo y en abundancia. Generalmente a las personas que piensan así se les calumnia, se les pone verdes con regularidad. El método aprobado es reconocer muy poca violencia y ésa al borde de la extinción. Hoy [creer en la violencia] es un anacronismo.

Geoges Sorel escribió un delgado volumen llamado *La teoría de la violencia* y no muchas personas lo aprueban. Tanto Hitler como Mussolini lo aclamaron con entusiasmo, pues sus obras habrían quedado inconclusas sin este pequeño manual de instrucciones. Sorel causó una guerra mundial simplemente a base de presentar un pequeño volumen de evidencia de que todos los gobiernos han sido instituidos por la fuerza y continúan en el poder gracias a la violencia y la amenaza de violencia, fenómeno atenuado e institucionalizado en las democracias. Compendió muy bien su tesis, limitándola a las páginas de un sólo libro. Supongo que la violencia cruda le fascinaba, pero estaba lejos de ser un rufián, y nunca decidió ir a conquistar el mundo. Estimaba en poco a la sociedad y sus métodos. Y sin embargo a semejanza del amable Dr. Frankenstein, quien estudió la vida y no la muerte, lleva encima el cruel estigma de la guadaña de la muerte. Su colega Koch cayó embrujado por la fiebre del coño (fiebre puerperal en la mayoría de los libros) y se convirtió en un gran hombre cuyas investigaciones permiten a millones más de madres sobrevivir el posparto, creando así nuestro actual problema grave de exceso de personal. No es lo que hace el genio, sino lo que los demás hacen con él, lo que cuenta.

Desde luego a Adolfo y a Benito les fueron bien los negocios por un rato. Tal vez nos concierna a nosotros, buenos sujetos, averiguar las causas.

Mucha es la violencia explosiva que se da dentro de los motores de combustión interna. La gente denuncia a estas máquinas pero no por esa razón. Lo único que piden es un amortiguador mejor. Supongo que creen que en realidad no está ocurriendo.

En cuanto a la sociedad, las cosas más serias se ocultan discretamente en los libros de leyes, los congresos, los periódicos y la TV, las cortes de justicia y las prisiones. Se incluye con mucha sutileza como parte del tejido social, y sin embargo la fuerza motriz está allí al igual que en el motor. No armes jaleo ni te retrases en pagar tus cuotas. No nos adentraremos en la cuestión demasiado a fondo, pero la violencia realmente atroz se comete cuando los tribunales de justicia son justos y tienen razón. Acontecimientos tales como gritar contra las injusticias, o la brutalidad policial, no son más que motas de polvo, como circular brevemente con la transmisión fuera de alineación, un incidente menor muy ruidoso pero fácil de reparar. Los conservadores justicieros indignados devuelven el golpe con toda la brutalidad que pueden hallar y les encanta. El golpear continuo y rítmico del pistón que todos recibimos se alivia un poco al hacerle pedazos los nudillos a los vecinos. La televisión presenta los horrores verdaderos allá en el trasfondo donde nadie se da cuenta, los culpables que son castigados. Los tribunales frecuentemente tienen razón y una persona culpable puede sentir que se ha ganado su castigo, y como se atrapa más o menos a uno de veinte, los términos incluyen una saludable dosis de revancha y de medidas preventivas. —Pero es que ellos se negaron a colaborar. Y entonces vienen las diversas terapias de shock en todas esas bonitas casas mentales. Para los herejes, ¿qué tortura es excesiva si puede salvar su alma?

Yo creo que la sociedad es un primor. No me tomes por un macho de la mantis religiosa, que lo hizo y salió sin ser consumido por su pareja. […] ¿Es sólo la cuarta parte del dinero e infraestructuras lo que se consagra a artefactos cuya única función es aplastar a tipos como yo, o son las tres cuartas partes? Supongo que muchos chicos simpáticos *prefieren* tener algunas armas de holocausto en sus cuartos, y que yo soy un bicho raro. Confío en que mi gobierno realmente no esté haciendo esas bombas, pero espero que los rusos sí.

Encuentro a la Madre Naturaleza más bien violenta, pero acepto su vara de medir y no al revés. La vida es agresiva y competitiva; también es cooperadora. Pero eso lo haremos

en otro libro. Cuando la palabra caballero* significaba algo, se refería a un hombre de violencia. Aún hoy los tipos altos y fornidos suelen disfrutar de ventajas (raramente los coges haciendo trabajos duros), como las disfrutan los educados e inteligentes. Puede que todavía tengamos tiempo de reverenciar la sabiduría de Dios al hacer a las mujeres menos fuertes que los hombres, que los estúpidos e ignorantes no gobiernen aquí abajo, y que a los lacayos y a los peones se les mantenga humildes y solícitos.

El Sr. José Ortega y Gasset escribió *La rebelión de las masas* entre muchas otras obras. En mis tiempos era la única obra disponible en americano (prefiero pensar en el inglés simplemente como una forma primitiva más), como si los editores hubieran decidido distribuir el libro a fin de desacreditarlo. A juzgar por su título supongo que podría ser una historia larga y progresista, adecuadamente invocando al derrocamiento de todas las instituciones y la masacre de los ricos, ganándose así [el autor] una buena reputación temprana y una amplia aceptación de su filosofía. Desafortunadamente —la voz se corre— alguien lo leyó y no era esa clase de libro en absoluto. Él declara valientemente pero con poca sabiduría que no quiere que su barbero se convierta en el nuevo jefe de policía, y desde entonces viene afeitándose él mismo. Hacia 1922 señala que los hombres de la masa al parecer creen que sus opiniones y conjeturas son tan valiosas como las de cualquier otra persona. Ortega no lo cree así. En su revolución son los pobres los aniquilados, lo cual en realidad les hace un favor, según el modo en que hablan, y por este procedimiento verdaderamente queda eliminada la pobreza. ¡Justo a lo que otras economías tan sólo pueden aspirar a soñar! De los ricos, acostumbrados ya al gozo, se puede esperar que sigan así, y de esta forma el índice total queda desplazado hacia el placer y se aleja del dolor.

* *Gentleman*, o “gentilhombre”. Nota del traductor.

* * * * *

De estos turbulentos días sólo retazos, fines de semana, y cosas que me fueron comunicadas os puedo proporcionar. Algún verano también, o parte. Pero siempre surgen cosillas que contar.

Mi novia, a la que finalmente conseguí con mucho tesón, mucha paciencia y todo tipo de demostraciones de buena conducta, era almeriense y estaba estudiando en Granada como yo. Pero no vivíamos juntos… ¡Ni por pienso! Ella era de familia muy católica, tanto, que al romper tras cinco años muy, pero que muy unidos, ella seguía virgen. Gracias a ella hice muchos más viajes a Almería de lo que habría hecho de no tenerla a mi lado.

Y estaban las Navidades, fechas muy señaladas para el padre.

Un problema sintomático de lo que vendría después fue un serio y sombrío asunto de dinero. En un momento dado el gobierno USA accedió a una demanda que mi padre llevaba años exigiendo. Por ley, sus dos hijos, como huérfanos de madre, teníamos derecho a un estipendio del gobierno norteamericano hasta cumplir los dieciocho años. Sólo había que certificar que asistíamos a un centro de educación autorizado. La cuestión estaba en que aquellas autoridades aceptaran el Instituto de Enseñanza Media de Almería como lugar digno y serio de enseñanza, lo cual se consiguió al final, con efectos retroactivos. Así pues, de golpe y porrazo le llovieron al padre aquellos dólares, un gran montón de dólares, para los dos huerfanitos. *Daddy* había llorado y ahora mamaba. Mi hermano —todavía no se había marchado— quería su parte de ese dinero, o por lo menos un pequeño bocado, pues suyo era, alegaba, y en una borrachera acabaron los dos matándose a palos y revolcándose por el suelo del comedor. ¡Escándalo ignominioso delante de María y las aterradas niñas!

Si había para mi padre una cosa seria en esta vida era el dinero.

Las cosas se pusieron feas. En cierto momento, que pudo ser éste, u otro más adelante

después de que Percy se separara de su esposa, le fue prohibido para siempre el acceso a la casa.

Yo en Granada conseguí eventualmente separar el presupuesto del dinero para mis estudios del *Trust* de la herencia de la abuela, que me sería remitido trimestralmente por vía directa, a mi nombre, desde Minneapolis. Como era de esperar, él presentó batalla. Pero era innegable que en el testamento estábamos incluidos Percy y Erik, a condición de que fuésemos estudiantes, por mucho que el padre insistía en que el dinero era suyo y sólo suyo. Los apoderados del *trust* no le dieron la razón, pues lo escrito, escrito está. Es probable que los administradores del *trust* incluso preferían, si es que tenían alma y corazón aquellos banqueros, destinar parte del dinero a los jóvenes vástagos a ver si hubiera suerte y salía algo productivo de los fondos, antes que seguir dándole todo al padre, que por larga experiencia ya sabían que equivalía a plantar las semillas en tierra estéril, en campo baldío.

O. G. tenía su propia manera de ver las cosas, o sea, que usaba distinta vara de medir para sí que para los demás. Siempre se había reído de las filosofías “baratas”, abanderadas por Montesquieu y sus secuaces, que glorifican el trabajo como la forma más alta de dignidad del hombre. Estupideces y propaganda. Alcanzas el estado ideal si no estás sujeto a esas memeces y puedes vivir, como él vivía, sin dar golpe y sin importarte un bledo si el resto de la humanidad se empeñaba en desvivirse trabajando.

Y como estaba claro que nosotros, los hijos, no íbamos a disfrutar de ninguna herencia conteniendo los pingües, deleitosos dineros regalados que él graciosamente recibía, lo más conveniente era enseñarnos a aprender a valorar, si no el trabajo, sí los ingresos derivados de él.

Había que comenzar esta tarea desde una tierna edad.

Pido por lo tanto a mis leales lectores, que habéis tenido la persistencia de alcanzar estas latitudes conmigo, que me perdonéis que a estas alturas tenga que volver a mi infancia por un ratito; he considerado que éste era el lugar idóneo para la cuestión que tenemos entre

manos: el dinero. A los niños chicos el dinero no les importa, como todo el mundo sabe, excepto los niños.

Así fue cómo un domingo, allá por el año 1964, tomó O. G. un montoncito de losetas blancas cuadradas de una obra que estaba parada para que yo pintase el retrato del Cordobés sobre ellas, y les hiciese su agujerito y su lacito rojo para colgar de la pared. Manuel Benítez El Cordobés era el indiscutible *Number One* de los toros, un auténtico fenómeno social, desde hacía tiempo, e iba a torear en la feria de Almería. Percy debía coordinar la distribución y venta de nuestra cerámica artístico-torera.

Inversión inicial, casi cero. La pintura que yo aplicaba era muy poca cosa y ya teníamos pintura en abundancia.

Dábamos nuestros primeros pasitos en la ardua escalada que había de convertirnos en *businessmen.*

Yo, en efecto, pinté cincuenta losas con la cara del Cordobés, ninguna igual a la otra. Pero hubo un problema. Lo que el padre no había calculado es que a Percy antes se le caería la cara de vergüenza que ponerse a vender losas, por bonitas o vendibles que fueran, en la calle. Ni delante de la plaza de toros ni en lo alto de un cerro. Total, que los únicos compradores fueron algunas amistades de la calle y como por obligación.

Mi padre no lo entendía. Y es que se le había pasado por alto un pequeño detalle: que los estudiantes en España no trabajan. Estudian.

A decir verdad, por muy traviesos que fuéramos —lo cortés no quita lo valiente— éramos unos niños tremendamente tímidos los americanillos, y eso a mi padre le repateaba. Decidió que había que intentar quitarnos esa boba timidez de encima. Para ello recurrió a las artimañas más rastreras. A lo mejor íbamos en el coche y él se paraba delante de un par de chicas que paseaban tranquilamente por la calle, y decía con su voz de guiri borracho: —Mirad, niñas, mis hijos... ¿No son guapos? —lo único que conseguía, como bien se comprenderá, era que nos recluyéramos más herméticamente dentro de nuestras conchas.

Unas conchas perlíferas seríamos, pues yo bien que oí a Nena decir en cierta ocasión:

—Vaya unos perlas que estáis hechos; unos perlas cosa fina filipina. Entre tu padre y vosotros me cayó el ajuar completo.

Determinado a no darse por vencido en esto de hacer *entrepreneurs* de sus dos lindos hijitos, nos asignó, junto con las lecturas obligatorias, otra tortura nueva. Os cuento: Viendo que lo nuestro no era la venta ambulante, ni trabajo alguno de los que ordinariamente se tienen por "curro" (¿a quién habríamos salido?), decidió probar a ver si por un casual —mayores portentos ha habido— pudiéramos resultar unos lumbreras en aquello que él conocía y había asumido por oficio y beneficio suyo, para mí que más para acallar la conciencia sucia de haragán que por ánimo de lucro. O sea, que nos quiso convertir en accionistas de bolsa. Así, nos asignó cien mil pesetas —falsas, por más señas— a cada uno para que las distribuyéramos a nuestro albedrío, supuestamente usando de toda nuestra sagacidad, pesquis, *savoir faire* y *know-how*, entre la multitud de valores de la Bolsa de Madrid. Nos explicó a rasgos generales las reglas de este "apasionante juego", impartiéndonos unas clases teóricas, y hasta nos confió algunos trucos o secretitos del oficio. Realmente creía que le estábamos escuchando: Ahí tenéis el periódico. Y no vale invertirlo todo en una única compañía o valor.

—Aquél cuyas acciones suban más de cotización verá incrementada proporcionalmente su ASIGNACIÓN SEMANAL.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Puedes repetir, *Daddy*?

Como habrá adivinado el intuitivo lector, el proyecto no duró más de tres semanas. A la cuarta ya le dio fatiga preguntarnos por nuestros progresos bursátiles.

A él tampoco le debió ir excesivamente bien. Recuerdo que tenía la mayoría de su pasta distribuida entre una tal Daw Uquinesa y las Minas del Rif. Debió pensar que eso de la bolsa era "una mina" y se lo tomó en un sentido literal, pues la primera era algún consorcio o que sé yo que tenía que ver con la minería asturiana, vaya porvenir más negro… mientras que la

segunda, las del Rif en Marruecos, quedaron suspendidas de cotización por largos años por obra y gracia del Generalísimo Franco.

No, ninguno de nosotros seríamos nunca grandes *entrepreneurs*.

En otro orden de cosas, algún dinerillo, aunque no tanto como el de las películas, salió de un descubrimiento fantástico que hicimos debajo del agua, en las piedras del morro y toda la espalda del puerto por esa zona, la del muelle. Mucho más valioso que las exiguas ganancias pecuniarias que derivamos de aquello fue la experiencia adquirida y el puro disfrute.

Bucear era una de nuestras grandes aficiones. El padre nunca tuvo problema en regalarnos gafas, tubo, aletas, un arpón o pincho tridente, cinturón de plomos y hasta una escopeta de aire comprimido de pesca submarina marca *Nemrod* de esas que lanzan un arpón; todo menos botellas de oxígeno. Pero ambos aguantábamos bastante tiempo bajo el agua, sobre todo Percy.

En una ocasión, en la zona de la desembocadura del río, cazó mi hermano un pulpo gigantesco, todo enrollado alrededor de su cuerpo, que parecía aquello un filme de terror; y cuando por fin logramos quitárselo de encima asomó un Percy llenito de horrendos botones rojos en la piel, de las ventosas del pulpo. Viéndolo uno juraría que había pescado un segundo caso de sarampión en aquellas profundidades.

Pero volviendo a nuestra novedosa aventura, lo más extraordinario fue que nuestras herramientas de trabajo se reducirían a un simple martillo y una bolsa de tela de red. La presa: unos moluscos parecidos a las ostras que crecían sobre las mencionadas rocas. El área estaba literalmente plagada de estas ostras, que estaban pegadas a las rocas con un cemento que ellas mismas producían. Se las reconocía por el vivo color rojo de una cierta excrecencia esponjosa que crecía sobre su concha superior, aunque la vegetación que también le crecía encima trataba lo mejor posible de ocultar al animal. Loca naturaleza: el animal, por algún misterioso motivo, decide vestirse de rojo flamante, y luego cambia de

opinión y lo tiene que disfrazar, camuflándose. Con un mínimo de práctica y buen ojo se las reconocía de inmediato por su bulto y sus tonos rojo escarlata o a veces anaranjados; además, si bajabas con sigilo la cogías desprevenida y un poco abierta, delatándose por la rendija blanquinegra que mostraba. Un par de buenos martillazos estratégicamente dados en el eje de las dos conchas y te la subías a la superficie y era tuya. Inicialmente trajimos a casa unas cuantas, y *Daddy* quedó tan impresionado por el hallazgo que las quiso probar en seguida. —¡No, no: crudas! A lo Rockefeller, con su sal y limón, y crudas—. Nosotros: —Eso, para ti—. Condescendió en que nosotros, y Nena más que nadie, nos las comiéramos asadas. Nos garantizó allí mismo un precio determinado por cada ostra que trajéramos a casa. Como era de esperar, pasó como con los congrios: que antes de que nos diéramos cuenta ya estaba el frigorífico a rebosar de ostras, y los niños hartos de comerlas: ostras fritas, al ajillo, al pil-pil, en sopa, tortillas de ostras, en la paella… ¡Ostras! Y María harta tanto de cocinarlas como de comerlas. Para colmo de los males, estaba mi padre seguro de que la concha superior, esa con las excrecencias rojas, era rica en fósforo —y efectivamente, a eso olía— además del calcio, por lo que nos encasquetó a los dos niños la tarea de tener que machacar las conchas dichosas con el condenado martillo y mezclar el polvo resultante con el pienso para las gallinas que teníamos en el terrado, y que tenía que estar machacado muy fino, nada de astillitas ni trozos gordos.

Pronto preferimos vender nuestra cosecha pesquera a los bares, siendo nuestro mejor cliente la Gamba de Oro, aunque pagaran menos que mi padre. Llegó por fin el día en que empezaron a escasear las ostras en el mar, quedando tan solo las chiquitinas, y se acabó la aventura. Apuesto que han vuelto a establecerse y con ganas en aquella misma zona.

Una última fuente de ingresos, que duró seis u ocho meses, era la venta de sangre. Había un hematólogo en el Paseo que pagaba 500 ptas. por una extracción. En cuanto uno de nosotros dos o alguno de los amigotes se lo hacía nos íbamos directamente a la Oficina —la tasca, se entiende— a celebrarlo y a reponer la sangre traspasada, ya que no donada, con

sangre de la viña. Justo lo que recomendaba el doctor. No recuerdo exactamente cómo pasó, pero el caso es que mi padre se enteró de que lo veníamos haciendo. A lo mejor nos pilló a alguno con dinero y nos acusó de habérselo extraído del bolsillo durante la siesta o qué sé yo, pero ¡qué susto! Curiosamente, en cuanto se le explicó que sólo se podía hacer en un único sitio y una vez al mes como máximo, él no le encontró otra objeción que nuestro secretismo. Afirmó que podía beneficiar al cuerpo activando el proceso regenerador de la sangre, y dijo que iba a ir a ver si lo podía hacer también él, ¡ja! No volví a saber más del asunto. Poco después el médico, al que llamábamos, como cabía esperar, "el vampiro", cerró su negocio.

Como venía diciendo al principio del capítulo, yo comencé a recibir mi beca o subvención de estudios en Granada, y Percy se había marchado a los Estados Unidos. Mi padre ya no era dueño absoluto de nuestros destinos. Esto le debió doler mucho. ¿Cómo podía ser? ¿Qué ha pasado con Percy y Erik, que los he perdido? ¿Será para siempre? ¿Y será esto lo normal, o me ha caído una maldición a mí? ¡Desagradecidos, con todo lo que he hecho por vosotros!

A mi hermano Percy, en América, le cayó del cielo un pegote de dinero del seguro de un automovilista que pasó por encima del pie de su esposa embarazada con la rueda de su coche. Volvieron los dos a Almería, alquilaron un piso en el Zapillo, junto al mar, no sé por capricho de quién, y procedió Percy a dilapidar el dinero en juergas. Visitándolo un día vi en qué estado de locura se hallaba sumido. Me mostró, en el suelo de la habitación, "la tortuga más rápida del mundo", al que le había administrado anfetaminas el muy canalla, que no sé de dónde habrían salido, acaso las célebres *Centraminas* tan populares entre los estudiantes. Al parecer en Minneapolis llegó a catar casi de todo y en especial el LSD y los hongos tan propios de los hippies, y es que correría el año 1969 o 70, y el movimiento, con eme minúscula, de los melenudos estaba en su punto álgido. Dudo seriamente que creara muy buena impresión, como representante de la rama almeriense de los Waldenstone, en el

abuelito el médico.

Tuvieron un hijo, y una hija, y otro hijo.

Esfumado el dinero de América, pasaron a vivir en el pueblo de los padres de ella, pueblo que no mencionaré por precaución, pues algún lector desavisado pudiera desconocer que al oírlo nombrar hay que tocar madera, y yo espero que esa pequeña leyenda negra no la haya instaurado Percy, sino que en verdad le viene al pueblecico costero de una larga y arraigada tradición brujesca.

Al final los suegros de Percy se hartaron de costear a este gandul borrachín y decidieron que no lo querían por allí, enseñando su carota a lo Troy Donahue. Él probablemente se habría dedicado a buscar trabajo, de haber tenido los papeles en regla. De hecho le salían chapuzas ocasionales, y también seguían rodándose películas, aunque en mucho menor número. Pero era extranjero sin permiso de trabajo, y no le fue fácil. Así que Percy se vino, solito y desamparado, a cobijar en la casa de unos emigrados a Barcelona en la misma calle de Duimovich, cuatro puertas más debajo del hogar paterno. La Mami, que fue la que le consiguió el cuchitril aquél que carecía de agua corriente, electricidad, y muebles, le llevaba la comida a escondidas y le daba el poco dinerillo que se agenciaba. Pobre Percy. Y pobre Mami. No fueron años fáciles para María. Y lo peor estaba por venir.

Para mi hermano sí que fueron los años más duros de su vida, los más desquiciados y desoladores, en que se aferraba a cualquier cosa para sobrevivir. Errante vagamundos, trapo frágil zarandeado a los cuatro vientos.

El padre entretanto iba mostrando síntomas de deterioro mental, que al principio podían interpretarse como simples achaques o rarezas suyas.

Recuerdo un tiempo, aunque todo esto lo tengo muy confuso en cuanto a cronología, en que a O. G. le dio por llevar larguísimos mostachos que le bajaban por la mandíbula, a la que sobrepasaban en siete u ocho centímetros, curvándose ambos mechones hacia un mismo lado. Criticados su mala facha y peor visaje por María, quien le suplicaba que se afeitara

esos pelos tan feísimos que lo convertían, según decía, en el hazmerreír de todo el mundo, el tío más mamarracho de Almería, declaró con circunspección estoica que a las esposas había que hacerles siempre el gusto, pero sólo a medias, y así, se pasó todo un verano paseando con medio mostachón colgandero. Probablemente, y para demostrar que no era tímido como sus hijos, estuvo luciendo el tipo mucho más de lo habitual aquel verano. Y ríase la gente.

El abuelo un día le escribió que la multinacional Honeywell le daría un buen puesto de trabajo si volvía a Minneapolis, sede del cuartel general de la magna compañía. Posiblemente fuera éste el test final para determinar si su díscolo hijo merecía figurar siquiera en su testamento. Él se lo tomó tan en serio que contestó que sí aceptaría, que lo haría con gusto, pero sólo si lo nombraban vicepresidente general.

Augusto Yáñez, el artista filósofo y único amigo que le quedaba a mi padre, amistad heredada de su hijo Percy —a quien él había desterrado— empezó a sentir aprensión y hasta temor durante las visitas periódicas que le hacía a su amigo *el americano*, pues él también veía que su cordura se iba deshilachando por las costuras, y que el tino no le andaba afinado, máxime cuando asomaba el espectro de los celos. Finalmente dejó totalmente de ir.

Mi padre tenía en mucha estima, como empezó a obviarse, la fidelidad de la esposa. O sea, que sentía un pánico atroz hacia los cuernos. Olin Griffin Waldenstone: Vino, dinero, mujeres... genio y locura.

De la fidelidad de María nunca tuve ni la menor sospecha, ni la tuvo nadie, salvo él y sólo él, allá adentro en las cavidades de su mente carcomida por años de alcoholismo. Paranoia etílica: Patología harto conocida y documentada, desenlace casi garantizado. La víctima: la esposa... ¡qué terrible angustia, qué situación la de la mujer que se convierte en foco de estos ataques feroces! Y él cuánto debió sufrir en su cerebro, mal éste mil veces peor que el *delirium tremens*, constante, avasallador, tan destructor como la cirrosis, mas no del enfermo sólo, sino de todos los que le rodean.

María se marchaba corriendo con sus hijas calle abajo, a la protección de la casa de su

madre. Esta escena se repetía una y otra vez, cada vez con mayor frecuencia. Y dentro de la casa el correr de los cerrojos, golpes, puñetazos, gritos callados y admitir cualquier mentira hervida en la mente febril del marido (de nada servía negar), y temblar y llorar. Mi pobre Mami… lo que tuvo que aguantar esos años no se lo deseara yo al demonio en persona.

Volviendo de vacaciones a la casa un verano me encontré con que ésta sólo lo habitaba mi padre. Me habló sobre unas voces que oía:

—Existen motivos para dudar de lo que oigo, sí; es muy posible que me esté volviendo loco, pero yo lo oigo, y eso no hay quien me lo quite.

—¿Qué es lo que oyes?

—Los vecinos. De noche se reúnen justo debajo del balcón y hablan del pobre americano, que no me doy cuenta de que María se está acostando con todos los hombres de la calle. Pobre, inocente del americano.

—Eso me parece muy, pero que muy, raro. No es posible, *Daddy*. ¿Pero cómo iba a acostarse *con todos*? Imposible. María nunca haría nada parecido.

—¿Me das permiso para despertarte esta noche cuando empiecen a hablar?

—Naturalmente que sí.

Efectivamente, esa misma noche me tocó en el hombro, y sigilosamente fuimos de puntillas a su habitación, la del gran balcón que da a la calle. Me senté a los pies de la cama y... nada. Silencio. Lo miré a él y miré el macabro fresco que había pintado en la pared, de figuras fantasmales, etéreos demonios: Un raro hombre medio O. G., medio lord inglés, con monóculo; una negrita en medio; un espectro amorfo, bufado, al otro lado; y debajo de la mujer negra del centro se dibujaba con toda claridad una pierna de hombre blanco, desde el pie hasta la rodilla, que chorreaba sangre mientras se asaba al fuego.

—Se deben de haber marchado —dijo. Y juraba que todas las noches oía las mismas voces delatoras.

Percy, a pesar de estar oficialmente exiliado, y yo, que acabé uniéndome a él en la otra

casita, por fin nos armamos de valor y tuvimos una confrontación con el padre, ante su puerta, sobre eso de encerrar bajo llave a la Mami y golpearla. Aparte de no querer ni ver a Percy, Olin se puso a acusar a Nena a grito pelado de haber corrompido a sus dos hijos, poniéndonos en su contra.

El universo se iba encerrando alrededor de O. G. Waldenstone.

Estas cosas fueron sucediendo poco a poco, y aunque él en ocasiones mostraba visos de mejoría, e incluso de haber sanado repentinamente, sus recaídas eran cada vez peores. Exhibía no obstante momentos de lucidez y aún de emotivo afecto marital.

Llegó la Navidad siguiente a la confrontación con nuestro progenitor, y recuerdo que asistí con mi novia a la Misa del Gallo. Mi padre estaba totalmente solo. Mi hermano y yo habitábamos la casa de abajo, y Mami y las niñas se alojaban más abajo todavía. Toda la familia estaba en la calle Duimovich, pero troceada. Se me vino a la memoria la enorme importancia que mi padre había dado a la Noche Buena en los años alegres, cómo nos reuníamos todos a la cena y al champán y las niñas cantando, Laeticia tocando el piano, y él tan padrazo, tan lleno de amor. Me tuve que salir de la iglesia llorando. No podía soportar pensar en los tormentos de *Daddy*, encerrado y solo y enfermo.

Nena había denunciado varias veces los malos tratos recibidos, pero cuando el comisario le decía que se llevarían a mi padre a la cárcel ella siempre se echaba atrás. Finalmente fui yo con ella, y acaso viniera Percy, e hicimos que ella se mostrara más firme; que si no lo hacía, asegurábamos, él acabaría matándola, seguro. El comisario llamó por teléfono al Sr. Waldenstone, haciendo constar quién era y el motivo de la llamada. Mi padre gritó alguna incoherencia y colgó, convencido de que era un ardid nuestro. Al poco sonó el teléfono del escritorio del comisario y era mi padre. Entonces sí que le echó el comisario una sonada bronca, advirtiéndole al señor americanito que con la policía española no se juega.

María, por enésima vez, se negó a presentar cargos.

Pero mi padre ya no esperó. Cogió el coche y se presentó en una prestigiosa institución

mental de Málaga, a internarse por un período. El sitio que tenían en Almería era un manicomio; aquello era un vergel.

Una semana paseando entre árboles, desintoxicándose del alcohol. Entonces se dio de alta, en contra de los mejores consejos de los especialistas.

Prometió el cielo y más a María. Hicieron un viaje de reconciliación a Portugal. Ella volvió llorando, destrozada. La había maltratado todo el viaje.

Más jaleos. Más policía, la cual precintó la casa, pues él se había largado, según nos enteraríamos más tarde por enfermizas postales repletas de crueles acusaciones, a Sevilla. Antes había dejado embarazada a María. Sería Gus, el único varón habido del matrimonio.

Un año en Sevilla del que las únicas noticias fueron esas sucias postales y el pavonearse de que se había echado una querida, en revancha. Alardeando de Donjuanismo.

Entretanto María recibió autorización para ocupar con las niñas la casa familiar.

Volvió mi padre al nacimiento de su hijo, de quien tuvo el ofensivo, sádico-masoquista descaro de dudar de la paternidad. ¡Chalado de los mil diablos!

Volvió a marcharse. Pero al poco estuvo de vuelta e hizo una última y frenética intentona de hacerse con las riendas de su familia almeriense. Percy y yo, milagrosamente, seguimos presionando lo suficiente para convencer a Nena de que, por su propio bien y el de los cuatro hijos que aún le quedaban por criar, se mantuviera firme. El americano de Almería estaba demasiado ido.

El americano de Almería entonces se levantó y “se orientó”. En otras palabras, que a los pocos días, muy temprano por la mañana, casi de madrugada, cargó el Simca, y se puso en el Pakistán.

Capítulo 14. El Oriente

[TEXTOS XIV]

La vida bien jugada tendrá la crudeza de una buena lidia. El secreto está en que al torero le importa un bledo. Todos esos peligros y escollos en que se vería envuelta la mayoría de los que estuvieran en sus zapatos a él le traen sin cuidado. Esto se va forjando en etapas sucesivas, Su ego es simplemente la pequeña muleta que él sostiene como si tal cosa en una mano, que hace ondear y revolotear con gran agilidad. Se siente menos involucrado que el público y en consecuencia su público se vuelve frenético. […]

— — —

Nadie ha vivido jamás que no haya obtenido resultados atroces en casi todo.

— — —

Mirando hacia atrás, nuestro placer deriva de lo que entonces fueron nuestros peores y más horribles momentos. Contemplamos con una burlona sonrisa de satisfacción aquellos tiempos en que todo nos fue mal, nada salió como queríamos, a esos momentos [oferecemos] nuestro tributo de agradecimiento por lo que podamos haber llegado a ser y por lo mejor que hay en nosotros hoy, si es que hay algo.

— — —

Se ha dicho que los católicos consideran que hay dos estilos diversos de vida, la de aquellos que consumen su existencia sin hacer nada malo, y la de los demás, los pecadores. Los primeros van derechos al infierno en tanto que para los últimos puede haber esperanza, probablemente en el purgatorio claro. Es dogma que no se necesita ser católico para ir al cielo, pero muy pocos se hallan preparados para ir entre los suyos.

[…]

Yo por mi parte el cielo prefiero evitarlo. Las oportunidades deben ser mayores en el infierno, donde sólo se puede ir para arriba.

* * * * *

María y los niños en Almería, yo en Granada, y Percy pasándolas canutas entre Barcelona y una ocasional visita a Granada, con una nueva compañera y dos sobrinillos más para mi álbum familiar. O. G. siempre creyó que el hombre de verdad, si tiene un buen cerebro, y si es un Waldenstone con más razón todavía, deberá, en conciencia, traer al mundo muchos bebés. Cuantos más traiga, mejor para el mundo. Mi hermano tenía que seguirle los pasos en lo mejor que pudiera y dentro de sus nunca dilatadas capacidades.

El padre había desaparecido.

María, por su parte, carecía totalmente de medios para mantener a sus cuatro hijos.

Fuimos a Madrid ella y yo, a la INTERPOL. Ya estaba claro que en España no debía estar. Le tenía demasiada paranoia a la Guardia Civil y la Policía Nacional española.

Acordaron el banquero de Minneapolis y María informarse mutuamente de la primera señal de vida del americano. Como quedó apuntado al principio de esta historia, su madre (¡qué sabias son las madres!) había dispuesto que de ningún modo se le diera el mogollón de sopetón, pues sería su ruina. En vez de ello había que alimentarlo con cuentagotas, y llevarlo a una ruina de su propia querencia y elección.

Y ocurrió que gracias al carteo de Nena con el banquero, éste redujo la dosis del cuentagotas en cuanto se supo que él ya no tenía tantas bocas que alimentar. *Ouch! GOD DAMN!!!*

Recibimos una carta de Yugoslavia, donde el autoexiliado tiraba por los suelos el comunismo, y también, con mayor ahínco, a su insidiosa y malvada esposa, la culpable de todas sus penalidades. Iba dirigida a las niñas. O. G. ya no se hablaba con nadie más. Amaba sólo a sus niñas, y todos los demás conspirábamos contra él. Desde ahora se llamaría Marco, de San Marco, patrón, decía, de los cornudos. Mami dice que recibió una postal de tono muy

diferente, en que confesaba que ella había sido su único amor, que la había amado desde antes de que existieran las cataratas del Niágara. Del envío de la postal no tengo por qué no creérmelo—se debería a unos de esos efluvios de cordura que le daban a O. G., ahora llamado Marco—; de lo de las cataratas del Niágara abrigo ciertas dudas; pero son aguas pasadas de todos modos, que en nada afectan al hilo de la historia que venimos narrando.

Bulgaria. Turquía. Irán. Afganistán. Pakistán.

En el Pakistán se iba a tirar una buena temporada durmiendo la mona en la cárcel, por ocurrírsele la brillante idea de montar una pequeña destilería en la pensión. Gajes del oficio de bebedor. Y quién sabe si no intentaría incluso hacer negocios, todo orgulloso él, con su alambique, su preciosa máquina de producir *eau de vie*. Se ve que el señor Waldenstone no guardaba excesivo respeto, el lo fundamental, por el mundo musulmán. ¡Qué hombre, qué hombre!, diría María. El infierno debe de estar plagado de estúpidos con intenciones estúpidas. En la prisión pakistaní tuvo hasta garrapatas en el pelo. Y tiempo para meditar y hacer metafísica. En estas fraguas supongo que se forjaron sus dos obras literarias, de las cuales vienen libando los lectores unas minúsculas gotas capítulo a capítulo. O acaso nacieron antes que las cataratas del Niágara. O. G. tuvo que quitarse de en medio, verlo todo desde fuera, para comprender y agarrar la realidad. Estaba entre un abismo de eternidad y una quimera fugaz, una cerilla encendida que llegaría a los confines impensados del universo.

Tras su estancia en el Pakistán pasó a la India, su segunda residencia en este místico país, desde donde se evadiría a Sri-Lanka, antes Ceilán, considerando a los indios demasiado locos con la religión, según supimos por alguna misiva que envió. Se me ocurre, mirando el mapa de la India, que no es inconcebible que decidiera volver a Ernákulam a buscar al antiguo comisario para cantarle las trece y tal vez echarle a él la culpa de todas las desgracias que le venían acaeciendo. Si esta hipótesis demostrara ser cierta, tal visita bien podría haberle acarreado una segunda expulsión del país. Pero para qué buscarle los tres pies

al gato… Eso sí: su mérito tendría. Pocos son los llamados a ser expulsados dos veces de la India.

En una de las escasas cartas que envió a sus hijas nos comunicaba que a su cabello, que desde los treinta años tuviera blanco, le había vuelto el color natural. Oh prodigios.

Estaba pasando lo suyo, el pobre, por esas tierras donde Dios no quiso poner el pie izquierdo. En Ceilán había *arak* en abundancia y algún que otro amigo occidental loco y desarraigado como él. Existía también la suficiente tranquilidad o tedio para escribir. Tengo en mi posesión una carta supuestamente de un amigo alemán, mas con esmerada dicción anglosajona, dirigida a Mark, mi padre. Las virguerías descritas para conseguir una razonable melopea, en un entorno que no fuera de pura pesadilla, son apabullantes ¿Cómo llegó a mí la carta? No lo sé, probablemente se colara accidentalmente entre las páginas de sus manuscritos que al final me entregó. ¿Existió realmente este alemán, un tal Lew? ¿Acaso él exteriorizaba sus angustias más íntimas mediante cartas de almas hermanas que supuestamente le escribían, pero que en realidad las redactaba y se las enviaba él mismo? El estilo y los problemas diríanse suyos. Pero tal vez Sri-Lanka se había convertido efectivamente por aquellos años en el apeadero final de miríadas de almas alcohólicas en pena. Su limbo.

Siete años que caben en una carta de dos miserables páginas.

El arak después lo prohibieron. Y fue, mirad qué cosa más curiosa, por las mismas fechas en que él abandonó la isla.

Siete largos años. El lector habría merecido más detalles tangibles. Posiblemente las misivas a sus hijas que escribió desde Ceilán hubiesen asistido a la redacción de este capítulo, arrojando algunos destellos de luz en la oscuridad, una oscuridad tan atroz que rezuma hálitos del hades. Mas ni tan siquiera sé si alguien las conserva. Y siempre habrá quien opine que no son más que ganas de sacar los trapos sucios a relucir, o como diría más cabalmente Don Quijote: *Peor es meneallo*.

Todo flores y vaya familia más campechana.

Mas como habrá advertido el sapientísimo lector, yo no me senté ante el ordenador con la intención de producir una novela rosa, que ya hay por ahí una fantasía en versión manuscrita que lleva el título de *Marinena, una joven andaluza con un don muy especial* —No, no la he escrito yo, el cielo me libre—. Se mirara como se mirara, el tema merecía un tratamiento un pelín más riguroso.

— — —

María y los niños se mudaron de barrio en Almería, para estar cerca del hospital la Bola Azul, donde ella trabajaría de ayudante de enfermera. Gus y las niñas se fueron haciendo grandes paulatinamente, magníficos ejemplares Waldenstone, aunque no tan allá en las notas de la escuela, pues a decir verdad la madre tenía un considerable agobio, entre el trabajo, los niños, y ser aún joven y con ansias de vivir una vida que tuviera tintes de normalidad con sus compañeras de trabajo y otras amistades nuevas y jóvenes que destilaban vida y felicidad. Siendo además hija de las cuevas “Moví” como era, mal se le podría exigir ser la mejor pedagoga del mundo.

Yo vivía en Barcelona por esos años, terminando mi carrera de filología hispánica. Dos veranos en el alegre pueblo costero del poniente almeriense de Adra, casado con una alpujarreña, y disfrutando de lúdicos días playeros con los hermanillos de ambos, caterva de chiquillos y chiquillas. Gracias, Adra, por tu feliz generosidad al acogernos. Gracias, pescadores, gracias, agricultores. ¡Qué gente más sana, me cachis! Una buena mañana me encontré, yendo a pescar al puerto abderitano, con el Árabe, el padre de Nena, que había acudido de excursión a pescar ahí también. Fue poco antes de su muerte. Un fugaz espejo al pasado significó para mí, y por un breve rato tuve la ilusión de que todo seguía igual que antes.

Percy trabajaba en las playas de la Costa Brava, arrastrado con sus fuertes músculos patines acuáticos sobre la arena, como si fueran juguetes. Yo cuando lo visité no podía ni

mover esos bicharracos. Percy estaba rubio y negro del sol. Allí conoció a su tercera y definitiva pareja del alma. Hacían, y hacen, un dúo extraordinario. Acabaron por regentar una tienda de souvenirs en Playa de Aro. ¡Mi cuñada, qué cariñosa que es! ¡Aragonesa, claro! Percy, tu vida, o al menos la segunda mitad de ella, a ella se la debes. Una ventaja adicional de esta nueva cuñada, al menos conociendo por la experiencia del pasado a mi hermano: que no podía tener chiquillos. Lo digo porque, como en aquella foto de Percy con Laeticia, a él lo pones junto con chiquillos y por alguna razón resulta una incongruencia. Tal vez es por lo lacónico y taciturno que se ha vuelto al correr de los años. ¡Oh tiempos, oh costumbres!

No sería inconcebible que Percy se sintiera defraudado de todo el asunto de su pasado, sobre todo por el papel que jugó en él su padre, y acabara encerrándose en su cascarón, dándole la espalda a la infancia.

Para cuando por fin volvió el padre a Almería correría el año 1980. Se acababa de calmar el frenesí post-franquista. Yo ya estaba en California, bien apartado del mundanal ruido familiar. Nena se había mudado para entonces a Granada y trabajaba para el hospital Ruiz de Alda, y todos estábamos firmes en la convicción de que, pasara lo que pasara, *nunca* debía de volver a juntarse ni dejarse arrastrar por el americano loco de su marido. Ello podría significar la muerte. María había ido una vez a Málaga de visita y consulta al sanatorio del que O. G. se había largado prematuramente. Según nos contó ella, uno de los médicos que lo habían tratado le dijo que con un recio varapalo a tiempo se habría podido controlar a mi padre, como a todo buen paranoico. Yo, aunque sea en calidad de lego, discrepo del estilo de tratamiento recetado *a posteriori*. Se parecía lo que aconsejaba a aquellos inventos del cuaderno trimestral *Horizonte*, del experimento de triple control, en que el paciente no sabe lo que recibe, la enfermera desconoce lo que administra, y el médico no tiene ni puñetera idea de lo que está pasando. O la bañera con entrada lateral. O aquel enigma que me ha perseguido durante años: ¿Si una cosa no vale la pena hacerla… vale la

pena hacerla bien? Puede que se consiguiese amansar una, o hasta dos veces al enfermo, pero a la tercera el palo había de ir contra la cabeza de ella. Seguro.

Capítulo 15. Almería 8: El crepúsculo

[TEXTOS XV]

Después de alcanzar cierta edad, y con la mayoría de nosotros antes de dicha edad, nos encontramos con que sufrimos deficiencias e impedimentos físicos crónicos además de los agudos. Nos gustaría que unas bonitas pastillas o baños termales nos pusieran en forma de nuevo pero eso no está en la naturaleza de las cosas. A menudo sabemos las causas y no queremos la cura. Claro que una pildorita mágica no vendría mal. Tal vez uno de esos médicos a la vieja usanza, o uno muy caro, podría recetarnos una nueva síntesis de actitudes o simples máximas para seguir un compromiso más apetecible al paladar o que no se nos hubiera ocurrido antes. Igual podría hacerlo un consejero vocacional o matrimonial o una buena dosis de curanderismo. O una cara. Cuando no se está inmerso en el amor o la guerra la vida se nos vuelve cenizas en la boca, oh, arder nuevamente con esa llama diamantina. Pero a nuestra edad no es probable.

La verdad sombría de los hechos es que no nos da la real gana. […] Mirad lo que hacen los niños o aquellos jóvenes llenos de espíritu. […] Hemos perdido la pasión por las chocolatinas y el helado ya no nos atrae. Sus emocionantes metas son efímeras y falaces, y ellos lo saben pero no les importa. ¿Por qué se defraudan a sí mismos de forma tan consistente con esos dudosos experimentos cuyo desenlace es tan deplorablemente decepcionante? […] Y por un poquitín de sexo son capaces de llegar a tales extremos cuando probablemente nada va a suceder de todos modos. ¿Qué le ocurre siempre al hombre que sabe demasiado? Si te acuerdas, aquellas anheladas aventuras nunca se nos antojaron una ocupación razonable, raramente dieron su fruto. Puede que parezca que pedimos demasiado, pero si pudiéramos tener una pizca de paz y tranquilidad para variar, sólo por esta vez, estaríamos terriblemente agradecidos.

Yo sé lo que a ti te pasa, lo que te pasa es que eres viejo. De verdad, siempre sentado por ahí en los bancos del parque discutiendo tus deposiciones intestinales con amiguetes

circunstanciales. —Pues yo tengo estas nuevas pastillas para el hígado que me van bien. Me han puesto un nuevo especialista de los riñones, muy joven y parece prometedor, y ese tónico es verdad que reduce el catarro y los esputos. Mi clase de lumbago se relaja hacia la primavera y mi sacro-ilíaco creo que se está reparando de lo lindo con los infrarrojos y los masajes. Y con este compuesto de glándula de mono calculo que el verano que viene va ser tan espléndido como cualquier otro que haya yo vivido. Puede que pronto esté yo bien incluso.

¿Para qué [querer que nos devuelvan la juventud] si todo eso ya lo hemos dejado atrás?

— — —

Es fácil diseñar un Misterio. Sigues reuniendo requisitos no congruentes hasta que la suma total asume proporciones que las mentes humanas que poseemos no puedan ni reducirlos, ni reconciliarlos, ni imaginar de lejos. Como el loquero en busca de su escapado. —Está loco, es cortito y delgado, y pesa 200 kilos. Bueno, ya les dije que estaba loco.

* * * * *

El americano que volvió de lejanas tierras era la sombra descarnada de aquel apuesto mozo que veinte años atrás se había casado con María entre el clamor de las multitudes. Con más de treinta kilos de menos, tristón y casi ciego; sólo un pie le quedaba ya en este mundo. El resto, mente incluida, no pertenecía aquí. Y no digamos sus órganos desvitalizados.

Visitó a Nena en Granada y vio a su familia, su perdida esposa, sus abandonados hijos... y creo que comprendió. ¿Quién salió más quemado, Roma o Nerón?

Tomó una habitación en una pensión inmunda, en el patio de la cual se formaban colas de soldados de Viator cada tarde para los cuartos de las putas, y de noche otro chorrillo de viejos verdes.

Recibía las visitas periódicas de alguna de las niñas, con su novio acaso o marido, y del pequeño Gus; Percy se dejaba caer por allí más raramente, y también lo hacía María, que siempre le traía cosas.

Yo aparecí por Almería sin previo aviso, desde América, donde estaba estudiando en Berkeley, y me enteré de que había sido hospitalizado la noche anterior. Una tremenda coincidencia. Me apresuré a verlo. Esperaba que no fuera demasiado tarde.

Hizo falta un ataque al corazón para vencer su aversión a los médicos y hospitales. La lista de problemas internos era interminable, pues no quedaba órgano sano en él, nada.

¡Qué asombro y qué contento al despertar y vernos a todos reunidos a su alrededor! Le besé la mejilla. Me preguntó por mis estudios. Dijo que estaba orgulloso de mí. Unas amargas lágrimas le resbalaron por la mejilla abajo. No nos habíamos visto en ocho o diez años, una eternidad.

Estaba desesperado por huir del agobio de los confinados espacios blancos y plagados de maquinaria médica de la UCI, y del hospital entero. Así que me encargó que fuera a por

ropa a su cuarto de la pensión.

¡Qué horror, cuando llegué al lugar y me dieron la llave de su habitación! Aquello más que un cuarto de pensión era un museo etnográfico. Todo lleno de trastos a modo de decoración o de almacenaje en abarrotada acumulación, un trasunto de los escuálidos cuchitriles separados por paneles de las fondas de Colombo: cosas colgando del techo y de las cuatro paredes, docenas de bolsas de plástico con especias y hierbas y botes y cartones y papelorios. Peste. Inmundicia. Debajo del camastro y atiborrando la mesita de noche, encima, debajo, y todo alrededor, esparcíase un ejército de botellas tanto llenas como vacías. Me salí al pasillo que daba al patio interior porque no lo pude soportar, pensando que él estaba en el hospital y que volvería a esto. ¿Cuánto podía nadie, ni siquiera estando en posesión de salud y cordura, durar en estas asfixiantes, alcohólicas, condiciones? Lloré como un niño.

Janet, la segunda hermana de las tres, lo estaba visitando cuando le dio el ataque. Él no quería que ella llamara un taxi, pero Janet insistió. En realidad era éste su segundo ataque al corazón. El primero le sobrevino en medio del gentío de la plaza, el mercado central de Almería, donde se desplomó al suelo entre puestos de fruta y verduras.

A la vuelta del Oriente, sufría O. G. de cataratas en ambos ojos, tan avanzadas que tuvo que operarse. Se operó de un ojo solamente, dando el otro por perdido. Bromearía con que tal solución le aportaba una doble ventaja: la mitad del precio, y ahora podía leer borracho como una cuba sin ver doble. Sin córnea, al parecer, me dijo que estaba, o algo así, y no podía enfocar, por lo que se veía obligado a utilizar y llevar consigo en todo momento tres pares de gafas: unas para leer, otras para la distancia, que incluía conducir, y las terceras para aquellos pequeños detalles que caían en medio, como su vaso, paquete de cigarrillos o la cara de la persona que tuviera delante.

Janet y Gus eran los que más se acercaban a Almería a visitarlo, pues las otras dos hermanas, la mayor y la chiquitilla (ya con 16 años) se habían trasladado a vivir a

California, donde pasarían unos años.

Dice Janet que a veces salían con el padre en el coche a algún bar u otro lugar de esparcimiento. Conducía él porque era el único que podía controlar las marchas y el freno del ya viejísimo SIMCA que tanto había rodado. De pronto se encontraban con que estaban pasando, a toda velocidad y sin que el conductor decelerara un ápice, entre dos enormes camiones… ¡zoooom! Sólo centímetros les separaban de los costados de aquellos camiones. ¡Madre mía, ¡por los pelos! Advertido del hecho, decía Olin, que sólo veía en línea recta, como a través de un túnel: —¿Camiones, qué camiones?

O. G. dejó el hospital por pura cabezonería, sin escuchar razones. Por un lado quería estar de vuelta en su cuarto. Por el otro, temía que el hospital le pasara factura, a pesar de insistirle María que no tenía que preocuparse por eso, que ella había arreglado los papeles para incluirlo en su cartilla de la Seguridad Social. Vuelto, pues, a la pensión, vueltos los granadinos a Granada y Percy al norte, quedé yo solo en Almería con el viejo, en pensiones separadas.

Lo visité dos veces, pero ya estaba en su propio universo prácticamente ininteligible.

Salimos a comprar el periódico. Tenía que informarse de cómo iba la bolsa. ¡Pobre, si ya no le quedaba ni dinero! Lo invité a un cuba libre o lo que quisiera (yo andaba quitado del alcohol) y me dijo que él tenía sus propios combinados para beber en la pensión: ron y vodka combinados, sin hielo.

Me quiso hacer partícipe de tres o cuatro asuntos que él juzgaba de interés. Y lo eran.

Yo, mientras hablábamos, hice alguna solapada alusión a la paranoia, sobre si recordaba haberla sufrido. Él afirmó que me equivocaba de todas todas, que la única experiencia paranoica que había sufrido en su vida, y ésta muy leve, había sido en Minnesota, donde, por ser viajante, llegó a abusar de las anfetaminas, las cuales le habían inducido, admitidamente, un estado paranoide. Respecto a que hubiera sufrido nada similar en España, de ninguna manera, ¡nunca! No quise insistir en el tema, y sobre todo me abstuve de mentar

a la Mami en relación a los estados de desequilibrio mental, el alcohol, y la violencia.

Entre las cosas que él dijo, afirmó primeramente que los Waldenstone teníamos sangre india de los Pies Negros, cuando la verdad es que éramos prácticamente vikingos puros. A lo largo de los años me he dado cuenta de que a la mayoría de los americanos les encanta pensar, o al menos pretender, que llevan sangre de alguna tribu amerindia en las venas —tristes ironías del destino—, por lo que esta afirmación en sí no demostraba que a mi padre le faltaban excesivos tornillos. Pero venir con esto… ¿a estas alturas?

Declaró luego que él era judío, el único judío de la familia, pues cuando nació andaba merodeando por allí en el hospital un amigo rabino del abuelo, el cual, mientras lo circuncidaban (práctica corriente en aquellos tiempos en los EE.UU. por motivos, se aduce, de higiene) realizó sobre él el pertinente ritual de la fe hebraica. Total, que al rabino le dio por ahí, como a otros les da por chupar bolas de pasamanos o subirse a las farolas.

Finalmente dijo que, según las noticias —desconozco la fuente de unas noticias tan ajenas a España—, el último gobernador de Minnesota había sido elegido por un mínimo histórico, y con un índice de votantes bajísimo. Esta tremenda impopularidad del gobernador electo demostraba a las claras que lo necesitaban ni más ni menos que a él, pues él, Olin Griffin Waldenstone, sería el mejor gobernador de Minnesota que pudiera hallarse; pero que ya no estaba él para esos trotes y tendría que rechazar el nombramiento aunque se lo dieran. Poco importaba que no hubiese puesto el pie no sólo en Minnesota, sino en todo el territorio estadounidense, desde los veintiocho años de edad.

No sé si estas cosas las decía entonces para tomarme el pelo, para ahuyentarme y que lo dejara en paz, o que se las creía de verdad.

Venga, vuelve a acusar, si es lo que quieres, a Erik de que sólo se codea con amigos imbéciles y papanatas.

Luego me entregó sus manuscritos. Hojeándolos, me di cuenta del enorme y esmerado esfuerzo que había puesto en llevar a término la redacción de los dos volúmenes

mecanografiados. Bajo mi cuidado tendrían mejores perspectivas, suspiró. Él nada podía hacer con ellos en sus circunstancias, y es que ya casi ni circunstancias le quedaban, apenas.

Elucubrantes circunstancias.

—Vamos a ver… ¡Muéstreme sus circunstancias!

—Pues mire usted, agente, ¿qué circunstancias quiere que tenga yo, si soy un judío pies negros al que requieren como gobernador allá en mi tierra?

Llevé a mi padre a mi pensión. Quería darle un libro para leer, *El Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta*, de Robert M. Pirzig, que me había dejado una fuerte impresión. También había hallado paralelismos entre el personaje y mi padre. La dueña de la pensión en que yo me alojaba me trataba con mucho cariño, y en cuanto se hizo una idea de la situación en que se encontraba mi padre, se dirigió a él diciéndole que tenía que dejar ese infierno de pensión infestada de furcias, que él era un caballero, que se alquilase una casita donde vivir decentemente y con la holgura y dignidad que se merecía, y ante todo que tuviera en consideración que ya no era un jovencito para andar perdido de la mano de Dios.

Lo hizo. La alquiló poco después de marcharme de Almería. Siguió recibiendo las ocasionales visitas de algunos de los otros hijos, en especial Gus, y él los recibía con muy cambiantes humos u humores, y en ocasiones, cuando le daba por ahí, los echaba a la calle por los motivos más baladíes e ilógicos, como osar sacar la basura sin él pedirlo.

Bueno, ahí estaba lo que quedaba de Olin Griffin. Un pequeño ordenador de 64 K, con impresora que imprimía una estrecha tira de papel, un órgano electrónico con el que grabó unos plañideros, aterradores alaridos en cinta, que supuestamente eran canciones ¿de amor? ¿de ausencias? Finalmente, y como principal elemento decorativo de su salón, un póster del célebre rastafari y cantante de *reggae*, Bob Marley.

Según me cuentan, en uno de sus momentos de rabia y dolor le dijo a una de las hijas, no recuerdo a cuál, que yo había sido el causante de su ruina, que por mi culpa comía sólo cortezas de cerdo. Se refería, sin duda, a aquellos años míos de estudiante en que los

banqueros del *trust* me remetían un cheque de trescientos cincuenta dólares cada tres meses para ayudar a costearme los estudios. Los míseros restos de la herencia se habían repartido al final, unos cinco años antes. También murió su padre, el célebre médico, y como a modo de desquite por lo que había hecho la abuela en su día, legó doscientos mil dólares a cada uno de los otros dos hijos y al padre solamente veinte mil, golpe feroz al final de sus días. El resto de la fortuna del abuelo fue a instituciones médicas, como la biblioteca de la Facultad de Cirugía de la Universidad de Minneapolis, biblioteca que llevará mientras exista su nombre. Alto precio para una etiqueta, aunque estoy seguro de que, a la larga, estuvo bien lo que hizo.

Mi padre era un hombre casi arruinado económicamente y agotado de la vida. Más que ninguna otra cosa era un hombre encerrado en una angustiosa, agónica sima interior. El coche se lo habían destripado en las ramblas, donde lo venía estacionando, y allí quedó como un reflejo de su dueño. No se perdió nada. O. G. ya no iría a ninguna parte.

Un día Janet, su esposo Carlos, y Percy, que también se encontraba en Almería de visita, notificados por los vecinos del lugar, acudieron y mandaron echar abajo la puerta, pues un olor nauseabundo emanaba de la morada. O. G. yacía dentro, en el suelo, muerto de dos semanas. Según información publicada en la *Voz de Almería* su cuerpo yacía en medio de los cristales rotos de una botella, algunos incrustados en su espalda.

Un espectáculo que no me habría gustado presenciar por nada del mundo.

Suscrito a un seguro de entierros por María, y hoy ya con nicho a perpetuidad (nicho que algún día, esperemos que muy lejano aún, ella ha de compartir), yace Olin Griffin Waldenstone. En el cementerio de Almería.

Sí. En aquella misma loma donde él por primera vez vio Almería yace mi padre enterrado. Loma ahora tornada en atalaya suya. Acaso un resto de su alma americana, de su yolirio, pueda contemplar para siempre esa fantástica visión mágica que lo encandiló y hechizó, que ancló para siempre su corazón de marinero errante... a su sol, a su mar

Mediterráneo, a su encanto, a su inequívoca personalidad... a… ¡Almería!

Rest in Peace, Daddy.

Capítulo 16. Postrimerías

TEXTOS XVI

A decir verdad la mayoría de nosotros preferiríamos no ser actores. […] Nos gustaría mucho más ser apreciados por nuestro valor y significación reales aunque sea sin provecho ni aplausos. Pero la moda ha dado largos pasos hacia la admiración por los actores y las actrices, una tendencia animada desde luego por el gremio.

¿Para qué qué tanto exigir aplausos, y con tan ostensibles ansias?

Sospechamos que la respuesta correcta es que es lucrativo, y no en el sentido más directo y obvio. Las técnicas teatrales requieren fuertes dotes de método científico sacado de siglos de práctica. Han encontrado a su público dispuesto a casi todo por el privilegio de rendir una inequívoca, palmaria aclamación.

En cambio los demás mortales estamos condenados a pegar etiquetas obviamente superficiales de improbable dignidad a los personajes prosaicos y aburridos que nos han sido conferidos por el nacimiento, los colegas, y nuestros años anteriores. Pues desde luego somos en un sentido todos actores aunque privados de ningún adiestramiento en el arte, carentes de dedicación y habilidades, sin libertad para elegir nuestros papeles, y muy raramente aplaudidos. En lugar de alternar entre una variedad infinita de papeles diversos, cada uno escrito para proporcionar un inherente interés, nos vemos obligados a dedicar el esfuerzo de toda una vida a una especialización siempre mayor y a encajonarnos más y más en callejones sin salida.

Nosotros somos los que queremos encaramarnos sobre nuestras sillas y gritar nuestras desenfrenadas aclamaciones a la actuación de aquellos otros. El cumplimiento de un deseo para nosotros mismos transplantado a aquel plano imaginario donde las luces y las cámaras y la historia estaban amañadas a nuestro favor con una merecida ovación aguardándonos en el *gran finale*.

Puede que no sea demasiado tarde para lograr un cachito de esta gloria. […]

— — —

Los buenos libros no pudieron descender del cielo: alguien tuvo que subirlos arrastrando del infierno.

* * * * *

Así pues, mi padre se había marchado, esta vez definitivamente. Nunca volvería a verlo, a oír su voz, a pedirle consejo y ayuda. Faltando él y su chispa ya nada era lo mismo, por mucho que lo pareciera. Como tampoco habría sido igual nuestro mundo, y sus sinuosos tonos y sombras y claroscuros, sus *nuances*, si él no hubiera nacido, si su hálito Waldenstoniano no hubiese invadido los inescrutables rincones y recovecos almerienses, penetrándolos molecularmente, y no lo digo, os lo aseguro, por mí ni los míos solamente, sino un poco a lo Frank Capra, en *It's a Wonderful Life*, salvando las hondas distancias y los océanos abisales, y es que todos dejamos nuestro granito de arena sobre la playa, plantamos en el libro del discurrir humano nuestro garabato, sea feo o sea bonico; y mi padre, tengo que decirlo, era de los que se las traen, de los que van y rompen el molde al nacer.

Triste. Triste final para un hombre tan… tan… ¿hombre? ¿puesto en sus trece? ¿extremado? Tan suyo. Triste para cualquier hombre. Morir así tirado en el suelo y esos cristales rotos. En una habitación oscura, en una casa desolada, en una tierra que nunca lo llegó a comprender ni lo trató como a uno más, si es que alguna vez fue eso lo que él quiso.

Pero no podía ser de otro modo. Su trayectoria, su desenlace, él mismo se lo marcó, nadie más. Y aunque O. G. hubiese preferido acabar sus días en la paz y armonía del regazo familiar —y quién no— poco se esforzó por lograrlo. Por lo menos después que estuvo preso de las garras del alcohol, de lo cual era plenamente consciente. A partir de ahí era cuestión de tiempo que la bebida le comenzara a corroer el juicio.

Si al menos hubiera tenido que depender de un trabajo que le exigiera un razonable grado de sobriedad, o que le ofreciera un aliciente en la vida…

No era de los que piden ayuda.

Todo lo contrario. Si el mundo que le rodeaba no se acoplaba a su modo de ver las

cosas, ya vería él de encontrar otro que lo hiciera. Por probar que no quede. Dar el brazo a torcer es de cobardes y O. G. era un *hombre*. Eso dígase en español, inglés o en cualquier idioma.

Y también es verdad que ninguno de nosotros le guardábamos tirria ni nada de eso, y en sus años crepusculares no creo que pasara un solo mes sin que alguien de la familia acudiera a hacerle compañía, saborear sus combinados etílicos, e incluso a llevárselo a hacer camping a las playas de levante, que empezaban a despuntar como meta turística por aquellos días que tan lejanos nos parecen, pero que bien mirado no lo son en absoluto.

María, su esposa, lo encajó fatal. No se le quitaba de la cabeza, no podía parar de repetir una y mil veces, que había muerto solo. —¡Y qué solo ha muerto, Dios mío, qué solo! ¡Y que yo no estuviera allí… Virgen Santa, y tan solo que estaba el pobre hombre!

Ha aprendido, a pesar de los pasares y con el paso de muchos años, a reconciliarse con la realidad. Apenas echa las cartas a la gente ya. Cierto síndrome hipocondríaco que venía afligiéndola desde siempre alcanzó su apogeo, y acabó recibiendo quimioterapia. ¡Cosa seria, la salud! Su vida ahora es apacible y espero que razonablemente feliz.

Tiene un nuevo marido, un hombre muy bueno y muy apacible, que en nada se parece al primero.

Sigue soñando con vivir en su América del alma, sueño que ve satisfecho cada par de años a base de coger el avión y ponerse allí a visitar a alguno de sus hijos, pues siempre habrá uno, o una, pululando por esas tierras.

Lo que los años le han robado de brío, se lo han dado de paz.

Y es que la vida, querámoslo o no, sigue. Cosas pasan en la vida —la de todo ser humano— ante las que lo único que se puede hacer es recoger los pedazos rotos y desperdigados, hacer un hatillo al buen tuntún, y lanzarnos a retomar el camino, y amanecerá Dios y medraremos.

Así, los demás, las niñas y Gus y Percy y yo, reemprendimos nuestras respectivas

sendas, uno acá, otro allá, cada cual en su recuadrito del tablero; seguimos adelante con nuestras malas, regulares o buenas vidas, como las de cualquier hijo de vecino, con sus penas y sus glorias, sus premios y castigos, sus —no siempre, aunque casi— bienvenidos avatares, pero de estas cosas no vale la pena hablar, que el que más y el que menos tiene sus kilómetros andados y sabe la tira, y para qué aburrir a nadie con tales levedades y pamplinas. Además, con las vueltas que da el mundo, lo que hoy es una verdad como un templo, dentro de cinco años ser puede mentira; así que limitaré mi informe a cuatro lacónicas puntadas.

Percy volvió con su compañera aragonesa a su tienda de souvenirs, y andando los años cogería un avión a América, a Nueva York, para labrarse la vejez. Desapareció un día de Playa de Aro (perdón: *Platja d'Aro*), y lo que pasó fue que se había topado con el fantasma de la ludopatía, había luchado fieramente y había sido derrotado. Nos llamó desde la ciudad de los rascacielos asegurándonos que estaba bien, y que allí no le andaban persiguiendo las máquinas tragaperras ni los bingos ni los queridísimos bares españoles. Mi cuñada procedió a reunirse con él y se casaron y comieron pavo y muchas vitaminas.

Las niñas, no tan niñas ya, le han traído al mundo un buen número de nietos al padre. Ninguna ha salido mucho más emprendedora que Percy y que este servidor vuestro, que ya es decir, pero bastantes yuppies tiene ya el mundo, digo yo. Todas se tiraron sus añitos en California, donde yo residía. La Mami me las fue mandando una a una. Luego cogieron ellas y se fueron volviendo a España, una a una, y se han establecido en Granada donde está la madre, salvo la mayor, que ha escogido un cortijo en un pueblecito almeriense "de cercanías" como morada. Los días de trabajo ella pasa por delante de las rejas del cementerio. De las tres fue siempre la más apegada al padre.

El único de la joven segunda promoción que no habita actualmente estas tierras benditas —y que no cesa de asombrarme— es Gus. Tras hacer la mili en Ceuta y con calabozo a espuertas llenas, rebelde el chaval, se subió a un avión y se puso en Alaska (un año y pico de

estancia), Honolulu (otro trecho largo), y Las Vegas, para terminar metiéndose a *U.S. marine*. Todo por las patrias, y qué vocación. Yo, influido por Oliver Stone, Kubrick, y los telediarios, expresé en su día mis dudas de que sobreviviera al *boot camp*, y bien que me lo restregó por las narices luego. Bueno, al menos no me pegó un tiro. *Ja voll*, *Corporal Waldenstone!*

De todo ha de haber en la viña del Señor.

En cuanto a mí, también me volví a estos andurriales, y vivo en Granada, no excesivamente lejos de donde vive mi mamá, que aún nos mima a todos.

Porque como en Andalucía no se vive en ningún lado.

En América me divorcié y me volví a casar. Dejé a la esposa española en América y me traje a la nueva, californiana, a España. No está mal, aunque mis cuñados, que son muchos, siempre me lo restriegan por las narices. Tampoco ellos me han pegado un tiro pero sospecho que no faltaron las ganas en algún caso puntual.

Afortunadamente tengo una maravillosa mujer que me mima también y hace que todo haya valido la pena. Por otro lado, veo que debo tener una condena a perpetuidad a hacer de intérprete de mis seres queridos —empezando por mi padre, siguiendo por mi primera esposa allá en USA, y ahora con ésta acá— entre los paisanos del lugar, evitando situaciones embarazadas, perdón: embarazosas, tales como ir a comprar té.

Le he proporcionado al protagonista de esta historia dos nietos, de madre española: Erik Júnior y Laura. La niña este año capicúa de 2002 se encuentra estudiando arte en Toledo, aunque sólo por un intercambio estudiantil: su vida se ha desarrollado en América. El niño estudia en Minneapolis, Minnesota… y adivinad qué: ¡Medicina!

En la red de redes comienza a descollar otro joven Waldenstone cuyas páginas web aparecen en castellano. Su linaje, a lo que me figuro: Percy y su primera mujer, almeriense. El joven es biólogo ecologista. Declara que ser un gusano es bueno. Efectivamente: sus escritos se asemejan de forma un tanto inquietante a los de su abuelo, de quien los lectores

ya tienen cumplida noticia. Espero que tenga buen fluido para los frenos.

El mundo es un pañuelo. Menos aún: un trozo de pañuelo. Pero ya paro yo. Basta de andarme por las ramas del árbol familiar.

A veces me vienen recuerdos de aquellos días. A veces me dan ganas de llorar de lo feliz que era. A veces, cuando me paro a recordar…

También es cierto que no todos lo tuvieron tan de color de rosa. Percy pasó años de miseria y malos golpes de la vida, y peores golpes fueron los que se llevó la Mami en aquellos días negros de la paranoia. Las niñas apenas, y Gus nunca, tuvieron un padre como Dios manda y como tiene todo el mundo (si bien estos últimos especímenes empezarán a escasear, supongo, con la radical americanización del orbe y de la urbe nuestra); un padre que estuviera ahí un día sí y otro también, un padre que los cuidara y controlara y besara y regañara…

En fin. No puede uno tenerlo todo en esta vida.

Todo quedó atrás. La misma Almería quedó atrás. Patton y Lawrence de Arabia y Jack Palance ya no lucen sus jetas por la ciudad ni la transforman con la magia de los decorados de quita y pon. Se relamía mi padre contándole a los extranjeros que en Almería cuatro gitanos se echaban un par de jornalillos haciendo el indio allá en los *badlands* del campo de Tabernas y toda la ciudad comía durante un mes. Incluidos nosotros, por supuesto. Mejor récord y *performance* que el de “el Americano de Almería”, que se tiró cincuenta y nueve años haciendo igualmente el indio y al final no comió nadie en realidad. Tenía que haber hecho otras cosas, como el italiano o el Mal-lo Brando en El Padrino o el destripado en Sol Rojo, por ejemplo.

Eso sí, pasamos muchos ratos buenos y que nos quiten lo bailado.

Volverán los vencejos con sus vuelos altivos los cielos vespertinos a surcar. Y plantarán sus nidos en los mil huecos de las murallas moras del Cerro de San Cristóbal. Y esos aires de Almería de nuevo lucirán sus galas inmensamente inocentes y azules. Pero esos ayeres de

aventura y picardía, de juegos y de amores desbordados, de “besos y cánticos y risas” que evocara el poeta Villaespesa en un bello soneto a Almería, esos, ¡no volverán!

¡Y qué gran verdad, cuando te dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor!

— — —

A veces nos reunimos la familia —los que buenamente podemos— por Navidad para pasar la Noche Buena en casa de la Mami: los hijos, las hijas, los maridos y esposas, los nietos y las nietas; y celebramos y cantamos villancicos o jugamos al bingo o al póquer tras la consabida comilona . A lo mejor comenzamos a hablar y brotan los recuerdos, las memorias de sucesos de los días aquellos en que el mundo era más joven… más real y vívido era el mundo, sí, y todas las cosas se vivían a flor de piel. Y a lo mejor se me viene a la cabeza, no sabría decir cómo, una pequeña o gran anécdota de tantas que me rondan acá adentro, soterradas bajo la turbidez de los hechos cotidianos que me vienen pasando, o no pasando, hogaño. Comulgo, comulgamos todos —me refiero a los más mayores— con los vulnerables sentimientos de aquel fabuloso antaño perdido.

—¿...te acuerdas, Nena, cuando mi padre…? —y procedo a relatar en tono de chascarrillo alguna locura del americano de Almería.

—¡Ay, tu padre! Tu padre…

—¿Pero te acuerdas o no te acuerdas, Mami? —le pregunto.

—Si hijo mío, sí —se queda silenciosa, mirando al suelo. Lanza un larguísimo suspiro.

—¡Ay, …tu padre!

FIN